



# MIERDA EN MIS TACONES

Lorena Pacheco

*Mierda en mis tacones*

Primera edición: abril, 2016

© Lorena Pacheco, 2016

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2016

[www.escarlataediciones.com](http://www.escarlataediciones.com)

Barcelona

ISBN: 978-84-16618-10-1

IBIC: FRD

Dirección editorial: Carla de Pablo

Corrección de estilo: Sofía Aguerre

Imágenes de las cubiertas:

@Shutterstock

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información por ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

# Índice

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Para todos los que habéis  
aguantado que estos meses me  
haya quejado más que Raquel.  
Vosotros sabéis quienes sois.

*Lorena Pacheco*

# Prefacio

«Me cago en la puta. Tengo un montón de mierda pegada a mis tacones de Giuseppe Zanotti.

¿Qué coño se supone que tengo que hacer ahora? Si me muevo, me hundiré en esta porquería hasta los tobillos, pero no puedo quedarme quieta para siempre. Además, acabaré asfixiándome con este puto olor. Casi puedo notar cómo se me pega al paladar y se diluye en mi saliva. ¿Cómo cojones he acabado en este infierno? Se acabó. Voy a echar la pota aquí y ahora.»



# Capítulo 1

Abrí los ojos y, como las otras veces, me sentí una triunfadora. Una chica con suerte que compartía sábanas con el hombre de sus sueños. Alguien a quien la vida no podía irle mejor.

Me giré en la cama y me quedé observándolo con una sonrisa idiota en la cara. Estaba boca abajo, completamente desnudo tras nuestro encuentro animal, así que no pude evitar fijarme en ese culo prieto que pedía a gritos un mordisco. Bueno, uno más. Respiré hondo mientras lo recorría con los ojos y apreciaba cada detalle de su cuerpo. Entonces pensé en lo mucho que

me habría gustado inmortalizar aquel momento, tener la opción de volver a él siempre que quisiera, no solo a través de los recuerdos.

Bueno, ¿y por qué no?

Andre nunca permitía que le sacara una foto, pero estando inconsciente no podía negarse, así que decidí aprovecharme. Cogí el móvil y disparé la cámara desde varios ángulos como si fuera una perversa. Sonreí, satisfecha, cuando tuve unas diez fotos en mi poder. La luz de la mañana ya se colaba a través de la cortina blanca, por lo que era fácil distinguir cada arañazo de su espalda sin necesidad de utilizar el flash.

Bajé la mirada un segundo a mis uñas

y descubrí que tenía una partida.

—Ah... Qué mierda —gruñí cuando la miré a contraluz.

Andre se removió a mi lado, así que me apresuré a dejar el teléfono donde estaba y me arreglé el pelo.

—¿Rachel? —preguntó, todavía con la cabeza bajo la almohada.

Ese acento iba a volverme loca. Esa forma de pronunciar mi nombre y su adorable costumbre de traducirlo siempre a su lengua materna hacía que dejara de sonar corriente para convertirse en droga para mis oídos.

—Estoy aquí —respondí, y me tumbé de nuevo junto a él—. Sigue durmiendo.

Lo besé en el hombro y empecé a acariciarle el pelo, pero entonces él

abrió esos maravillosos ojos azules y me dirigió una mirada que conocía bien. Se fijó en mis labios un segundo antes de besarlos despacio hasta que volvimos a encendernos como la noche anterior.

Justo en ese preciso momento, mi móvil empezó a sonar.

—No contestes —susurró él contra mi boca.

No me costó esfuerzo obedecer, pero el puto teléfono siguió sonando y sonando y empezó a cortarme el rollo.

Me aparté un poco y resoplé.

—Puede ser del trabajo —dije mientras estiraba el brazo hacia la mesilla de noche, pero antes de que pudiera siquiera mirar la pantalla,

Andre tiró de mí y me obligó a tumbarme. Se inclinó para rozarme el cuello con sus labios.

—¿Es que se te ha olvidado ya con quién estás?

Sonreí mientras me relajaba otra vez. Al fin y al cabo, Andre era mi jefe. ¿Qué prisa podía tener entonces?

—No me acuesto contigo por eso —susurré, aún en tono juguetón—, no soy un zorrón cualquiera.

—Tú jamás serías cualquiera, Rachel, aunque te lo propusieras.

Le devolví el beso y traté de obviar el hecho de que no hubiera negado lo de «zorrón».

Sus labios retomaron el camino que habían empezado en mi cuello y bajaron

hasta mis clavículas, siguieron por mi esternón y se entretuvieron en mi abdomen. Andre acarició con los dedos el hueso de mi cadera.

—Cómo me gustas, preciosa...

Pero algo en mi cabeza se había puesto alerta.

—Escucha, Andre... Creo que deberíamos hablar.

—No, qué va —murmuró él, bajando un poco más y haciendo que dudara de si debía seguir con esa conversación.

Respiré hondo y lo detuve.

—Sí, sí deberíamos —insistí, y le obligué a parar de golpe.

Soltó un suspiro de hastío, se peinó con una mano su brillante pelo rubio y se apoyó en la almohada.

—A ver, ¿qué te pasa ahora?

—Me pasa que no sé qué estamos haciendo —solté, quizás más brusca de lo que pretendía.

—Pues ahora mismo, nada —gruñó él, visiblemente molesto.

—Hablo en serio. —Me crucé de brazos—. Esto es muy divertido, pero hay otras cosas que me gustaría hacer contigo.

—¿Qué cosas podrían ser más satisfactorias que esto? —preguntó con un tono que parecía insinuar que me había vuelto loca.

¿Satisfactorias? Como si yo fuera una maldita muñeca de plástico o una cerveza para quitarle la sed. Empezaba a cabrearme.

—La vida no consiste solo en echar polvos —mascullé—. Si solo me quieres para eso, ya puedes pagarte una puta.

Me puse en pie y comencé a recoger las prendas de ropa desperdigadas por la cama y el suelo. No me había puesto aún la camisa cuando ya me estaba cogiendo por la cintura otra vez.

—¡He dicho que no! —le grité y lo empujé a un lado.

—Solo quiero hablar, Rachel, no te pongas así. —Su tono era amable, casi condescendiente—. Por favor, vuelve a sentarte.

En el fondo, deseaba que hiciera o dijera algo lo suficientemente convincente como para evitar que me

fuera. No quería que la conversación terminara así, pero debía ser dura si quería que me tomara en serio. Andre solo reaccionaba cuando lo ponías contra la pared.

Sus ojos de cordero degollado fueron suficiente, así que cedí y permanecí a la espera.

—Tú no eres ninguna puta, preciosa, sé que eres válida para muchas cosas. Confío en ti, no lo olvides.

Vale, muy bonito, pero ¿qué cojones significaba todo eso?

—No me gusta pensar que hago algo malo —confesé—. No sé por qué tenemos que escondernos. Llevamos más de ocho meses viéndonos, ¿no es hora de que lo hagamos oficial? Por favor...

Lo vi tragar saliva y desviar la vista, algo que interpreté como mala señal.

—Lo hago por ti, créeme. Para que nadie piense que eres precisamente eso que dices que no eres. ¿Qué rumor iba a correr sobre ti entonces?

Probablemente el rumor de que era una trepa, era consciente de ello. Yo misma lo había pensado mil veces y me daba igual. Por mí, podían irse todos a tomar por culo.

—Que les jodan —farfullé—. Si saben lo que les conviene, se esforzarán para que ese rumor no llegue a mis oídos. Lo único que yo quiero es que me cojas de la mano en público, ¿tan difícil es de entender?

Por la expresión de su rostro, intuí

que se estaba cansando.

—No sé por qué las mujeres os empeñáis en precipitar las cosas —contestó—. Estoy muy presionado por mi padre, es un hombre difícil que espera grandes cosas de mí, no tengo tiempo para...

Por fin entendí lo que pasaba. Y dolía. Dolía mucho. La Raquel del pasado volvió un momento para recordarme lo insignificante que era.

—Para perderlo con una simple empleada.

—Yo no he dicho eso —se excusó.

—No ha hecho falta —dije yo—, ha quedado muy claro.

—Lo siento, Rachel, de verdad... Yo no soy como mi padre, pero no puedo

olvidar que él es el dueño de todo. Ojalá pudiera ignorarlo, pero dependo de él en muchos aspectos. Déjame que me tome un tiempo para allanar el terreno, que le hable bien de ti, que le haga ver todas tus cualidades...

Aquello me estaba poniendo de los nervios. Había luchado mucho para llegar hasta donde estaba, me había esforzado por sobreponerme a todos aquellos imbéciles con los que me había topado en mi vida personal y profesional, por demostrarles que tenía más cojones que todos ellos juntos. Me lo había currado, joder. Y me había prometido a mí misma que jamás nadie volvería a hacerme sentir pequeña y débil, que nadie volvería a pisotearme

por no ser un hombre o una niña rica con un apellido importante.

Pero ahí estaba Andre. Preocupado, atrapado de alguna manera en las fauces de su padre y salpicándome a mí. ¿Y qué se suponía que tenía que hacer yo?

—Vaya, creía que estábamos en el siglo XXI y que no necesitábamos el permiso de tu padre para ir al cine.

—No te burles de mí —me espetó con gravedad—. No sabes la presión a la que estoy sometido.

Creí percibir rencor en sus palabras, aunque no fuera dirigido a mí. Obviamente, vivir a la sombra de su padre no debía de ser fácil, así que decidí ser comprensiva y paciente. Veía su angustia y su preocupación y no podía

ignorarlas.

Como tampoco podía ignorar las palabras que mi madre solía repetirme: «no seas tonta, Raquel, un hombre como Andre no aparece todos los días. Es guapo, rico y se interesa por ti. ¿Sabes lo que habría dado yo por encontrar un partido como él? Pero tuve la mala suerte de enamorarme de tu padre».

Bueno, a mí no me parecía mala suerte lo que veía cuando estaban juntos. Amor o posición social... ¿Y si yo podía tenerlo todo con Andre? ¿Y si por fin podía estar con un hombre que de verdad valiera la pena?

—Está bien... —cedí, comprensiva—. Pero, por favor te lo pido, no me hagas esperar mucho.

Andre me besó en la mejilla y se dispuso a vestirse también.

—Además —añadió—, tengo una sorpresa para ti.

Alcé mucho las cejas.

—¿Una sorpresa?

—Una muy grande —remarcó él, torciendo una sonrisa—. Un proyecto en común entre tú y yo.

¿Proyecto? ¿En común? Campanas de boda repiquetearon en mi imaginación, aunque sabía que aquello era totalmente imposible. Después del rollo que me acababa de soltar sobre su papi, el ogro elitista, la sorpresa no podía ser una pedida de mano. A no ser que toda esa mierda de discurso sobre lo presionado que se sentía no fuera más que algo para

despistarme.

No, no podía ser. No llevábamos ni un año saliendo y, pensándolo bien, había muchas cosas que no conocía de él. Sí, vale, me sabía de memoria sus puntos erógenos y cuántos juegos de sábanas tenía, pero eso no era suficiente... ¿No?

—¿Me has oído?

Sacudí la cabeza y volví al presente para descubrir a Andre con el ceño fruncido.

—¿Eh?

—La sorpresa. ¿No te hace ilusión?

—No —atajé—. Lo que me haría ilusión es que me lo dijeras ahora.

Soltó una risita y se colocó bien la americana.

—Lo siento, creo que prefiero hacerte esperar.

Se estaba divirtiendo a mi costa, el muy...

—Odio las sorpresas —gruñí—. Me gusta estar preparada.

Una sonrisa maliciosa asomó a sus labios.

—Creo que me arriesgaré —dijo convencido—. No se puede estar preparada para todo en esta vida, preciosa.

Desde luego, no estaba preparada para aquello.

—¿Que quieres que vaya a dónde? ¿Y cuándo?

Me había dicho «en un par de días»,

pero tenía que ser un error.

—Es un pueblo pequeño, pero con mucho encanto —me explicó Andre—. Supuse que te haría ilusión visitar el sitio donde crecí.

Pues no, pero bueno, tampoco podía decírselo así. ¿Esa era su sorpresa? Porque era una auténtica mierda.

—No es que no me haga ilusión, es que no sé si es una buena idea que yo...

—¡Es la mejor idea que he tenido nunca! Confío en ti más que en nadie; sé que serás capaz de convertir ese lugar en un hotel digno del sello Holbein. He convencido a mi padre de que tú eres la persona idónea para ese cometido y sé que no me defraudarás.

Mierda, más presión, y el viejo de

por medio.

—Pero... ¿Qué pinto yo sola en Alemania? ¿No puedes venir tú, al menos?

Chascó la lengua como si estuviera decepcionado.

—Ojalá pudiera, preciosa, pero, de momento, tengo asuntos que atender aquí. Y si lo que te preocupa es ir tú sola, tranquila, porque no será así.

—No sé si quiero escuchar lo que viene ahora...

—Alicia irá contigo —me dijo, entusiasmado, como si fuera la mejor noticia del mundo—. Ella también habla alemán y podrá ayudarte en todo lo que necesites.

Ni siquiera recordaba la cara de la tal

Alicia, por no hablar de que mi alemán estaba un poco oxidado.

—¿Cuánto tiempo se supone que debo estar allí?

Me estaba agobiando. Y mucho. ¿De repente me iba a ir al extranjero, a un pueblo que no conocía, con una chica de la que no había oído hablar? Ah, y para montar yo solita un hotel. ¿Algo más?

—No demasiado... Un par de semanas, puede que tres. Máximo un mes.

—¿Un mes? —chillé con una voz bastante aguda—. ¿Y por qué no me has avisado antes?

Andre alzó la mano para que bajara el volumen. Yo desvié la vista hacia la ventana del despacho y comprobé que

algunos de los trabajadores se entretenían más de la cuenta en el pasillo. Apartaron la vista de golpe cuando los miré directamente.

—Las obras han empezado y creí que disponíamos de más tiempo, pero no dejan de llamarme con un problema tras otro. Necesito a alguien de mi confianza que ponga todo en marcha, que supervise el proyecto con ese don que tienes —continuó mi jefe.

Me estaba haciendo la pelota de forma descarada, pero tenía razón: era la persona idónea. Yo era la Directora de Alojamiento del hotel, pero estaba convencida de que habría llegado a Directora General de no ser porque Andre era el hijo del señor Holbein. Sin

embargo, jamás le diría algo así, pues no quería herir su virilidad. Además, estar por debajo de él no estaba mal, en cualquier sentido. Prefería conformarme con mi trabajo y poder disfrutar de su compañía que llegar a la cima en otro hotel y perderlo para siempre.

—Sé que lo que te pido no es fácil; aquello se parece muy poco a Barcelona. Pero créeme, no te lo pediría si no creyera que eres la indicada. Confío en que sabrás explotar las virtudes de la zona y utilizarlas en nuestro beneficio. Todo el mundo entenderá de lo que eres capaz y despertarás su admiración. Te estaré eternamente agradecido.

Con «todo el mundo» se refería a su

padre, lógicamente. No quería decirlo directamente, pero quería asegurarse de que me interesara salir airosa de todo aquello. Además, lo de «eternamente agradecido» era como música para mis oídos.

—Está bien. Un mes —dije, más para mí misma que para él.

Me estrechó la mano de una manera formal, pero el apretón fue más largo de lo normal. Sentí un escalofrío y me entraron ganas de abrazarlo, pero me obligué a contenerme. Y me costó, porque... ¿cuánto tiempo pasaría exactamente hasta que volviera a verlo?

—Buena suerte, Rachel.

Alargó la última sílaba con sutileza y dulzura, como sabía que me gustaba.

Qué cabrón, eso era jugar sucio.

Le di la espalda y me dirigí hacia la puerta con la cabeza bien alta para intentar aparentar que no estaba tan afectada

—No la necesito.

# Capítulo 2

La tal Alicia resultó ser una chica menuda y rellenita con más curvas que la N-340 y una lengua inquieta que me tenía los oídos fritos. Hablaba mucho y muy rápido, mientras me seguía dos pasos por detrás igual que un animal de compañía con su melenita color miel agitándose como un par de orejas de *cocker*. Cargaba con una maleta que habría resultado ridículamente pequeña incluso para alguien de la mitad de su tamaño.

Nunca entendería a esas mujeres cuyo equipaje cabía en la cabina del avión. Yo siempre debía facturar mis dos

preciosas maletas de tamaño monstruoso, cerradas tan a presión que había que usar gafas protectoras para volver a abrirlas.

Una vez superada la fase de aeropuerto en Estrasburgo, tomamos un tren que nos llevaría hasta Seebach, la parada más cercana hasta nuestro destino. El hecho de que el tren no llegara hasta allí no me dio buena espina.

—¿Le importa si me quedo con la ventana? —preguntó Alicia con su voz cantarina—. Me gustaría ver el paisaje.

—Sí, sí, lo que quieras —respondí sin hacerle mucho caso. Me importaba bien poco lo que hubiese tras esos cristales, lo que yo necesitaba era

consultar mi correo electrónico.

Me tiré casi todo el camino pendiente del teléfono, hasta que la cobertura se fue jodiendo poco a poco y ya no pude hacer otra cosa que jugar al *Candy Crush*. Mientras tanto, la cansina de Alicia miraba embobada los árboles al otro lado y soltaba alguna frase del tipo: «la leche, esto es una pasada» o «a mi padre le encantaría ver esto».

Me limité a soltar una serie de «ajá» durante un tiempo que me pareció infinito.

—No sé qué es lo que te parece tan increíble —dije sin levantar la vista de la pantalla, un poco harta de tanto suspiro—. También tenemos árboles en Barcelona. E Internet —añadí de mala

gana, intentando por enésima vez enviar un *whatsapp* a mi amiga María.

—Pero fíjese en esos colores — insistió—. Son tan vivos, tan llamativos. Es como si te hablaran, ¿no?

¿Qué coño se había fumado esta tía? Verde. Eran putas tonalidades de verde, sin más.

—Lo que tú digas.

—¿No le gusta la naturaleza? —quiso saber.

Levanté la vista para enfrentarme a unos ojos, también de un verde vivo, que mostraban curiosidad. Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué responder. ¿Me gustaba la naturaleza? Tal vez. ¿Pero me gustaba sentir que me alejaba de la civilización hacia una

tierra perdida en la que la cobertura solo era una leyenda? Pues no, para nada.

—Sí, si puedo verla desde la distancia, como un mural precioso desde mi suite de lujo a quince pisos del suelo.

Alicia se rio un poco, pero sacudió la cabeza y buscó de nuevo su amado paisaje. Me quedé mirando la parte trasera de su cabeza un instante y me entretuve en los reflejos dorados que el sol le arrancaba a través del cristal y que me recordaron a los que Andre también tenía. Suspiré, deseando que fuera él quien me hubiera acompañado y no esa chica simplona que fantaseaba con las hojas de los árboles y las nubes de formas caprichosas.

Tras casi una hora de viaje, por fin llegamos a la estación de Seebach. Y allí, no nos quedó más remedio que esperar a que pasara el único maldito autobús que nos podría acercar al pueblo de Andre. Bueno, si a esa cafetera podía llamársele «autobús».

—¿Falta mucho para llegar? Me estoy mareando —me quejé tras un rato.

Alicia desplegó el mapa que sujetaba desde que habíamos bajado del avión.

—Solo un par de paradas más.

Un par de paradas que se me hicieron interminables. Cuanto más avanzaba el autobús, más árboles se veían y, por tanto, menos edificios.

No era una buena señal.

—¡Ya estamos! —celebró Alicia al

fin.

Arrastré las maletas con un esfuerzo titánico, pero entonces Alicia, que ya había bajado su escaso equipaje, se cargó a pulso una de ellas. La miré fijamente, sorprendida porque alguien de esa estatura tuviera semejante fuerza. Vale que se la veía fuerte, pero había cogido la maleta como quien coge un bolsito.

—¿Vas al gimnasio? —le pregunté. Ella se rio como si le estuviese tomando el pelo—. Lo digo en serio —insistí—. ¿Cómo puedes con ese peso?

—He trabajado de muchas cosas —argumentó—, al final te acostumbras.

De repente, comprendí que había mucho más tras aquellos ojos añados

de aspecto inocente que parecían ocultar ahora una sabiduría para mí desconocida.

—¿Te importaría entonces...? —Le acerqué la otra maleta a los escalones y ella repitió el proceso—. Gracias.

Entonces asomé la cabeza por la puerta, el sol bañó mi piel y una ligera brisa de aire fresco se enredó con mis largos rizos mientras bajaba el primer escalón, luego el segundo y, por último...

—¡¿Pero qué cojones es esto?!

Mis preciosos *stiletto* azules se hundieron por completo en un montón de mierda, y lo que antes había sido una brisa fresca, ahora era un olor nauseabundo que me habría tirado de

espaldas de no ser porque tenía los pies pegados al suelo.

—Vaya... —fue todo lo que se le ocurrió decir a Alicia.

Intenté levantar un poco el pie derecho, pero el izquierdo se me hundió aún más. Parecía barro, pero olía a mierda, y había tanto que parecía una ciénaga.

—¡Haz algo, inútil! —le espeté a mi ayudante—. No te quedes ahí mirando como un pasmarote.

—Menudo carácter... —murmuró en voz baja.

Tiró de mi mano con esa fuerza inhumana que ocultaba y consiguió sacarme de ese agujero inmundo. Me quedé mirando los zapatos destrozados y

mis tobillos marrones y sentí que iba a estallar en llamas de la rabia.

—Un poco de agua y como nuevos — sugirió Alicia.

Le lancé una mirada tan fría que no tuvo más remedio que girarse de nuevo. Yo eché mano del bolso, buscando las toallitas.

—Estupendo, genial, ¡de puta madre! —exclamé mientras me limpiaba.

El resultado fue nefasto, pero al menos pude quitarme los pegotes más grandes. Eso sí, ahora las manos también me olían a infierno.

—Qué lugar tan... —comenzó a decir Alicia, ahora de espaldas a mí.

—Di maravilloso y te comes la toallita —amenacé, casi sin levantar la

VOZ.

Se mordió el labio un momento, como si estuviera pensándose mucho lo que iba a decir a continuación. Para una persona que hablaba como las persianas, debía de resultar difícil aguantarse las ganas de hablar.

—Quizás debería haberse puesto más cómoda.

Me lo dijo así, tan tranquila, vestida con sus vaqueros rectos, su enorme camiseta negra y unas botas camperas de color negro. Me miró de arriba abajo, recorriendo mi falda de tubo y mi camisa de seda y deteniéndose en los zapatos que yo habría defendido con mi propia vida.

—¿Tú crees? —dije entre dientes.

Abrió la boca para contestar, pero su corta inteligencia le dio de sí lo suficiente como para entender lo que quería decir que un índice como el mío la señalara.

Alicia cargó de nuevo con una de mis maletas sin decir nada, algo que agradecí interiormente porque no pensaba decírselo en voz alta. Y, por primera vez desde que había bajado del dichoso autobús, levanté la vista y me fijé en lo que tenía delante. Quise darle a Andre un puñetazo en su perfecta cara.

—¿Seguro que es aquí? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Seguro —me respondió Alicia.

A ver, yo sabía que no iba a una gran ciudad, sino a un pueblecito rural con un

supuesto encanto que sería uno de los fuertes del nuevo hotel de mi querido... ¿Qué? ¿Novio? No tenía tiempo de pensar en eso.

—Pero esto es...

—¿Pintoresco?

—Deprimente —zanjé—. ¿Cómo va a querer nadie venir aquí?

—Bueno, está cerca de otros pueblos turísticos y la Selva Negra tiene muchos atractivos. Solo es cuestión de esforzarse y...

—¡Esforzarse! —Solté una carcajada glacial—. Madre mía...

A mí me daba que con esforzarnos no sería suficiente.

Gewächshäuser era un pueblo pequeño salido de, por lo menos, la

Edad Media. Todo a nuestro alrededor eran árboles y unas casuchas de tejados mellados y puertas descoloridas. Apenas había coches aparcados en unas calles mal asfaltadas que serpenteaban hasta perderse de vista colina abajo. *Gewächshäuser* significaba, literalmente, «casas verdes». Supuse que sería por la cantidad de enredaderas y moho que cubrían las fachadas y que daban a las casas un aspecto de lugar abandonado y salvaje.

La melodía de mi móvil llegó a mis oídos como un sonido imposible y fuera de lugar en unas circunstancias como aquellas. Me habría sorprendido menos ver un carruaje con ruedas de madera que recibir una llamada.

—¡María! —exclamé al ver la fotografía de mi amiga en la pantalla.

—¡Por fin! —celebró ella—. Eres más difícil de encontrar que Bin Laden, tía.

—Llevo horas intentando enviarte algo, pero no había manera.

—Lo mismo digo. Estaba ansiosa por hablar contigo, he estado mirando por Internet y apenas había información, pero al final, después de mucho buscar... —Carraspeó—. He visto el pueblo ese al que vas.

—Yo también —confesé—. Lo tengo delante.

—Dios santo, Raquel, ¿cómo te has dejado convencer?

Buena pregunta.

—No lo sé, pero empiezo a preguntarme si ese autobús no era una máquina del tiempo.

María soltó una risita.

—Mira que no buscar información antes de ir...

—¡Oye! —me quejé—. ¿Te recuerdo que me enteré hace dos días de su existencia? Solo he tenido tiempo de hacer el equipaje, despedirme de mi madre y poco más. Además, Andre me enseñó un par de fotos que no pintaban tan mal, ¡yo qué sabía!

—En realidad, parece un sitio con...

—No digas encanto —le advertí—. Por favor te lo pido.

—Es que seguramente lo tenga, en serio —insistió—. Sé que tú odias el

campo y todo eso, pero no te vendrá mal desconectar un poco y respirar aire puro.

—¿Aire puro? —pregunté incrédula —. Qué lástima que no pueda enviarte un mensaje de olor por el puto teléfono. Te iba a dar yo a ti aire puro.

—Venga, no refunfuñes. Tómalo con calma y haz tu trabajo. En menos de lo que esperas estás de vuelta.

Solté una serie de gruñiditos, nada conforme con aquello.

—Bueno, llámame cuando puedas y me cuentas. ¡Y cuidado con los bichos!

La zorra colgó mientras se partía el culo desde su cómodo piso en Barcelona.

«¡Ten amigas para esto!»

—No se preocupe —dijo de pronto la voz de Alicia, que me devolvió a la realidad—. Seguro que no está tan mal.

—Tú, cállate —le espeté de mal humor—. Y tutéame, por Dios, me haces sentir vieja.

—Vale —aceptó y sonrió abiertamente como si le hiciese ilusión.

Qué chica tan irritante.

Anduvimos un rato por el borde de la carretera, arrastrando maletas y esquivando mierdas y bichos asquerosos con alas, sin alas... Parecían putas compresas.

—La pensión está un poco lejos para ir andando —dijo Alicia—. Tal vez deberíamos...

—¿Qué? ¿Coger un taxi? —Alcé una

ceja—. Aquí solo podremos ir en burro.

Como caída del cielo, una camioneta que un día debió de ser blanca paró ante nosotras.

—Déjame a mí —le dije a Alicia, dando un paso adelante.

—¿Puedo ayudarlas, señoritas? —preguntó un hombre de mediana edad al que le faltaban dos dientes.

Su alemán era rudo, muy cerrado, tanto que apenas lo entendí. Me costó unos segundos reconocer las palabras y procesar la información.

—¿Podría llevarnos a la pensión Frieda? —se me adelantó Alicia con un perfecto alemán.

La miré con los ojos como platos. ¿Dónde había aprendido a hablar así?

—¡Por supuesto! ¡Subid!

El hombre saltó de su asiento y cargó con nuestro equipaje para luego lanzarlo a la parte de atrás sin ningún miramiento. Me encogí con cada sacudida que dieron mis maletas antes de quedarse fijas en un sitio. A continuación, bajé la vista a mis pies otra vez y sentí que podría echarme a llorar.

El tipo debió de notarme en la cara lo incómoda que estaba y el asco que sentía, porque, sin tener tiempo a asimilarlo, me cogió en brazos, sin importarle mis gritos. ¿Nos iba a secuestrar un paleta?

—¡Suélteme!

Pero él reía sonoramente hasta que me

dejó en el interior del vehículo, en un asiento que no disponía de su propio cinturón de seguridad. Apretujé mi espalda contra Alicia, sin perder de vista a ese loco.

—Esos zapatos tan bonitos ya han sufrido bastante —se excusó él—. Agárrense, señoritas.

El trayecto fue un auténtico suplicio, como meternos en una coctelera mugrienta y pegajosa que nos agitaba sin parar. Tuve que agarrarme a Alicia para bajar porque a punto estuve de echar hasta la comida del día anterior.

—*Danke...* —logré decir una vez medio estabilizada, repitiendo el agradecimiento de mi ayudante.

El salvador de mis zapatos

insalvables nos saludó con la cabeza y se largó por donde había venido, levantando un polvo marrón y horrible a su paso.

Con el estómago del revés, nos dirigimos a un caserón pequeño, separado del resto de viviendas y rodeado por unos hierbajos desiguales y resecos. Su fachada desconchada era de un color anaranjado que resaltaba con el azul intenso del cielo.

—Buenos días —dijimos Alicia y yo a la vez.

Ante la mirada que le eché, mi acompañante decidió dar un paso atrás y dejarme hablar a mí esta vez.

La mujer al otro lado del mostrador era una señora de aspecto huraño y

entrecejo tan descuidado como el supuesto jardín de ahí afuera.

Soltó un «mmm...» como respuesta y se nos quedó mirando.

—Tenemos dos habitaciones —  
procuré decir en un alemán alto y claro  
—. Raquel Vega y Alicia...

La miré, esperando su apellido.

—Holbein.

Debió de descolgárseme la mandíbula, porque se me empezó a secar la boca y tuve que tragar saliva varias veces.

—¿Qué...?

—Alicia Holbein —repitió ella, esta vez dirigiéndose a la que, aparte de recepcionista, debía ser la dueña de la pensión. Posiblemente, la tal Frieda que

había dado su nombre al establecimiento.

Pero yo seguía mirando a Alicia. A la recién descubierta señorita Holbein.

—¿Eres familia de Andre?

—Soy su prima —respondió sin darse importancia.

—No me lo puedo creer, nunca me ha hablado de ti...

Se encogió de hombros.

—No tenemos una relación muy estrecha.

La señora dio unos toquecitos impacientes en la madera astillada del mostrador para llamar nuestra atención. Fue Alicia quien tuvo que encargarse de todo el rollo de las llaves y demás, porque yo seguía en estado de *shock*.

Si ella era sobrina del dueño de la cadena hotelera, ¿por qué la habían enviado como mi ayudante? ¿Desde cuándo trabajaba esa chica en el hotel de Barcelona sin que yo hubiera siquiera reparado en ella? ¿Y por qué parecía no importarle esa indiferencia por parte de su primo? ¿Qué habría pasado entre ellos?

No fui capaz de reaccionar, sino que me dejé llevar a través de unas escaleras mientras Alicia tiraba de mis dos maletas justo delante de mí. Tampoco pude apartar la vista de su pelo rubio hasta llegar a mi habitación. O, mejor dicho, a mi guarida. Aquello parecía un zulo oscuro y claustrofóbico, el escondite de un terrorista o algo así.

Después de todo, María tenía razón, yo compartía algo con Bin Laden: estaba escondida en un agujero inmundo lejos de todo lo que conocía y del mundo civilizado.

Nada más entrar, justo a la derecha, te encontrabas con una cama estrecha, cuya colcha gris daba auténtica grima. Por fortuna, las sábanas parecían limpias y recién puestas cuando les eché un vistazo.

Tiré el bolso sobre el colchón y me dirigí al lavabo. Angosto, oxidado... Una basura, vaya. El plato de ducha era mejor ni detenerse a mirarlo; no tenía ganas de intentar averiguar qué coño eran esos chorretones oscuros que lo salpicaban. Si este era el tipo de

alojamiento turístico que había aquí, no tendríamos que preocuparnos absolutamente nada por la competencia.

Me lavé la cara y me miré al espejo, que estaba partido por cuatro sitios diferentes. Mis ojos marrones lucían cansados, acunados por unas ligeras ojeras que contrastaban con la piel clara y que traté de ocultar con un poco de corrector. Me recogí mis antaño sedosos rizos en un moño, por miedo a que se me ensuciaran en cualquier esquina de aquella pensión.

—¿Qué coño haces aquí? —le dije a mi reflejo—. Eres gilipollas. Lo sabías, ¿no? —Me quedé callada, dejando que la histérica del otro lado del espejo me mirara por encima del hombro y me

insultara sin reparos—. ¿No? ¿No lo sabías? Pues ya lo sabes. Gilipollas, gilipollas, gilipollas. Ve acostumbrándote, porque te lo voy a decir cada día. Gilipollas.

Pero lo peor fue cuando me senté en el colchón y sentí bajo mi peso el crujido endemoniado de los muelles viejos y ultra gastados. Ah... Qué maravilla. Chúpate esa, Lo Monaco.

Me quité los zapatos y me los acerqué a la cara para mirarlos con detenimiento. Recorrí con los ojos cada mancha, cada pegote incrustado a conciencia en el preciado tejido que con tanto mimo había cuidado hasta ahora. Nunca había tenido tantas ganas de llorar.

Pero no lo hice. Porque las mujeres como yo no llorábamos, sino que nos crecemos ante la adversidad. Toda aquella locura iba a salir bien, por mis santos cojones.

# Capítulo 3

Lo que tenía delante no podía ser real. Sin duda alguna, debía de tratarse de una broma de mal gusto de Andre. Me había dado una dirección errónea a propósito o había instalado un holograma delante de la fachada para que el sitio se me mostrara como una granja sucia y descuidada. Tenía pasta, él podría hacer eso si hubiera querido. Seguramente me estaría grabando una cámara en ese momento y...

—Vaya... —murmuró con admiración Alicia.

—¿Vaya qué? —gruñí—. ¿Es que esto también te parece una puta pasada?

Ella se encogió de hombros. Yo me pellizqué el puente de la nariz y procuré contar hasta diez para no soltarle un guantazo.

Aquello ya era pasarse. Eso era ponerme a prueba con premeditación y alevosía.

—Se suponía que esto iba a ser un hotel rural —mascullé.

—¿Y qué hay más rural que una granja? —replicó mi ayudante con esa inocencia suya tan desesperante.

—Por Dios bendito...

Me iba a dar un ataque de ansiedad. El aire no entraba en mis pulmones con la misma facilidad que hacía un rato. Ese cabrón de Andre lo que intentaba era matarme.

El sitio en cuestión estaba bastante alejado del centro del pueblo, rodeado por un montón de árboles y prados de un verde brillante. Los alrededores eran preciosos, cierto, pero aquel caserón se caía a pedazos. ¿Dónde coño estaban los obreros y a qué habían estado dedicando su tiempo?

Caminé lo más rápido que pude con mis cuñas de esparto, pero, antes de los diez pasos, me torcí el tobillo por culpa de una piedra.

—¡Hostia puta, qué daño!

Alicia corrió hacia mí y me ayudó a levantarme. Por suerte, no parecía haberme hecho nada grave.

—¿No te has traído nada plano? —preguntó extrañada—. Vas a tener

problemas si insistes en...

—¡Cállate! —bufé, roja de ira—. Ni una palabra más.

Traté de recomponer mi orgullo herido y demostrar que no se trataba del calzado en sí, sino de la persona que lo llevaba. Y yo habría podido atravesar descalza hasta el mismísimo infierno. Si podía llevar tacones de quince centímetros durante doce horas seguidas, ¿cómo no iba a poder con cuatro piedras de mierda?

Me alejé airada y dejé atrás a Alicia para rodear la granja. Procuré memorizar cada grieta, cada enredadera que se había apoderado de cualquier manera de una fachada mugrosa y llena de humedades, cada problema que

tendría que solucionar.

Y entonces, mientras caminaba con la cabeza girada, sentí un golpe fuerte contra mi pecho, como si me hubiera chocado contra un muro. Caí de culo al suelo y me llené de barro hasta los codos.

—¡La madre que me parió!

Iba a seguir echando sapos y culebras por la boca, cuando me di cuenta de que no se trataba de ningún muro. Una vaca enorme estiró el cuello hacia mí e intentó olisquearme.

—¡Coño! —grité asustada—. ¡Quita, bicho! ¡Alicia! ¡ALICIA!

El animal no se asustó ni un poquito, sino que se puso a mugir y se interesó más en el color de mis bragas. Tenía el

hocico húmedo y sus pelitos me hacían cosquillas.

De repente, una mano tiró de mí con tanta fuerza que me puso de pie al primer impulso. Por un momento, creí que se trataría de Alicia y su descomunal potencia, pero me di de lleno contra el pecho firme de un hombre alto y corpulento de ojos color miel y barba de pocos días, que me miraba con una sonrisilla de suficiencia en los labios.

—Parece que a Matilda le has gustado —dijo en un alemán pausado, con voz grave pero suave.

Me quedé mirándolo con la boca abierta, todavía incapaz de pensar con claridad.

—¿Qué...?

El tío se apartó un poco, pero no me soltó del todo. Entonces me miró los pies.

—Esa no parece la mejor opción para pisar una granja.

Algo se activó de nuevo en mi cerebro.

—¿Y a ti qué coño te importa? Suéltame. ¿Y qué hace aquí una vaca?

Cuando Andre me había hablado de un antiguo terreno de su familia, no había sospechado que albergaría vida animal.

El chico alzó las cejas con sorpresa. No sabía si por mi brusquedad o por mi acento extranjero.

—No eres de aquí —afirmó.

—¿Acaso tengo pinta de ser de aquí?  
—bufé, tratando de sacudirme la ropa.

—Mejor no te digo de lo que tienes pinta —masculló y me miró de arriba abajo de nuevo con esa sonrisa irritante.

Estaba a punto de contestarle, pero Alicia apareció entonces con los ojos brillantes.

—¡Hay cerdos allí detrás!

—Y aquí delante también —murmuré yo y lancé una mirada envenenada al tiarrón de mi lado.

—Te he oído —susurró él.

—Me parece bien.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó mi ayudante al verme la ropa—. ¿Te has caído otra vez?

Una risita a mi izquierda.

—Alicia, querida, ¿por qué no te das otra vueltecita? —Alicia me miró algo sorprendida por que le hablara en alemán, pero yo había decidido que me esforzaría por dejar el español a un lado —. Busca al jefe de obra y dile...

—Creo que eso no será necesario — dijo el chico.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Aún sigues aquí? ¿Quién diablos eres tú y qué haces en esta propiedad privada? Alicia, haz lo que te digo.

Ella obedeció y mi salvador me miró fijamente antes de responder.

—Trabajar. —Alcé una ceja y me fijé en sus vaqueros y su camiseta azul marino, en sus manos llenas de cayos y algunos cortes. Y luego en su bonita

sonrisa y en su pelo corto de un color castaño claro que...—. ¿Te encuentras bien? —preguntó, agitando la mano delante de mi cara—. No te has dado en la cabeza, ¿no?

Apreté los labios y me peiné el moño con los dedos.

—Estoy perfectamente. Lo que quiero saber es quién eres exactamente y en qué estás trabajando, porque esto da pena.

—Soy Burke Fürmann, el jefe de obras. Estamos limpiando la zona y cuidando de los animales.

¿Aquel era el Burke del que me había hablado Andre de pasada? Al decirme que el jefe de obras era un antiguo amigo de la familia, me había esperado algo más parecido a un calvo de

cincuenta años que mascara palillos. Nada que se pareciera a... aquello.

—Creí que eso era lo que hacía un granjero, no un jefe de obras.

—Y yo creí que el capullo de Andre enviaría a alguien a encargarse de los animales para que nosotros pudiéramos empezar a arreglar esta pocilga de una puta vez.

Su descaro me dejó sin palabras, durante un segundo más o menos.

—¿Quién te crees que eres para insultar a Andre? ¿Y por qué lo llamas Andre? Es el señor Holbein, patán insubordinado.

Se echó a reír en mi cara.

—El señor Holbein tenía muy poco de señor la última vez que lo vi,

señorita...

—Vega. Raquel Vega.

—Raquel —repitió él, obviando el apellido.

Pronunció mi nombre con una perfección y una familiaridad que me paralizó un segundo. Como si lo hubiera pronunciado toda la vida y no como si fuera un alemán impertinente al que acababa de conocer.

Procuré recomponerme y mirarlo con frialdad.

—Señorita Vega para ti.

Como respuesta, se cruzó de brazos y sonrió abiertamente. Luego dijo:

—Señorita Vega, ¿se encargará usted de ordeñar a la vaca o de dar de comer a los cerdos?

—No seas impertinente, obrero —le advertí—. Yo estoy aquí para supervisar todo, no te confundas.

Se rascó la nuca un momento.

—Me parece que la confundida eres tú, señorita Vega —respondió, pasando a tutearme otra vez—. Si tú y esa pobre chica no nos ayudáis con la granja, no podremos avanzar al ritmo que desea tu querido señor Holbein.

—Pero eso no... —Sacudí la cabeza—. No es posible. A mí nadie me dijo nada de esto.

Si Andre hubiera querido que alguien se encargara de los animales, habría contratado a alguien del pueblo. Yo estaba allí para algo más, no podía rebajarme de esa forma.

—Me parece que el señor Holbein ha vuelto a hacer de las suyas —murmuró el tal Burke.

—¿A qué te refieres?

Suspiró como si estuviera cansado.

—A la ocultación de información. Ya te darás cuenta, tiempo al tiempo. Pero ahora, necesito que te pongas unos guantes y ayudes a recoger esos excrementos.

Puse los brazos en jarra.

—No pienso ponerme una mierda.

—Bueno, también puedes hacerlo así, tú misma. Al fin y al cabo, ya hueles fatal, pero te aconsejo usar los guantes si no quieres que se te metan entre las uñas.

—¿Cómo coño te atreves a hablarme

así? ¡Soy tu jefa! ¡Yo soy quien da las órdenes aquí! ¿Me has entendido? Coge a tus hombres y comenzad a cavar, picar, enyesar, ¡lo que haga falta!

Creí que iba a volver a soltarme una de sus réplicas burlonas, pero me lanzó una mirada helada y se dio media vuelta. Me fijé en su culo mientras se alejaba y sacudí la cabeza. No debía admirar nada que proviniera de un ser tan sumamente irrespetuoso e insoportable, de un paleta con aires de superioridad.

Volví al acceso principal de la casa, que no era más que una puerta de madera grisácea y podrida. Estaba entornada, así que entré sin más. Olía a humedad, a paja, a barro, a excrementos, a un montón de mierda junta que jamás

desaparecería de mi sedoso cabello. También había muebles antiguos cubiertos de polvo y manteles de ganchillo, un televisor pesado y viejo, y montones de figuritas de porcelana esparcidas por varias estanterías y vitrinas. Las lámparas eran de hierro forjado, las cortinas de un color verde vómito y el suelo de tablones de madera de los que sobresalían algunos clavos traicioneros.

—Madre mía...

Lo único que se salvaba eran los enormes ventanales con vistas al jardín, junto a los que se podrían poner unas mesitas monas para que los huéspedes pudieran comer.

La granja era un desastre, pero debía

reconocer que tenía posibilidades, aunque empezaba a creer que ese mes que me había prometido Andre iba a multiplicarse por tres. Nos quedaba muchísimo trabajo por delante.

Burke entró por la puerta con cuatro obreros, me miró un momento y pasó por mi lado como si no fuera más que otro mueble antes de comenzar a dar órdenes a sus muchachos.

Carraspeé en voz alta, esperando que me presentara, pero no me hizo ni puto caso.

—Buenos días, chicos —dije entonces, pero nadie se giró—. ¡He dicho buenos días!

Dejaron las manos quietas y por fin me miraron. Y yo entonces me fijé en

ellos de arriba abajo: dos gemelos barbudos de dos metros con greñas castañas y unos ojazos verdes que impresionaban bastante, y que se presentaron en voz baja como Kai y Axel. No parecían gran cosa, excepto por el tamaño, pero bajo esas pintas de vagabundos se intuía un buen material. La leche de las vacas de Gewächshäuser debía ser de una calidad impresionante si los hombres alcanzaban esas alturas y sus músculos ese tamaño.

Bueno, para ser justa, si seguía ese criterio, a los otros dos tipos los debía de haber amamantado una gata. Eran canijos y de estatura media. Uno de ellos llevaba unas gafas más grandes que su cara. No tenía ni idea de cómo

podía aguantarlas con su cuerpecito enclenque ni de cómo se suponía que cogería una sierra o un martillo.

No abrieron la boca, pero como sus nombres me interesaban más bien poco, decidí presentarme yo.

—Soy Raquel Vega, vuestra supervisora y la encargada de que todo esto salga bien. Así que, espero de vosotros compromiso y que entre todos podamos...

—¡Ya habéis oído! —gritó Burke, seguramente para interrumpirme a propósito—. ¡A trabajar!

No pude soportar tal falta de respeto, así que me acerqué a grandes zancadas y lo agarré del codo para apartarlo del resto. Me siguió sin inmutarse.

—Escucha, imbécil, que sea la última vez que me haces eso.

—¿Hacer qué? —preguntó con fingida inocencia—. Creí que querías que la holgazanería se acabara.

—Y eso es lo que quiero, pero...

—Pero nada, princesa —replicó—. Haremos nuestro trabajo, pero te advierto de que no volveremos a ocuparnos de los animales ni de nada que no tenga que ver con usar un martillo, ¿me has entendido?

Se zafó de mí y volvió a dejarme sin palabras. ¡A mí! ¡A alguien que siempre tenía algo que decir! Ese tío iba a resultar más pesadilla que el puñetero pueblo en sí.

Traté de calmarme mientras veía el

resto de la casa, mientras me horrorizaba con eso a lo que alguien se había atrevido a llamar cocina, pero que no era más que un par de fogones y una pila. Subí las escaleras, suplicando en mi interior encontrarme con algo más decente.

Lástima. No pudo ser. Había ocho habitaciones, a cada cual más horrible y siniestra.

—Vale, Raquel, tranquila —me dije en voz alta—. Esta es tu especialidad. Solo necesita una mano de pintura, cortinas nuevas y una limpieza a fondo. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo.

Me lo repetí unas cuantas veces. Sí, claro que podía hacerlo, pero ¿a cambio de qué? Yo no me había apuntado para

aquello.

Pensándolo bien... ¿para qué coño me había apuntado? ¿Para satisfacer a Andre? ¿Para impresionar a su padre? ¿Para demostrarle a todo el mundo que podía con cualquier reto que se me planteara? Porque Raquel Vega nunca fracasaba. Jamás.

Bajé de nuevo y salí al exterior para buscar a Alicia. Me la encontré acariciando a un cerdo enorme como si fuera un dulce perrito.

—¿Qué haces? —pregunté asqueada.

—¿No te parece precioso?

Alcé una ceja. ¿De verdad insistía en seguir con ese tipo de preguntas? Esa chica parecía tonta.

—Oye, necesito alejarme de aquí un

rato —le dije—. Quiero limpiarme, pensar, quizás comer algo.

—Voy contigo —anunció y se puso en pie.

—Lávate las manos y acepto.

Se miró un segundo las palmas y volvió a levantar la cara con una sonrisa.

Empezaba a envidiar un poco su sencillez, su facilidad para adaptarse a los cambios. ¿Por qué no se había quejado ni una vez desde que habíamos llegado? Aunque le gustara la naturaleza, aunque le gustaran los animales, ¡era imposible que le gustara esa peste horrible!

Cuando ya estábamos listas para partir, caí en la cuenta de que no

teníamos medio de transporte. Nos había acercado de nuevo un lugareño, esta vez un señor amable en su furgoneta, a falta de un buen taxi o un simple autobús.

Me acerqué a los obreros.

—¿Alguien puede llevarnos al pueblo? Queremos comer.

Todos miraron a Burke, quien dejó el martillo colgando de una mano, y con la otra se limpió el sudor de la frente.

—Lo siento, princesa, pero estamos trabajando y nuestra jefa es una borde.

Lo dijo como si le jodiera no poder hacernos el favor.

—Pues aún no has visto nada, granjero —espeté y me di la vuelta para salir de la casa seguida por Alicia y mi orgullo.

Sentía tanta rabia y frustración, que no se me ocurrió hacer otra cosa que llamar a Andre para quejarme, para exigir una explicación para esa trampa a la que me había enviado.

—¿Diga?

—¿Se puede saber dónde cojones me has metido, cariño? —pregunté en tono frío, helado, tan cabreado que le habría pateado el estómago de haber podido.

—¡Raquel! —exclamó en un susurro, como si le sorprendiera escucharme. ¿Es que no tenía mi teléfono guardado en la agenda o qué?—. Qué alegría.

No parecía alegrarse en absoluto.

—¿Por qué susurras? —pregunté extrañada—. ¿Estás en una reunión?

—¿Eh? Sí, sí, ahora no puedo hablar,

amor. Te llamaré pronto.

—¿Cómo de pronto? ¡Me has enviado a un pueblo alejado de la mano de Dios en el que estoy incomunicada y sin un medio de transporte!

—Tenéis transporte en la granja —me soltó. Ah, ¡así que ahora era una granja! Se le había olvidado ese pequeño detalle el otro día.

Y me colgó. El muy hijo de puta me colgó.

—¿Qué transporte? —pregunté, desesperada, aunque ya no pudiera oírme.

La respuesta llegó de mano de Alicia, que apareció arrastrando una bicicleta antigua con el manillar pelado.

—Ahí detrás hay otra para ti.



# Capítulo 4

Llegué sin resuello, a trompicones y de peor humor que nunca. La idiota de Alicia ya me estaba esperando con ese aire despreocupado del que no parece tener nunca problema con nada. Cómo me reventaba la gente que se creía feliz.

—Ah, ya estás aquí.

No me gustó ese tono. Como si llevara horas esperándome, tranquila y recuperada, mientras yo ponía a prueba la resistencia de mis pulmones. Ni siquiera me molesté en aparcar la bici, sino que la dejé caer al lado de la acera.

—¿No vas a...? —preguntó Alicia, señalando ese medio de transporte

maldito.

Como vio que no le contestaba (entre otras cosas porque no podía), la cogió ella misma del manillar para colocarla junto a la suya. Sin saber muy bien por qué, aquel gesto me sentó como una patada en el hígado. De algún sitio conseguí sacar fuerzas para arrebatársela el dichoso manillar y estamparla contra una farola.

—¡A tomar por culo la bicicleta!

Alicia decidió no insistir y yo rompí a toser por culpa del picor de garganta. Cuando me hube recuperado, me alisé la falda y me peiné con los dedos. No quería ni imaginarme la pinta que tendría después de viajar durante más de tres cuartos de hora por un pedrerío

insufrible, subida a esa porquería de dos ruedas, con falda de tubo y cuñas en los pies. No se lo habría deseado ni a mi peor enemigo. Excepto a Andre. A él quizás le habría metido la bici por el culo.

Sin pensarlo más, entré en el dichoso restaurante.

De nuevo, volvía a sorprenderme la facilidad con la que atribuían en aquel pueblo términos tan sencillos como «casa», «autobús» o «restaurante» a sitios que deberían llamarse «pocilga», «cafetera» y «antro».

—¿Seguro que es este el restaurante?

Era un sitio oscuro con algunos lugareños que coleccionaban vasos a lo largo de una barra. Detrás de esta, un

tipo con cara de pocos amigos que contrastaba bastante con la mujer que sacaba los platos de comida, pues ella sonreía tan exageradamente que casi me dolían a mí las mejillas. La única ventana, aunque bastante grande, de nada servía con esas cortinas marrones que tapaban casi toda la luz. En el techo, había encendida una de esas horribles lámparas/ventilador y, a pesar de todo, el sitio estaba abarrotado de gente. Granjeros y camioneros en su mayor parte, por lo que pude deducir. Charlaban, reían y se daban palmadas en la espalda.

—No hay otro en todo el pueblo —respondió Alicia encogiéndose de hombros.

Inspiré hondo y cuadré los hombros, ignorando las miradas que empezaron a clavarme sin sutileza ninguna aquellos paletos.

—Vale, está bien. Al menos huele bi...

Me callé de golpe.

—¿Qué pasa? —quiso saber Alicia.

Pero yo solo trataba de no ahogarme con mi propia rabia.

—Ese cabrón hijo de puta es lo que pasa.

Me acerqué a grandes zancadas, con los puños apretados y tratando de canalizar todo mi odio antes de montar un numerito. No era la clase de persona a la que le gustaba hacer el ridículo o parecer maleducada.

—Espero que te atragantes —solté al llegar hasta la mesa en cuestión. Bien. Eso no había sido del todo maleducado —. ¿Me has oído, gilipollas? —insistí.

Vale. Eso no era lo que se dice amable, pero al menos aún no gritaba.

El idiota de Burke dejó de masticar un segundo para mirarme a la cara, sonreír y, acto seguido, seguir engullendo un filete gigantesco y sangriento de alguna pobre vaca.

Aquella reacción era lo que me faltaba. Sentí un «clic». No, lo escuché claramente. Algo se me activó en el cerebro.

—¡Deja ya de comer! —le grité y le arrebaté el tenedor de la mano para dejarlo sobre la mesa con un golpe.

—Ah, princesa, estás aquí —contestó como si nada. Luego miró a mi derecha —. Alicia.

Ella sonrió abiertamente antes de toparse con mi mirada asesina.

—Voy a... —Alicia no acabó la frase y se dirigió a la barra.

—No deberías tratarla así —se atrevió a decir Burke.

—Y tú no deberías meterte donde no te llaman. ¿Me vas a explicar qué coño estás haciendo aquí?

Él alzó las cejas.

—Creía que las chicas de ciudad erais más inteligentes. He venido a comer.

—¿Comer? —Arrugué la nariz—. Eso lo hacen las personas. Tú lo que hacías

hasta hace un momento era devorar la carne como un perro sarnoso.

—¿Tiene que ser sarnoso?

—No me cambies de tema —le dije, tomando asiento en frente y bajando un poco la voz—. Sabías que buscábamos un restaurante, te has negado a traernos porque tenías que trabajar, y ahora te encuentro aquí.

—No sé cómo lo hacéis los robots, pero los perros sarnosos necesitamos parar de vez en cuando y comer algo.

—Lo que te vas a comer va a ser una mierda como sigas por ahí. No pienso pasarte ni una, ¿me has entendido?

—¡Guau! —Asintió con la cabeza.

No había nada que odiara más que la sensación de que no me tomaban en

serio. Sobre todo, si se trataba de alguien que debería obedecer todas mis órdenes.

Me levanté y fui en busca de Alicia. Necesitaba comer y una ducha para recuperar mi confianza. Estaba tan cansada y asqueada que no me veía con fuerzas para seguir discutiendo.

—¿Nos dan ya una mesa o qué? — espeté al llegar.

—No les queda ninguna.

Eché un vistazo alrededor y comprobé que, efectivamente, todas las mesas estaban ocupadas.

—Asco de pueblo —murmuré en español. Entonces mis ojos se toparon otra vez con los de Burke, que me observaban atentamente con una ceja

levantada.

Entendió lo que pasaba, alzó el brazo y llamó al camarero.

—¡Pueden sentarse aquí!

¿Qué? No, no, no. Por supuesto que no.

—¡Genial! —exclamó Alicia antes de que yo tuviera tiempo de negarme en voz alta. Mierda.

—¿No ponen comida para llevar? —pregunté como última opción.

—Señorita, esto no es un McDonald's.

—Ah, ¿pero ustedes saben lo que es un McDonald's? —contraataqué a ese hombre impertinente.

Frunció los labios, molesto, pero no le dio tiempo a responder, pues Alicia

ya me arrastraba de nuevo hacia la mesa de Burke, quien nos había conseguido una silla extra.

—Muchas gracias —soltó Alicia—. Menuda suerte que tú estuvieras aquí.

—Uy, sí. Gracias a Dios —mascullé.

—Aquí somos gente sencilla y un poco bruta, pero generosa. Ya lo iréis descubriendo.

Recordé al paleta de la furgoneta que me cargó como un saco el primer día. Sí que era bruto, pero también resultó ser generoso, para qué mentir.

—Lo que no sois es humildes, por lo que veo.

Burke se encogió de hombros y se comió el último bocado de carne. Luego pidió un café. Alicia cogió un cubre

manteles de papel en el que venía la carta.

—Todo tiene una pinta buenísima.

Yo no hacía más que leer «filete», «alas», «muslos» y «estofado».

—¿Es que no tenéis ensaladas? Sois de campo, deberíais ofrecer algo de verduras.

—No me digas que vas a comerte solo una ensaladita.

—Raquel es vegetariana —respondió Alicia por mí. Ignoraba cómo sabía ella eso.

Burke alzó mucho las cejas.

—¿En serio? Eso explica la cara de asco que tienes desde que has llegado. ¿Odias el olor a carne? ¿Es eso?

—Pues no —respondí de mala gana

— Lo que odio es intoxicar mi cuerpo. La cara de asco ha sido por otra cosa.

Esbozó esa sonrisa socarrona que empezaba a conocer. Tuve la certeza de que había pillado mi indirecta.

—Así que lo que te mueve no es la indulgencia, sino una moda.

—¿Qué moda?

—Ahora se lleva comer sano y todo eso. Y lo entiendo, de verdad, pero un buen filete de vez en cuando no mata a nadie.

—Excepto a la vaca.

Levantó las palmas de las manos.

—Vale, ahí me has pillado.

Ahora fui yo la que sonrió un poco, pero en cuanto me di cuenta traté de recomponerme. No quería que creyera

que bajaba la guardia. A mí no me iba a impresionar con su sonrisa de tío bueno.

—Vaya, Burke... Qué bien acompañado te veo.

Levanté la vista y descubrí a una camarera alta, rubia, delgada y con un botón desabrochado de más. Aquella chica era la versión que yo tenía en mi cabeza de una alemana escultural. Algo así como una Claudia Schiffer, pero sin glamour. Claro que tal vez fuera por el horrible delantal que llevaba, que era más feo que pegarle a un padre.

De repente, recordé el aspecto desastroso que yo debía tener y me sentí vulnerable.

—Raquel, Alicia, esta es...

Me fijé en su piel de porcelana y su

cabello sedoso. Lo que habría dado en aquel momento por un baño caliente y mi champú regenerador.

—¿Raquel? —La voz de Burke se abrió paso.

—¿Eh?

—¿Te encuentras bien? —preguntó la camarera sin nombre. Ni siquiera lo había escuchado, pero para mí sería siempre Claudia.

—Sí, sí, perfectamente. ¿Quién te arregla el pelo? —pregunté sin tapujos. Sus ondas doradas parecían naturales, pero yo sabía que había un trabajo detrás.

Ella sonrió satisfecha y se pasó la melena por encima del hombro.

—Lo hago yo misma —dijo con

orgullo—. ¿Por qué?

—Porque algún día necesitaré ir a una peluquería y tengo miedo de lo que pueda encontrar. ¿Me peinarías tú? Te pagaré.

Miró a Burke algo extrañada y luego asintió.

—Sí, claro, no hay problema.

—Genial —celebré—. Y ahora dime que tenéis algún tipo de verdura en el menú y prepárate para verme llorar de alegría.

—Bueno... Tenemos legumbres, alguna ensalada y hoy unas judías verdes con un poco de...

—Estupendo. Lo que sea, pero que no tenga carne.

—Vaya, princesa, a eso lo llamo yo

tenerlo claro en la vida.

Claudia frunció ligeramente el ceño y miró a Burke. Me dio la impresión de que no le había gustado ese «princesa».

—¿Y de qué os conocéis? —preguntó sin poder aguantar más su curiosidad.

—Soy su jefa —aclaré de forma clara y directa.

—Pero no eres de aquí —observó.

—Obviamente —dije—. Soy de Barcelona.

De la maravillosa, moderna y cómoda Barcelona.

—¿Y te quedarás mucho tiempo? —insistió Claudia y eludió mi mirada para posar la suya en el bloc de notas que llevaba.

Vaya, vaya... Así que era ella la que

me veía como una amenaza a mí. Tendría que haberme visto cuando llegué y todavía conservaba el olor de la gran ciudad.

—Espero que no —confesé sin pudor—. Unas semanas.

Su suspiro de alivio no me pasó inadvertido. Qué mona. Estaba colada por el paleta machote y temía que la lagarta de ciudad se lo arrebatara. «Espera sentada, Barbie».

—Ah, genial. Pues espero que tu estancia sea agradable.

—Va a ser épica —intervino Burke—. No hay más que verla.

Nos quedamos mirándonos un momento, como si nos retáramos a apartar la mirada. Él se aguantaba la

risa, yo deseaba fulminarle allí mismo.

—Yo tomaré el pollo —intervino de repente Alicia.

Burke y yo la miramos como si acabara de aparecer de la nada.

—¿Qué? Tengo hambre.

Fue tan espontáneo, natural e inocente que no pudimos hacer otra cosa que echamos a reír. Esa chica tenía sus puntos.

Claudia no debió de verle la gracia, porque se dio media vuelta sin decir ni pío. Pobrecilla, tal vez un día tendría que explicarle que yo jamás me fijaría en alguien como Burke.

—Bueno, chicas, ¿y cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó el susodicho.

—En bicicleta —contestó Alicia con la boca llena de un trozo de pan de los que habían servido a Burke y no había tocado.

—¿Ella también? —continuó él, señalándome a mí—. Porque parece que acaba de atropellarla un tractor.

—Esto, ¿hola? Estoy aquí mismo —repuse molesta.

—Sí, ya te veo. Y te huelo —añadió. Abrí mucho los ojos.

—¿Perdón?

—Estás perdonada, princesa, no te preocupes. No eres la única por aquí con una camisa sudada.

Bueno, aquello ya era el colmo.

—Eres... Eres... —Estaba a punto de atragantarme—. Insufrible.

Joder, qué mierda de réplica. Que esa puñetera Barbie me trajera la maldita comida de una vez, que yo ya no daba ni una.

Burke soltó una risita y se levantó con su camiseta sin sudar.

—Bueno, chicas, uno que se larga.

—Menos mal —repuse con malicia en voz alta—. Ya creía que se me iba a indigestar la comida.

El tío se puso una camisa por encima y me ignoró por completo. Se dio media vuelta sin despedirse y yo aproveché para acercarme a Alicia.

—¿De verdad huelo a sudor? —le pregunté en voz baja.

—Yo qué sé. A mí ahora mismo solo me llega el olor del guisado de ese tío

—repuso, señalando con la barbilla al de la mesa de al lado.

—Necesito una ducha —murmuré mientras me olisqueaba la axila izquierda con disimulo—. Odio oler a sudor.

Di un respingo cuando escuché la voz de Burke junto a mi oído.

—Pero es sudor de princesa —susurró con voz ronca—. Y ese no está tan mal, te lo aseguro.

# Capítulo 5

El sonido más desagradable del mundo me despertó de golpe.

—¡Me cago en la puta!

El corazón me había subido por el pecho hasta la garganta. Por un momento, la visión horrenda de unas cortinas grises llenas de manchas me pareció una maldita pesadilla. Lo genial fue cuando me di cuenta de que en realidad estaba despierta y ese mal sueño no era más que la realidad más absoluta.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Alicia apareció tras mi puerta con unas pintas más desastrosas que de

costumbre. Su melena brillante se había enredado en ciertos puntos, lo que la hacía parecer un nido de pájaros. Por lo demás... Bueno, no se podía decir que su pijama difiriera mucho de su atuendo para salir a la calle. Camiseta ancha y pantalones oscuros. Menuda sorpresa.

—¿Se puede saber qué coño ha sido eso? —pregunté.

Alicia frunció el ceño y apuntó con el pulgar hacia la ventana.

—¿Te refieres al gallo?

—Ah, que tenemos gallo.

—Sí, ¿no te parece genial? Ya no necesitamos despertador.

Resoplé.

—¿De verdad tengo cara de que me parezca genial? Eso no es un

despertador, es la llamada del Apocalipsis.

Ella se rió con naturalidad.

—Qué exagerada eres siempre. Ya te acostumbrarás.

Me dejó con la palabra en la boca, porque se dio media vuelta y se largó, sin importarle que me dejara con la réplica preparada.

—Estúpida... —mascullé. ¿Cómo era posible que me exasperara tanto su indiferencia? No, no era indiferencia en realidad. Era una obsesión enfermiza por buscarle el lado positivo a todo.

Cuando fui a ponerme en pie, me arrepentí de inmediato.

—Ah, joder...

Agujetas. Ni siquiera recordaba la

última vez que las había tenido. Si por algo seguía una dieta estricta, era para evitar tener que echar el hígado haciendo ejercicios insufribles. Me dolían las piernas, el culo e incluso las pestañas. Definitivamente, no pensaba coger una bicicleta durante el resto de mi vida.

Ese era el motivo principal por el que había decidido que nos instaláramos en la granja. Nada de medios de transporte, nada de pueblerinos, nada de hacer el gilipollas a dos ruedas. Desde allí podría vigilar de cerca a esos obreros holgazanes y supervisar cada reforma que se hiciera sin tener que preocuparme por volver a la posada cochambrosa antes de que las luces del pueblo se

apagaran. ¿Ir en bicicleta de noche? Y una mierda.

Rebusqué en la maleta como pude y cogí mi batín de seda para envolverme con él. Hacía bastante frío en ese caserón enorme y deshabitado. Además, el octubre de Alemania no se parecía en nada al octubre de España.

Eché un vistazo a mi alrededor y suspiré; me esperaba un día larguísimo por delante.

Desnudarme para meterme en la ducha fue una odisea. Frío, dolor de músculos, miedo a rozar cualquier parte de mi cuerpo con algún milímetro de esos azulejos... Y cuando por fin estuve bajo la alcachofa, abrí el grifo del agua caliente, pero resultó que el chorro no

siguió su curso normal hacia abajo, sino que pareció buscarme a mí especialmente. Grité tan fuerte que apenas me quedó aire en los pulmones. El agua estaba tan congelada que pude sentir cómo mis piernas depiladas se llenaban otra vez de pelitos de punta. Traté de atinar para cerrar de nuevo el grifo mientras contenía con la mano libre el chorro que se había ensañado con mi cara y deseaba que el agua caliente apareciera de una puta vez.

No hubo suerte en esto último, pero al menos logré cerrar el grifo.

Alguien derribó entonces la puerta de un empujón, yo volví a gritar por el susto y luego por reconocer al hombre que me miraba con los ojos como platos.

Burke.

—¿Estás bien?

—¿Qué coño haces? —bramé, tratando de taparme con las manos mis zonas íntimas y congeladas. Podría haber cortado cristales con mis pezones. Me reía yo de los diamantes. Podría haber robado alguna joya valiosa custodiada por el mejor vidrio laminado valiéndome únicamente de mis tetas.

¿Por qué no había cortinas? ¿Por qué la toalla estaba tan lejos?

—¡Lo siento! —El tío se dio la vuelta pero siguió allí plantado—. Creía que te habrías caído o algo así. ¿Estás bien?

—¿Cómo voy a estar bien? ¡Estoy desnuda y tú sigues aquí!

—Vale, vale, perdón —se disculpó

otra vez y buscó a tientas el pomo de la puerta para cerrar sin volver a girarse.

—¡Espera! —grité—. ¡No mires!

Se puso la mano a modo de visera y se giró otra vez, posando la vista en sus zapatos.

—¿Y ahora qué? ¡Aclárate!

—¿Podrías pasarme la toalla? Un poco más a la derecha —le indiqué al ver que estiraba la mano—. Más arriba. No, ahora te has pasado. Baja. Más. Un poco más.

—¡Esto es ridículo! —se quejó.

Al final dio con la toalla y me la lanzó a la cara. Me la enrosqué a toda prisa.

—Ya puedes mirar.

Y lo hizo. Más de la cuenta, a mi

parecer.

—Tampoco te recrees —le advertí.

—No seas tan arrogante. No tienes nada que no haya visto antes —dijo con ese tono socarrón suyo.

Imbécil.

—¿Por qué sale el agua fría? —volví al tema que realmente me preocupaba.

—La caldera está estropeada.

Alcé mucho las cejas al verlo tan impasible.

—¿Y piensas arreglarla o...?

—Ya he pedido la pieza que falta —me informó—. Tardará al menos dos días más.

—¿Y cómo se supone que tengo que ducharme? —pregunté indignada.

—¿Con agua fría? Es buena para la

circulación.

—No pienso coger una pulmonía, yo no soy una cabrera de las vuestras. Búscame una solución ya.

Se dio la vuelta, bajó las escaleras y lo escuché trastear en la cocina. Esperé pacientemente, convencida de que estaría ingeniándose las para arreglar la dichosa caldera, para hacer un apaño aunque fuera temporal. Y pensé en que aquella mierda solo iba de mal en peor, en que ya no había nada que pudiera sorprenderme en aquel sitio o de aquellas personas. Pero entonces Burke volvió con una cacerola enorme y me la entregó.

—Disfruta de tu baño, princesa.

Obviamente, bajé sin ducharme y con

el frío todavía metido en el cuerpo. Solo había café, pero aquello me bastaba para ponerme en marcha. Ya encargaría más tarde a Burke o a algunos de sus hombres que nos trajeran algo de comida. Pensaba llenar la despensa lo suficiente como para no tener que preocuparme por relacionarme con los lugareños constantemente. Tal vez Alicia podría acompañarlos y asegurarse de que no se entretenían bebiendo aguardiente, esquilando ovejas o lo que cojones fuera que hicieran en ese pueblo para divertirse.

El estúpido de Burke entró por la puerta de la cocina, me arrebató la cafetera y se dispuso a servirse en una taza como si estuviera en su propia casa.

—Una ducha y café. Ahora sí son buenos días, ¿eh?

—Ni son buenos, ni me he duchado. Y, por cierto, esta no es tu casa.

—Ni la tuya —observó, tomando un sorbo de café.

—Pero es la casa de mi... de Andre —me corregí de inmediato.

Él alzó una ceja y yo evité sostenerle la mirada más de la cuenta. No tenía ni idea de por qué no había dicho «mi novio». Al fin y al cabo, ¿acaso iba a llamar ese idiota al señor Holbein o a alguien del hotel para contárselo? Dudaba incluso de que tuviera teléfono móvil.

—¿Sabes, señorita Vega? En Gewächshäuser tenemos un dicho: «una

casa es de quien la mantiene viva».

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que tu... Andre no ha pisado este suelo desde hace más de quince años —dijo con lo que me pareció rencor acumulado—. Yo soy quien estuvo con la difunta Marga hasta el final.

La abuela materna de Andre. Burke debía de ser un buen amigo de la familia para tomarse esas confianzas.

—Ya, eso es muy tierno, pero resulta que ese dicho no tiene ninguna validez legal, así que te sugiero que aprendas cuáles son tus límites.

—Yo te sugiero lo mismo —dijo, señalando mi camisa desabotonada. ¡Mierda!—. Te recuerdo que estás en

una casa rodeada de hombres rudos y primarios. Una gallina de ciudad puede alborotar todo el corral.

Me abroché los botones de mala gana y me dispuse a calentar algo de agua para lavarme. La risa burlona de Burke se me clavó en los tímpanos mientras se largaba.

—Será cretino, el muy...

Dejé la olla en el fuego y salí en busca de Alicia. La encontré en la parte de atrás, dándole de comer a las gallinas.

—¡Raquel! —saludó eufórica al verme—. ¡Fíjate cuántos huevos!

Había una cesta llena a su lado. Las gallinas correteaban ansiosas mientras ella iba espolvoreando el pienso por

todo el corral.

—Estupendo —celebré de mala gana—. Ya tenemos para hacer café y tortilla. Mi suerte empieza a cambiar.

Ella sonrió abiertamente y yo reprimí las ganas de pisar toda la puñetera cesta.

—Si quieres, puedes ponerte a recoger eso de ahí y luego...

Me había largado antes de que terminara la frase. Volví a por mi agua caliente, ansiosa por mojarme la cabeza y aclararme las ideas de una vez. Necesitaba esa ducha con urgencia y trazar un plan. Luego todo iría mejor. Solo tenía que establecer puntos concretos, objetivos a corto plazo que iría cumpliendo hasta conseguir que ese sitio resultara habitable para los

humanos.

—¿Va a cocinar algo, señorita? — preguntó un obrero sorprendido.

Era uno de los chicos de estatura normal, de unos veintitantos, moreno y delgado, que llevaba una camisa de cuadros rojos y negros arremangada.

—No, voy a darme una ducha. ¿Algún problema?

—Bueno, no... Es solo que... ¿No le sería más fácil utilizar el agua caliente de la ducha?

—¿Acaso crees que soy imbécil? — pregunté sin saber muy bien a qué venía esta conversación—. Ya sé que la caldera está estropeada. No voy a caer en ese truco.

—¿Estropeada? Qué va. Lo que está

es apagada. —Entró en la estancia y abrió un armario bajo el fregadero. Toqueteó algo y sacó la cabeza para abrir el grifo—. ¿Ve?

Entorné los ojos, algo escéptica, pero terminé metiendo la mano bajo el chorro de agua. La quité de inmediato porque estaba ardiendo. ARDIENDO.

—¿Pero qué...?

—De nada, jefa —dijo antes de marcharse.

Le debía un agradecimiento, desde luego, pero antes tenía que ajustar algunas cuentas. Vacié la olla y la volví a llenar con agua helada. Salí afuera, busqué a Burke y lo encontré asegurando la valla de madera que rodeaba los alrededores de la casa. Cargué gustosa

con el peso hasta su posición. Cuando llegué, dejó de machacar los clavos y se limpió el sudor con el dorso de la mano. Sonrió.

—¿Qué? ¿Ya tienes tu agua caliente?

Mi respuesta se tradujo en echarle toda el agua por encima.

—¡Mierda! ¡Está helada! —bramó—.

¿Es que te has vuelto loca?

—Te he visto acalorado —expliqué impasible, apoyando la olla en mi cadera.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? —continuó gritando histérico mientras se escurría el agua de la ropa. La temperatura aún era demasiado baja, pues al sol no le había dado tiempo a calentar el ambiente todavía, así que era

muy probable que aquel inepto pillara, como mínimo, un resfriado.

En lugar de responderle, me giré hacia el tío que me había advertido de que la caldera funcionaba perfectamente.

—Muchas gracias. Puedes tomarte la tarde libre.

Mi premio era excesivo, pero solo quería joder al gilipollas de Burke, que miró a su chico con cara de pocos amigos, como si lo hubiera traicionado.

—Esto... Gracias, jefa —dijo el otro y apartó la mirada, todavía algo confuso.

El tipo fingió que tenía algo muy importante que hacer en otro sitio de la casa, así que se alejó, probablemente tratando de evitar que le cayera una buena bronca de su húmedo encargado.

—Esto no va a quedar así, princesa —me aseguró Burke, sin una pizca de humor. Sus ojos brillaban con la amenaza, pero yo solo podía sonreír con la satisfacción más absoluta.

—Oh, venga, no te enfades —dije con un tono fingidamente inocente—. Tú me acusas de que huelo a sudor, yo procuro que tú no pases por lo mismo. Deberías darme las gracias.

Ahora fue él quien sonrió con malicia. Se quitó la camisa empapada y la escurrió con fuerza hasta que no quedó ni una gota de agua. Luego la colgó en la valla y se peinó el pelo hacia atrás, salpicando a su alrededor. Estaba increíblemente sexy con su camiseta de tirantes pegándose a sus abdominales

como una segunda piel.

Comencé a enumerar mentalmente sus evidentes cualidades, hasta que una vocecita interior me recordó que yo, en realidad, odiaba a ese tío. Que estuviera bueno no significaba que me gustara.

De repente, lo sentí tan cerca que casi me sobresalté. ¿Cuándo había echado a andar hacia mí?

—Creo que te he subestimado, Raquel.

Burke olía a hierba con el punto metálico de las herramientas y el sudor. Para ser sincera, no me disgustó en absoluto.

El pulso se me había acelerado notablemente, pero esperaba que él no se hubiera dado cuenta. Así que cuando

respondí, lo hice mirándole a los ojos y sin bajar la cabeza ni un ápice.

Me humedecí los labios, saboreando mi pequeño triunfo.

—Pues ahora ya lo sabes —repuse con voz premeditadamente sensual—. A esto sabemos jugar los dos, granjero.

Y vaya si iba a jugar.

# Capítulo 6

Me despertó un ruidito de lo más curioso que no tenía nada que ver con el gallo. Con los ojos medio pegados por las legañas, desubicada y agotada, consulté la hora en el móvil. Al parecer, no nos podíamos fiar del gallo. Ni despertador, ni mierdas. Ese bicho trastornado cantaba cuando le daba la gana. Nos taladraba los tímpanos y ni siquiera servía de nada.

Un gruñidito me sobresaltó. Cuando me incorporé en la cama, me encontré con una sorpresa que no esperaba.

—¿Pero qué...?

El culo enorme y rosado de un cerdo

me dio los buenos días. Y, por si eso no fuera lo suficientemente traumático, comprobé que estaba metiendo el hocico en mi maleta abierta.

Dios, ¿es que no podía salirme bien nada en ese estúpido pueblo?

Estiré la pierna y le di varios toquecitos con el calcetín.

—¡Oye! ¡Quita de ahí, Porky!

Él gruñó más fuerte pero no se apartó. Yo me puse en pie y me llevé las manos a la boca.

—¡Mi ropa! ¡Alicia! ¡Alicia!

Jamoncín la había mordido, meado y cagado. En un arranque de rabia, me acerqué para espantarlo con mis propias manos, pero su reacción me dejó claro que no quería ser molestado mientras

digería mis bragas.

—Eh, tranquilo, amigo... Yo estoy de tu parte, ¿sabes? No como jamón, ni morro, ni esas pezuñas repugnantes que tienes. Soy vegetariana.

Levanté las manos y me alejé a pasos lentos, sin darle la espalda. Luego salí de la habitación y cerré la puerta, dejándolo dentro. No sabía lo agresivo que podía resultar un cerdo. Aunque tenían pinta de parecer inofensivos, sospechaba que podían convertirse en bestias carnívoras ansiosas por tus dedos.

Bajé las escaleras para exigir explicaciones o hacer rodar cabezas, que en este caso era lo mismo.

—¿Se puede saber quién me ha

metido un cerdo en mi habitación?!

Grité. Y mucho. A nadie en particular. A todos, en realidad.

—Vaya, alguien se ha levantado con el pie izquierdo —dijo una voz irritablemente conocida—. Otra vez.

Busqué a Burke en la sala y lo encontré hojeando un periódico.

—Has sido tú —lo acusé.

—¿He sido yo? —preguntó haciéndose el tonto—. No sé de qué estás hablando.

—¡De ese maldito cerdo que se ha comido toda mi ropa! Tú me lo has metido en la habitación.

Enarcó una ceja.

—Raquel, creo que deberías cambiar de almohada. No debes descansar bien

por la noche, tienes mala cara.

Gruñí, grité y le arrebaté el periódico para estampárselo en la cara.

—¡No me vengas con esas!

—¡Eh, eh, eh! ¡Quieta! —Se hizo de nuevo con el periódico y lo apartó de mi vista—. ¿Por qué me culpas a mí de que un pobre animalito desorientado se haya colado en tus aposentos, princesa? Estás en el campo, esas cosas pasan.

—¡Claro! El cerdo ha metido la llave en la cerradura, ha entrado en casa y luego ha subido las escaleras para girar el picaporte.

Lo que más me jodía era que siguiera burlándose en mi cara. Estaba claro que había sido él, coño.

—Repito: esas cosas pasan —volvió

a decir con tranquilidad.

—Necesitabas vengarte por lo del agua, ¿no? Querías demostrar que nadie puede quedar por encima de ti. ¡Pues ya puedes largarte de esta casa!

—¿Me estás echando?

—¡FUERA! No quiero volver a verte en mi vida.

Me aguantó la mirada un momento y se puso en pie.

—¿Estás segura? Porque te advierto de que, si yo me voy, mis chicos también.

—¿Que si estoy segura de prescindir de esa panda de vagos? ¡Por favor!

—Está bien —respondió alzando las manos y recogiendo sus cosas—. Pero ponte cómoda, princesa, porque me

parece que vas a pasar aquí una buena temporada.

—¿Y eso por qué? —pregunté de mala gana, tratando de no sonar aterrorizada. Alargar mi estancia más de lo necesario me resultaba más insoportable que sufrir a esos catetos imbéciles.

—Porque somos los únicos obreros en bastantes kilómetros que cobramos lo que cobramos. —Se cargó la bolsa de herramientas al hombro y me dio la espalda en dirección a la puerta—. Suerte en tu búsqueda.

Atravesó el umbral y cerró justo en el momento en que decidí que no podía irse. No podía permitir que las cosas se complicaran más. Por mucho que me

molestara, tendría que tratar con esos ineptos. No tenía tiempo de estar buscando a nadie más. Y, aunque lo encontrara, nada me garantizaba que saldría bien.

Además, mi querido Andre se había dignado a enviarme un puñetero *whatsapp* en el que me hacía la pelota, pero me advertía de que no contábamos con demasiado presupuesto. Me dijo algo de que tenía que demostrar a su padre que era capaz de construir algo importante de la nada. Así que, mis opciones de cambiar de personal se habían visto reducidas considerablemente.

Salí corriendo, pero Burke ya no estaba allí.

—Maldita sea... —me lamenté.

—¿Buscabas a alguien?

Me giré de pronto y lo vi, apoyado en el lado de la fachada que bordeaba la puerta con los brazos cruzados.

—¿No te ibas?

—En realidad, no. Solo quería que mi discurso sonara más dramático, así me aseguraba de que salieras a buscarme.

Me acerqué a él echando humo.

—Eres el hombre más insoportable que me he echado a la cara. —No dijo nada, así que tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no partirle la nariz allí mismo.

—¿Pero...?

—Pero necesito que te quedes —  
admití

—¿Y...?

Me estaba hinchando los ovarios pero bien.

—No pienso suplicarte. Ya te he pedido que no te vayas. Tú ganas, ¿no?

Sonrió de medio lado.

—Princesa, si me quedo, ganamos los dos.

Iba a decirle cuánto dudaba sobre aquello, cuando una furgoneta paró a la entrada de la granja. El tipo que me había salvado de ducharme con cacerolas iba al volante, pero no tardó en apearse. A su lado, una Alicia sonriente bajó de un salto. El olor de lo que llevaba en las bolsas que cargaba me atravesó las fosas nasales. Bollería industrial. ¿Cómo se atrevía?

—¿Has traído la leche de soja? —  
quise saber.

Habíamos sobrevivido a base de huevos y café la noche anterior, así que le había encargado que trajera algo de comida decente para subsistir.

—Ah, espera, jefa —dijo el chico mientras se dirigía al establo (tendría que preguntar su nombre tarde o temprano). Tras unos segundos, salió con un enorme vaso blanco—. ¿Para qué iba alguien a querer esa asquerosa leche de soja teniendo una vaca bien hermosa, lista para ordeñar?

Fruncí el ceño.

—¿Eso no será...?

—Leche recién exprimida, jefa —dijo con una tonta sonrisa de orgullo.

—Adam me ha llevado al mercado, pero se ha negado a comprar la leche — me informó Alicia de buen humor, como si fuese una gran noticia.

¿Y quién se había creído que era Adam para negarse a comprar la leche que yo quisiera?

—No pienso beberme eso —repuse con cara de asco.

—Oh, vamos, princesa... Tienes que probar el producto que vendes —se burló Burke.

Lo señalé a la cara.

—Tú, cállate.

—Tranquila, señorita Vega — intervino Adam—, pensábamos hervirla.

Imaginarme ese líquido pastoso lleno de bacterias no ayudó en absoluto.

—No te molestes, tomaré el café solo —repuse de mala gana y me abroché más fuerte el batín para poner punto y final a esa conversación—. ¿Y mis galletas de avena?

Miré a Alicia con esperanza. Tal vez pudiera parecer una tontería, pero necesitaba que algo me saliera bien aquella mañana. Aunque solo fuera una mísera galleta.

—No quedaban —respondió, sin embargo, ella—. Te he traído *croissants*.

Di un golpe a la puerta, frustrada. Esos *croissants* eran un pecado mortal untado en mantequilla. Hacía años que no probaba algo tan asquerosamente bueno, pero mis fuerzas estaban

empezando a flaquear.

—Mierda, Alicia, ¿es que no sabes hacer nada bien?

—Vamos, uno tampoco va a matarte —se atrevió a insistir y se llevó a la boca un enorme bocado con total despreocupación. Qué fácil tenía que ser vivir con su aspecto mediocre y no tener que preocuparse por nada.

Burke y Adam se unieron al festín y exageraron los gestos deliberadamente. Terminé arrebatándoles la bolsa a los tres.

—¡Volved al trabajo, inútiles! Y sacad ese cerdo de mi cuarto.

—¿Qué cerdo...?

Ignoré la pregunta de Alicia y las risas delatoras de los otros dos. Estaba

ansiosa por quedarme a solas con mis croissants.

—A tomar por culo —dije antes de dar el primer mordisco.

Como Eva en el paraíso, probé el fruto prohibido sin el menor atisbo de culpabilidad. De todas formas, tenía que compensar las calorías que estaba quemando a base de estrés.

Me vi obligada a pedirle algo de ropa a Alicia, muy a mi pesar, pero al final me puse una camisa de cuadros bastante decente y unos vaqueros negros que me quedaban anchos y algo cortos, aunque no me sentaban tan mal. Al fin y al cabo, los vaqueros *boyfriend* estaban a la orden del día. No dije nada, pero

agradecí la comodidad que pocas veces me permitía.

Pasé horas organizando el piso de arriba, arranqué cortinas, limpié armarios, fregué suelos y tiré sábanas y almohadas. Todo esto mientras me cagaba en Andre y en toda su estúpida familia de *kartoffel*. Imaginarme a ese hijo de puta sentado en su caro y lujoso sillón mientras yo me dejaba la espalda y las uñas, hacía que mi amor por él disminuyera un poco. Esa no era forma de conquistar a una mujer, y menos a una como yo. Tenía suerte de estar tan bueno.

Cuando bajé a por un poco más de lejía, me sorprendió no encontrar a nadie allí. Se suponía que tenían que

echar abajo un tabique para juntar el salón con una de las habitaciones. Las herramientas estaban allí, encima de una mesa, pero ni siquiera habían empezado a picar la pared.

Escuché voces y risas afuera, así que fui a ver qué diablos era tan gracioso como para distraerles de sus obligaciones.

Claudia y sus interminables piernas estaban allí, ofreciendo algunos bocadillos y bebidas a los chicos, aunque todos parecían más interesados en ella que en la comida. En especial, Burke, a quien la rubia dedicaba casi todas sus atenciones. Ambos reían mientras ella dejaba caer la mano sobre su hombro como por casualidad.

Aquello me cabreó muchísimo. Yo me había rebajado ante Burke, pidiéndole que no se marcharan para no tener que alargar mi estancia allí, y esos imbéciles encontraban siempre una buena excusa para interrumpir su trabajo. ¿Cómo iba a largarme cuanto antes si parecía que la obra nunca iba a acabarse?

Me acerqué a grandes zancadas. La camarera apartó la vista de mi jefe de obras para mirarme.

—Ah, hola, Raquel.

Su sonrisa fue aparentemente amable, pero sus ojos me indicaban que no se alegraba de verme.

—Hola... Querida —respondí yo, incapaz de recordar un nombre que, estaba segura, no había escuchado

nunca. Al menos no la llamé Claudia—. Veo que cuidas a mis chicos. Eres muy amable.

Desvié la vista hacia Burke solo un segundo, aunque no de forma intencionada. Él ya me estaba mirando sin un atisbo de humor en el rostro.

—Bueno, nosotros volvemos al trabajo —dijo él enseguida y se apartó de Claudia—. Gracias por esto.

Ella asintió sonriente y luego se volvió de nuevo hacia mí.

—Veo que te has bajado de los tacones —observó. Por su tono de voz y su barbilla en alto me pareció que me miraba con un poquito de soberbia.

Aquello fue como una bofetada. Ni siquiera me acordaba de las pintas que

llevaba, mientras que ella parecía sacada del Hooters. Solo le faltaba echarse unas cervezas por encima.

—Ah, sí. Creo que es más apropiado para este pueblo y... su gente.

Ella captó mi dardo de inmediato, pero fue lo suficientemente educada como para no emitir ninguna réplica al respecto.

—Bueno, será mejor que vuelva al restaurante.

Qué manía con llamar restaurante a ese antro.

—Gracias por venir —le dije y le di la espalda esperando que no volviera.

Cuando entré en la casa, me dirigí directamente a Burke. Él se dejó arrastrar al vestíbulo sin objeciones,

como si me hubiera estado esperando.

—Yo no la he llamado —se excusó.

—No te he preguntado porque, sinceramente, no me importa. Lo único que me importa es que cumpláis con vuestro puto horario de una vez. ¿Es tan difícil de entender?

—Cumplimos con nuestro horario, princesa, pero estás tan obsesionada con salir de aquí que, si por ti fuera, ni siquiera pararíamos para dormir.

—¿Ahora me llamas explotadora? ¡Soy yo la que lleva toda la mañana limpiando! ¡Soy yo la que tiene que andar detrás de todo el mundo para que cumpla con su trabajo! ¿También quieres que lo haga por vosotros? ¡Porque lo haré! ¡Claro que sí!

Lo dejé con la palabra en la boca y me dirigí hacia el salón otra vez hecha una furia. Todos se me quedaron mirando, callados, atentos a lo que venía a continuación. Empezaba a pensar que esos catetos se divertían con las discusiones entre su jefe de obras y yo.

—¿Qué coño miráis? —pregunté cogiendo el martillo—. ¿No es esto lo que queréis? ¿Que la chica de ciudad se ensucie las manos? ¡Pues vamos allá!

Comencé a golpear la pared con toda la fuerza que pude y, pronto, empecé a notar los beneficios que causaba en mi estado de ánimo. Euforia era lo que sentía. Aquello era mejor que cualquier psiquiatra que cobrara cien euros la hora. Seguí golpeando hasta que me di

cuenta de que mis golpes no surtían el efecto deseado. O al menos, no con toda la rapidez que yo quería. Estaba empezando a jadear y a sudar. De pronto, me sentí exhausta.

Miré a Burke, que me observaba con algo parecido a la compasión. El resto seguían quietos como estatuas. Incluso Alicia había entrado y yo no me había dado ni cuenta.

—Raquel... —comenzó a decir, temerosa de mi reacción.

¿Por qué me miraban todos así? Como si fuera una loca a la que iban a tener que encerrar. Pobre niña de ciudad... Llevaba tan solo unos días en el pueblo y ya había perdido la cabeza.

—¿Qué coño estáis mirando todos?

Noté una caricia en mis dedos y me giré, sobresaltada. No era más que Burke arrebatándome el martillo.

—¿Has acabado?

No supe qué responder. Los hombros me subían y bajaban con violencia mientras trataba de recuperar el control de mi respiración. Me sentí pequeña y patética. Al borde de algo horrible.

La lástima que vi en los ojos de Burke desapareció en un parpadeo para mostrar de nuevo su socarronería.

—¿Sabes, princesa? Deberías tomarte las cosas con más calma. No querrás que a esas preciosas manos les salgan callos.

No sé cómo lo hizo, pero consiguió que mi derrota se transformara de nuevo

en furia. Las lágrimas que había estado reprimiendo desaparecieron de repente. Fue un alivio, sinceramente.

—¡Idos todos a la mierda y moved el puto culo ya! —exclamé, subiendo las escaleras de dos en dos.

Cuando llegué a mi habitación, me encerré en el cuarto de baño. Abrí el grifo, me mojé la cara y busqué de nuevo mi reflejo.

—Ah, otra vez tú —le dije—. Y sigues hecha una porquería. ¿Cómo has podido perder el control así? Este sitio te está desquiciando, mírate.

Me miré. Miré mis ojos ojerosos, mi coleta despeluchada, mis labios apretados y tensos. ¿Era cosa mía o parecía más vieja?

—Gilipollas —dijo el reflejo—. Lo estabas esperando, ¿no? Que te lo dijera. No te preocupes, te dije que volvería a llamártelo. Vuelve aquí siempre que necesites escucharlo y espabila.

Esa tía loca del espejo tenía razón. Tenía que espabilar, reaccionar, hacer algo.

Salí del baño como una exhalación y me subí encima de la cama para tratar de encontrar la poca cobertura que había. Marqué el número de memoria, clavando las uñas en las teclas. Tenía que informar a Andre de todo esto. Debía transmitirle mis quejas y esperar a que él se encargara de todo. Era su proyecto, no el mío.

Alguien llamó a la puerta mientras yo escuchaba un tono tras otro.

—¡Alicia, ahora no!

—No soy Alicia.

Ese imbécil otra vez. No quería verlo, pero sí quería que él viera a quién estaba llamando. Quizás así empezara a mostrar algo más de respeto.

Le di permiso para entrar.

—¿Qué haces? —preguntó al verme de pie sobre la cama.

—Intentar pillar algo de cobertura, puesto que la línea del fijo está dada de baja.

—Ah, ya —dijo él—. Pues espero que no tengas mucha prisa por activarla, porque aquí los técnicos se toman las cosas con calma. ¿A quién llamas con

tanta insistencia?

—A Andre.

Abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Vas a chivarte, princesa?

—Tú lo has querido. Esto se va a acabar de una forma u otra.

Esta vez fui yo la sorprendida cuando lo vi tumbarse sobre mi cama y pasarse los brazos tras la nuca con tranquilidad.

—¿Qué? ¿No lo coge?

—Es un hombre muy ocupado — expliqué yo, que empezaba a ponerme muy nerviosa. ¿Por qué el idiota de mi novio no se dignaba a responder?

—Ya... Siempre lo ha sido.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que las mujeres exigís mucho

tiempo.

Solté un «¡ja!».

—Si crees que voy a picar con ese truco tan absurdo... No todos los hombres son como tú.

—Ah, ¿y cómo soy yo?

—Un inmaduro egocéntrico que se distrae con la primera rubia pechugona que se le cruza en el camino.

Otra vez esa mirada penetrante clavada en mí. Burke alzó una ceja y sonrió.

—¿Es que ahora te importa con quién me distraiga?

—Desde luego que no —me apresuré a decir—. Solo digo que aún quedan hombres que valen la pena por ahí.

Se acabaron los tonos de la llamada,

así que volví a marcar.

—No soy yo quién no responde al teléfono cuando me llama mi novia.

Me sorprendió que lo dijera tan abiertamente. ¿Sabía que yo era la novia de Andre? ¿Se lo había contado él mismo? Eran amigos de la infancia, tal vez hablaran más de lo que yo creía. ¿Por eso Burke me tomaba el pelo? ¿Por qué sabía que, a pesar de lo que me hiciera, su querido amigo jamás lo despediría?

Y, por cierto, ¿eso quería decir que Burke tenía novia? Debía de ser la Barbie.

—Es un hombre ocupado, ya te lo he dicho. Eso no quiere decir que esté con otra mu...

—¿Diga?

Me quedé paralizada en el acto. Sentí que los dedos se me entumecían, que el corazón se me paraba y que la boca se me secaba.

No era Andre quién había respondido, sino una mujer que terminó por colgar ante mi silencio.

Todos mis demonios se abalanzaron sobre mí, y lo hicieron bajo la atenta e inescrutable mirada de Burke.

# Capítulo 7

Era agradable pasear por el bosque, después de todo. Tantos días huyendo de cualquier cosa verde, y ahora me parecía que los árboles me daban la bienvenida a su refugio, dispuestos a dejarme respirar. Y aire era precisamente lo que necesitaba.

Después de la llamada a Andre había sentido que me ahogaba, literalmente. Fueron tantas las cosas que se me pasaron por la cabeza, que casi creí estar a punto de desmayarme. La verdad, eso me habría gustado. Desconectar de todo y de todos me habría venido bien.

Pero no, en lugar de perder el

conocimiento, me quedé como una imbécil con el móvil en la oreja mientras Burke me observaba en silencio. Creí que iba a encontrar burla en su rostro o que me iba a soltar un «te lo dije», pero no fue así. Esperó unos segundos y se marchó de mi habitación sin decir nada. Pasé el resto del día allí, tumbada sobre la cama y sin querer hablar con nadie.

No era el tipo de mujer que se hundía por un hombre. Además, en realidad aún no sabía qué era lo que pasaba exactamente. No me había gustado un pelo que otra contestara al móvil de Andre, pero lo cierto era que aún no me había dado una explicación, así que esperararía antes de emitir juicios

apresurados.

O al menos eso me estuve diciendo durante las primeras dos horas. Después rompí un par de figuras de cristal, pateé una silla, blasfemé y me acordé de cada pariente de ese hijo de puta. ¿Por qué no me había llamado? Me mandaba al culo del mundo y ni siquiera se preocupaba por cómo nos iba a mí y a su mierda de hotel. ¿Y quién era esa zorra que había contestado? Él no tenía secretaria y, en cualquier caso, ¿cogería una secretaria el teléfono privado de su jefe? Por más vueltas que le daba, no encontraba ninguna explicación convincente. La incertidumbre iba a matarme, pero no pensaba ceder. Raquel Vega no toleraba las burlas; mucho menos las traiciones.

Era una profesional. Y, como tal, iba a dejar ese hotel listo para la portada del mejor de los catálogos. Mientras tanto, no volvería a llamar a ese cabrón. Por mucho que me costara, esperaría a que él se dignara a comunicarse conmigo. Le correspondía darme una explicación, pero yo no pensaba pedírsela. Si creía que iba a seguir suplicando por unos minutos de su tiempo, iba listo.

Ahora íbamos a ver si de verdad le importaba. Si era capaz de echarme de menos. Ya estaba bien de ser yo la única que parecía mover ficha. Lo quería y lo echaba de menos, pero ya había aguantado suficiente. Por mucho que me costara, tendría que aguantarme las

ganas de llamarlo.

En todo eso iba pensando, cabreándome más y más a cada segundo, mientras serpenteaba entre los árboles, hasta que me di de bruces contra algo. Contra alguien, en realidad.

—¡Ay! —me quejé cuando mi culo golpeó el suelo.

Me había caído más en los últimos días que en toda mi puta vida.

—¡Joder, Raquel! —exclamó Burke sorprendido, con la mano en el pecho. Al ver que lo miraba con cara de pocos amigos, se apresuró a ayudarme—. ¿Estás bien?

—Creo que sí —dije, aunque me palpé el culo en busca de un desgarrón en la ropa o algo así. Por fortuna, no

llevaba nada al aire—. ¡Podrías mirar por dónde vas!

—¿Yo? ¡Mira quién habla!

Me crucé de brazos y me fijé en sus pantalones cortos y en su sudadera. En lugar de sus sucias botas, llevaba unas zapatillas negras de deporte.

—¿Se puede saber a dónde coño ibas con tanta prisa? Estáis como una puta cabra en este pueblo.

—*Running*, princesa. ¿Es que no tenéis de eso en la gran ciudad?

Otra vez su fanfarronería. Lamenté que no se hubiera caído de bocas con nuestro golpe; habría sido genial verlo sin dientes. A lo mejor así no sonreía tanto.

—En la gran ciudad tenemos

gimnasios, granjero.

Hizo una mueca de disgusto.

—Los gimnasios no pueden compararse con esto. Aire puro y unas vistas increíbles.

—Bueno, las vistas en los gimnasios tampoco están tan mal —dije y me encogí de hombros.

Él alzó las cejas y sonrió con satisfacción.

—¿Acabas de bromear conmigo, princesa? ¡Qué descaro! ¡Estoy abrumado!

Ahora fui yo la que sonrió un poco.

—¿Y quién ha dicho que estuviera bromeando? —continué divertida.

Dio una palmada.

—¡Bien, bien! Así me gusta.

Por unos segundos, los dos nos quedamos mirándonos con la misma sonrisa afable, hasta que nos dimos cuenta de que el silencio comenzaba a pesar y de que parecíamos gilipollas. Al menos, yo me di cuenta.

—Bueno, y... ¿Qué haces por aquí? Creía que las princesas no madrugaban los sábados.

—Pues ya ves —repuse yo, obviando ya sin mucho esfuerzo que me llamara princesa—, necesitaba... despejarme un poco.

Otra vez silencio, este más incómodo. Supe que estaba pensando en la llamada del día anterior y no pude evitar apartar la mirada.

—Haces bien. A veces el aire es todo

lo que necesitamos para vivir. Ni nada ni a nadie más.

Fruncí el ceño. No supe muy bien cómo interpretar eso.

—Sí, supongo...

Estaba a punto de despedirme para terminar con aquella conversación absurda, cuando lo vi dar un paso adelante.

—Mira, Raquel, yo ya te dije...

—No quiero oírlo. —Alcé la mano para pararlo—. Te pido que te lo ahorres, por favor.

Suspiró.

—Está bien. Pero no deberías malgastar tu tiempo con quien no lo merece, es lo único que te diré.

—Y ya es más de lo que te había

pedido —contesté con fastidio. Me di la vuelta y lo dejé atrás, pero él me sujetó por el brazo.

—Espera.

Lo miré.

—Ya me he despejado bastante, Burke. Voy a volver.

—Está bien—dijo con algo de decepción—, pero deberías pasarte luego por el pueblo.

Alcé una ceja.

—¿Y eso por qué?

—Hay un mercado en la Plaza Mayor. No te iría mal relacionarte con otros seres humanos, ¿sabes? Tus vecinos se alegrarán de conocerte.

Mi respuesta se tradujo en una carcajada amarga.

—¡En eso estaba yo pensando! ¿Crees que no tengo otra cosa mejor que hacer que satisfacer la curiosidad de cuatro paletos cotillas? No, gracias.

Apretó los dientes.

—Ya, supongo que estarás muy ocupada todo el día intentando que Andre conteste a tus llamadas desesperadas.

Fue como una bofetada. No, mucho peor. El efecto de un guantazo se pasaba tras unos cuantos segundos, pero la sensación de humillación no se iba tan fácilmente.

Debió de notármelo instantáneamente, porque cambió la expresión de su cara.

—Vale, no tendría que haber dicho eso. —Sacudió la cabeza—. Perdona,

yo...

No me había esperado ese golpe bajo. Bien por el paleta. En cualquier otro momento de mi vida, lo habría dejado por los suelos con algún comentario ingenioso. Tal vez, incluso le hubiera cruzado la cara. Pero volví a sentirme débil y patética, así que preferí darme la vuelta y marcharme de una vez. Por suerte, el capullo de Burke no me siguió.

No me podía creer que hubiera cedido a las peticiones de Alicia de ir al mercado. Ella y Adam me habían venido a buscar a media mañana en la furgoneta de él. Empezaba a olerme a chamusquina que ese obrero se tomara tantas molestias con mi ayudante. ¿Podía

a alguien resultarle interesante alguien tan ingenua y bruta como ella? A veces, no podía evitar verla como una cría ilusa y soñadora.

Al final, me pareció buena idea buscar algo de ropa propia e investigar un poco lo que los lugareños tenían que ofrecer a los visitantes. Aunque tal vez quisiera demostrarle a cierto granjero algo, pero no sabía el qué. ¿Qué mierda me pasaba?

Me arrepentí en cuanto pisé la maldita plaza.

Una multitud de marujas cacareaban sin parar, poniendo a prueba mis tímpanos y los de medio pueblo. Los niños correteaban sin ningún miramiento y se tropezaban con todo el mundo.

Odiaba a los críos. Eran pequeños monstruitos egoístas e impertinentes. Y sus vocecillas agudas eran peor que despertarse con el gallo loco.

Los hombres hablaban con un orgullo vehemente de sus cosechas, de fútbol y de quién se había bebido más cervezas. Todo eso alrededor de más de una docena de puestos, colocados en dos filas opuestas, de cara a la fuente.

—Esto no ha sido buena idea —murmuré.

—Claro que sí —dijo Alicia—. Vamos a esos puestos de allí, seguro que tienen algo que te guste.

—No creo que aquí haya nada que...

—¡La forastera! —exclamó un señor al que pude reconocer como el tarado

que me había cogido en brazos para meterme en su camioneta—. Sigues por aquí, ¿eh?

Vino a abrazarme como si fuéramos grandes amigos. Apenas pude hacer nada por evitarlo, salvo tratar de aguantar la respiración un rato para no desmayarme por la mezcla del olor a tabaco y cerveza.

—Sí, aunque no por mucho tiempo —respondí, buscando a Alicia con ansiedad.

La muy traidora se había largado con Adam a un puesto de chocolate.

—Ah, siento oír eso, jovencita —se lamentó el señor—. Nos viene bien tener caras nuevas por aquí, ¿sabes? Estamos cansados de las mismas

hurrasas.

Esa última frase la dijo en un susurro mientras señalaba hacia un grupo de mujeres que nos observaban bien atentas mientras cuchicheaban.

No pude evitar sonreír. Empezaba a caerme bien ese neandertal.

Estaba pensando en decirle que también le irían bien unos cuantos dientes nuevos, cuando la risa aguda e histérica de un niño se me clavó en los oídos. Busqué con la mirada la fuente de un sonido tan horrible, deseando que alguien ahogara a ese diminuto ser en la fuente, cuando reconocí a quien lo estaba provocando.

Dejé al señor beodo farfullando sobre algo relacionado con unas campanillas y

me acerqué un poco más a Burke, aunque no lo suficiente como para que se fijara en mí. Lo observé mientras cogía el cuerpo del niño con la facilidad con la que cogerías un bote de pistachos. El mocoso no paraba de reír, pero Burke tampoco se quedaba atrás. Parecía estar pasándoselo mejor todavía.

—¿Por qué sonríes tanto, bonita? ¿Te gusta nuestro pueblo?

Me sobresalté al comprobar que la mujer del puesto más cercano me estaba mirando.

¿Había estado sonriendo?

—Eh... Sí, claro. Es un pueblo muy... interesante.

—He oído que vienes de Barcelona. Debe ser un poco distinto a esto, ¿no?

Sentí ganas de reír. ¿Un poco?

—Sí —admití—, un poco.

—¿Lo echas de menos?

—Un poco —repetí. Por alguna razón, me preocupaban los sentimientos de esa mujer tan agradable y no quería herirlos con demasiada sinceridad. Decirle que cada día me levantaba deseando que aquella granja se incendiara para volver a Barcelona habría sido demasiado.

—Bueno, ¿quién sabe? A lo mejor encuentras algo aquí que te guste lo suficiente como para no echar de menos lo de allí. A veces, esas cosas pasan.

—Sí... —le di la razón como a los tontos—. A veces.

¿Cómo iba a explicarle que jamás

encontraría nada en ese agujero que me hiciera olvidar mi piso con calefacción, televisión por cable y una cama gigante y mullida en la que solía compartir las noches con Andre?

Sus mofletes se acentuaron cuando sonrió.

—Bueno, ¿por qué no empiezas a buscar por aquí? A lo mejor tengo algo de tu gusto.

Me fijé por primera vez en lo que vendía: antigüedades. Joyeros, muñecas, monedas e incluso algún mueble.

—Pues creo que sí —le dije, y señalé una pequeña mesita auxiliar de madera con tablero redondo y tres patas—. ¿Cuánto por esto?

—Ah, esa mesita perteneció a mi

abuela, ¿sabes? Ahí solía tomar el té cada mañana. Pido veinte euros por ella.

¿Veinte euros por esa preciosidad con semejante valor sentimental?

—¿Veinte?

—Sé que está muy deteriorada y no es gran cosa. Si de verdad te gusta... A lo mejor puedo rebajártela a dieciocho.

¡Por favor!

—No, no. —Saqué la cartera y le di el doble de su precio.

—Bonita, me has dado dos billetes —repuso, entregándome el que sobraba.

—Así está bien, no se preocupe.

Ella sonrió con tal agradecimiento que estuve tentada de vaciar la cartera y darle todo mi dinero.

Con mi mesita bajo el brazo, fui en

busca de una lija, un par de brochas y algo de pintura. De pronto, me di cuenta de que estaba de mucho mejor humor que hacía unas horas. Tal era el cambio, que creí que incluso podría tolerar encontrarme con Burke. A pesar de que todavía seguía molesta por su dardo envenenado del bosque.

Pensar en él me recordó que seguía cerca, así que no pude evitar buscarlo con los ojos otra vez.

Mi buen humor se fue al garete, y lo peor era que no entendía por qué.

—Ah, estás aquí —dijo Alicia, apareciendo de la nada—. ¿Qué has comprado?

No dije nada. Solo podía mirar a Burke y al niño, que acababa de lanzarse

a los brazos de su madre. Y no era otra que la dichosa Claudia. Aquello despertó mi interés y mi indignación por creer que se me había ocultado información. ¿Era Claudia algo más de Burke de lo que aparentaba? ¿Y ese niño? ¿No sería también su...?

Sacudí la cabeza y traté de recomponerme. ¿A mí qué coño me importaba? Por mí, como si ese paletto era padre de la mitad de los niños del pueblo.

—¿Raquel, me oyes?

Me giré hacia Alicia, que me observaba con preocupación. Volví a mirar a Burke una última vez y, ahora sí, nuestras miradas se encontraron.

—Vámonos de aquí.



# Capítulo 8

El sonido de la lija rascando la madera era algo hipnótico. Algo que, por muy raro que pudiera parecer, yo sentía como un bálsamo. La nostalgia me azotaba con su amargura en cada pasada, pero ni siquiera ella podía competir con el recuerdo de la voz de mi padre mientras me explicaba cuánto debía apretar.

La mesita había sido de un rojo óxido hasta que terminé con su última capa. Ahora la madera desnuda esperaba como un lienzo en blanco, y esa era mi parte favorita.

Después de volver del mercado,

donde finalmente me había comprado algo de ropa (horrible y sin ningún sentido de la estética) pero nada de comida, había sentido la necesidad de hacer algo. Quería poner toda mi atención en alguna tarea que me impidiera amargarme con mis propios pensamientos. Ya estaba harta de sufrir a cada hora por un hombre y una situación que se me escapaban de las manos. Estar cabreada todo el tiempo era agotador.

Había salido a la parte trasera de la granja aprovechando que todavía había luz natural y me había sentado en un taburete mientras trabajaba la madera de mi nueva adquisición. Estaba decidida a darle a esa mesa una nueva vida. Por mí,

por mi padre, incluso por la abuela de la tendera que me la había vendido. Ese mueble volvería a tener una taza de té encima muy pronto.

Abrí el bote y removí con un palo la pintura azul pastel. Mi padre siempre decía que era importante removerla bien para conseguir un color uniforme. Volví a sonreír para mis adentros al recordarlo.

De repente, me sentí tranquila y libre. Había olvidado a esa Raquel... Y lo cierto era que me gustaba que se manifestara de vez en cuando.

Unos pasos a mi espalda me indicaron que Alicia ya había vuelto de su paseo.

—Enseguida voy —le dije sin perder de vista las espirales que se iban

dibujando en la pintura—. Le doy la primera capa y te ayudo a preparar la comida.

Introduje el pincel, lo empapé bien y comencé a pintar. Pasadas largas y lentas, en la misma dirección, para extenderla bien. Seguí así unos minutos más hasta que me percaté de que Alicia no me había respondido y yo no había vuelto a escuchar sus pasos al marcharse.

Levanté la vista y dejé de pintar en el acto.

—Fuiste al mercado —dijo Burke, que se había sentado a unos metros sobre unos palés y me observaba con atención.

Dejé el pincel sobre el cartón que

había puesto bajo la mesita y me limpié las manos en los pantalones.

—¿Qué haces aquí? Hoy no trabajas. Se encogió de hombros.

—Necesitaba algunas herramientas y me las había dejado todas aquí.

—Ah.

«Disculpe, ¿podría ponerme otro de esos silencios incómodos? Gracias.»

—No me has saludado esta mañana —soltó de repente. No parecía enfadado, ni siquiera molesto, más bien era como si pretendiera provocarme.

—Ni tú a mí —respondí como si nada —. Además, estabas bastante ocupado.

Sí, con la supuesta madre de su supuesto hijo.

Ensancho una sonrisa y me mostró

todos los dientes, pero enseguida miró al horizonte.

—Ya. Me encantan los críos, ¿a ti no? ¿Cómo no me iban a gustar unos seres pequeños diabólicos y chantajistas con voz aguda y mocos por doquier? ¡Vaya pregunta!

—Pues...

—Ya sé que son un poco molestos a veces —se adelantó, cosa que agradecí—, pero son geniales.

Dicen que no hay que romper el silencio si no es para mejorarlo. Y como no creí que fuera a mejorarlo diciendo que seguramente nunca querría a un niño más que a mi bolso de Chanel, mantuve mis labios sellados.

—Así que... ¿Restauras muebles? —

preguntó. Pensé que lo habría preguntado por decir algo, pero algo en su voz me hizo levantar la cabeza para mirarlo.

—No sé cómo tomarme el tono de tu pregunta —repliqué. Esa sorpresa era algo insultante, como si no me hubiera creído jamás capaz de una tarea como esa.

Sonrió un tanto avergonzado.

—Perdona. Es que... No me esperaba...

—¿Que la princesa supiera usar las manos para algo más que para peinarse?

—Y perdón de nuevo —admitió, dejando claro que había dado en el clavo.

Bueno, tampoco podía culparlo, pero

no pensaba darle la satisfacción de decirle que lo comprendía. Así que, sin más, volví a coger la brocha y traté de aparentar tranquilidad, a pesar de ser terriblemente consciente de que él seguía ahí, mirándome en silencio.

Tras un rato así, me vi obligada a decir algo.

—Es por mi padre.

—¿Por tu padre?

Lo miré por encima de la mesita.

—Se le daban muy bien estas cosas.

—¿Daban? —preguntó, frunciendo el ceño. No respondí. De repente, tenía un nudo en la garganta—. Lo siento.

Me gustaba hablar de mi padre y recordarlo, pero enseguida deseaba no haber empezado. Una cosa era

recrearme en los recuerdos y otra decir en voz alta que él ya no estaba.

Burke echó el cuerpo hacia delante y apoyó la barbilla en su mano.

—Debe de ser reconfortante.

—¿El qué?

—Darle una segunda oportunidad a esa mesita. Verla... con otros ojos.

Lo miré fijamente y no pude evitar sonreír, aunque fue más para mí misma que para él. Mi padre siempre decía que todo mueble era susceptible a una segunda oportunidad, igual que las personas.

Bueno, a mí me parecía que los muebles eran más de fiar.

—Sí que lo es —admití—. Y además te ayuda a no pensar demasiado.

Justo lo que yo necesitaba desde hacía semanas. No pensar. Ni mucho, ni poco. Habría deseado convertirme en un robot sin sentimientos ni conciencia. Aquel pueblo estaba minando las defensas que tanto tiempo me había costado adquirir. Esa seguridad que me había acompañado día y noche comenzaba a flaquear.

Allí, a tantos kilómetros de mi hogar, me di cuenta de lo perdida que estaba.

Mierda...

—¿Y en qué no quieres pensar?

Esa pregunta me pareció del todo impertinente. Ese tío ya sabía demasiado, ya había visto demasiada vulnerabilidad por mi parte. Eso se tenía que acabar. Además, recordé nuestra

última conversación y cómo parecía burlarse de mí cada vez que salía Andre a colación.

—Me temo que eso no es asunto tuyo —espeté con más brusquedad de la que me habría gustado.

—Y yo me temo que ya conozco la respuesta.

Lo miré fijamente con cara de pocos amigos. Se creía muy listo y, de hecho, lo era, pero no pensaba admitirlo.

—Tú no conoces nada. No me conoces —enfaticé para que quedara claro. Intercambiar unas frases y discutir tres veces al día no implicaba conocer a alguien—. Y yo no te conozco.

—¿Ah, no? Princesa, creo que nos conocemos más de lo que crees.

Otra vez esa sonrisita de los cojones. ¡Dios! Qué ganas de que se comiera la brocha.

—¿Y por qué crees eso, si puede saberse?

¿Y por qué le seguía el juego, eh? Idiota.

—Porque cuando descubres los defectos de una persona, es cuando realmente la conoces. Puedes aceptarlo o, simplemente, empezar a detestarlo.

¿Aquello iba con segundas? ¿Era cosa mía... o pretendía decirme algo? ¿Por qué el nombre de Andre se me pasó por la cabeza? Fue un fogonazo, un segundo, pero estaba segura de que significaba algo. No obstante, yo no detestaba a Andre. Yo quería a Andre. Que no se

hubiera comportado en las últimas semanas todo lo bien que yo habría querido, no implicaba que ahora lo detestara. Tenía cierto grado de rencor, vale, pero nada que no pudiera solucionar una charla y una velada romántica.

Ese gilipollas de Burke solo pretendía confundirme. Pues si pensaba que iba a permitir que se divirtiera a mi costa, iba listo. Si tenía algún problema con Andre, me importaba una mierda. No iba a permitir que su inmadurez me influyera en lo más mínimo.

—Tengo que acabar esto —dije escuetamente con toda la frialdad e indiferencia que fui capaz de reunir. Quería que se fuera, su sola presencia

comenzaba a irritarme.

—Oh —soltó un poco cortado—. Ya. Será mejor que me vaya.

Preferí no despedirme de él. Ni tan siquiera alcé la vista para verlo marchar, sino que traté de concentrarme en la tarea que tenía entre manos y no pensar en aquel hombre ni en ningún otro.

—Vamos, Raquel, es sábado por la noche.

—En este sitio nunca podrá ser sábado por la noche —me quejé y me tumbé en la cama.

Alicia se sentó a los pies del colchón y resopló.

—Eres tan negativa que a veces me

dan ganas de...

Alcé las cejas, inevitablemente sorprendida.

—¿De qué? —la animé de mejor humor.

Ella frunció el ceño, extrañada, y sacudió la cabeza.

—De nada.

—Oh, vamos, no seas así... Creí que por fin ibas a sacar un poco de mala leche. Me has hecho hacerme ilusiones para nada.

No pudo evitar sonreír, pero enseguida volvió a la carga.

—Es que me gustaría que vinieras conmigo. Solo un ratito, venga. ¿Qué puedes perder?

—No sé... —Fingí pensármelo—.

¿Tiempo? ¿Un pulmón?

Alicia estaba adorable con sus enormes ojos claros suplicándome que cediera.

—¿Un pulmón? ¡No vamos a ir en bicicleta otra vez! —exclamó con alivio, como si creyera que no pensaba ir a este estúpido pub únicamente por el medio de transporte.

—¿Te has comprado un burro, Alicia? ¡Vaya! Eso está mucho mejor.

—He alquilado una furgoneta en el pueblo. Tranquila —añadió antes de que pudiera decir nada—, la he pagado de mi bolsillo.

Por Dios, ¿podía ser más jodidamente adorable? Era como un cachorrito a los pies de mi cama suplicando por que la

sacara a pasear. Vale, iba a ceder. Por ella, por mí, por demostrar a todos esos pueblerinos que no les tenía miedo. Me puse de pie de un salto y ella se echó para atrás del susto.

—¡Qué coño! Vamos a emborracharnos —celebré, convencida de que mi estancia en ese pueblo tampoco podía ir a peor. ¿Qué ganaba quedándome en esa habitación solitaria y oscura pensando en todo lo que fallaba en mi vida? ¿Y qué era lo que jamás me había fallado? El alcohol. Pensándolo bien, no tenía alternativa. Ya no entendía ni por qué me había negado en un principio.

—Vale, vamos a cambiarnos y...

—Yo ya estoy —dijo Alicia—, ¿te

espero abajo?

La miré de los pies a la cabeza y cerré la puerta para que no se largara.

—Tú no estás. No pienso salir si vas con zapatillas de deporte y esa sudadera andrajosa —le advertí—. Vamos a rescatar algo de lo que ese puto cerdo me destrozó, o no vamos a ninguna parte.

Su cara fue más bien de susto que de otra cosa.

—¿Vas a dejarme... tu ropa?

Joder, otra vez esa cara. Le decía que iba a dejarle unos trapitos mordisqueados por Porky y ella se emocionaba como si estuviera a punto de probarse un Versace.

—Cariño, voy a regalártela.

Me las di de generosa porque, bueno, podía hacerlo. ¿Acaso no iba a tirar todo lo que hubiera en esa maleta? Todo lo que hubiera tocado una ínfima parte de aquel pueblo olería a mierda de vaca o algo peor. El Paseo de Gracia y sus boutiques me esperaban dentro de unas semanas.

Alicia era más bajita y bastante más ancha que yo, pero tenía una delantera digna de admirar.

—Dios bendito, ¡lo que tenías ahí guardado! —comenté al verla en sujetador.

Ella se ruborizó, pero le di un codazo, le guiñé un ojo y me quedé también en ropa interior.

Al final, logramos rescatar un vestido

negro de escote halter para Alicia y unos vaqueros negros para mí. Me puse la camiseta con menos agujeros que encontré y me cubrí con un blazer que solo tenía una mancha en la manga.

—¿Qué número de pie usas? — pregunté, consciente de que no sería el mío.

—Un treinta y seis —contestó.

—Vale, que no cunda el pánico.

Rebusqué en mi neceser y saqué como medio kilo de discos de algodón para desmaquillar y se los metí en las puntas de los zapatos. El resultado fue más que pasable.

—Estás cañón, señorita Holbein. Hoy algún paleta querrá estrellarse en tus curvas.

Se rio y se pasó el pelo tras la oreja, girando sobre sí misma para fijarse en su culo.

—Me vendría bien echar un polvo.

Solté tal carcajada que olvidé por completo cualquier pena o frustración.

No era ningún cañón de mujer, pero Alicia era bonita y dulce, y acababa de demostrarme que podía llegar a ser muy sexy. De repente, me sentí muy orgullosa de ella.

Yo me subí a mis Giuseppe Zanotti azules, cuyas manchas pasarían desapercibidas de noche en un pub de catetos borrachos y gente sin estilo ninguno.

Casi lloré. Volví a sentirme en lo más alto, fue como un subidón de energía que

me recorrió la columna y me aclaró la mente. Me miré el espejo un momento y sonreí.

Esa era yo.

Había vuelto.

# Capítulo 9

Hacía frío bajo la gabardina, pero me daba igual. Cuando una mujer camina con tacones no tiene frío ni calor. No siente miedo, vergüenza o nervios. No duda. Pase lo que pase, siempre hay que seguir caminando con la cabeza bien alta.

Es el poder del tacón. Si Sauron hubiese llevado tacones, no habría perdido la batalla por la Tierra Media. Elfos, enanos, hobbits, incluso el macizo de Viggo Mortensen con su aspecto desaliñado pero irresistible. Todos ellos se habrían rendido ante el contoneo de las caderas del Señor

Oscuro.

Era algo hipnótico, de verdad. Lo tenía comprobado. Siempre que se hiciera bien, lógicamente. Si caminabas como un pato mareado con vértigo y ceguera, ibas mal. Muy mal. Entonces lo sexy se convertiría en esperpéntico.

—Un, dos, un, dos, Alicia —repetí por enésima vez mientras marcaba el ritmo con los dedos—. ¡Por Dios! ¿Es que nunca has llevado tacones?

—Tacones, sí —repuso ella desde las alturas, mirando el suelo con terror reflejado en sus ojos, como si estuviera a trescientos metros de altura—. Torres de Babel como estas, no.

—Si medían menos de siete centímetros, no eran tacones, querida.

—¿Cómo puedes andar con estas cosas? —continuó quejándose—. Es lo peor que han tocado mis pies.

Alcé mucho las cejas y me pellizqué el puente de la nariz.

—Voy a pasar eso por alto porque sé que estás nerviosa.

—¡Y encima me están grandes! En serio, quieres matarme, ¿verdad?

Entorné los ojos.

—Pues me están dando ganas, sí. ¿Quieres ponerte recta? Si sigues así, te vas a comer las piedras.

—Es que se me ha metido un algodón entre los dedos y no puedo... No puedo... —Hurgó en el zapato, tratando de alcanzar el dichoso disco desmaquillante mientras se mordía la

lengua.

—Aguántate —dije yo y la cogí del brazo para obligarla a incorporarse otra vez—. Aunque te sangren los pies.

—Estás loca —refunfuñó.

—Yo no quería salir —le recordé—, pero ahora has despertado a la bestia, jódete y sonríe.

Abrí la puerta del bar con la seguridad de un cowboy en el salvaje oeste. *Bad Things* de Jace Everett nos dio la bienvenida y yo no pude evitar la sonrisa, me fue imposible. No sabría explicar por qué, pero me pareció que ninguna otra canción habría sido más apropiada en aquel lugar donde varios hombres rudos y muy machos jugaban al billar o a los dardos mientras apuraban

una copa tras otra. Había mujeres, claro, pero la proporción era claramente desigual. No me habría importado encontrarme con un Erik a lo *True Blood*. Oh, Dios... qué tiarrón.

Inspiré el machismo que me rodeaba y luego lo expiré con indiferencia. No estaba allí para cuestionar nada, sino para ponerme morada a chupitos.

Como si fuera el vaquero malote de la peli, dirigí la vista al frente cuando todo el mundo se me quedó mirando. Bueno, supongo que también miraban a Alicia, qué sé yo. El caso era que el tiempo y las conversaciones parecieron detenerse. Solo Jace Everett seguía cantando que quería hacer cosas malas conmigo, el muy salido.

—Todos nos están mirando —susurró Alicia al sentarse sobre el taburete.

—Pues claro —dije yo con la intención de dejar toda mi humildad a un lado. Me había venido arriba esa noche y no pensaba bajar ni un escalón.

Tal vez el público no era gran cosa. Llamar la atención de aquellos paletos no era un gran logro, había que reconocerlo, pero después de semanas de llenarme de mierda hasta las cejas, sentaba igual de bien que si se hubiera tratado de Brad Pitt y George Clooney. Bueno, no. Eso era pasarse.

Pusimos rumbo a la barra mientras yo rezaba por que Alicia mantuviera el equilibrio. Ya era bastante bochornoso que enturbiara mi entrada triunfal con

esos andares.

Me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja y humedecí los labios, sabiéndome observada (y admirada).

Oh, sí.

—Un Cosmopolitan, por favor.

—¿Un qué? —preguntó el camarero, totalmente confuso.

No era por mi acento, qué va. Simplemente aquel pobre hombre jamás había oído esa palabra. Y a mí me dio lástima, ¿qué, si no? Dudaba que el licor preparado en la bañera de su casa pudiera siquiera compararse con un delicioso y sofisticado Cosmo.

Aquella pregunta tan aparentemente insignificante me bajó los pies de nuevo a la Tierra de un tirón, contundente y sin

titubeos. O al infierno, según se viera.

Solté una risita e hice un mohín con la mano en plan «ay, disculpa, ¿en qué estaría pensando?». Me había autoconvencido tanto que, por un momento, me había creído una de las protas de *Sexo en Nueva York*.

Por desgracia, en *Gewächshäuser* solo podía ser una de las gallinas de *Evasión en la granja*.

—Quería decir un... —Miré detrás del camarero y no vi más que un par de botellas que no reconocí. Y eso era raro, porque todo el mundo sabe que en los pueblos se bebe mucho—. ¿Qué me recomienda?

El hombre paseó sus ojos de mis pechos a la cara y resopló, como si no

supiera qué diablos ofrecer a una chica con mis pintas.

—A los forasteros suele gustarles un Jägermeister.

Podría haber dicho «un perro amarillo con orejas de conejo» y me habría parecido lo mismo.

—Venga, sí, lo que sea —acepté todavía bastante animada. ¿Qué cojones me importaba lo que llevara esa mierda? Era alcohol, ¿no?

—Yo tomaré un Jägerbomb.

El camarero sonrió complacido por que Alicia conociera ese cóctel. Obviamente, yo tuve que preguntarle qué narices era.

—Es lo mismo que tú has pedido pero con Red Bull.

Joder con Alicia, ahora iba a resultar que era una experta. En serio, ese pueblo le encajaba como anillo al dedo.

Alcé las cejas, esperando una explicación. Ella me guiñó un ojo con picardía.

—Ya sabes... Red Bull te da alas.

¡Dios santo! ¿Cuándo coño habían llegado al planeta los extraterrestres y habían abducido a la tontaina de mi ayudante?

Torcí una sonrisa, gratamente sorprendida.

—¿Está tramando algo, señorita Holbein?

Ella recorrió el local con la vista y se encogió de hombros.

—Eso depende de lo que encuentre.

La imité y, al ver el panorama con detenimiento, torcí el morro y me giré de nuevo hacia la barra.

—Ya, pues... Suerte.

El ganado era deprimente, pero tal vez ese «perro amarillo con orejas de conejo» nos hiciera ver las cosas de otra forma. Tal vez la situación no resultara tan lamentable. Y si no, siempre podríamos salir volando con las alas del Red Bull.

Sacudí la cabeza. ¿De verdad había utilizado en mi cabeza la palabra «ganado» para referirme a los tíos del bar? Tenía que salir de ese pueblo cuanto antes.

«Fíjate, has descubierto América. ¡Eso es lo que te llevo diciendo desde

que pisaste este estercolero!» me dijo esa voz que todos tenemos en la cabeza para recordarnos lo imbéciles que somos. Bueno, pues yo pensaba silenciarla esa noche a golpe de chupitos alemanes.

El camarero dejó dos vasos llenos hasta arriba porque, por lo visto, allí las copas se tomaban por litros. Según me informó, el licor que iba a tomar se elaboraba con cincuenta y una hierbas diferentes.

—No te quejarás, ¿eh? Licor para vegetarianos —bromeó Alicia y pegó un trago que habría tambaleado al mismísimo Homer Simpson.

Antes de que el camarero terminara de explicarme la dichosa composición

de ese brebaje, mi acompañante ya se había cascado medio vaso. Así, como un vikingo.

—Joder, Alicia, reserva un poco para luego, ¿no?

—Raquel, todavía los veo demasiado —dijo, señalando con la cabeza a un grupo de borrachos que jugaban a las cartas—. Cuando sus caras empiecen a estar borrosas, sabré que debo parar.

De acuerdo, no podía discutirle eso.

El licor no me entusiasmó al principio, pero empecé a encontrarle el punto tras el segundo vaso. Alicia ya había empezado a bailar con los hombros, aunque aún seguía sentada.

Me la quedé mirando unos minutos, analizando cada parte de su cara,

tratando de encontrarle algún parecido con Andre. Pero a excepción del color del pelo, no había nada.

—Oye, Alicia, ¿puedo preguntarte algo?

—Dispara —dijo, formando con su mano una pistola que me apuntaba directamente a la cara.

Le aparté el dedo que se había acercado peligrosamente a mi ojo izquierdo.

—No sé por qué no lo he hecho antes, pero en fin... ¿Eres de aquí?

—¿Te refieres de este pueblo?

Sacudí la cabeza.

—De Alemania en general.

Por cómo se había sorprendido con cada detallito desde que habíamos

llegado al pueblo, intuía que era la primera vez que lo visitaba.

—Nací en España. Mi madre es una Holbein, pero se casó con un catalán hace más de treinta años. *Soc catalana també, noia.*

Sonreí tan abiertamente al escucharla hablar en catalán que la contagié a ella también. Dos catalanas rodeadas de licores alemanes y paletos borrachos. Una con unos zapatos que le estaban grandes y un pedal considerable sobre su cabecita rubia; la otra con unos *stiletto* llenos de mierda. Era raro. Tal vez incluso cómico, ¿no?

—¿Llevas mucho trabajando para tu tío?

Su sonrisa se debilitó un poco hasta

desaparecer por completo.

—Casi un año. Acabé la diplomatura de Turismo hace cuatro, el máster hace dos y luego estuve trabajando en Berlín casi seis meses. Se me acabó el contrato y mi madre me llamó para decirme que tenía un puesto en el hotel si lo quería.

—¿Y lo querías? —le pregunté, sospechando que la respuesta era un no por su tono.

—Bueno, hay que trabajar, ¿no?

Lo dijo con naturalidad, sin dramas, pero sentí una tremenda compasión por ella. Era una chica joven con una buena formación. Era diligente, amable y trabajadora. Se merecía algo más que un enchufe de poca monta en lo más bajo de la cadena.

—Oye...

Me interrumpió sin mirarme, con los ojos clavados en el fondo de su vaso.

—¿Vas a preguntarme por mi primo? Porque te agradecería que no me amargaras la noche.

Fruncí el ceño.

—Vale, ahora sí que no puedo callarme. ¿Cómo esperas decirme eso y que no te pregunte?

Sonrió otra vez. Una sonrisa lánguida, desprovista de la chispa que había demostrado al principio de la noche. No era mi intención joderle la velada, pero necesitaba alguna respuesta.

—Mira, sé que tú eres muy... amiga suya. No quiero meterme en líos.

Amiga... Había sido muy sutil y

cautelosa. Bien por Alicia.

—¿Crees que voy a chivarme? No estamos en el instituto, cielo.

Entornó los ojos un poco, como si estuviera tratando de averiguar si yo era de fiar o no. ¿Cómo se ponía cara de honesta?

Al final apuró el vaso de un trago (un trago largo y espectacular) y lo apoyó sobre la barra con un golpe seco.

—Mi primo es un capullo egocéntrico que se cree el ombligo del mundo y disfruta mirando por encima del hombro a todo aquel que no está a la altura de su remilgado culo.

Ni aire cogió la tía entre frase y frase. Lo soltó así, de sopetón, dejándome sin palabras. Quise decir algo, de verdad,

defender de alguna manera a Andre. Era como si se lo debiera, como si lo lógico hubiera sido que yo hubiera tenido algo que decir justo en aquel momento. Pero no fue así.

—Vaya...

—Pero es solo mi opinión.

Enarqué una ceja. ¿Seguro? Porque lo había dicho como si fuera un hecho irreversible que todo el mundo daba por sentado. Como si hubiera buscado en la Wikipedia «Andre Holbein» y hubiera leído el primer párrafo de carrerilla.

Me esforcé por replicar, pero empecé a entender que ella tenía parte de razón, que Andre podía dar esa impresión. A veces era frío y distante, pero no era mala persona. Era solo en apariencia,

pues siempre pretendía demostrar algo: que era el más competente, el más capaz, pero también el más alto, el más guapo o el más rico.

No podía culparlo, porque yo era como él. Y no sabía cómo tomarme eso exactamente.

—Otra, por favor —pedí al camarero, ansiosa por ahogar mi conciencia en ese brebaje de hierbas.

—¿Estás bien? —me preguntó Alicia al cabo de un rato—. Te has quedado muy callada.

—Estoy bien —respondí escueta.

Suspiró.

—Mira, ya sabía que no te gustaría lo que iba a decir. Lo siento, de verdad. Son cosas de primos, peleas tontas, no

lo tomes muy en cuenta. Voy un poco pedo y se me suelta la lengua. Seguro que en el fondo es un buen tipo.

—Sí... Sí lo es —dije con menos seguridad de la que pretendía.

Porque Andre era un buen tipo, ¿no? Era cariñoso, apasionado y bastante generoso. En la cama y en las joyerías. Pero entonces... ¿Por qué me sentía así? Como si Alicia me hubiera quitado de los ojos una venda que, sospechaba, ya había empezado a aflojarse hacía algún tiempo.

Cerré los ojos con fuerza al beberme el vaso de un solo trago. «Ahógate, puta», le dije a mi conciencia. Estar tanto tiempo separada de Andre, de mi casa y de mi vida, me estaba

trastornando. Aún quedaban muchas cosas que aclarar con él, pero me negaba a aceptar que el azul con el que vestía mi príncipe estaba perdiendo su brillo. Aunque bien mirado, imaginarlo en los brazos de alguna otra guarra no ayudaba en absoluto.

—Voy al baño.

No esperé a que respondiera. Sorteé algunos obstáculos (la mayoría tipos con varios grados de alcohol por encima de lo sociablemente aceptable) y me encerré en un cuartito pequeño y oscuro de cara al espejo agrietado.

Primero me miré a los ojos. Buscaba algo, no sabía qué, que me resultara reconocible. Mi cara era la misma que hacía unas semanas: tenía los mismos

ojos marrones, las mismas pestañas espesas, la misma nariz recta y estrecha. Sonreí de forma forzada y ahí seguían mis dos bonitas hileras de dientes corregidas por la ortodoncia. La chica del espejo era yo, pero no lo era. En cierto modo, veía a una extraña.

—¿Qué cojones te pasa, Raquel?

Sí, estaba perdiendo la cabeza. Hablaba con el espejo. Hablaba conmigo misma como si fuera otra persona. Era triste, algo preocupante incluso, pero tampoco pensaba ir contándolo por ahí. Sin nadie con quién desahogarme en aquel pueblo, y con mi amiga María a tanta distancia (y con mi mierda de cobertura), no me quedaban muchas opciones. Era eso o escribir un

diario, pero lo que necesitaba eran órdenes claras en voz alta. «Espabila, imbécil» y cosas así. Tal vez a partir de ahora se lo podría pedir a Alicia.

Suspiré y me miré a los ojos sin pestañear. ¿Qué había sido del convencimiento de hacía un rato de ahogar la conciencia a base de empinar el codo?

—Creía que tenías más fortaleza mental —dijo la tía del espejo.

—Pues creías mal —contesté yo.

—Mírate, pareces una cría indecisa y llena de dudas. ¿Vas a llorar, Raquel? ¿Quieres un pañuelito?

—Déjame en paz —le espeté, harta de su escrutinio.

—Ah, sí. Esconde la cabeza y tápate

los oídos. Eso arreglará tus problemas.

Esa puta me conocía demasiado bien.

—¿Por qué me presionas tanto? —me quejé—. ¿Es que no entiendes que hago lo que puedo?

—Yo lo único que entiendo es que das pena. Andre te está chuleando y tú sigues aquí con cara de sepia, amargada día y noche.

Entorné los ojos.

—Eres una zorra.

Ella se encogió de hombros.

—Prefiero ser una zorra que una idiota, al menos yo sé cómo pasarlo bien. ¿Y tú? ¿Cuánto hace que no te relajas? ¡Sal ahí y diviértete un rato, coño!

Abrí los ojos sorprendida. La zorra

del espejo tenía razón. Me había vuelto un muermo total, una sin sustancia. ¡Era sábado, joder!

—¿Raquel, estás bien?

Alicia.

—Sí, sí. —Abrí la puerta—. Ya estoy.

Ella desvió la mirada hacia el interior del lavabo.

—¿Hablabas con alguien?

Mierda.

—Con mi amiga María. He puesto el altavoz —añadí para sonar más convincente.

La palabra «majara» comenzó a pasearse por mi cerebro a sus anchas. Pasaba dando botes, de izquierda a derecha, de arriba abajo, sin cortarse,

para asegurarse de que la veía bien. Di un manotazo como si espantara una mosca, pero apenas la asusté.

Mi numerito Gollum/Smeagol iba a tener que acabar.

—¿Bailamos? —preguntó de repente Alicia y me tiró del brazo.

—Yo... Ve adelantándote tú. Necesito beber un poco más.

Ella soltó una risita y se plantó en mitad del pub, donde el ritmo empezó a poseerla.

—¡Me encanta esta canción!

Yo no había escuchado esa canción ni a su autor en mi puñetera vida, pero lo cierto era que aquella música no me disgustaba en absoluto. Tal vez fuera el alcohol o, tal vez, necesitara aferrarme a

cualquier cosa.

El movimiento de la cintura de Alicia tenía cierto magnetismo. Sus curvas danzaban libres a la vez que ella cerraba los ojos, sin importarle nada más. La gente la miraba, pero ¿qué más daba? La animé desde el taburete acompañando el compás con palmas y silbidos.

«Dale caña, Alicia. A la mierda los mirones. A la mierda todo».

Pero al cabo de un rato, lo que me sorprendió fue que la gente no la miraba como si les pareciera ridícula. Al revés, empezaron a incitarla y a lanzarle piropos. Algunos tíos incluso le hicieron un corro.

Me empecé a reír de verdad, con ganas, mucho más animada que hacía un

rato. La Gollum del espejo habría estado orgullosa.

Ver a Alicia tan despreocupada era contagioso. La tía movía los pies con una ligereza increíble. ¡Ah, claro! Andar con tacones era muy complicado, pero bailar borracha en un suelo pegajoso era pan comido. Misterios de la vida.

—¡Vamos, Raquel! —Me llamaba ella, estirando el brazo hacia mí.

Pero yo aún no había bebido lo suficiente. Y tal vez nunca lo hiciera. Una cosa era quitarse la goma de la coleta y otra muy distinta soltarse la melena y menearla como en un concierto de *heavy metal*. Yo estaba bien donde estaba.

En un momento, fueron varios los que

se empezaron a pelear con mi nombre para tratar de convencerme también. Fui Raca, Roca, Requel, Racol y algunas otras lindezas más.

Me empezó a dar un subidón importante, estaba ya a punto de claudicar, de ponerme en plan Rey León con los pelos al viento, de guardar el sentido del ridículo en una cajita diminuta y esconderla tan bien que ni al día siguiente pudiera encontrarla, cuando lo vi entrar por la puerta.

La persona que menos me apetecía ver en aquel momento. La única que podría cortarme el rollo y que, efectivamente, me lo acababa de cortar.

Qué bajón.

Qué puta mala suerte.

Qué mierda de pueblo, que solo tenía un pub.

Y qué mala idea haber salido de la maldita cama aquel sábado.

La mirada de Burke se abrió paso entre la gente y se encontró con la mía.

Y la sonrisa se me congeló.

# Capítulo 10

—¡Venga, Raquel! —insistía Alicia sin dejar de menearse.

Me acerqué a toda leche y me incliné para gritarle que teníamos que largarnos.

—¿Qué? ¿Por qué? —chilló ella aún más alto—. Si acabamos de llegar.

La cogí del brazo y tiré de ella.

—No, qué va —mentí—. Llevas horas bailando, pero estás demasiado borracha como para darte cuenta. ¿No lo ves? Creo que van a cerrar. Es tardísimo.

Le enseñé el reloj de pasada, tan rápido que solo fue un borrón. Ella miró alrededor y frunció el ceño. No, no lo

veía. La gente seguía a lo suyo, bebiendo, riendo, bailando, jugando al billar. Dando golpes en las mesas.

«Me cago en la puta.»

—No creo que vayan a cerrar aún. Fíjate, si no deja de entrar gente... ¡Eh! ¿No es ese Adam?

Miré al suelo y evité girarme.

—No. Vámonos.

—Que sí, que es él. ¡Y viene con Burke!

«¿No me digas? Maldita seas, Alicia.»

Y entonces la bailonga de las curvas alzó los brazos (sí, los dos, para asegurarse de que la vieran los obreros y el resto del bar) y los llamó alto y claro.

Adam alzó las cejas al reconocerla, sonrió y nos hizo un gesto para que nos acercáramos a la mesa que acababan de ocupar. Burke se limitó a mirarnos con algo que parecía curiosidad.

De repente, sentí que la sangre burbujeara bajo mis mejillas. ¿Me había puesto nerviosa? En fin, seguramente solo era que me ponía enferma la presencia de aquel hombre. Después de discutir de lunes a viernes, lo que menos me apetecía era aguantarlo también un puñetero sábado.

Alicia trotó hasta allí como un potro desbocado. Lo mejor de todo era que al día siguiente ni siquiera se acordaría de cómo andar con los tacones, estaba segura.

Resoplé y me resigné. Tenía que acercarme, ¿qué iba a hacer si no? No podía largarme por la ventana del lavabo... ¿O sí? ¿Podía? Me montaba en la furgoneta de Alicia y a ella que la llevaran a casa sus amiguitos los del martillo.

En las décimas de segundo en las que decidí que no me parecía tan mal plan, un tipo con gorra, camisa vaquera abierta y el pecho al descubierto me cogió del codo y me arrastró hasta la pista de baile (o lo que era lo mismo, los seis metros cuadrados que había entre las mesas y la barra).

—No, gracias —dije amablemente, tratando de zafarme—. Yo no bailo.

—¡Claro que sí! Una chica con las

piernas tan largas tiene que bailar.

Enarqué una ceja. ¿Eso era halagador o insultante? ¿Y lo que llevaba entre los dientes era carne o pescado?

—No, no, qué va. Es que... Me duele la cabeza.

Idiota. No me estaba pidiendo echar un polvo. Excusas más curradas, Raquel, ¡excusas más curradas!

—Toma, bebe un poco de esto. —Lo dijo seguro de sí mismo, como si el contenido de su copa fuera un jarabe milagroso.

Casi me atraganté cuando el líquido marrón me llenó la boca sin previo aviso. La boca, el cuello y hasta el escote. Definitivamente, no era jarabe. Se parecía más a la sangre de Satanás.

—¡Quita, coño! —exclamé y lo aparté de un manotazo entre toses—. ¿Es que quieres matarme?

Soltó una carcajada ronca.

—¡Vamos a bailar!

—Y dale...

Ahora sí, me agarró de las dos manos y comenzó a darme vueltas al cuerpo mientras el alcohol me las daba a la cabeza. Luces, música y náuseas: me reía yo de los cócteles molotov.

Ese zopenco se movía sin gracia ninguna. No seguía el compás, dudaba incluso de que escuchara la música. Solo daba vueltas y más vueltas a la vez que reía como una hiena ebria. Me estaba empezando a marear de verdad, como esas veces en las que sabes que

estás a punto de potar y, tal vez, de perder el conocimiento.

Eché un vistazo por encima del hombro de aquel loco en busca de ayuda, pero no la encontré. Alicia y Adam jugaban a ver quién hacía la torre de chupitos más alta, y Burke ya no estaba.

Después de unos tres años, la canción paró y el baile con ella.

—¡No me equivocaba! Eres una gran bailarina.

En cualquier otro caso, le habría dado un guantazo a ese tío, pero estaba tan mareada por nuestro baile peonza y me daba tanta lástima con su noble sonrisa manchada que me había visto incapaz.

—Gracias... —dije como pude y le

sonreí—. Tú también.

Sí, si ahora ser un gran bailarín era centrifugar como una lavadora y vaciar a trompicones vasos enteros de licor alrededor. No habíamos bailado una canción, habíamos hecho la colada.

Todavía con su mano en mi hombro, empezó a sonar otra canción. La cara se le iluminó ante las posibilidades y la mía, aunque no me la vi, debió de bajar dos tonos de color.

—¿Otra? —me preguntó esperanzado. Por supuesto que no.

Y entonces otra mano apareció en mi hombro libre y lo cubrió con calidez.

—¿Me permites?

Me giré y miré a Burke estupefacta. ¿De dónde cojones había salido? ¿Y por

qué le pedía permiso al «lavadora» si era yo la que tenía que dárselo?

El tipo le guiñó un ojo con complicidad y a mí me sonrió antes de largarse y dejarle vía libre. ¿Qué creía que estaba haciendo? ¿Cederme como si fuera un destornillador? No quería otro lavado automático, pero tampoco me parecía bien que decidieran sin contar conmigo.

—¿Puedo?

Vale, esa vez Burke me preguntó a mí. Y de forma educada, todo hay que decirlo.

Ni idea de por qué acepté y le di la mano para que la colocara en su hombro. Y para remate, ¡cómo no! La música se había vuelto más lenta. Ese

cliché estúpido típico de las comedias románticas no iba conmigo. Para empezar, yo ni siquiera quería bailar con Burke. ¿Por qué no me iba sin más?

Bailamos en silencio un rato. Nuestras miradas se encontraban y se repelían continuamente. Si la anterior canción me había parecido larga, esa me estaba resultando eterna. ¿Cuánto llevábamos bailando? ¿Diez años?

—Lo reconozco. Estoy muy sorprendido.

—¿Eh?

—Tú. Aquí. Bailando.

Resoplé un poco.

—Ya, bueno... No fue idea mía — dije, lanzando una mirada de rencor hacia Alicia, que se había recostado en

uno de los bancos para observar cómo Adam hacía malabares con dos bolas de billar.

Joder, vaya dos idiotas.

Burke se rio.

—Eso sí que no me sorprende.

Torcí una sonrisa.

—¿Y tú? ¿Vienes mucho por aquí? — pregunté, por hablar de algo. Lo que fuera con tal de hacer ese baile menos incómodo.

Él se encogió de hombros antes de hacerme girar sobre mí misma con una elegancia impropia para alguien... Pues eso, como él.

—De vez en cuando. No hay muchas opciones por aquí.

—Tiene que ser un coñazo —escupí

sin darme cuenta—. Bueno, quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —se adelantó él sin rastro de enfado—. Y sí, a veces lo es.

Silencio. No sabía qué responder, así que me limité a mirarlo a los ojos un momento, tratando de sacar algo más. El tono de su voz había sido de derrota, como si a veces se sintiera vacío allí, como si le faltara...

Qué estupidez. Estaba viendo cosas donde no las había. Donde solo había dos ojos de color avellana engulléndome lentamente.

Una alarma saltó en mi cerebro. ¿Qué coño estaba haciendo? Bailaba en plan Sergio Dalma con este tío y dejaba que

me mirara de esa forma tan... íntima. ¿No se suponía que le odiaba? ¿No tenía que haberle dicho que no quería bailar con él y que no le dejaría tocarme ni con un palo?

A ver con qué cara le iba luego con el cuento a Claudia de que yo nunca me fijaría en un tipo como Burke.

De repente, me acordé de Andre y de que nunca había bailado con él. Y me sentí como el puto culo, así que paré de mover los pies.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

Sacudí la cabeza.

—Creo que ya he cumplido suficiente por hoy.

Él frunció el ceño.

—¿Cumplido?

¿Por qué coño me estaba cabreando tanto?

—Sí, cumplido, integrado, llámalo cómo quieras. He cubierto mi cupo de tradiciones paletas, dadme un respiro.

Me soltó la mano y se quedó ahí plantado mirándome a la cara. A lo mejor me había pasado, pero tenía que poner freno a esa familiaridad que yo no deseaba. No debía de perder de vista mi objetivo en aquel pueblo, no tenía tiempo de jugar a lo que fuera eso. Relaciones profesionales. Y punto.

Esperaba su réplica ofendida en tres, dos, uno...

—¿A esto lo llamas cumplir? —Soltó una risotada—. No me hagas reír.

Yo no pretendía hacerle reír, pero

seguía riéndose, y yo seguía poniéndome enferma.

—¿Por qué te ríes? ¿Y qué insinúas?

—No, nada. Es solo que... En fin, llevas aquí casi tres semanas.

—¿Y?

—¿Un paseo de quince minutos por el mercado y un par de canciones en el bar? Eso no es integrarse, eso no es nada. Desde que has llegado, no has hecho más que mirarnos por encima del hombro. Por eso me río —añadió.

¿De verdad acababa de soltarme eso? Y encima, con esa sonrisita de suficiencia, como si en realidad mi poco (o mucho) esfuerzo no hubiera servido para nada, como si se lo pasara por los huevos.

—Ah, perdona, ¿es que hay alguna otra tradición de granjeros que me haya perdido?

Se cruzó de brazos y me miró con un brillo malicioso en esos ojos avellana.

—Bueno, hay alguna más... Pero no creo que estés a la altura.

—¿Por qué no? —pregunté, cayendo en su puta trampa como un pececillo inútil pica ante un cebo repugnante.

—Pues porque apenas te has defendido en las demás, especialmente en esta.

«Vale, se acabó.»

Me acerqué a él, le puse la mano en el hombro otra vez y él se sorprendió al creer que quería robarle otro baile. Su mano ya se deslizaba hacia mi cintura,

produciéndome una satisfacción inigualable (se quejaba pero en el fondo estaba deseando que siguiéramos bailando, ¿eh?), cuando le di un pisotón con todas mis fuerzas.

—¡Au! —bramó, apartándose de mí y llevándose la mano al pie.

—¡Uy, lo siento! Supongo que tenías razón —me disculpé con falso arrepentimiento—. El baile no es lo mío.

Él me atravesó con la mirada y apretó los dientes.

—¡Está bien! ¿Quieres otra tradición? Tú lo has querido, princesa. Vamos a ver lo que aguanta ese estómago tuyo.

¿Mi estómago? ¿De qué otra tradición estaba hablando? ¿Qué pretendía que

hiciera? No pensaba emborrachar a una oveja o tirarla desde el campanario. No iba a conducir de noche por el sentido contrario, sin luces, y con el asiento de atrás lleno de gallinas alborotadas.

Me cogió la mano de nuevo, pero esta vez para llevarme a la mesa donde Adam y Alicia bromeaban, cada vez más juntitos. ¿Me había perdido algo?

—¡Camarera! —gritó a una chica rubia que estaba de espaldas.

Ella se giró y sonrió antes de acercarse. Y yo reconocí su cara a pesar de la poca luz y del mucho alcohol en sangre.

—¿Claudia? —balbuceé, incrédula, tan bajo que, afortunadamente, nadie me escuchó.

¿Otra vez ella? ¿Qué hacía allí, con un delantal puesto y más escote que de costumbre? ¿Acaso era la camarera de cada bar de Alemania? ¿Dormía alguna vez o mantenía su belleza intacta gracias a un pacto con el Diabolo? ¿Tomaba vitaminas para mantener esa melena sedosa y llena de brillo o qué cojones le pasaba?

—Eh, no sabía que trabajabas esta noche —reconoció Burke.

¿Y por qué tenía él que saberlo?

—Astrid se ha puesto enferma.

«Yo también», pensé para mis adentros. Porque esperaba haberlo pensado y no haberlo soltado en voz alta. Ya no estaba segura de muchas cosas.

Claudia nos miró a Alicia y a mí. Sobre todo a mí. De nuevo, esa expresión de muñeca fría y calmada, como si se pusiera un velo de indiferencia para cubrir sus verdaderos sentimientos. Sentimientos que, por otra parte, yo ya había reconocido en su mirada desde el primer día. Me detestaba.

—Veo que lo estáis pasando en grande —observó, fijándose en la mano que Burke había puesto sobre mi rodilla.

Un momento, ¿cuándo la había puesto allí? «Quita, bicho». Me removí para que se apartara y me crucé de piernas.

—Ya lo creo —coincidió él—. Estaba a punto de enseñarle a Raquel una de nuestras tradiciones más antiguas.

—¿Cerveza? —se aventuró ella.

Él esbozó una sonrisa radiante.

—Cerveza.

El rostro de la Barbie paleta se iluminó brevemente con algo que pareció malicia. Me miró de arriba abajo y asintió.

—¿Qué pasa con la cerveza? ¿De qué va eso? —quise saber.

—De ver quién bebe más —repuso Adam, celebrándolo con una palmada.

—¿Así de simple?

—Así de simple —respondió Burke, aguantándose la risa como si estuviera disfrutando de un chiste privado.

Pero ahora fui yo la que sonrió. ¿Creían que iban a asustarme con unas cañas? Antes de mi época de

Cosmopolitan y Gintonic, yo también había tenido la fase de las litronas en el parque. Mis botellones eran épicos porque mi estómago y mi cabeza eran los que más aguantaban.

Barbie volvió con una bandeja llena de jarras de cerveza de tamaño aceptable. Bien, vale, nada que no hubiese probado antes. La chica se sacó un sobre del delantal y echó lo que me pareció un poco de azúcar sobre la espuma de cada jarra.

—¡Salud! —exclamó, pero no se fue de allí, sino que se apoyó la bandeja en la cadera y esperó a ver si empezaba esa charada.

—¿Quién cronometra? —preguntó Burke—. ¿Adam?

El chico puso el índice sobre un botón de su reloj de pulsera. Alicia se acercó a mí. Era de mi bando, era lo lógico.

—Tenéis dos minutos —informó Adam con voz más seria de lo habitual, como si fuera un juez profesional, como si aquello no fuera una gilipollez de borrachos en un bar.

—¿Estás segura? —Alicia me miró con preocupación—. Es mucha cerveza.

—Un alemán arrogante no va a poder con una española experta en cañas.

—Pero ya llevas más de un par de copas encima... Y eso no son cañas.

—Alicia, cállate a no ser que pienses animarme, ¿vale?

Inspiró hondo.

—Vale.

Por un momento, creí que, efectivamente, se iba a quedar en silencio. Maldije para mis adentros, lo que necesitaba era un grito de guerra o algo así.

—Machácalo —me susurró al oído y, cuando la miré, la descubrí concentrada y con los puños apretados.

Vale, Alicia, así sí. «Va por ti, diamante en bruto».

—A la de tres —anunció Adam mientras los dos concursantes nos poníamos una jarra delante—. Uno, dos... ¡TRES!

La cogí con ambas manos y alcé los codos a las doce en punto. «Traga, traga, traga», escuchaba en mi cabeza. La espuma me hacía cosquillas al

descender por mi barbilla. El sabor era amargo y fuerte, pero no paré. Dejé que recorriera mi garganta en un tsunami dorado que se abrió paso hasta mi estómago.

Y, sin saber por qué, empecé a imaginarme otro líquido amarillo pugnando por salir de mi cuerpo. De pronto, me di cuenta de que me estaba meando. Genial. ¿Por qué no había pedido ir al baño antes de empezar?

Cuanto más lo pensaba, más me meaba. Y más interminable me parecía la cerveza. Pero seguí tragando, ¿qué podía hacer? Por encima de la jarra lanzaba miradas a Burke tratando de aparentar seguridad, como si le dijera mentalmente «estás muerto». Él bebía

deprisa, sin apenas parar para respirar entre una y otra.

Qué cabrón. La tableta de chocolate que se adivinaba bajo su ropa no me había dado ni una pista. Al menos una curvita de la felicidad me habría advertido de que estaba ante un profesional.

Me sacaba media jarra de ventaja. Apreté el esfínter con fuerza, al igual que los ojos.

—Vamos, Raquel, ¡ya casi lo tienes!  
—gritaba Alicia eufórica mientras me lanzaba perdigones de saliva.

Cerveza. Yo solo pensaba, oía, saboreaba, veía y olía cerveza. Era como si, en vez de Alicia, una jarra gigante me estuviera apremiando para

acabar con sus hermanas pequeñas, para ganar al tío de mi lado que parecía no tener fin.

Solté un eructo ensordecedor que quedó ahogado por la música. Claudia abrió bastante los ojos, sorprendida de que la chica de ciudad tuviera tan pocos modales.

Le habría dicho «¿qué coño miras, zorra?» de no ser porque tenía la boca ocupada, ahogada en ese sabor que se había adueñado de mis papilas gustativas. Empecé a no notarlo, a solo sentir que la lengua y el paladar se me humedecían antes de que el líquido siguiera su camino.

—Treinta segundos —nos recordó Adam con esa seriedad fuera de lugar.

Se me nubló la vista, así que cerré los ojos para estabilizarme y no perder el control por completo. Me salía la cerveza por las putas orejas.

La voz de Alicia me llegaba amortiguada, como a través de una pared. La música parecía estar ya muy lejos de mí. Olas de cerveza, los ojos avellana de Burke, Alicia subida en unos tacones, el reloj de Adam, la cabellera ondulada de Claudia. Una vaca. Y al final, Andre. ¿Qué pensaría él si me viera en estas condiciones? ¿Qué me diría después de observar semejante espectáculo? ¿Qué le diría a su padre? «Papá, tenías razón, esta chica no tiene clase ninguna. Me casaré con esa abogada con cuerpo de modelo que me

sugeriste».

El estómago me dio un vuelco y amenazó con obligarme a echar todo lo que ya había conseguido tragar. Bajé el ritmo mientras pensaba en ello, pero la cosa no mejoró.

En un instante, ese concurso había dejado de tener sentido.

Bajé la jarra, a la que le quedaba casi la mitad de su contenido, justo en el momento en que Burke apuraba el último trago. Cinco jarras contra cuatro y media. La victoria no había sido aplastante, pero era igualmente una victoria.

—¡Sí! —celebró mi contrincante, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Adam le dio una palmada en la espalda y luego se dirigió a mí casi con más admiración.

—Increíble, jefa. Un merecido segundo puesto.

Imbécil, solo éramos dos. El segundo era también el último.

—Has estado muy cerca, Raquel — me dijo Alicia—. Bien hecho.

El local se había puesto del revés. El suelo estaba en el techo y el techo en el suelo. Y a mí ya me importaba una mierda lo que tuvieran que decirme.

—Perdón, tengo que... Voy a...

Me apoyé en la silla y luego en la pared para levantarme. Esperé un segundo con los ojos cerrados, tratando de mantener el equilibrio y de que la luz

que veía en la oscuridad de mi mente se quedara quietecita.

Levanté los párpados y vi cómo mis acompañantes hacían ademán de levantarse, pero alcé la mano y les indiqué que me dejaran ir sola. Vi la puerta a la calle muy lejos. A cien kilómetros, por lo menos, pero ahí estaba.

El aire me azotó de lleno y amenazó con tumbarme. Me había dejado el abrigo dentro, pero me dio igual. En realidad, no era frío lo que sentía, sino un vacío en el estómago que me quemaba. Qué irónico, ¿no? Lo tenía a tope de birra, pero aun así creía que me faltaba algo.

Lo único que me sobraba seguían

siendo las ganas de mear. Cuando tienes la vejiga tan llena como la tenía yo en aquel momento, se te hace casi imposible pensar con claridad. Incluso aunque no hayas acabado con las reservas de cerveza de toda Alemania.

Me agaché tras un arbusto que había en la parte de atrás del bar porque no pensaba volver a entrar en un buen rato. Me bajé los pantalones hasta los tobillos y maldije a los hombres por tenerlo más fácil.

El culo se me empezó a congelar tras varios segundos, pero el chorro no parecía tener fin.

—¿Raquel?

¡Mierda!

—¡Quédate donde estás! —ordené—.

No te muevas.

—Oye, ha sido un concurso estúpido y... ¡Oh!

Burke se dio la vuelta al descubrir mi cabeza asomando por el arbusto.

—¡Te he dicho que te quedaras donde estabas!

—¿Estás...?

—¡No, qué va! Estoy buscando espárragos. ¿Tú qué crees?

—¿Necesitas papel?

¡Oh, por favor! Aquella situación era surrealista.

—Necesito que vuelvas dentro — contesté, buscando en el bolsillo del vaquero algo con lo que poder limpiarme.

¿Un *ticket* del supermercado? ¿Cuánto

tiempo llevaba ese papel ahí?

—No voy a volver sin ti.

Resoplé mientras me limpiaba a toquecitos con el *ticket*. Qué guarrada.

—Vale, pues no te des la vuelta.

Alzó las manos, todavía de espaldas, a la espera.

—Ya —le avisé al subirme la cremallera.

Ahora sí tenía frío. De dentro hacia fuera. Del culo hacia la cara.

—Bueno, supongo que deberíamos buscarle un nombre.

—¿De qué cojones hablas?

Señaló con la cabeza hacia el matorral y, para mi desgracia, comprobé que el terreno estaba un poco empinado y, por tanto, el charquito de pis había

encontrado la forma de no estancarse.

—Del nuevo río que tenemos en Gewächshäuser—dijo con una sonrisa.

Lo salté a conciencia, tratando de no *ahostiarme*. Mis zapatos ya habían tenido suficiente, no podía hacerles también eso. Mearlos ya habría sido pasarse.

—¿Qué es lo que quieres, Burke?

¿Era cosa mía o arrastraba las palabras? Me escuchaba la voz más nasal, pero más fluida.

—¿Estás enfadada?

—No.

—¿Estás segura?

«No.»

—Sí.

—Vas a quedarte congelada aquí.

¿Por qué no entras conmigo?

No. No quería que Burke se preocupara por mí. ¡Aquello era el colmo! Yo estaba intentando alejarme de cualquier familiaridad con los habitantes de ese pueblo, procuraba continuamente trazar una barrera y no implicarme más de la cuenta.

—¿Por qué coño no me dejas en paz? ¿Por qué no vuelves a tu bar, con tu camarera, tu amigo y tus cervezas?

Di un paso hacia ninguna parte y sentí que iba a ser el último. Pero entonces los brazos de Burke lo impidieron.

—Eh, tranquila. Estás muy mareada y no sabes lo que di...

—¡Sé muy bien lo que digo! ¡Lo que no sé es lo que hago! ¿Qué estoy

haciendo aquí, Burke? ¿Qué cojones estoy haciendo aquí? —bramé.

Él me sujetó el rostro con ambas manos para mirarme fijamente. Estaban calientes y su contacto era agradable. Parpadeé varias veces y fijé la vista en un punto.

Sus labios.

—Estás haciendo tu trabajo. Y lo estás haciendo bien —leí que decía. El sonido me llegaba tan bajo que apenas lo entendía.

—No es verdad... Yo... Esto me supera. Y estoy aquí, pero no lo estoy. Es como si...

Me callé de golpe, consciente de que estaba a punto de traspasar una línea que no debía. Mis problemas debían ir al

espejo, no al granjero amigo (o enemigo) de Andre.

Cerré los ojos, pero él no me soltó. Se quedó callado un momento y ya solo pude oír el silbido del viento mezclado con su respiración cálida estrellándose contra mi cara.

—No pienses tanto, princesa —susurró—. No en cosas que no valen la pena.

Cada vez que me salía con alguna de sus frases filosóficas yo veía una segunda intención, un sentido oculto que no podía dejar de relacionar con Andre. Parecía que ese tipo me advertiera continuamente, pero a lo mejor no era así. A lo mejor yo estaba tan condicionada por mis propios demonios

que lo entendía todo al revés.

—Estoy muy cansada, Burke. Muy, muy cansada...

Abrí los ojos y él asintió. Su expresión era suave, reconfortante, comprensiva.

«No, por favor, no seas buena persona. Así es mucho más difícil aborrecerte.»

—Vamos —dijo al pasar su brazo sobre mis hombros para apretarme contra su pecho y hacerme de abrigo—. Te llevo a casa.

# Capítulo 11

Me desperté antes de abrir los ojos. Es decir, estaba consciente varios segundos antes. O quizás fueron minutos. Dolorida, con la boca pastosa y los ojos acartonados, pegados y sensibles. La luz que se me colaba a través de los párpados ya me hacía daño. Dios... ¿Y ese dolor de cabeza?

Fui a meter la mano bajo la almohada, pero no la encontré. En su lugar, había algo mucho más duro e incómodo. ¿Dónde coño estaba durmiendo?

Abrí los ojos en busca de respuestas, pero lo que vi no me aclaró nada en absoluto. ¿Por qué no estaba viendo un

armario o una pared? O sea, lo que me habría encontrado de estar en mi habitación.

Fruncí el ceño mientras seguía con la vista la hilera de botones que tenía delante. El último terminaba a varios centímetros de un cuello masculino, con su nuez, su barba y esas cosas.

Abrí los ojos tanto que sentí que se me iban a salir de las cuencas. Sin bajar la vista, palpé de nuevo mi «almohada», que no era otra cosa que las piernas de Burke. Su bragueta estaba ahí mismo, a un par de centímetros de mi cara. Una pequeña montañita que, a esa distancia, parecía el Kilimanjaro. Así de cerca estaba.

Alcé un poco la cabeza para mirar

alrededor. Estábamos en el sofá del comedor, en la granja. Él sentado y dormido como un tronco, yo con la cabeza apoyada en sus piernas.

Cerré los ojos con fuerza y los abrí. Varias veces.

El Kilimanjaro seguía ahí.

—¡Pero qué cojones haces! —grité y me levanté de golpe cuando comprendí que sí, que la situación era real.

Uf... Mal asunto. La bilis me subió a través del esófago y un pinchazo me atravesó el cráneo. Resaca *in the morning*. La guinda del pastel.

Burke soltó un grito y se llevó la mano al corazón.

—¡Por Dios, Raquel! ¿Qué coño pasa? ¿Se quema algo?

Estaba descalza y con los vaqueros de la noche anterior. Menos mal. Podría haber sido peor, podría haber estado en bragas o con todo el asunto al aire. Eso sí habría sido traumático. Un drama. Un desastre. Una aberración. ¿Por qué no me acordaba de nada? ¡Maldita sea!

Me alejé de él todo lo que pude y lo señalé con un dedo.

—Tú... ¿Qué crees que estás haciendo?

El tío bostezó sin contemplaciones antes de desperezarse. Y yo ahí, esperando una respuesta.

—Pues sufrir un ataque cardíaco, ¿y tú?

Gruñí. Estaba harta de esas contestaciones que no decían nada. Tirar

balones fuera, eso era lo que se le daba bien a los tíos.

—¿Se puede saber por qué has dormido aquí? Y lo más importante, ¿por qué me has usado de manta?

Alzó tanto las cejas que le salieron varias arrugas en la frente.

—¿De manta? Eres tú la que me ha utilizado de almohada, princesa.

—¿Y cómo lo conseguiste? ¿Me drogaste? ¿Con qué objetivo?

—Hablas como si... «esto» —dijo y señaló el sofá— formara parte de un plan maléfico y perverso. ¿Es que no recuerdas lo que pasó?

Una carcajada por su parte. Silencio por la mía.

—Raquel... ¿Es que no recuerdas

nada?

—Pues no. —Tragué saliva y evité mirarlo—. ¿Qué pasó anoche?

Sonrió de forma misteriosa, regodeándose en mi ignorancia. El muy cabrón.

—Estabas tan... tan necesitada de algo de cariño.

Giré el cuello tan rápido para mirarlo que creí haberme hecho una contractura.

—¿Cómo dices?

—Me pediste... No, me rogaste que me quedara contigo.

Solté un «¡ja!».

—Te lo estás inventando.

—¿Eso te gustaría, eh? Pues lo siento, princesa, pero es la verdad. No querías quedarte sola, así que acepté pasar la

noche contigo.

Pasar la noche... Eso era muy ambiguo. ¿Cómo habíamos pasado la noche exactamente? ¿Y cómo que aceptó? ¿Por qué lo decía como si me hubiera hecho un favor él a mí? Me subió un regusto a cerveza y un fogonazo de imágenes me vino a la cabeza.

—¡El concurso! Ese estúpido y absurdo concurso. ¿Qué pasó luego? Tengo los recuerdos borrosos.

¿Borrosos? Estaban prácticamente enterrados.

—Tranquila, ya llegarán.

Se levantó del sofá, se estiró la espalda y me dejó con las ganas de saber la respuesta.

—¿A dónde vas? ¡Dime algo!

—Demasiadas preguntas, princesa. Necesito echar una meadita y una dosis de café.

Cogí lo primero que encontré y se lo lancé a la cabeza. Vaya cosa, un cojín. Por supuesto, él ni siquiera se inmutó, sino que siguió su camino hacia el lavabo.

«Puede que sea mejor así, Raquel. Puede que no debas saber lo que pasó anoche realmente». Eso me decía una y otra vez para consolarme, pero en el fondo deseaba averiguarlo todo. Porque recordaba haber ido al pub con Alicia, haber bailado con un tipo y con... Burke. Sí, había bailado con él. Recordaba haber tenido su cara a muy pocos centímetros de la mía, pero...

¿Había pasado algo más? Yo nunca lo habría invitado a pasar la noche conmigo, mucho menos le habría rogado que no me dejara sola. Aunque hubiera sufrido de terrores nocturnos. Aunque un loco se hubiera escapado del manicomio, yo no tuviera electricidad y me hubiera visto obligada a atrancar las puertas con los muebles y a esconderme tras el sofá con el palo de la escoba como única arma.

Mierda de alcohol. Mierda de todo. Necesitaba café. Urgentemente.

—Ah, genial, ya que estás... —Burke se unió al desayuno y señaló la cafetera que yo tenía cogida por el asa.

—Pues no, ya no estoy —respondí y la dejé encima del banco. ¡Lo que me

faltaba! Prepararle el desayuno.

No dijo nada, pero sonreía cuando comenzó a echarse el líquido oscuro en una taza. Me imaginé alargando el brazo, acercando mi mano a su nuca, agarrándolo con fuerza y... estampándole la frente contra el fregadero.

Apoyó el culo en la mesa y me miró. Yo seguía al lado del fregadero, pensando en cómo me desharía de su cadáver.

—¿Mejor? —preguntó, señalando mi taza.

«Pues no sé. Lo veremos después de que te parta la nariz y la pila se haya tragado hasta la última gota de tu sangre.»

Tragué el último sorbo de café y me deleité con su sabor amargo. Respirar. Esa era la clave.

—¿Me vas a decir por qué acabamos en el sofá, Burke? La verdad.

—Princesa...

—No —lo paré—. Nada de princesa, joder. Deja ya de vacilarme y habla de una puta vez.

—¿Y acabar con el misterio?

—Eso o acabo yo contigo.

Mi amenaza le hizo gracia. ¡Qué novedad!

—¿Por qué nunca te sirven las respuestas más sencillas? ¿Por qué te empeñas en rebuscar? ¿Tan difícil de creer es que me pidieras que me quedara contigo?

Lo taladré con mis ojos hinchados y reseco. El rímel pastoso pesaba sobre mis pestañas como si fuera lodo.

—Pues sí.

Resopló.

—Me rindo.

—¿Entonces me lo dices?

Apuró la taza, la enjuagó y la dejó en la pila.

—¿Sabes? Es insultante que no lo recuerdes. Luego los tíos somos los malos, ¿no? —No, no, no. Esa respuesta no me ayudaba en absoluto. ¿Qué había querido decir?—. Me siento utilizado —siguió—. Pasamos una noche genial y a la mañana siguiente ni te acuerdas. ¡Típico!

El pulso se me había acelerado

considerablemente. Horror. Horror. Horror. Horror. Escruté su rostro esperando encontrar algún atisbo de burla, tratando de distinguir el humor en sus ojos o en la posición de sus labios. No había nada. ¿Por qué no había nada?

—Define genial —pedí con un hilo de VOZ.

Un brillo malicioso en su mirada. ¿Broma o no? ¿Le partía la cara o me suicidaba yo directamente? La melodía de mi móvil se abrió paso entre nosotros, pero yo la escuchaba muy lejana.

—¿Vas a contestar o...?

Sacudí la cabeza. Sí, claro que iba a contestar. A lo mejor era Dios que llamaba para darme explicaciones, a lo

mejor iba a contarme por qué me estaba puteando de esa forma. Ni siquiera miré la pantalla al descolgar.

—¿Sí?

Carraspeé porque la voz se me había pegado a la garganta y no terminaba de salirme.

—¿Rachel? ¿Eres tú?

Volví en mí de golpe.

—¿Andre?

Miré a Burke y su expresión pareció endurecerse. Se cruzó de brazos y no se movió de allí.

—¿Cómo estás, preciosa? Llevo días queriendo llamarte, pero he estado liadísimo. Además, se ve que no siempre cuentas con buena cobertura.

No sabía cómo sentirme exactamente.

Me parecía que hacía un siglo que no hablaba con él, y unos cinco desde aquella última mañana entre sus sábanas. Hice un esfuerzo por concentrarme y por que no me temblara la voz.

—Ajá —respondí con fingida indiferencia.

Quería preguntarle sobre la chica que había contestado a su teléfono la última vez que lo había llamado, pero decidí darle algo de tiempo para ver si él se me adelantaba.

Carraspeó, algo incómodo, y me habló con voz suave, como un mar en calma.

—Bueno, cariño, que te iba a decir...  
¿Todo bien?

—Te llamé y respondió una mujer —  
atajé.

¡Hala! Buen trabajo, Raquel. Un  
aguante digno de admiración.

—¡Ah, eso!

«Sí, eso. Ya ves qué tontería». Me  
quedé callada.

—Mi padre se empeñó en buscarme  
una secretaria.

Ya esperaba esa respuesta, pero no  
me convencía. Me pareció que no le  
convencía ni a él.

—¿Y tu secretaria tiene por  
costumbre responder a tu móvil  
privado?

Burke seguía mirándome. Yo bajé la  
vista y le di un poco la espalda.

—No, claro que no —se apresuró a

aclarar Andre—. Eso debió de ser una confusión.

—Deberías explicarle cuáles son sus funciones exactas y sus límites.

—Desde luego, amor, no dudes de que lo haré. —¿Estaba nervioso o era cosa mía?—. ¿No estarías celosa, no?

Miré de reojo a Burke y esperé que no hubiera escuchado eso.

—Claro que no.

Andre soltó una risa calmada, una de esas que siempre me habían gustado. Pero no esa vez.

—Eres tan adorable, Rachel. Sabes que solo tengo ojos para ti, ¿no? Lo sabes, ¿verdad?

Pues no, no lo sabía. Noté que el labio inferior me temblaba. De repente,

lo eché mucho de menos.

—¿Por qué no vienes? —le pedí en voz muy baja y me alejé unos pasos de la cocina—. Te necesito.

—Oh, Rachel... —  
¿Condescendencia? ¿Alivio porque aún me tenía a sus pies?—. Sabes que me encantaría.

¿De verdad yo lo sabía? ¿De verdad a él le encantaría? No estaba tan segura.

—Entonces hazlo.

—No puedo, preciosa, aún no.

—¿Cuándo? —Mi voz sonó desesperada. Yo lo noté, él lo notó. Seguramente, incluso Burke lo notó.

—Pronto, te lo prometo.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y suspiré.

—Lo estás haciendo genial, cariño — me alentó él. ¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabía? ¡Si no hablábamos nunca!

—Esto es... —«Una mierda, una pesadilla, un infierno». No, no podía sonar débil, no más de lo que ya estaba sonando— abrumador.

—Lo sé, pero en menos de lo que esperas, todo habrá acabado, te lo prometo.

Otra promesa. Y, por el momento, no iba camino de cumplir ninguna.

—¿Por qué no me habías dicho que me encontraría con una granja? —le espeté al recordar su falta de información.

—¿No te lo dije? Qué raro... — Estaba mintiendo, el muy hijo de puta

estaba mintiendo—. La verdad es que esperaba haber vendido los animales antes de que tú llegaras, pero hubo problemas con el comprador. Lo solucionaremos pronto, te lo pro...

—Déjalo —lo interrumpí. Una tercera promesa no, por favor. No podría haberlo soportado—. Tengo que dejarte. Burke me está reclamando.

Pero Burke enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Estás con Burke ahora? —preguntó Andre sorprendido y... ¿quizás, molesto?

Un cosquilleo agradable me recorrió el estómago.

—Sí, acabamos de desayunar —dije para joderle. Darle dos tragos a una taza

de café, de pie junto al fregadero, no era exactamente desayunar.

Pero a Andre no le iba mal sufrir un poco. Con un poco de suerte, nos imaginaría disfrutando de un desayuno completo con servilletas de tela y tetera de cerámica mientras el sol bañaba nuestros rostros satisfechos.

Un poco de celos era beneficioso para una relación, ¿no? Y por ahora el marcador iba muy desigualado. Yo le sacaba demasiada ventaja, era hora de que las cosas se equilibraran.

—¿Solos? —quiso saber—. ¿Un domingo?

—Sí, ha sido muy amable por su parte.

Ahora fueron las dos cejas de Burke

la que se subieron hasta el infinito y más allá.

—¿Y Alicia?

—Pues no sé —reconocí. Joder, era verdad, ¿y Alicia? Ni siquiera había reparado en ella—. Anoche salimos a tomar unas copas y le perdimos la pista. Menos mal que Burke me acompañó a casa, porque ni siquiera recuerdo qué pasó después de las doce.

—Muy amable por su parte —repitió Andre entre dientes, claramente jodido.

«¡Chúpate esa!»

—Sí, bueno, tengo que colgarte.

No quería colgarle, pero debía cortar la conversación ahora que aún podía quedar por encima. Era el momento justo.

—Espera, Rachel, estaba pensando que... Bueno, hasta que yo llegue sería conveniente que tuvieras más ayuda. Es demasiado trabajo para vosotras solas y Burke tendrá que encargarse de la construcción. No puede estar distrayéndose con otras... cosas.

—¿Y qué propones? —quise saber.

—Te enviaré a alguien más.

—Vale, como quieras. Te dejo, Andre, voy a ver qué quiere Burke. Ya hablamos.

Le colgué con una satisfacción indescriptible. Al menos, ya no me sentía tan perdedora como hacía un momento.

—¿Voy a ver qué quiere Burke? —preguntó el susodicho—. Ahora sí me

siento utilizado, princesa.

—Supéralo —solté sin más. Herir sus sentimientos no me preocupaba en absoluto, sobre todo porque no creía que los tuviera.

—Puedes ir de chica dura si quieres, pero ambos sabemos que Andre tiene domada a la fiera.

Alcé la ceja.

—¿Y la fiera soy yo?

Se encogió de hombros.

—Con el resto de los mortales —aclaró—. Pero no con Andre, claro. Dos palabras tuyas y escondes las garras.

Apreté los puños y me planteé la posibilidad de enseñarle uno de cerca. El derecho, para ser exactos.

—Mira, granjero, estás muy

equivocado. Y no es asunto tuyo lo que nosotros dos...

—¿Lo habéis arreglado entonces? — me interrumpió de repente.

—No había nada que arreglar — espeté con rapidez para sonar convincente.

—Déjame adivinar: su secretaria, ¿no?

Alcé la barbilla para enfrentarlo.

—Pues sí —respondí—. Su secretaria.

—Claro que sí.

Sacudí la cabeza y me reí.

—No me vas a manipular más, granjero. Puedes decir lo que quieras.

Sus hombros subieron y bajaron despacio cuando cogió aire y lo expulsó

con tranquilidad. Frunció un poco el ceño, entreabrió los labios y, cuando creí que estaba a punto de soltar alguna de sus mierdas, los volvió a cerrar. Sacudió la cabeza y me dio la espalda para recoger su chaqueta del reposabrazos del sofá.

—Paso —escuché que decía antes de abrir la puerta principal y dejarme a solas.

Tenía el estómago revuelto, la cabeza palpitante y unas pintas de zombi trasnochada, pero aquella mañana el sol brilló con más fuerza que nunca.

Los celos de Andre.

La resignación de Burke.

Había ganado dos batallas y ni siquiera eran las diez.



# Capítulo 12

Cuando vi a Pol bajar de la furgoneta a través de la ventana con sus piernas cortas, sus hombros estrechos y su tupé repeinado, no supe si reír o llorar. Reír porque ahogó un grito cuando el tipo que lo había traído bajó la maleta de un movimiento rápido y brusco hasta que aterrizó en el suelo.

Las ganas de llorar eran porque... ¿En qué cojones estaba pensando Andre? ¿Cómo iba a ayudarme ese tío? ¿Había venido a prepararme el almuerzo? Porque Pol era el ayudante de chef del hotel de Barcelona y una especie de organizador de eventos

frustrado.

Entonces lo entendí. Andre me había enviado a un topo. Le importaba una mierda que me ayudara o no, lo único que quería era que me espiara y luego le mandara un informe detallado a él. Sabía que Pol lo haría, pues era un cotilla de cuidado y, además, un lameculos importante.

—¡Demonios, cómo pesa! —se quejó el improvisado botones.

Era el mismo que me había cargado como un saco de patatas el primer día y que, más tarde, me había abordado en el mercado. Un hombre entrañable que parecía ser el taxista oficial del pueblo. A lo mejor conducía todos los días por la carretera que llevaba a

Gewächshäuser en busca de forasteros a los que ayudar.

Tendría que plantearme seriamente la posibilidad de contratarlo como taxista del hotel. Después de pagarle un blanqueamiento dental, claro.

—¡Tenga cuidado! —exclamó Pol. La vena de su corto cuello se hinchó y se puso más rojo que el culo de un mandril—. Esa maleta es de Vittorio y Lucchino.

—¿De quién? Creía que era suya —se extrañó el hombre.

Pol puso los ojos en blanco, le dio una propina por su «amabilidad» y se volvió hacia la fachada principal con esa cara de espanto que yo conocía bien.

Salí a recibirlo con una sonrisa falsa,

casi tanto como la que esbozó él al verme, que provocó que sus generosas mejillas le llegaran hasta los ojos. Me constaba que me detestaba. De hecho, creía recordar que una vez lo había hecho llorar. Pero no fue mi culpa, es que Pol era demasiado sensible y no sabía aceptar las críticas. Si su *vichyssoise* era una mierda, ¿qué quería que hiciera yo? Solo le sugerí que se mirara algún libro de recetas la próxima vez, pero aquello fue algo así como una ofensa imperdonable. Fue Andre el que tuvo que reunirnos y obligarnos a hacer las paces como si fuéramos dos críos.

—¡Raquel! —Levantó una mano rolliza y la meneó con esa pluma tan exagerada que siempre lo acompañaba.

Era como si se esforzara en remarcar a cada minuto el cliché andante que era.

—Bienvenido —le dije.

Fui a darle un apretón de manos, pero él me abrazó como si fuera mi mejor amigo. «Oh, vale», musité, incómoda.

Al separarnos, me fijé en su gabardina beige y en sus blucher calados de color chocolate. Como no podía ser de otra manera, a juego con la maleta de V&L.

Él hizo lo propio con mi atuendo y pude ver la sorpresa en su rostro cuando se detuvo más de la cuenta en mis pies.

—¡Qué cambiada te veo! Parece que te has adaptado perfectamente a la vida en el campo.

Sin tacones, con vaqueros anchos y un

cárdigan de punto grueso arremangado hasta los codos.

—Si yo te contara...

—¡Cuenta, cuenta! Ya sabes que me encanta escuchar.

Ya... «Escuchar».

—Ya tendremos tiempo para eso. Ahora, cuéntame tú lo que estás haciendo aquí.

Se quedó un poco cortado porque fui bastante directa, pero no pude evitarlo.

—Quiero decir... ¿Has cometido alguna falta recientemente y venir al siglo xv es tu penitencia?

Él se rio, algo más relajado.

—Siempre tan graciosa. —¿En serio? ¿Yo, graciosa?—. Andre me dijo que necesitarías elegir al equipo de cocina,

confeccionar menús y esas cosas. Además, ya sabes que mi segunda especialidad es la decoración. ¡Lo mismo te decoro un *muffin* que una habitación! —soltó con una risotada.

Ja. Ja. Ja. ¡Tronchante!

Forcé una sonrisa porque no supe qué contestar a eso. De todas formas, era posible que con la elección del chef y demás sí pudiera ayudarme (siempre que no incluyéramos en el menú la *vichyssoise*).

—Vaya... —dijo cuando entró en el comedor—. Muy... *vintage*.

Muy amable por su parte utilizar un eufemismo para decirme que aquello se caía a pedazos.

—Tenías que haberlo visto hace un

mes —repuse un poco a la defensiva.

Me quedé parada un segundo, procesando mis palabras. Un mes. ¿Un puto mes? «Andre, esta me la vas a pagar cara. Y muy, muy lentamente».

—Desde luego, se nota que ya habéis metido mano aquí. El tono crema de las paredes y la madera envejecida... Muy acogedor. Esos obreros no son tan inútiles después de todo, ¿no?

—Pues no, no lo son. Pero la verdad es que lo de la pintura y la madera ha sido cosa de Alicia y mía.

—Alicia, Alicia... —Juntó las cejas como si tratara de hacer memoria—. Reconozco que no la ubico. ¿Qué tal es?

—Una chica muy agradable y trabajadora. Me está ayudando mucho.

Me sorprendía hablar con tanto orgullo de Alicia. De mi Alicia. Se había convertido en un apoyo en las últimas semanas y casi podría decir que la consideraba mi amiga.

—Ah, estupendo, estupendo. Pues yo vengo a daros energía renovada, a transmitir mis buenas vibraciones. ¡Vamos a ser un gran equipo!

«Ya lo somos sin ti, engreído». En serio, se creía una especie de *coach* que iba a unirnos a todos y a pasarnos sus rayos positivos. La gente tan optimista y eufórica me ponía enferma.

—Genial —dije con voz desapasionada. Esperaba que no lo hubiera notado. O sí, qué más daba—. Te enseñaré tu habitación.

La habitación no le pareció tan ideal, a pesar de que trató de disimularlo. Lo vi agobiado, sorprendido y claramente acojonado.

—La verdad es que aún no he hecho mucho más que limpiar el piso de arriba —le expliqué—. Los obreros siguen con obras en el piso inferior y en el tejado, que se cae a pedazos. Alicia me echa una mano siempre que los animales le dejan un rato libre. Y, sobre todo, me hace mil recados.

Me preguntaba cómo me las había apañado hasta ahora sin una Alicia en mi vida.

—Vaya, todo un mes para... esto. La vida en una granja debe de ser más dura de lo que parece.

«No, por ahí no, bocazas. No tires la piedra y ahora escondas la mano, ya es tarde. Te he visto de pleno.»

—Pues sí, es increíble lo rápido que se pasa el tiempo cuando no haces otra cosa que trabajar —solté yo.

Yo había pintado paredes, cambiando cortinas, almacenado en el sótano cajas con trastos antiguos y lijado, imprimado y pintado los muebles. ¿Y a este moñas le parecía poco? ¿Qué coño había hecho él en el último mes, eh? ¿Ayudar a decorar unos postres y fregar los platos?

La granja tampoco iba tan mal. Exceptuando algo de mobiliario y decoración, la planta baja estaba casi terminada.

—Aún no hemos decidido cómo

vamos a decorar las habitaciones — comenté, tratando de cambiar de tema—. Por supuesto, que sigan la línea rústica y *vintage* que tiene el resto del hotel, pero hemos pensado en darles un toque personalizado a cada una. Estamos barajando varias opciones —informé.

—Eso es una buena idea —admitió Pol—. Me encantará conocerlas, si te parece bien.

Esperé un segundo, tratando de procesar la información, de interpretar su tono. No había prepotencia o peloteo, solo interés real. Qué raro.

—Claro... Sí, perfecto —admití, tratando de no sonar demasiado sorprendida—. ¿Quieres que te enseñe el resto?

—Ah, pero ¿hay resto?

«Me parto, idiota».

Le di la espalda sin decir nada y esperé a que me siguiera hasta el resto de estancias. Es decir, los cuartos de baño, la cocina e incluso el sótano. De este último solo intuyó el montón de mierda que había abajo, porque medio abrí la puerta lo justo para que le cupiera la cabeza y le dije «esto es el sótano». Fin. Cerré la puerta otra vez e ignoré su grito ahogado.

—Por el amor de Dios...

También ignoré eso.

—¿Raquel?

Pol se giró y siguió el sonido de la voz de Alicia como si fuera una polilla atraída por la luz.

—¿Quién es?

«¿Quién es? ¿Cuántos años tiene? ¿Cuál es su número de la seguridad social? ¡Cuéntamelo todo! ¡Porque a mí me encanta escuchar!». Me burlé mentalmente.

Bajó las escaleras sin esperar a que le respondiera, con el cuello estirado como una tortuga.

—Esto... Hola —escuché decir a Alicia.

En cuanto bajé el último escalón y me vio, puso cara de «¿quién coño es este tío?».

—Alicia, este es Pol. Pol, ella es Alicia Holbein.

Pronuncié el apellido con el placer indescriptible de saber que a Pol se le

saldrían los ojos de las órbitas. Y así fue.

—¿Holbein? ¿Cómo que Holbein? ¿Eres...?

—Es prima de Andre, sí —dije como si no fuera importante y luego me giré hacia Alicia—. Pol ha venido a echarnos una mano con el hotel. Es cocinero.

—Y decorador —añadió él.

—Y decorador —repetí, poniendo los ojos en blanco por detrás de Pol para que solo Alicia pudiera verme.

Ella bloqueó una sonrisa y asintió.

—Un placer conocerte. Cuantas más manos, mejor.

Él seguía escudriñándola de arriba abajo sin ningún miramiento.

Seguramente estaría haciendo lo mismo que ya había yo semanas atrás: tratar de encontrarle un parecido con su primo o con alguien de la familia Holbein.

«El pelo, Pol. Solo el pelo.»

—¿Cómo es posible que no nos conociéramos?

Ella se encogió de hombros.

—Mi trabajo no era demasiado sociable —explicó—. Tareas administrativas en su mayor parte, contacto con proveedores, revisión de facturas, esas cosas.

Pol probablemente no lo notó, pero yo me di cuenta de lo monocorde que sonaba la voz de Alicia al nombrar sus antiguas funciones. Tenía estudios y un buen apellido, pero se le había abierto

un mundo de posibilidades al pisar aquella granja. Animales, naturaleza y mierda para parar un tren. Prefería eso en lugar de un despacho en un hotel de lujo.

Cualquiera la habría tomado por loca. Cualquiera me habría tomado por loca a mí, porque empezaba a comprender a la incomprendida Alicia.

—Nada que ver con lo que haces ahora —observó Pol, tratando de conseguir más información.

Mi teoría era que Pol usaba el *modus operandis* de algunos psicópatas. O sea, que tenía en una pared de su habitación un montón de fotos y datos de la vida de las personas. De sus familiares, amigos, compañeros de trabajo, incluso del

panadero o la carnicera.

A lo mejor sabía mejor que yo cuándo me tenía que venir la regla.

—No, nada que ver —contestó Alicia con una sonrisa.

—Parece que te alegras con el cambio.

—Pues sí —soltó ella de forma espontánea—. Prefiero los animales de corral antes que a algunos lobos con piel de cordero.

La miré con las cejas levantadas.

—Bien dicho —aprobé yo, gratamente sorprendida.

—¿Aunque la piel de cordero sea de Armani? —preguntó Pol con suspicacia.

—Sobre todo si es de Armani —sentenció ella, sin cortarse.

Bravo, Alicia.

—Qué interesante... —murmuró Pol y le echó otro vistazo de arriba abajo.

Alicia llevaba un peto vaquero con un tirante descolgado. Debajo, una de sus camisetas de manga larga negra. Y en los pies sus inseparables botas de montaña llenas de barro.

Yo misma me habría escandalizado tiempo atrás ante ese *outfit*, pero ahora ya me parecía de lo más normal.

—Y bien, ¿por qué no oigo trabajar a los obreros? Lunes. Las once de la mañana. ¿Es el horario alemán o...?

—Están en la parte de atrás —dije yo.

—Oh, saldré a presentarme.

Fue bastante cómico verlo moverse por la casa como un ratoncito atrapado y

perdido.

—La puerta está ahí —señaló Alicia con cara de «¿qué diablos hace?».

—¿Solo hay una puerta?

Asentí.

—Por eso están los obreros en la parte de atrás, porque vamos a hacer otra puerta para salir directamente a ese lado.

—Lo que yo decía —murmuró, dirigiéndose a la puerta principal—. Muy buena idea.

—Espera, Pol, ¿sabes alemán?

Se paró en seco y giró sobre sus talones.

—¿Es una broma? —preguntó con una sonrisa.

¿Otra de mis bromas? ¡Vaya! No

sabía que tuviera tanto sentido del humor.

—No.

—¡Por favor, Raquel! Sabes de sobra que todo el que trabaja en un Holbein sabe alemán.

Ya, era uno de los requisitos en las entrevistas de trabajo, pero había distintos niveles de alemán. En ese pueblo se necesitaba el más alto porque tampoco era que dominaran mucho el inglés (y, por supuesto, no entendían ni papa de español). Me constaba por la cara que se les quedaba a los obreros cada vez que yo soltaba una retahíla de insultos en una de mis lenguas maternas. Qué bien sentaba desahogarse y que encima no entendieran una mierda.

Podía cagarme en sus muelas y jamás se enterarían.

—Ya, pero ¿cuánto sabes? Esta gente tiene un acento muy cerrado, te lo advierto.

Hizo un mohín.

—Me las arreglaré.

Genial. Me iba a gustar ver eso.

Desde el interior vimos a Pol rodear la casa agarrándose las perneras de los pantalones y caminar de puntillas mientras arrugaba la nariz y maldecía el campo de minas que tenía que ir esquivando. Alicia suspiró. Yo, en cambio, solté una risita.

—Esto va a ser divertido.

Las dos nos asomamos a una de las ventanas para ser observadoras de

primera fila.

—¿De dónde ha salido este tío? —me preguntó Alicia.

—Del país de las lenguas largas, ¿no has oído hablar de él?

Ella frunció el ceño.

—¿Del país o del tal Pol?

Sonreí.

—Déjalo. Mira, ya empieza.

Primero fue Adam.

—Hola, amigo.

Adam se giró totalmente confundido.

—Hola...

Bien por Pol, al menos lo había entendido.

—Mi nombre es Pol. Pol —repitió un poco más lento—. Soy el nuevo ayudante de Raquel.

Alicia soltó un ruidito que mostraba lo disconforme que estaba con eso.

—No te pongas celosa, Ali, bonita. Mi única ayudante oficial eres tú.

Ella se rió un poco, como si lo que había dicho fuera una chorrada, pero estaba convencida de que le había sentado bien que le confirmara su puesto como mi segunda al mando.

—¿Por qué no se calla? —susurró ella.

Pol había seguido hablando, soltando frases del tipo «vengo de Barcelona», «este pueblo es muy bonito» y «me gusta ir al cine y a bailar». Nivelazo de alemán, claro que sí.

Continuó su presentación con los otros cuatro y, cuando llegó a los

gemelos, soltó:

—¡Vaya! ¿Es que estoy viendo doble?

Joder, si yo hubiera sido una gemela, habría estado hasta el coño de que la gente me dijera eso. Los gemelos apenas lo miraron como a una mosca que pasaba por allí antes de seguir abriendo el agujero de la puerta.

—No sois muy habladores, ¿eh?

Pol no se daba por vencido porque él sí era muy hablador.

—Poli... —murmuré, tratando de hacer memoria. ¿Cómo era esa película del pajarraco que no callaba?

—*¿El loro bocazas?* —completó Alicia.

Nos miramos durante un segundo y nos echamos a reír. ¡Sí! ¡Eso era! Poli,

el puto loro bocazas. Joder, le venía que ni pintado. Tenía el nombre, el pico y hasta la pluma. ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

Poli se vio obligado a callarse cuando incluso Adam, que lo había escuchado todo el tiempo por educación, le hizo un gesto con la cabeza como que tenía que seguir con el trabajo.

Buen chico.

—Por supuesto, muchacho, por supuesto. Puedes seguir.

Ah, que ahora creía que podía dar órdenes. Estupendo.

—¡Pol! —lo llamé desde la ventana—. ¿Por qué no descansas un rato del viaje?

—Y nos dejas descansar a los demás

—dijo entre dientes Alicia.

Le di un pequeño codazo; el oído de Poli era supersónico.

—Creo que te haré caso, Raquel. Estoy realmente agotado, así que voy a...

Fruncí el ceño al ver la expresión de su rostro. La boca se le abrió un poco y parpadeó varias veces. Seguí la dirección de su mirada con curiosidad, pues pocas eran las cosas que dejaban sin habla a nuestro querido Poli.

Me pareció que yo también abría la boca un poco, así que la cerré y carraspeé.

—Pol, ese es...

—Burke —dijo él cuando llegó hasta el cocinero estupefacto.

Bueno, teniendo en cuenta que Burke venía con sus pintas de leñador de brazos brillantes por el sudor, no podía culparle.

—Burke —repitió Pol anonadado—. Así que Burke.

Que sí, que ese era su nombre.

—Un placer —respondió el jefe de obras con una naturalidad envidiable, a pesar de que estábamos todos comiéndonoslo con los ojos. Bueno, todos menos Alicia, que se entretenía siguiendo el recorrido de una araña con el dedo.

—No, el placer es mío —repuso Pol cuando le estrechó la mano con énfasis.

Burke sonrió con amabilidad y se giró hacia mí.

—Bueno, princesa, ya tienes ese mueble listo para que obres tu magia.

Algo se me agitó por dentro. No tenía ni idea de si por reconocer su «princesa», que ya no me molestaba como al principio, o porque llamara «magia» a que yo lijara un mueble. Me sentí mal por sentirme tan bien.

—Ya... Esto... Gracias, Burke.

Él se quitó un sombrero invisible y me guiñó el ojo antes de ponerse manos a la obra con los demás. Y todo bajo la atenta mirada de Pol. Seguro que ya estaba apuntando mentalmente cada gesto, cada dato para escribirlo en su diario de espía.

De repente, hacía mucho calor. Me pasé un mechón de pelo por detrás de la

oreja y traté de volver a aparentar normalidad. ¿Qué narices me había pasado?

—Burke me desmonta los muebles más pesados para que yo pueda...

—Ay, querida, a mí me ha desmontado otra cosa —aseguró Pol sin dejarme acabar. —Alcé una ceja—. ¿Qué? No me mires así. Sé que tú lo viste antes. Como siempre.

Risita aguda e histérica. ¿Qué había querido decir con eso?

—No digas tonterías —me apresuré a decir.

Sentí los ojos de Alicia clavados en el perfil derecho de mi cara. Me observaba en silencio, pero por el rabillo del ojo me pareció intuir una

sonrisa.

—Ah, mi querida Raquel... —Pol suspiró y se abanicó con la mano—. Ahora veo por qué te has adaptado tan rápido a este pueblo. ¡Esto se pone interesante!

Esto.

Interesante.

Ja.

# Capítulo 13

Los siguientes diez días fueron una puta pesadilla que no acababa nunca. Me levantaba acojonada, todos lo hacíamos, preguntándome qué mierda nos tendría el destino preparada para aquella jornada.

Dios, Buda, o quien fuera el que estuviera allí arriba (o abajo, o donde le pareciera) se estaba pasando. Debía de estar pasándose en grande con la que teníamos liada en la granja. Para empezar, el sótano ya no era solo un sótano, sino que, gracias al increíblemente *moderno* entramado de tuberías, había pasado a convertirse

también en un pozo. Un pozo asqueroso, oscuro y espeluznante en el que trastos viejos y alguna que otra rata flotaban a la deriva. Sí, rata. Con «r» de «repugnante». Desde que Adam la descubriera, yo dormía siempre con un ojo abierto. Según Burke, la instalación de toda la casa estaba bastante cascada desde los tiempos de la anciana abuela de Andre.

—¿Y a qué esperabas para decírmelo? —le tiré en cara yo un día.

—Solo soy un hombre, princesa, los desastres de uno en uno —pidió desde el centro del pozo, empapado hasta los codos, mientras se peleaba con una tubería mal atornillada.

Habíamos entrado en diciembre, así

que no quería ni imaginarme lo agradable de ese baño en aguas putrefactas.

Diciembre... ¿No era genial? Adiós a las navidades en Barcelona. Adiós a mis regalos envueltos en papel de El Corte Inglés. Adiós a todo lo que me hacía feliz. Esperaba que al menos Andre se dignara a aparecer en esas fechas, o la íbamos a tener. Pero de verdad.

En fin, que tuvimos que cortar el agua durante un par de días, hasta que se hubo solucionado lo peor. El olor que envolvió la casa entre mierda húmeda y humanidad resudada fue algo indescriptible. No existen palabras en el mundo para explicar lo vomitivo que resultaba pasar por delante de la puerta

del sótano sin contener la respiración.

Por fortuna, el problema estaba empezando a solucionarse. Ahora solo quedaba restaurar el estropicio.

El problema que no tenía pinta de solucionarse a corto plazo era Pol. Pasada la amabilidad del primer día, había dejado relucir su cara más exigente e insoportable. Desde su llegada, comencé a tachar los días en el calendario. En serio, cada día que sobrevivía a aquel infierno de gritos y tocapelotismo generalizado era un puñetero logro para mí.

—No puedes culparme por ser un perfeccionista, Raquel —se defendió el día que le «sugerí» que se tomara las cosas con más calma.

—Solo digo que te tranquilices, estás poniendo a todo el mundo de los nervios.

—Vaya, eso me suena de algo... — Comentó Burke al pasar por mi lado antes de seguir su camino hacia el pozo.

Le lancé una mirada diabólica que se perdió en su espalda, así que de poco sirvió.

—Ah, ¿os estoy poniendo nerviosos, chicos? —preguntó en voz alta hacia ningún sitio en particular—. Vaya, cuánto lo siento, a lo mejor debería sentarme en ese sofá mohoso y esperar a que venga mi hada madrina a solucionarlo todo. A lo mejor esa arpía aparece pronto y os mete la varita mágica por algún sitio.

Estaba frenético. Gracioso, pero frenético. Me tenía los nervios de punta. Se largó a buscar no sé qué y yo pude por fin soltar el aire que había estado conteniendo.

—Con lo que grita y que no se quede afónico... —Suspiró Alicia a mi espalda.

Gruñí y bufé, exasperada.

—Cualquier día le arranco las cuerdas vocales con un puto alicate —vociferé.

—Tú ocúpate de dormirlo, jefa, y ya me encargo yo.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Adam, cierra el pico.

Él se encogió de hombros y siguió colgando el cuadro que Poli le había

encargado.

—Bueno, puesto esto ya está —dijo tras dar el último martillazo a la alcayata.

Pol volvió con una cinta métrica que se le cayó al suelo en cuanto dirigió la vista a la pared.

—¿Qué diablos es eso? ¿Es que te has vuelto loco, Adam?

Eso sí, el acento lo estaba perfeccionando a pasos agigantados. Se había esforzado por que entendieran lo que les pedía. TODO lo que les pedía. Nadie podía negar su mérito. El sello Holbein estaría orgulloso de esos gritos en un alemán tan fluido.

—¿Qué? ¿Qué he hecho mal? He contado exactamente ciento cincuenta y

siete centímetros desde el suelo.

El pobre Adam parecía agobiado.

Pol recortó la distancia que lo separaba del cuadro y lo agarró del marco para girarlo ligeramente hacia la derecha. Tenía que ser una broma.

—¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

Recogió su metro, se dio la vuelta y se fue, dejándonos a todos boquiabiertos. ¿Un cuadro ligeramente torcido en medio del caos? ¡Qué escándalo!

—Yo lo mato —gruñó Adam.

—Ponte a la cola —respondió Alicia.

Tenía que hacer algo. Mi deber como encargada de todo aquello era mantener la calma y alentar a mis chicos, no permitir que ese desquiciado se

excediera en sus funciones y sus formas.

Me fui directa a hablar con él.

—Pol, ¿tienes un momento?

—Yo nunca tengo un momento, Raquel, pero dime.

Inspiré aire por la nariz y lo solté por la boca lentamente, tratando de controlarme. No podía matar a ese hombre, no podía romperle la lámpara en la cabeza y dejarlo allí tirado, en medio de la cocina. ¿Verdad?

—Tenemos que hablar.

—Eso hacemos, ¿no?

Arisco. Impertinente. Gilipollas.

—Vale, tienes que parar de hacer eso.

Se giró para mirarme.

—¿De colocar las copas?

Sacudí la cabeza.

—No, eso está bien. —Me rasqué una mano, me rasqué la otra. No había forma fácil de decirlo—. Mira, te lo he dicho hace un momento y te lo repito ahora: estás desquiciando a todo el mundo. ¿Qué coño te pasa? Nunca te había visto así.

Eso no era del todo cierto, lo que pasaba era que no lo había visto «así» durante tanto tiempo seguido. Más que nada porque, afortunadamente, no había compartido techo con él durante veinticuatro interminables horas. Y una vez, y otra, y otra más... Vale, estaba a punto de gritar yo también.

—Solo quiero que todo salga bien.

Lo dijo dándome la espalda otra vez, limpiando las copas como un frenético.

Me acerqué y le quité la que tenía en la mano.

—Ya está limpia —informé—. Dios mío, Pol... Mírate.

Llevaba la camisa mal abrochada. La fila de botones no coincidía con la de los hojales. Su pelo estaba revuelto y rizado por la humedad. Sus ojos estaban ojerosos y muy abiertos, como los de un loco obsesionado con conseguir la fórmula matemática de... No sé, de algo.

—Es mejor que no me mire, Raquel. No mientras esté aquí.

Me dio pena. Poli, el loro bocazas, me dio una pena tremenda. ¿Qué había sido del tipo vivaracho y presumido que conocía? Ese pueblo estaba acabando con todos nosotros, estábamos mutando.

La única que estaba viviendo ese cambio para mejor era Alicia.

—Te vas a poner enfermo —«Y me estás poniendo enferma a mí», quise decirle, pero me contuve—. Baja el ritmo, por el amor de Dios.

—Pero...

—Yo también quiero acabar pronto y largarme, pero sabes que todo tiene su proceso. Piensa, cálmate, duerme un poco. Y, por tu madre, deja de gritar.

Sus ojos se humedecieron un poco. Pol parecía estar a punto de resquebrajarse.

—Estoy... agotado.

¡Por fin!

Vi cómo le temblaba el labio y no pude menos que ponerle la mano en el

hombro. Pobre Poli.

—Es bueno ser detallista, Pol, pero deja algo para el final, ¿vale? Te necesito entero.

Las lágrimas le salieron a borbotones antes de lanzarse a mi cuello y estrujarme en un abrazo.

—Gracias, Raquel, muchas gracias por preocuparte por mí.

Sí, bueno, preocuparme por él, por mis nervios, por la salud mental de todos los habitantes de la granja... Todo iba de la mano. Incluso las gallinas parecían más alborotadas que nunca con la presencia de Pol. ¿Los animales notaban eso? ¿El estrés humano que había a su alrededor? Bueno, lo que seguro que notaban eran los gritos.

Le di palmaditas en la espalda a Pol y dejé que me empapara el jersey con sus lágrimas, pero me aparté en cuanto pude.

—Tranquilo, todo irá bien. —La típica frase de ánimo que sonaba ya hueca y era totalmente inútil—. Somos un equipo, ¿no? Tú lo dijiste.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y sorbió con la nariz con una energía renovada.

—Tienes razón. Trataré de tomarme las cosas con más calma y... ¿Sabes qué? ¿Puedes venir al salón?

Fruncí el ceño, abrí la boca para preguntar pero se piró sin esperarme. Así que lo seguí.

—¡Chicos! ¿Podéis venir todos? —Nadie contestó—. ¡Chicos!

Alcé las manos y le indiqué que respirara. ¿No acabábamos de hablar de lo de gritar?

Él sonrió para tranquilizarme y se aclaró la garganta. Su voz sonó más suave y cantarina, pero igualmente irritante.

—¿Sois tan amables de reuniros conmigo en el salón, por favor? —preguntó en un tono alto, pero más moderado. Me miró, esperando mi aprobación, y yo asentí. Bueno, era un adelanto.

Fueron llegando de uno en uno con cautela, miradas entornadas e infinita paciencia.

—Gracias. Muchas gracias —Se dirigió a la mesa rectangular y agarró el

respaldo de una silla—. ¿Podéis sentaros? —Me miraron. Yo asentí, tratando de infundirles valor y dejarles claro que todo estaba controlado. Se sentaron despacio, como quien espera encontrar una chincheta en el asiento—. Seré breve, pues sé que todos tenéis cosas que hacer. He hablado con Raquel y me ha hecho entender que mis formas no son las adecuadas. Sé que soy muy exigente, pero también que trabajáis duro para que todo salga adelante. Así que, por mi parte, prometo esforzarme más en que esta convivencia sea agradable.

Silencio absoluto. Paseé la mirada alrededor de la mesa y me encontré con desconfianza y perplejidad a partes

iguales.

La sonrisa de Pol se congeló tras varios segundos de espera.

—¿Es que nadie piensa decir nada?

Me aclaré la garganta antes de que Pol saltara como un resorte. Su esfuerzo tenía que verse recompensado o daríamos un paso atrás.

—Parece que están sorprendidos y agradecidos, Pol —comenté. Cejas levantadas, murmullos asintiendo aliviados—. Los has desarmado con tus palabras. Creo que hablo en nombre de todos cuando te digo que agradecemos el esfuerzo que estás haciendo y nos comprometemos a hacer lo mismo. ¿Verdad, chicos?

Otra vez el murmullo, pero a Pol

pareció servirle.

—¡Estupendo! Ahora os ruego que me acompañéis al centro de la sala.

No... Otra vez esas mierdas de *coach*. ¿Había hecho un cursillo *online* sobre técnicas de motivación y estaba como loco por amortizarlo o qué? Mi paciencia también tenía un límite y estaba tan cerca que podía haberme dado de bruces con él.

Miré a los demás y traté de decirles con la mirada: «Un último esfuerzo, chicos, vamos. Dejad que haga su paripé para que podamos largarnos». Pero mi mirada no debió de ser lo suficientemente clara, así que hice un leve movimiento con la cabeza para indicar que levantarán el puto culo de

una vez.

Uno a uno, se colocaron haciendo un corro en el centro del salón. Pol se quedó rezagado y colocó cada una de las sillas hasta que los respaldos tocaron la madera y quedaron alineados con la mesa. Esbozó una sonrisa forzada como si aquello no fuera más que una tontería, pero yo sabía que estaba reprimiendo las ganas de tirarse del pelo. ¿Cómo podíamos ser capaces de dejar nuestros asientos a un centímetro de la mesa? No éramos otra cosa que unos monstruos desalmados.

Pol se hizo un hueco en nuestro corro irregular y abrió los brazos.

—Un abrazo conjunto. Canalicemos nuestras energías y dejemos que todas se

toquen.

Eso era un poco raro.

—Creo que tengo que irme... —soltó uno de los gemelos, que no debía de haber abrazado en su vida a otro hombre. Ni siquiera a su hermano dentro del útero.

El corro comenzó a disolverse.

—Vamos, chicos, canalicemos —los animó Burke—. No podemos pedirle a Pol que se esfuerce si no empezamos a esforzarnos nosotros. ¡Vuelve aquí, colega!

El gemelo volvió entre suspiros, Pol miró a Burke como si fuera una divinidad y yo se lo agradecí con una sonrisa de lo más sincera. No había esperado que se mostrara tan

comprensivo y generoso, la verdad. A lo mejor Burke no era tan capullo, después de todo.

Él se encogió de hombros y me sonrió también.

Y entonces nos abrazamos. Al principio incómodos, luego entre risas y bromas. Las manos volaban por encima de las cabezas para dar collejas o hacer cosquillas. Una en concreto me quitó la goma de la coleta.

No me hizo falta verlo para saber que había sido Burke. Se la quité de un codazo y le susurré un «gracias» antes de volver a recogerme el pelo.

Y Pol... Bueno, Pol volvió con sus copas más contento que unas castañuelas.

El ambiente mejoró bastante desde aquel abrazo a lo grande. Todos parecían más relajados, más amigables, más sociables. Algo había cambiado aquel día y nos había unido un poquito más. Pol se encargaba de recordármelo con bastante asiduidad.

—Lo que hace un abrazo, ¿eh?

—Joder, Poli, que sí, que eres nuestro puto salvador. Calla ya.

Y él se quejaba de mi mal genio entre gruñidos. Lo llamaba Poli con cariño, pero él no sabía lo del loro. Aunque continuara sacándome de quicio, lo cierto era que empezaba a caerme mejor. Ya no solo toleraba su presencia, sino que a veces buscaba su compañía

para hablar de decoración o para recordar nuestra vida en Barcelona. Una vida que parecía tan lejana ya...

—¿No te parece que ese Burke desentona un poco en este sitio? —me preguntó un día mientras nos tomábamos un té en el porche.

El sol calentaba con fuerza en un cielo despejado de un azul intenso. Una ligera brisa nos despeinaba de vez en cuando, pero la sensación era agradable. No hacía frío para ser una mañana de diciembre.

—¿A qué te refieres? —quise saber.

—A que parece sacado de un catálogo de Tom Ford.

Miré a Burke, que estaba a unos metros de nosotros construyendo un

pequeño buzón y se secaba el sudor de la frente con la mano.

Me reí. Y Pol también. Y le di la razón porque Burke estaba como un tren y habría podido protagonizar cualquier anuncio de perfumes o calzoncillos. Aunque para mí tenía algo más que lo hacía desmarcarse de aquel pueblo sencillo al que indudablemente él amaba. Burke tenía un aire diferente. Lo había visto desde el principio y solo podía definirlo como inconformismo. Como si le faltara algo.

Pol se aclaró la garganta y yo me di cuenta de que me había quedado mirando al potencial modelo de Tom Ford más de la cuenta.

—Bueno, pues no es Barcelona, pero

al menos el paisaje es una maravilla...  
—Solté, abarcando con un movimiento de la mano los alrededores verdes de la granja.

Pero Pol seguía mirándome con una sonrisilla suspicaz en los labios que me hacía sentir incómoda.

—Desde luego —coincidió—. Una maravilla.

Lo que no fue ninguna maravilla fueron los aspirantes a cocineros para el hotel. Pol había puesto un anuncio en el pueblo porque decía que quería buscar de dentro afuera, que quería dar una oportunidad a los lugareños. Solo hubo tres candidatos, a cual peor que el anterior.

Tras toda una mañana de preguntas y pruebas en la cocina, Pol se sentó en la mesa a comer totalmente exhausto.

—Olvídalo, Raquel. En este pueblo son todos inútiles.

—Pues a mí me gusta la comida de aquí —comentó Alicia, llevándose un bocado de filete empanado a la boca.

Pol la miró como si estuviera majara.

—Perdóname, querida, si no te tengo como una referente en gusto por la alta cocina.

—La alta cocina está sobrevalorada —soltó ella sin ninguna sensibilidad.

Le puse una mano en el pecho a Pol para que lo dejara estar. Era una guerra que no podía ganar. Alicia era fan de los *snacks* y de los fritos, era una batalla

perdida.

—Entonces, ¿no te ha gustado ninguno?

Pol se preparó para soltarme el rollo.

—El primero parecía un polluelo recién salido del cascarón. O un cervatillo que estaba empezando a andar, qué sé yo. Solo le pedí que me hiciera una tortilla francesa para empezar y rompió cuatro huevos. ¡Cuatro!

—Imperdonable —comenté yo para contentarle. El chaval estaría nervioso, tampoco me parecía para tanto.

—El segundo dejó caer que su madre lo había obligado a venir, pero que a él lo que le gustaría ser es probador de videojuegos.

Me atraganté al reírme.

—No tiene gracia, Raquel. El niño no sabía ni encender el fuego.

—¿Y el tercero?

—Ese fue el peor de todos.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque los otros dos no sabían cocinar, pero este sí.

—No te sigo —confesé, más perdida que una vaca en los San Fermín.

—Pues que ya sé lo que puedo esperar de los cocineros de Gewächshäuser. Rebozados, fritos y patatas, sobre todo patatas. Patatas de guarnición, patatas en ensalada, patatas, patatas, ¡patatas!

Le puse la mano en el brazo.

—Lo conseguirás. Confío en ti.

Frunció los labios, cerró los ojos y respiró hondo.

—Definitivamente, este pueblo es la prueba más difícil a la que me he enfrentado.

Lo comprendía a la perfección. No di detalles, pero mi prueba no estaba siendo solo laboral, sino sobre todo espiritual. La Raquel fuerte, decidida y segura de sí misma de hacía unos meses había cambiado a una Raquel mucho más vulnerable, una Raquel más... humana.

La vida que había creído perfecta ya no me lo parecía tanto. Empezaba a dar importancia a cosas que antes no la tenían y a quitársela a otras que me habían obsesionado hasta ahora.

Las personas cambiamos, evolucionamos, mejoramos. ¿No? Tal vez el resultado no fuera tan malo, después de todo. Tal vez aquella experiencia me hiciera valorar las cosas que realmente merecían la pena.

—Yo también, Pol —confesé, esbozando una sonrisa lánguida—. Yo también...

# Capítulo 14

Una tarde, sentada en mi cama con un libro entre las manos, me puse a pensar en aquella mañana en la que me había despertado en el sofá con Burke. En la llamada de Andre. En tantas y tantas cosas que había dejado aparcadas en los últimos días debido a la batalla campal en la que nos habíamos inmerso desde la llegada de Pol.

Así que ahí estaba, con el libro abierto, pero la mirada perdida a través de la ventana, contemplando las copas de los árboles meciéndose al compás del viento furibundo. ¿Por qué no le había dado más vueltas al hecho de

seguir sin recordar exactamente lo que había pasado la noche del pub? Es decir, había conseguido recordar casi todo, pero había escenas en las que Burke y yo habíamos estado sospechosamente cerca... ¿Cómo no iba a creer posible que hubiera cometido un error estúpido? Algo como besarle, por ejemplo.

Pero él no había vuelto a sacar el tema, y yo no le había vuelto a preguntar. De algún modo, me di cuenta de que apenas me importaba lo que hubiera pasado. Ni siquiera me sentía mal por Andre. Si no recuerdas algo, es como si nunca hubiera pasado, ¿no? ¡Bah!

Luego estaba el hecho de no saber

apenas nada de Andre. Él había incrementado su número de llamadas (sobre todo teniendo en cuenta que al principio el número estaba entre cero y uno), pero yo me limitaba a darle respuestas rápidas y concisas antes de colgarle con prisas. Ya no me apetecía escuchar sus excusas. Pensar en él (o en la voz de aquella otra mujer) me ponía de muy mala leche.

Decidí que, ahora que tenía un rato libre, era hora de echar un vistazo al correo electrónico. Hacía más de una semana que ni siquiera me metía en Internet. Es lo que tenía el estrés, las granjas y los cocineros lloricas. El tiempo pasaba de forma diferente cuando ibas contrarreloj.

Utilicé el móvil por rapidez y comodidad, pues era el único aparato que tenía conexión a la red por sí mismo.

Después de buscar algún correo de Andre o de María sin ningún éxito, y de eliminar los cientos de mensajes publicitarios, me encontré con cuatro de mi santa madre. Se me aceleró el corazón. Sabía que ese día iba a llegar, que jamás debía haberle explicado cómo funcionaba un ordenador.

Abrí el primero.

Querida Raquel,

Estoy muy contenta de que te hayas ido a Alemania, porque eso quiere decir que Andre va en serio contigo. De aquí a

presentarte a sus padres solo hay un paso. ¡Qué felicidad! Ya me estoy imaginando celebrando las navidades en la mansión de los Holbein. Ay, hija, no lo estropees, por favor te lo pido. ¡Y cuéntame pronto!

Besitos.

Mamá.

Ella siempre tan emotiva y dispuesta a darme ánimos, claro que sí. Abrí el segundo.

Raquel, hace muchos días que te fuiste y aún no tengo noticias tuyas. ¿Qué clase de hija se va al extranjero y le hace eso a su pobre madre? Te he estado llamando, pero tu móvil siempre está apagado o fuera de cobertura, así que no

te voy a llamar más. Si tengo que volver a escuchar a la chica del contestador, me tiro por la ventana.

Contéstame por aquí, que miro el correo todos los días.

Mamá

Ahora tocaba ir de víctima, su especialidad. ¿Que me había estado llamando? Recibí tres mensajes de llamadas perdidas tuyas, tampoco era para tanto. Se las habría devuelto, pero nunca encontraba el momento.

Tercer correo.

Por Dios, Raquel... ¿Tanto te cuesta escribirle dos malditas líneas a tu madre? ¡A tu madre! Qué asquerosa

eres, hija, de verdad te lo digo. Por cierto, ¿es que no tenéis teléfono fijo en ese sitio?

Bueno, ¿cómo te va por el hotel? Y lo más importante de todo... ¿Qué tal con Andre? Sé que no querías que dijera nada, pero no he podido resistirme a contarle a tu tía que estás saliendo con un alemán importante. ¡Si vieras la cara que se le ha quedado! Estoy muy orgullosa de ti, cariño. Escríbeme pronto.

Si eso no era amor de madre, ¿qué era? Suspiré, angustiada porque sabía que no podría mantener la boca cerrada mucho tiempo. Le había contado lo de Andre un mes atrás, pero le había

hecho jurar que no diría nada a nadie hasta que lo hiciéramos oficial. Al parecer, que mi novio me enviara de granja escuela era para mi madre algo parecido a un anillo de compromiso.

Tomé aire y me armé de valor para abrir el último correo, que tenía fecha de hacía solo dos días.

Raquel, estoy tan emocionada que no podía esperar ni un minuto para escribirte.

Me apunté a una página de contactos y... ¡he conocido a alguien! Es un hombre mayor, respetable y con un Mercedes impresionante. Hemos quedado este sábado para cenar en un restaurante elegante. ¡Cómo me gustaría

que me acompañaras de compras! Te echo de menos, hija, pero entonces me acuerdo de que pronto seremos familia de los Holbein y me digo que merece la pena estar separadas.

Por cierto, ¿cómo estás tú?

Mamá.

Lo. Que. Me. Faltaba. Mi madre metida en chats amorosos. Esa mujer iba a acabar conmigo. Me presionaba, celebraba mi compromiso imaginario y encima se liaba con un viejo *milloneti*. Eso suponiendo que lo fuera de verdad. ¿Qué clase de señor mayor elegante (y respetable) liga por Internet con marujas aburridas? Joder, no la podía dejar sola. Yo preocupada por si me echaría mucho

de menos y ella tan tranquila de caza por el mundo virtual.

Hice de tripas corazón y le di a responder:

Hola mamá,

Perdona que no te haya contestado antes, pero no tienes ni idea del lío que hay aquí montado. Apenas me queda tiempo para nada que no sea el hotel. Además, ya has visto lo mala que es mi cobertura.

No puedo extenderme mucho porque tengo que volver al trabajo, pero por favor, deja de presumir con la gente de mi vida personal. Y deja de adelantarte a los acontecimientos, ya tengo bastante presión por ahora, gracias.

¿Y qué es eso de que has quedado con un tipo que ni conoces? Mamá, ya eres un poco mayorcita para esas cosas, ¿no crees? En Internet se miente mucho, ¿cómo sabes que ese tipo no es un violador o algo así? Te prohíbo que quedes con él ni con ningún otro hasta que yo vuelva y hablemos sobre el tema. Cosa que, por cierto, espero que ocurra pronto.

Bueno, pues eso... Que reprimas tus instintos naturales unas semanas más, ¿vale? Hazme ese favor. Y no te preocupes si ves que no te llamo, estoy bien y no tardaré en volver.

Cuídate mucho. Un beso.

Tu hija, la asquerosa.

Suspiré y cerré la sesión. Había estado solo quince minutos conectada, pero habían sido más agotadores que dos horas lijando muebles.

En fin, ya que estaba de reencuentros, creí que era buen momento para intentar llamar a María. Desde el primer día en que había llegado al pueblo, no había vuelto a hablar con ella, a excepción de algún *whatsapp* en el que me acusaba de no estar nunca disponible. ¿Qué culpa tenía yo de que justo me llamara cuando no tenía cobertura? Vale, sí, eso era la mayor parte del tiempo, de acuerdo.

Me subí encima de la cama, busqué el ángulo que funcionaba a veces y marqué su número.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó una

voz al otro lado.

—En realidad no me estás viendo.

Chasqueó la lengua.

—Tú ya me entiendes. Además, técnicamente he visto tu nombre en la pantalla. ¿Cómo estás, además de desaparecida?

—Oye, si fueras una persona normal que se acordara de leer sus correos electrónicos, te habría enviado alguno —le dije, consciente de que quizás no lo hubiera hecho, pero ella no lo sabía.

—Ya, seguro, doña ocupada. ¿Qué tal va todo?

Cogí aire y solté un «¡buf!».

—Esto es una locura, tía. Una puta locura. Que si los obreros cagándola por aquí, que si Pol tocándome las pelotas

por allá, y si no los animales que...

—Sí, sí, sí, lo que sea —me interrumpió ella—. Pero, ¿qué hay de ese tal Burke? ¿Y de los gemelos gigantes de espaldas tipo armario? Guárdame uno de esos.

—Estás loca. —Me reí—. Estoy saliendo con Andre, por si se te olvidaba.

Soltó un bufido.

—Ah, sí, tu querido Andre. ¿Ya te ha cortado el rollo con su presencia?

Tragué saliva.

—Todavía no.

—Menuda sorpresa. Yo tenía razón.

—¿Razón en qué? —pregunté.

—Es un capullo. Hasta su prima te lo ha dicho. Por cierto, esa chica me cae

bien.

—Pero es mi capullo, ya hemos hablado de eso —le recordé—. Además, tampoco es que tú seas la más indicada para hablar de hombres ideales y cosas así.

Ideales... Por un momento, me vino a la cabeza la posibilidad de que yo hubiera podido idealizar a Andre. Todo el mundo me repetía lo capullo que era, excepto mi madre ¡Dios mío! ¿Ahora me fiaba del criterio de mi madre?

María había seguido hablando, defendiéndose de mi acusación y enumerando la cantidad de fisuras que le veía a mi relación sentimental, pero yo había dejado de escucharla. Siempre me había fiado de él, mi criterio me había

hecho llegar hasta donde estaba. Y no, no me refería hasta una granja llena de mierda y gallinas, sino a un cargo importante en una empresa internacional, a un hueco en el corazón y en la cama de un hombre de la categoría de Andre.

—¿Me estás escuchando? —dijo María, imagino que cansada de su monólogo.

—¿Eh? Sí, sí, pero tengo que colgar —contesté. No tenía ganas ni tiempo de seguir con aquella conversación.

Mi amiga suspiró al otro lado.

—Vale, perdona por la brasa, pero, por favor, Raqui, abre los ojos y suéltate un poco el pelo.

Sonreí.

—Deja de preocuparte por mi pelo y

reza un poco para que todo esto salga bien.

—Hecho —aceptó—, pero llámame cuando te tires a uno de esos gemelos. Querré saber detalles para cuando yo me cepille a su hermano.

La llamada se cortó de golpe, algo típico de María. Le encantaba despedirse a lo grande, sin esperar una réplica que pudiera rebatir su gran frase final.

Me quedé mirando la pantalla con una sonrisa. Su locura siempre conseguía animarme un poco, a pesar de que me pusiera a caldo. Era un don que tenía.

—Toc, toc.

Volví al presente y a la habitación de golpe. Me peiné con los dedos y dejé el

libro en la mesilla de noche.

—Pasa.

Burke asomó la cabeza por la puerta.

—Perdona que te moleste, pero solo quería decirte que los gemelos y Otto han pinchado al salir del pueblo y se han estampado contra un poste de electricidad.

—¡Dios mío! ¿Ha sido grave?

Él abrió un poco más la puerta y dejó que el resto del cuerpo se colara en mi habitación.

—Nada que un mecánico no pueda solucionar.

—Me refería a ellos —le espeté—. Si ha sido grave para ellos.

—Ah... —Se rascó la cabeza y se rio—. Están perfectamente. Tienen las

cabezas demasiado duras.

Suspiré con alivio.

—Menos mal. Diles que no hace falta que vengan esta tarde, que nos vemos mañana si de verdad se encuentran bien.

Me dedicó una sonrisita enigmática.

—¿Qué?

—Quién te ha visto y quién te ve, princesa. Antes no nos dejabas ni parar para tomar aire y ahora nos das la tarde libre y te preocupas por nuestra salud.

—Oye, yo siempre me he preocupado por vuestra salud. Sois vosotros los que me provocabais, y lo sabes.

La risa le salió de los labios con suavidad, en un tono muy bajo.

—A lo mejor nos divertía un poco tomarte el pelo.

Lo señalé con el dedo.

—¡Lo sabía! Era cuestión de tiempo que te derrumbaras y confesaras.

Su ceja se alzó hasta casi tocarle la línea de nacimiento del pelo.

—¿Derrumbarme?

Hice un mohín con la mano.

—Lo que sea.

Me miró durante unos segundos con una sonrisa extraña y se sentó a los pies de mi cama sin pedir permiso. Así era Burke, un tío que se excedía con las confianzas.

—Al final voy a tener que darle las gracias de verdad a Pol —dijo.

—¿A Pol? —pregunté sin comprender —. ¿Qué tiene que ver Pol en todo esto?

—Su energía positiva y bondadosa ha

debido tocarte de verdad.

Por un momento, había creído que podía tomarlo en serio. Capullo.

—Vete a la mierda.

Frunció el ceño como si le preocupara esa reacción.

—Ay, no, se debe de estar pasando el efecto. Ven aquí, te daré un poco de mi energía. —Se inclinó e ignoró mis advertencias de que si me tocaba, era hombre muerto—. Eso es, ¿lo notas, princesa? No soy tan positivo como Pol, pero sí algo más que tú.

—¡Suéltame ya!

No me dejaba moverme, me tenía totalmente inmovilizada. Cruzada de piernas como un indio, luchaba por liberarme de sus poderosos tentáculos.

—Bueno, pensándolo bien, tampoco hace falta mucho para tener más positivismo que tú —continuó diciendo, pasando de mis réplicas, y robándome otra vez la goma de la coleta—. Qué tontería.

—Te voy a patear el culo en cuanto me sueltes...

—¿Por qué te resistes? Venga, déjate llevar por esta ola de paz y amor que... ¡Ay!

Pues sí, le mordí en el cuello. Bueno, para ser más exactos, en el trapecio izquierdo.

—¡Bruta! Eres como un maldito perro de presa.

—Te lo he advertido —le dije. Me puse en pie y me coloqué las zapatillas

— Y da gracias a que no te parto la cara.

Él contraía el rostro realmente dolorido, pero aun así parecía divertirse.

—Algún día, serás tú la que quiera abrazarme a mí. Y a lo mejor yo también acabo mordiéndote.

Me alborotó el pelo, algo que detestaba profundamente, y se largó silbando, no sin antes lanzarme la goma a la cara.

Bufé, me peiné otra vez y me imaginé a Burke mordiéndome en el cuello. No, mala idea. «Caca, Raquel. No pienses en eso. No pienses en nada».

La media hora que me había tomado

para descansar había terminado, así que bajé de nuevo a la cocina, donde Adam y Burke seguían cambiando las viejas baldosas amarillentas por unas de material porcelánico natural con acabado en color marrón. Bonito, cálido y sufrido para el suelo de una cocina.

—Tienes mala cara, jefa. ¿Te encuentras bien?

—Muchas gracias, Adam. Yo también te aprecio.

Se quedó cortado pero no dijo nada, sino que prefirió quedarse muy quieto y esperar a que la tormenta pasara por su lado y no lo rozara. Después, lo oí decir a mi espalda en voz muy baja:

—¿Qué bicho le ha picado?

—El de todos los días —susurró

Burke.

—¡Os he oído!

—Pues eso, Adam, lo que te decía: que Raquel está preciosa, como todos los días.

Miré a Burke con ganas de arrancarle un ojo, pero él se limitó a guiñármelo. Este tío insufrible me tenía hasta los huevos.

—¡Raquel! ¡Ha ocurrido un desastre!

El corazón me subió por el esófago y asomó por la garganta. Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum.

—¿Qué coño pasa ahora, Pol?

Tratándose de él, alguna idiotez. A lo mejor se le había roto un vaso o había una mancha en una de las cortinas. A lo mejor se había salido un hilo de un cojín

o a lo mejor yo me acababa tirando de cabeza desde el tejado. A lo mejor.

El hombre me miraba con el rostro contraído por la desgracia, empapado en sudor y con las manos llenas de barro. ¿Qué leches había estado haciendo?

—Hay topos.

Al principio, no reaccioné. ¿Qué quería decirme con eso?

—Vaaale... Hay topos y...

—¡Y me están destrozando el huerto!

Ah, el huerto. Hacía una semana que Pol había decidido aprovechar el pequeño y descuidado huerto de la señora Weiss. Al principio, yo había creído que no eran más que malas hierbas lo que sobresalía de la tierra, pero al parecer yo no era más que una

ignorante (palabras de Pol).

Cuidaba más a sus futuras verduras de lo que yo había cuidado a mi Tamagotchi con diez años. Y eso era mucho decir, en serio. Había sido una madre con un espíritu protector enfermizo.

—¿Y eso es... todo?

Me fulminó con la mirada.

—¿Es que te parece poco?

—Bueno, no, pero... ¿No sigue habiendo verduras que comprar en la tienda del pueblo?

—No vas a comparar esos focos de pesticidas con mis maravillosas y lustrosas verduras ecológicas. — Verduras que yo todavía no veía lustrosas. Que no veía, vaya—. ¿Qué

vamos a hacer?

Francamente, me importaba una mierda. Vale que era el «experto cocinero» y vale que no me había parecido malo el concepto de hotel rural y ecológico que me había planteado, pero ponerse así por un pobre animalito al que le gustaba hacer algún que otro agujero me parecía exagerado.

—¡Pol, lo veo!

Esa era Alicia. Dios mío, ¿había entrado en su juego? Pol salió disparado al exterior y yo lo seguí para ver a qué se debía tanto escándalo.

—¡La madre que lo parió! —solté al ver un laberinto de tierra levantada no solo por todo el huerto, sino por casi todo el jardín de atrás.

«Me cago en el puto topo de los cojones.»

—¿Dónde está? ¿Dónde diablos está?  
—bramaba Pol, fuera de sus cabales.

Se arrodilló, pringándose hasta la cintura de barro, y saltó allí donde la tierra había temblado.

—¡Ven aquí, maldito bicho!

Pero el bicho lo vacilaba, era como si quisiera jugar con él. Yo casi podía oír su risita burlona amortiguada por la capa de tierra. Si seguía así, se iba a cargar nuestro futuro y precioso jardín.

—¡Te acabaré cogiendo! ¿Me has oído? Puedes correr, ¡pero te atraparé!

Pol se rio de forma histérica y hundió los brazos hasta los codos para retirar la tierra con sus propias manos convertidas

en dos pequeñas y rechonchas palas. Gritaba, removía y se reía, todo a la vez. El barro le salpicaba a la cara, pero le daba igual. Estaba como poseído. Alicia seguía concentrada, en silencio, con sus ojos moviéndose a toda prisa como una bola de *pimball*, tratando de descubrir el paradero exacto del animal. Yo observaba el declive de Pol con una mano en la boca.

Despacio, le toqué el hombro.

—Pol...

—¡Ya casi lo tengo, Raquel! Lo tengo acorralado.

Miré a Alicia. Ella me miró a mí. Asentimos.

—Pol, tienes que parar —le dijo ella y también le puso la mano en el hombro

que tenía libre.

—¿Qué haces aquí, Alicia? ¡Deberías estar siguiendo su rastro! ¡Deprisa!

Oh, Pol...

—Basta —exigí con voz más firme—. Se ha ido.

Pero él se restregaba las manos por la cara, frenético. Pronto no se le vieron nada más que los ojos.

—No. Sigue por aquí, tratando de atormentarme. Está burlándose de mí, ¿entendéis? ¡Burlándose de mí!

Una risita sonó a nuestra espalda. En la ventana, Adam se tapaba la boca con la mano para ocultarse y Burke tenía los ojos como platos. Alicia mandó callar a Adam con un gesto y este obedeció, tratando de guardar la compostura.

Alicia mandando callar a un hombre y este acatando su orden. Aquí había algo, fijo.

—Tiene que estar cerca, lo noto...  
¡Eh! ¿Habéis oído eso?

Pol y su paranoia. Y, mientras tanto, unas gotas de lluvia empezaron a caer. Primero despacio y luego más y más deprisa. Más gotas. Más rápido.

—Bueno, Pol, se acabó. Has asustado al topo y se ha largado. Buen trabajo. ¿Podemos entrar?

Él me miró como si no entendiera lo que le estaba diciendo.

—¿Has oído lo que te ha dicho Raquel? —preguntó Alicia—. El topo se ha largado gracias a ti. Y está empezando a llover.

El agua cayó con tanta fuerza y tan rápido que el barro pronto se hizo denso, pastoso y casi imposible de pisar.

—¡Mierda, Pol, arriba!

Lo ayudamos a levantarse y a no caerse de morros en su avance, pero siguió murmurando palabras ininteligibles para los humanos hasta que entramos en casa. A lo mejor hablaba en *topollano* para dirigirse al dichoso animalillo.

—¡No se os ocurra pisar aquí! —nos advirtió Burke, señalando las baldosas recién puestas.

—Ni aquí ni en ningún sitio —dije yo—. Alicia, Pol, quitaos los zapatos y a la ducha. Ya.

Obedecieron como dos niños buenos, aunque Pol simplemente se dejó arrastrar mientras seguía con su paranoia de que el topo intentaba provocarle. Aquello era como una ridícula película de dibujos, en serio.

Me duché la última, así que cuando bajé ya estaban todos sentados alrededor de la chimenea. Burke, el leñador, había sido previsor con la madera.

—¿Un chocolate, princesa? —me preguntó al verme. Acepté de buena gana la taza que me ofrecía y me senté junto al fuego envuelta en mi cómoda sudadera con capucha—. Qué bien hueles.

Lo dijo bajito, cerca de mi oreja, y

me hizo cosquillas con su aliento. Pasó de largo como si en realidad no hubiera abierto la boca y yo sentí que las mejillas se me encendían (y no por el fuego).

Vale, a ver, ¿por qué se empeñaba en ligar conmigo? Sabía que yo estaba saliendo con Andre y que él me sacaba de quicio. Y yo sabía que la tal Claudia estaba colada por él y era la madre de su posible hijo. ¿Le hacía gracia, era eso? ¿Se lo pasaba en grande tomándome el pelo y burlándose de mí? Si conocía mi carácter (y seguro que lo conocía), sabía que ese tipo de bromas eran las que más podían molestarme. Ah, claro, y por eso precisamente lo hacía.

Solo que... ¿De verdad me molestaban tanto las bromas en sí o el hecho de que solo fueran bromas? Sacudí la cabeza y di un sorbo al chocolate. Estaba perdiendo el juicio yo también, me estaba volviendo una Pol.

Y hablando de Pol... ¿Dónde diablos estaba?

—¿Y Pol? No me digáis que ha salido a buscar a ese bicho, por favor.

Alicia señaló una esquina con la cabeza. Pol tenía las manos y la nariz pegadas a una de las ventanas y farfullaba.

—Sé que estás ahí fuera... En cuanto acabe esta tormenta, voy a salir a por ti.

—Lo hemos perdido —comenté, soltando un suspiro con resignación.

—O no —susurró Alicia.

Era verdad que el pobre hombre parecía haber entendido que no había nada que pudiera hacer desde la ventana y se había dado por vencido.

—¿Hay chocolate para mí? —preguntó finalmente y tomó asiento a mi lado.

Adam le entregó una taza con sumo cuidado, como el criador del zoo que da de comer a los leones.

—¿Mejor? —pregunté al verlo tragar el líquido espeso.

Él cerró los ojos y asintió.

—Esto era lo que necesitaba.

¿De verdad? Porque tendríamos preparados litros y litros de chocolate a la taza para las crisis futuras de nuestro

querido y lunático cocinero.

Durante un rato, nos quedamos callados, cada uno sumido en sus propios pensamientos, con la lluvia repiqueteando contra las ventanas y el tejado, con el chisporroteo del fuego como música ambiental. Eché un vistazo a cada uno de mis compañeros y sonreí al descubrirles las mejillas y la punta de la nariz sonrojadas.

—¿Y si jugamos a algo? —preguntó Alicia—. Creo que hay una baraja de cartas por algún lado.

—¿Y si os enseño unos videos de Youtube de gente partiéndose los dientes? —sugirió Adam.

—No —contestamos todos a la vez. Adam chasqueó la lengua como si

fuéramos unos aguafiestas. Un solo video de Youtube más y le haría comerse el móvil con el chocolate como si se tratara de un churro.

—¡Tengo una idea!

Todos nos tensamos por instinto. Las ideas de Pol no eran ideas, eran planes cursis o agotadores.

—¿Qué? —pregunté al fin, deseando que propusiera que nos echáramos la siesta. Joder, qué modorra me estaba entrando con el calorcito y el estómago lleno.

—¿Y si hacemos algo útil pero que también sea divertido?

—Define divertido —pidió Alicia—, porque a lo mejor no es la misma definición que conocemos nosotros.

—¡Hagamos una cata para la cena! — exclamó Pol entusiasmado—. Os cocinaré algunos platos que he pensado para el menú de inauguración y vosotros les dais nota.

Suspiré con alivio.

—Ah, era eso.

—¿Qué os parece? Total, con esta tormenta es mejor que no cojáis el coche, chicos —les dijo a los obreros—. Deberíais pasar la noche aquí.

Burke y Adam se miraron y encogieron sus hombros. Luego me miraron a mí como si quisieran saber mi opinión. Bueno, en realidad me estaban pidiendo permiso. Todo un detalle por su parte.

—Pol tiene razón —coincidí—,

podría ser peligroso y hay camas de sobra.

—Y un sofá muy cómodo —añadió Burke, sonriéndome y probablemente con segundas intenciones.

Me dio un vuelco el estómago. De repente, me había puesto nerviosa y esperaba que nadie me lo estuviera notando. Nadie a parte del imbécil de Burke, claro.

—¡Pues no se hable más! —celebró Pol y se puso en pie para luego dar una palmada—. Señoritas, caballeros, si me disculpan... ¡El chef tiene que ponerse a crear!

—Acuérdate de crear algo para nuestra vegetariana favorita, chef —le recordó Burke con sorna—. Una

ensalada o un poco de pienso bastarán.

Arrugué la nariz.

—Ya, pues que no se olvide del heno para el burro.

Adam y Alicia se habían puesto a ver alguno de los videos del primero y ni siquiera nos escucharon, pero Burke seguía mirándome con esa malicia en sus ojos color avellana.

«¿Qué es lo que pretendes, granjero? ¿Qué coño es lo que pretendes?»

Como había previsto, la idea de Pol no había sido otra cosa que otro plan absurdo y terriblemente inoportuno.

# Capítulo 15

—Alicia, ¿tú tienes buena letra? —  
gritó Pol en español desde la cocina.

Alicia puso la misma cara que los obreros, como si no hablara ese idioma. Yo debí de hacer lo mismo, porque no entendía a qué venía esa pregunta.

Le di un codazo a Alicia para que respondiera algo, lo que fuera. Y rápido.

—¿Eh?

Buen trabajo, Alicia.

—¡Que vengas!

El tono de voz del cocinero no dejaba opción a réplicas, así que la chica se levantó de la silla y se dirigió a la cocina entre bufidos.

—¿Qué es lo que quiere? —quiso saber Adam.

—Saber si Alicia tiene buena letra —contesté yo. Adam alzó una ceja—. Ya, yo tampoco entiendo una mierda.

De vez en cuando, nos llegaba algún que otro olor delicioso de la cocina. Conforme se acercaba la hora de cenar, el intervalo entre rugido y rugido de nuestras tripas se iba acortando. Y la paciencia de Pol parecía que también.

Exclamaciones, golpes de sartenes, quejas varias sobre que le faltaba este u otro utensilio. Pero también murmuraba en voz más baja, como si estuviera dictándole algo a Alicia que no quería que nosotros supiéramos.

Al cabo de un rato, ella volvió de la

cocina con el rostro agotado y perlado de sudor y un mantel doblado entre las manos. Seguramente, le había tocado hacer de pinche también.

—¿Qué...?

—No me preguntéis —pidió ella—. Mi contrato de confidencialidad me lo prohíbe.

—¿Qué contrato? —preguntó Burke.

—El que he firmado en una servilleta, y no puedo decir más.

¿Por qué parecía que hablaba en serio?

Colocó el mantel y nos indicó que nos sentáramos, lo cual hicimos sin abrir la boca, por miedo a las represalias. Cuánto misterio. Cuánta tensión.

La pobre y traumatizada Alicia volvió

con cubiertos y servilletas de tela.

—¿Te ayudo? —se ofreció Adam.

—Nadie puede entrar en la cocina —  
repuso ella imitando el tono remilgado  
de Pol y puso los ojos en blanco. Luego  
se inclinó hacia nuestras caras y susurró  
—: Es mejor que no lo hagáis, os lo  
aseguro. Si creíais que ya habíais visto a  
Pol en sus peores momentos, estabais  
muy equivocados.

—Sé a qué te refieres. —Asentí con  
la cabeza—. La cocina es su territorio.  
El más terrible de todos.

Ella me sonrió, agradecida por mi  
comprensión.

—¡Alicia! ¿Cuánto tiempo se necesita  
para colocar unos tenedores?

Las facciones de la pobre se

deformaron por la angustia.

«Ánimo» dije sin voz, tan solo moviendo los labios.

Ella cuadró los hombros, inspiró aire y cerró los ojos, probablemente para armarse de paciencia.

—¡Ya voy!

Tardó un segundo en dar el último paso que la metería de lleno otra vez en el infierno.

—Tengo miedo —admitió Adam en un susurro.

—¿Miedo de qué? —preguntó Burke.

—De que no me guste la comida.

Burke le puso la mano en el hombro para tranquilizarlo y yo solté una risita, no lo pude evitar, a pesar de saber que se avecinaba otra tormenta mucho peor

que la que seguía vomitando truenos ahí fuera.

Todavía pasó una hora de angustiada espera pero, al final, Pol apareció con un delantal ligeramente manchado (no tenía ni idea de cómo se las apañaban los chefs para apenas mancharse la ropa) y con una sonrisa de satisfacción en su cara redonda y sonrosada.

—Señorita, señores, gracias por su asistencia —dijo él con su tono falsamente dulce, el que ponía siempre que hablaba con clientes—. Alicia, querida, ya puedes traer los platos.

Cargada con los platos en sus manos y sus antebrazos, Alicia comenzó a traer las coloridas piezas de aquel menú que parecía de todo menos improvisado.

Tras un par de viajes, ella también tomó asiento junto a nosotros, pero Pol se quedó de pie.

Aguanté la respiración hasta que el último plato tocó el mantel sin incidentes.

—Dado que mi ayudante todavía presenta algunas carencias en formación, seré yo el que os sirva.

Alicia le lanzó una mirada hostil, pero prefirió no replicar.

—En primer lugar, pasaré a explicaros los platos.

Cogió dos de ellos y se los puso delante.

—Aquí tenemos unas tostas de foie con mermelada de arándanos salpicadas con escamas de sal —dijo y señaló el

plato de su izquierda—. Y a este lado, la opción vegetariana: una ensalada de espinacas y granada con un toque de queso azul y almendras picadas, aderezada con vinagre balsámico, aceite de oliva y sal.

Las porciones eran ridículamente pequeñas, como en todos los platos de la alta cocina, pero tenían un aspecto increíble. Pol se había esmerado en la presentación, como siempre.

—Podéis probarlo, no os resistáis.

La cara de los dos obreros no parecía indicar que se estaban resistiendo, más bien parecían preguntarse si probar aquello era buena idea. Al final, yo fui la primera que se lanzó a por la ensalada.

—Exquisita, Pol —dije con total sinceridad. En general, Pol era un buen cocinero, eso no iba a negárselo—. El toque del queso azul es realmente delicioso.

Él ensanchó una sonrisa de satisfacción, pagado de sí mismo.

—¿Alicia? ¿Chicos?

Ella pasó de lo verde y se lanzó a por las tostas.

—Muy buenas —admitió, y pareció sincera.

Llegó el turno de Burke y Adam, y todos los miramos expectantes.

Adam observaba la tostadita entre sus dedos como si hubiera sido ella la que se lo fuera a comer a él. Burke parecía sentirse acorralado y bastante incómodo.

—¿Mermelada has dicho? —preguntó Adam—. No entiendo qué hace la mermelada con este... ¿cómo lo has llamado?

—Foie —respondió Pol, esforzándose mucho por parecer amable—. Es francés.

—Nosotros no somos franceses —fue todo lo que se le ocurrió decir a Adam. Cagada total.

—Es como el paté —le dijo Burke—. No le des tantas vueltas.

Pol soltó una risa grave.

—Como el paté... —Sacudió la cabeza—. Tu simpleza es adorable, Burke.

El obrero le sonrió con educación, pero se notaba que no le había hecho ni

pizca de gracia.

—¿Paté con mermelada? —insistió Adam—. Eso sería como comer pollo con chocolate.

Pol fue a abrir la boca para responder, pero yo negué con la cabeza para que no entrara en ese debate. Tratar de hacerle entender a alguien como Adam que el chocolate no solo se tomaba a la taza o en pasteles habría sido una pérdida de tiempo.

—Probadlo de una vez —ordenó Alicia—. Se están enfriando los demás.

Pol alzó la barbilla, orgulloso de su ayudante. Adam y Burke dieron por fin su primer mordisco.

—Joder... —Burke parecía sorprendido por la explosión de

sabores. Solía pasar cuando alguien mezclaba foie con mermelada por primera vez—. Esto está bueno.

Adam masticaba despacio, reticente.

—No está mal —dijo al fin—, pero yo sigo pensando que la mermelada es para el desayuno.

Pol chascó la lengua y le retiró el plato de mala gana.

—Bueno, eso solo eran los entrantes. El primer plato está compuesto por un canelón de salmón ahumado sobre confitura de olivas negras y mousse de yogur griego. Y para Raquel, he sustituido el salmón ahumado por una mezcla de aceitunas y tomates secados al sol con crema de queso.

Abrí mucho los ojos, impresionada.

¿Cuándo había secado tomates al sol?  
¿Cuánto tiempo llevaba trabajando en este menú? Había sido todo un detalle por su parte tenerme en cuenta, aunque lo cierto era que yo pescado sí comía de vez en cuando. Era la carne la que no probaba nunca, pero no quise decirlo para no herir sus sentimientos. Se había esforzado mucho y yo no iba a chafarle ahora su idea brillante.

De nuevo, aquello estaba buenísimo.

—Pol, esto es...

Alzó las manos como si se rindiera.

—¡Está bien! El yogur no es griego, ¿estás contenta? ¡En la maldita tienda no tenían otro!

Parecía sofocado, como si hubiera descubierto una mancha en su impoluto

menú.

—Iba a decir que esto es exquisito — aclaré—. ¿A quién coño le importa el maldito yogur?

—A mí me importa, Raquel, a mí me importa. Y a ti también, pero eres muy amable.

No era amabilidad. ¿Quién cojones iba a notar que el yogur de la mousse no era griego?

—¿Mousse de yogur? —murmuró Adam de cara a Burke—. ¿Otro postre mezclado con la comida? Los españoles están locos.

—Por Dios, Adam, haz el favor de callarte y probarlo —le contestó su superior.

Adam dio un mordisco y tragó

deprisa, como si quisiera acabar cuanto antes.

—Vale, ¿cuál falta?

—Si engulles de esa manera es imposible que saborees nada —le recriminó el chef—. ¿Es que no sabes masticar? ¡Dios!

Adam se sonrojó un poco.

—¿No puedo tomar un poco de cerveza?

—¿Cerveza? —se escandalizó Pol—. Esto no es un maldito bar.

—¿Y vino o algo? —insistió con desesperación.

—Solo agua —indicó Alicia—. Es para no modificar los sabores.

—¡De acuerdo! —exclamó, haciendo acopio de todo su autocontrol—. Vamos

a por el último.

—Burke, tú no has dicho nada —  
comentó Pol.

El susodicho miró a su alrededor y  
carraspeó.

—Es un sabor interesante. Nunca  
había probado nada así.

Pol pareció tomárselo como un  
cumplido, pero yo no estaba tan segura  
de que lo fuera. Aquellos dos hombres  
eran tipos corrientes que disfrutaban con  
unas buenas patatas asadas más que con  
cualquier cosa.

—Bueno, y como segundo y último  
plato... Aquí tenéis rulos de pularda  
rellenos de setas y frutos secos con  
guarnición de cebollitas glaseadas.  
Raquel, querida, es una lástima que no

comas carne. Lo tuyo son rulos de hojaldre.

De nuevo, un éxito de plato según me dijeron mis papilas gustativas.

—¿Pularda? —me preguntó Burke al oído.

—Son gallinas —expliqué yo.

—Vale, no son pulardas —confesó de nuevo Pol—, son gallinas comunes. Raquel, por favor, ¿podrías no sacar faltas a cada uno de mis platos?

¿Que yo le estaba sacando faltas? ¡Si era la única que estaba encantada! Bueno, a Alicia también parecían gustarles, pero tenía la impresión de que le sabían a poco.

¿Pero yo? Acostumbrada a alimentarme durante las últimas seis

semanas únicamente de ensaladas de lechuga y tomate, judías verdes y patatas asadas, aquellos platos tan elaborados casi me hacían saltar las lágrimas. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba a un buen restaurante?

La carne fue acogida con algo más de entusiasmo, aunque Adam fue quitando algunos frutos secos y, en general, nadie tocó las cebollitas.

Me pareció que todos se iban a quedar con hambre en aquella cena y que los dos obreros se estarían arrepintiéndose de haber aceptado la invitación del chef. Seguramente ahora estarían pensando que habría sido mejor jugarse la vida en la carretera que pasar por aquel pulso gastronómico.

—Bueno, y ahora que ya habéis probado cada plato, os dejo el menú que mi querida Alicia ha escrito a mano para que le pongáis nota y escribáis alguna sugerencia. Si la tenéis.

Nos entregó unas hojas con volutas dibujadas en los bordes y la letra pequeña y redonda de Alicia. Ah, así que para eso la había llamado antes.

En el apartado de sugerencias apenas había hueco, pero de todas formas tampoco creía que nadie se atreviera a escribir nada. Bueno, quizás Adam, que parecía todavía hambriento y disgustado.

—¿No hay postre? —preguntó esperanzado—. Aquí pone que lo hay, aunque no de qué se trata.

Lo dijo como si temiera que Pol hubiese intentado hacer pasar unas berenjenas por postre.

La sonrisa enigmática de Pol no auguraba nada bueno.

—He querido que el postre sea una sorpresa.

Nos dio la espalda, se metió en la cocina y volvió al cabo de un minuto con una tarta enorme. Todos suspiramos con alivio.

—Al fin algo que conozco —celebró Adam—. ¡Me encanta esa tarta!

Burke también sonreía mientras esperaba su porción.

—He querido hacer un guiño a la zona, espero estar a la altura.

Selva negra, así se llamaba la tarta

que teníamos en nuestras narices. Sus ingredientes eran bizcocho mojado en almíbar, crema chantillí y cerezas maceradas en *kirsch*, que no era otra cosa que el aguardiente de cerezas típico de la zona de la selva negra.

—Muy apropiado, Pol —lo felicité—. Buena idea.

—Y muy buena tarta —dijo Adam, chupando hasta la última púa del tenedor—. Has compensado todo lo anterior.

La palabra «compensado» no era la más conveniente.

—No está hecha la miel para la boca del asno... —murmuró Pol con resignación—. No esperaba otra cosa de vosotros dos.

Silencio absoluto. Carraspeos. Adam

tragando más tarta.

—Creo que eso es bastante injusto —  
soltó Burke al final—. Venís aquí con  
vuestras maletas de marca y vuestros  
menús pijos y os ofendéis si alguien no  
está de acuerdo con vosotros. Vuestros  
prejuicios no os dejan ver más allá.

—Oh, ¿y vosotros no tenéis  
prejuicios, Burke? —inquirí yo,  
ofendida—. Porque cuando nos miráis,  
parece que solo veis esas maletas de  
marca y esos menús pijos.

Se quedó callado un momento, pero  
nadie más se atrevió a hablar.

—Lo que quiero decir es que no  
sabéis nada de nosotros y tampoco os  
habéis esforzado por saberlo —dijo al  
fin—. Esto no es Barcelona.

—¡No hace falta que lo jures! —  
exclamé. ¡Como si hiciera falta que me  
lo recordara!

—¿Lo ves? ¡Otra vez esa soberbia!  
Pues, ¿sabes qué, princesa? Que a lo  
mejor los turistas que vienen a  
Gewächshäuser buscan lo que hay en  
Gewächshäuser, y no lo que hay en  
Barcelona.

—¡Muy bien! ¡Nada de sugerencias!  
—exclamó Pol y nos arrebató los menús  
—. ¿Alguien quiere un chupito?

Pero yo ya no lo escuchaba, seguía  
clavando mis ojos en los de Burke, que  
tampoco parecían dispuestos a dejar de  
mirarme.

—Puede que tenga razón, Raquel...  
—se atrevió a decir Alicia al cabo de un

momento.

Adam miraba a uno y a otro como si estuviera en un partido de tenis, todavía con la boca llena. Se había acabado media tarta él solo.

—Me cago en todo, Alicia, ¿tú de qué lado estás?

«Joder, si no vas a darme la razón, al menos no digas nada.»

Suspiré. Y traté de trabajar en eso que llamaban «empatía». A lo mejor Burke tenía razón, a lo mejor los turistas lo que buscaban en ese pueblo eran cosas típicas... de allí. Una lógica aplastante.

—¿Y qué propones? —me esforcé en preguntar, aunque de muy mala gana.

Burke sonrió ante lo que interpretó como un paso atrás por mi parte.

—Que hagamos un recorrido por la zona. Seguramente haréis página web, organizaréis rutas turísticas y demás rollos de esos. ¿No deberíais conocer lo que ofrecéis? Solo así podréis explotar realmente todas vuestras posibilidades.

—No tenemos tiempo para eso — descarté con un movimiento de la mano.

—¿Un fin de semana a cambio de hacer las cosas bien? No me parece tanto tiempo.

—¿¿Un fin de semana?!

¿Estaba loco? ¿Quería que nos fuéramos de fin de semana?

—Solo dos días, princesa. Es lo único que te pido.

# Capítulo 16

La Amarok de Burke apareció el viernes por la mañana de un negro reluciente.

—Vaya, la has lavado —observé. La furgoneta siempre solía estar llena de barro hasta las trancas—. A punto para el viaje, ¿eh?

Burke dio unos golpecitos con la mano sobre el capó.

—Sí, ya ves. —Me miró de arriba abajo y esbozó media sonrisa—. Y parece que no es la única que se ha puesto a punto.

Yo puse los ojos en blanco.

—Tus piropos siempre suenan a coña,

¿lo sabías?

Se rio, lo que no hizo otra cosa que confirmar lo que yo había dicho, y metió el brazo por la ventanilla para tocar el claxon.

—¿Dónde se han metido todos?

—Adam y Alicia están dejándoles comida a los animales —informé—. Pol está... No sé dónde está.

—Solo tenemos dos días, princesa, y ya vamos con retraso.

—¿Y a mí qué me dices? Yo estoy aquí, ¿no?

Vi aparecer un brillo malicioso en sus ojos. Abrió la puerta y se acomodó en el asiento. Bajó la ventanilla del copiloto y me hizo un gesto para que entrara.

—Sube.

Y lo hice porque... Bueno, ¿por qué no? Me daba igual esperar de pie que ahí sentada.

Burke arrancó la furgoneta.

—¿Qué haces?

—Nos vamos. Tú y yo.

—¿Solos?

—¿Te da miedo? —me preguntó, clavándome esos descarados ojos color avellana.

No tenía ni idea de con qué clase de chicas idiotas estaba acostumbrado a tratar, pero a mí el numerito no me impresionaba.

Alargué la mano y giré la llave. El motor se paró.

—Tienes miedo —insistió, apoyando la cabeza sobre el respaldo.

—No seas ridículo —repliqué—. Tú no podrías darme miedo ni aunque tuvieras colmillos y garras de puma.

—¿Garras de puma?

Sacudí la cabeza. De puma, de tigre, de algo peligroso, ¿qué más daba?

—¿Podemos permanecer en silencio hasta que salgan todos, por favor? No hemos empezado el viaje y ya me estás agotando.

Burke sacó el codo por la ventanilla.

—Esto va a ser divertido... —  
masculló.

—Ha sido idea tuya —le recordé.

—Créeme, mi idea no consistía en un viaje de cinco personas.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

La puerta de la granja se abrió y Pol apareció cargando con varios bultos.

—Déjalo —dijo Burke, saliendo del coche para ayudarlo.

Pero yo no podía dejarlo, no mentalmente. ¿Qué coño había querido decir? Si su idea no consistía en un viaje de cinco personas... ¿De cuántas, entonces?

«Solo dos días, princesa. Es lo único que te pido.»

Los gritos de Pol me hicieron volver al presente.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté a través de la ventana.

—Este patán es lo que me pasa —respondió él—. ¡Mira qué forma de tratar mi Vittorio & Lucchino!

—¿Qué? —se defendió Burke—. Solo es una maldita maleta. Y la he puesto sobre una manta, ni siquiera roza la furgoneta, tal y como el marqués ha pedido.

—¿Ponerla? ¡Eso ha sido un lanzamiento de martillo!

—¡No tendría que haberla lanzado si no la hubieras llenado tanto! Cuarenta y ocho horas, ¡por Dios! ¿Es que te llevas las cacerolas?

—Ah, disculpa si no me conformo con una navaja para afeitarse y un par de camisas de cuadros —contraatacó Pol con malicia.

El piloto volvió a su posición mascullando algo entre dientes. Solo entendí algo así como: «y lo que queda».

—¿Te afeitas con navaja? —quise saber.

Resopló.

—Claro, todos los de pueblo lo hacemos. Y también nos lavamos los dientes mascando regaliz.

—Ah, pero ¿aquí os laváis los dientes? —me burlé. —Me miró como si quisiera matarme—. Joder, era una broma. No son tan graciosas cuando no eres tú el que las gasta, ¿eh?

—Tienes un humor desbordante y muy oportuno, princesa —dijo de mala gana.

—Gracias.

Pol seguía farfullando en el exterior hasta que le insté a que metiera su puto culo en el coche antes de la hora de comer.

—¿Dónde están los dos tontos muy tontos? —preguntó.

Burke y su claxon. Una y otra vez.

Adam y Alicia aparecieron corriendo, lanzaron un par de bolsas a la parte trasera de la furgoneta y abrieron una de las puertas.

—Necesito ir en el medio —advirtió Pol, sin moverse ni un ápice.

Los otros dos se miraron con cara de «no puede ser, nadie querría ir nunca en el medio».

—Chicos —dije yo, como una madre que pide paciencia a sus hijos mayores con el hermano pequeño.

Alicia rodeó el coche, abrió la otra puerta y se sentó detrás de mí. Me dio un apretón en el hombro.

—¿Lista?

Giré la cabeza y le guiñé el ojo.

—Muy bien. ¡Nos largamos! —  
anunció Burke.

La Amarok rugió y levantó el polvo cuando se alejó a toda leche del futuro hotel Holbein.

A los pocos minutos de salir del pueblo y tomar la carretera, pasamos junto a Seebach, aquel pueblecito que parecía una monada desde la parada del autobús el primer día. Algo como lo que yo me había esperado de Gewächshäuser. Parecía mentira lo ingenua que podía llegar a ser a veces.

—¿Queréis parar ya? Me estáis mareando.

Adam y Alicia hablaban por delante

de Pol como si él no estuviera. Adam le enseñaba cosas en el móvil, Alicia se partía el culo de risa y Pol no hacía más que resoplar.

—No deberías haberte puesto en medio, Poli —le dijo Alicia.

—Me gusta ver la carretera de frente, soy muy sensible al mareo.

Lo busqué a través del retrovisor.

—¿Prefieres ir delante? —le ofrecí.

No lo miré directamente, pero intuí la mirada de socorro que Burke me lanzó. No quería a Poli, el loro bocazas, de copiloto, pero se tendría que aguantar.

—A ver, nuestro destino está a unos tres cuartos de hora —se apresuró a decir Burke—. ¿No podéis estaros quietecitos todos hasta entonces? Os

invitaré a algo al llegar.

Murmullos medio conformes.

Miré a Burke con las cejas levantadas. Y él, sintiéndose observado, se giró un segundo.

—¿Qué? —preguntó, volviendo la vista al frente con rapidez para no descuidar la carretera.

—Buen trabajo, papá —susurré, esperando que los otros tres no me oyeran.

Me percaté de que se esforzaba por no sonreír.

Encendí la radio y miré por la ventanilla durante un rato, empapándome del precioso paisaje que parecía que nunca se quedaba atrás. Bosques de abetos y enormes valles verdes, cielo

despejado y brisa fresca pero ligera. Cerré los ojos y dejé que el sol me calentara la cara a través del cristal.

Ya empezaba a pensar que aquel viaje no había sido tan mala idea cuando un chillido desde el asiento de atrás me subió el corazón a la garganta.

—¿Y ahora qué? —gruñó Burke.

—¡Una araña! —bramó Pol—. ¡Hay una araña enorme!

Todos, excepto el conductor, miramos hacia donde señalaba el dedo de Pol.

—Tampoco es para tanto —dijo Adam—. Si te echas un poquito para allá, cabemos todos.

Alicia se rio, pero Pol no.

—¡No tiene gracia, idiota! —siguió chillando—. Tengo aracnofobia desde

pequeñito.

—¿Seguro que no exageras? — pregunté yo, consciente de todas las fobias que el dramático de Pol tenía.

—Ya estoy sudando —informó—. Se me ha acelerado el pulso y me pica mucho la piel. Pronto ni siquiera podré respirar con normalidad.

Pol se removía incómodo, pegándose más a Alicia y separándose de la araña que subía por el respaldo de Burke.

Más gritos.

—Tú nunca respiras con normalidad —siguió Adam—. Pareces un dragón, todo el día cabreado.

—¡Adam, cállate! —le espeté yo—. Y mata a la puta araña de una vez.

—Sigue subiendo —continuó Pol

histórico—. Mirad qué patas tan largas, pronto llegará a la cabeza de Burke si no hacemos algo.

—Oye —me dijo entonces Burke—, ¿debería preocuparme?

—Yo preferiría que no la matarais — soltó entonces Alicia y nos dejó a todos con la boca abierta—. ¿Qué? Es un ser vivo. ¿Es que os creéis mejores que una araña?

—Sí —contestamos a la vez.

Ella nos miró con odio, como si fuéramos unos monstruos despiadados a punto de cometer un asesinato.

—Nadie va a matar esa araña mientras yo siga en el coche —continuó, tozuda.

Era un contrasentido que una tía que

comía carne a toneladas estuviera dispuesta a salvar a una simple arañita, y yo que era la vegetariana tuviera ganas de arrancarle las patas.

Claro que mi vegetarianismo no era por la empatía hacia los animales. Me gustaban los perros y esas cosas, incluso ahora le veía cierta gracia a las vacas y las gallinas (los cerdos aún no se habían ganado mi simpatía), pero tampoco era que me preocupara en exceso su integridad física.

—¡Se está moviendo más deprisa!

Gritos. Sandeces. Mi cuerpo girado hacia atrás.

—Ahora soy yo la que empieza a marearse —comenté, poniendo la cabeza entre las rodillas.

—¡Bueno, se acabó! —los cortó Burke—. Sois los peores compañeros de viaje de la historia. O empezáis a comportaros como personas normales o paro el coche ahora mismo, os saco a todos a rastras y me voy con la araña de fin de semana.

—Ve en línea recta, por favor —gemí desde ahí abajo.

Él me puso la mano en la espalda.

—Perdona. ¿Quieres que paremos?

Me incorporé y respiré hondo.

—Quiero que lleguemos.

Detrás, Alicia defendía los derechos (no) humanos de la araña y Pol decía que eso sencillamente no existía. Adam seguía la trayectoria del bicho con la mirada para no perderlo.

Bien, Adam. Perder a la araña de vista sería una hecatombe. Podríamos mantener el control mientras la tuviéramos localizada.

—Ya estoy harto —soltó al final, lanzando a la araña con un capirotazo hacia la ventana.

Solo que la ventana estaba cerrada.

—¡No! —gritaron Alicia y Pol a la vez.

—Tranquila, no le he hecho nada —le dijo a ella, que era la única que parecía preocuparle.

—¿Dónde está? —Pol empezó a hiperventilar—. ¿Dónde demonios está?!

—Genial, Adam... —mascullé—. Ahora sí que te has lucido.

—Jefa, creía que la ventana estaba abierta...

—¡Pues creías mal! —respondió Pol por mí—. Me pica la nuca, Alicia. ¡Me pica la nuca! ¿La tengo ahí?

Alicia le miró el cuello y le dio una colleja.

—¡Au!

—La tenías —dijo ella satisfecha.

Yo estreché los ojos y la miré, ella se encogió de hombros y sonrió.

No había ninguna araña en el cuello de Pol, pero Alicia no quería desaprovechar la ocasión. Bueno, no podía culparla y, además, había dado resultado: Pol se estaba calmando y, por tanto, los demás también.

—Dios —Pol suspiró y se apoyó en

el respaldo—, qué mal rato he pasado.

«Y nosotros también, Pol. Nosotros también».

—Estupendo, ya solo nos queda una media hora de viaje. Con vosotros el trayecto se hace tan corto... —bromeó Burke.

Todos soltamos una risa tranquila, habíamos acogido ese sarcasmo con buen humor. Hasta que...

—¡Socorro! ¡La tengo encima!  
¡Ayuda!

Pues nada, a la mierda la tranquilidad.

—Vale, no te muevas —dijo Adam, agachando su cabeza hasta la nueva residencia de la araña, es decir, el brazo de Pol—. Voy a ver si la puedo coger y

la tiro por...

—¿Tírala? ¡Aplástala! ¡Estrújala entre tus dedos!

—No va a hacer tal cosa —dijo Alicia totalmente convencida de que su amigo jamás la traicionaría de esa forma tan ruin.

Y entonces la araña se movió. Y todo pasó tan deprisa que apenas fui consciente de la cadena de acontecimientos. Pol chilló, se removió, la araña debió de caer en su asiento, él se echó para delante con el objetivo de huir y se agarró a lo primero que encontró: el brazo de Burke.

—¡Pol, suéltame!

—Para el coche, Burke, ¡para el maldito coche!

Volantazo. Frenazo. Y casi un tortazo.

Nos salimos de la carretera, levantamos la grava del camino paralelo y paramos a unos cien metros de una gasolinera adosada a una pequeña cafetería.

Tiesos como los palos de una escoba, así nos quedamos, mirando al frente, aferrando los asientos con fuerza y los nudillos más blancos que nuestros rostros.

Abrí la puerta de golpe y salí a tiempo para echar la pota.

Tanto tiempo rodeada de mierda, animales de granja y un interminable abanico de maravillas olfativas, y terminaba vomitando por un viaje en coche.

Alicia se acercó a mí la primera y me ofreció un pañuelo. Yo lo acepté y me alejé un poco para no oler los restos de mi desayuno. Me apoyé en un árbol y Alicia me siguió.

—¿Estás bien?

Burke fue el siguiente.

—¡Pues claro que no está bien! Casi nos matáis.

Me limpié la boca, pero seguía doblada por la mitad. Tenía miedo de moverme.

—Lo siento, Raquel —se disculpó Pol—. Creía que esa araña me picaría. La notaba recorrerme el cuerpo y... ¿Ya no la tengo, no?

Alicia resopló y le aseguró que no, él seguía agarrándose la parte de atrás del

jersey y tratando de verse su propia espalda.

—Largo de aquí —susurró Burke. Y lo bajo de su tono lo hizo más espeluznante—. Los tres.

Nadie se atrevió a discutirle nada, así que caminaron hacia la cafetería. Todavía escuché a Adam bromear sobre la araña y a Alicia regañándole para que dejara en paz al pobre Pol. Ya había tenido bastante. Yo también.

—Deberías ir con ellos. Ahora voy yo.

Burke se sentó a los pies del árbol, de espaldas al vómito.

—Prefiero quedarme contigo y tu pota antes que escuchar un minuto más a esos tres. Yo también necesito un momento

para recomponerme.

Sonreí.

—Supongo que ya te estás arrepintiendo de haber propuesto el viaje —dije y me tapé, un poco la boca con la mano. El aliento debía olerme a rayos.

Él apoyó la cabeza en el tronco del árbol y suspiró.

—Llámame iluso, pero aún espero que merezca la pena.

—Iluso no, solo un poco ingenuo.

—Ya.

Nos quedamos un rato en silencio, escuchando a los coches pasar de largo y a los pájaros cantar sobre nuestras cabezas.

—¿Te encuentras mejor? —me

preguntó al final.

Me puse en pie y me sacudí los vaqueros.

—Mucho mejor. ¿Vamos? —Le ofrecí mi mano para que se levantara.

Él la miró con sorpresa y tiró de mí con más fuerza de lo que correspondía. Y, en lugar de levantarse, acabé yo encima de él.

—¡Muy gracioso! Te recuerdo que acabo de vomitar.

Se puso en pie entre risas y fue él quien me ayudó a levantarme a mí finalmente.

—Tienes razón, lo siento. No he podido resistirme.

Le di un codazo, aunque no demasiado fuerte, y nos pusimos en

marcha también.

La cafetería era más grande de lo que me esperaba. Con mesas y sillas de madera pintada de blanco, las paredes de un ocre muy cálido y un par de ventanales enormes. El tío lunático y sus dos sobrinos de ocho años nos esperaban en una de las esquinas. Sobre sus cabezas, unas cestitas de mimbre monísimas colgando de una lámpara.

—¿Ya habéis pedido? —pregunté.

—Os estábamos esperando —dijo Pol—. ¿Cómo estás?

—Necesito un café.

—Y yo —coincidió Burke.

Adam le hizo un gesto a la camarera, que esperó amablemente a que Alicia decidiera qué tipo de tarta iba a tomar.

—¡Por Dios, Alicia, elige ya! —la apremió Pol—. Si te van a gustar todas.

—Eso es una buena idea —celebró ella—. Tráeme una porción de cada.

La miramos sorprendidos. ¿Iba a comerse cuatro trozos ella solita?

—Para compartir —se excusó—. Yo con tres tengo bastante.

Nos echamos a reír pero ella tardó en unirse a nuestras risas. Algo me dijo que no lo había dicho en broma.

—Yo tomaré un capuccino con leche de soja y stevia, por favor.

La chica miró a Pol como si estuviera ante un extraterrestre.

—No creo que aquí tengan stevia —susurré yo.

—¿Azúcar moreno? —Ella negó con

la cabeza—. ¿Sacarina? —insistió él desesperado.

—Creo que tengo algún sobre, sí. Lo que no tenemos es leche de soja.

—¿Sin lactosa, pues?

—Tampoco.

—¿Desnatada, al menos?

«Nanai.»

—La que tengas estará bien —le dije yo a la chica, que empezaba a parecer apurada.

—Pobrecilla —se solidarizó Alicia—. Eres un tocapelotas, Poli.

—¡Por favor! —se quejó él—. Tampoco es tan raro lo que he pedido.

—Déjalo, no te esfuerces —le dije yo y lo toqué el brazo—. Es una batalla perdida.

—Ya está la princesa criticando a los pueblerinos —comentó Burke.

—Ya está el pueblerino provocando a la princesa.

—O sea, que te crees una princesa.

—¿Que yo...? ¡Lo que faltaba!

La cara de Burke me demostraba que le encantaba provocarme. ¿Para qué le seguía el juego al muy cretino?

—Vale, no empecéis —atajó Alicia—. Burke, ¿por qué no nos explicas exactamente cuál va a ser la ruta?

# Capítulo 17

—¡Vaya suerte!

Burke parecía encantado a pesar de tener que maniobrar varias veces para meter la dichosa Amarok entre dos coches también bastante grandes.

Por lo visto, aparcar en Baden-Baden fuera de la zona azul era casi tan probable como que te tocara la lotería.

—Oye, y hablando de cosas que no se pagan... Tendremos que hacer cuentas y ver a cuánto salimos cada uno, ¿no? Empezando por la gasolina.

Burke se metió las llaves de la furgoneta en el bolsillo del pantalón.

—Las princesas no deben

preocuparse por el dinero.

—Burke...

Su sonrisa misteriosa hizo saltar todas mis alarmas. ¿Qué estaba tramando?

—Lo tengo todo controlado, tú no te preocupes, ¿vale?

No, no valía, pero decidí dejarlo para más tarde.

—Gracias a Dios —dijo Pol cuando sus pies tocaron tierra firme—. Ya no aguantaba más a estos dos.

Alicia le dio una palmadita en la espalda.

—El sentimiento es mutuo, Poli.

—Bueno, ¿dónde estamos?

Adam frunció el ceño ante mi pregunta.

—En Baden-Baden —contestó

sorprendido.

Lo miramos como si fuera idiota (que lo era).

—Gracias, Adam —repuse yo y le dediqué una sonrisa amable. Su ignorancia a veces me resultaba bastante entrañable.

Burke soltó una risita.

—Ahí delante empieza Lichtentaler Alle, una avenida que bordea el río Oos.

Eran poco más de las diez de la mañana y la brisa fresca de diciembre me vino de perlas para despejarme de nuestro breve pero intenso viaje en furgoneta.

El paseo Lichtentaler era una enorme línea verde que se perdía en el horizonte, lleno de flores y árboles de

todo tipo. Se respiraba tranquilidad y sobriedad ante ese paisaje natural mezclado con algunas casas señoriales a la otra orilla del río.

Y, como guinda del pastel, un montón de puestos navideños estaban siendo preparados para el mercadillo.

—¿Vamos a recorrerlo entero? — pregunté, ansiosa por estirar las piernas.

Un carruaje venía de frente hacia nosotros, completando la preciosa postal que teníamos delante.

—Podríamos coger un carruaje — sugirió Pol.

—Podríamos, pero no lo haremos — sentenció Burke—. La mejor manera de conocer una ciudad es a pie, así que... ¡Andando!

Di una palmada de celebración.

—La mejor manera de conocer una ciudad es con dinero y una semana por delante —refunfuñó Pol, nada conforme con la decisión.

—Pero no tenemos una semana, ¿no? —me preguntó Burke, como si estuviera deseando que yo alargara el plazo.

—Sabes que no.

Chascó la lengua.

—¿Lo ves, Pol? Es la jefa quien lo dice, no yo.

Pol gruñó.

—Muchas gracias —murmuré hacia Burke.

—Vamos, tampoco será tan largo —comentó Alicia animada—. ¿Dos, tres kilómetros?

Burke asintió.

—Creo que casi tres.

—Eso me lo hago yo a diario para ir de mi casa al bar.

Pol le lanzó una mirada de odio a Adam.

—No sé por qué no me sorprende.

—No te enfades, Poli —continuó el chico de buen humor—. Y demuestra de qué pasta están hechos los cocineros de Barcelona. Ahora tú los representas a todos.

Algo cambió en el rostro de Pol, como si aquellas palabras de verdad le hubieran afectado.

—Acabemos con esto —dijo, apretando los puños y acelerando el paso.

Curiosa la motivación de las personas, ¿no?

Caminar a través de Baden-Baden era como volver al siglo XIX, pero en el buen sentido. Había lujo y comodidades en un escenario de cuento de hadas. Las aguas heladas del río Oos nos acompañaban tranquilas en nuestro paseo, meciéndose por la brisa que nos venía de espaldas.

Había bastante gente paseando por allí, curioseando en los puestos que ya casi estaban listos por completo, pues el mercadillo abría a las once. El murmullo colectivo, lejos de molestarme, me resultó refrescante. ¿Cuánto tiempo hacía que no me rodeaba de tantas personas? Era el encanto de las grandes ciudades.

Nos acercamos a algunos de los puestos, buscando productos típicos, figuritas de decoración y algunos dulces, pero Burke nos convenció de que valía la pena esperar a que estuviera montado del todo. Decía que aquello nos haría perder un tiempo muy valioso y que, además, el mercado era mucho más bonito cuando las bombillitas de colores comenzaban a sustituir a la luz natural.

Me costó resistirme, pero acepté que era la mejor decisión. Aun así, no pude evitar comerme con los ojos cada puesto por el que pasaba.

Y, durante un rato, nadie dijo nada, pues el lugar pareció engullirnos a todos y cada uno de nosotros. En mayor o menor medida, todos estábamos

fascinados. Incluso Burke, que ya había estado allí.

—Precioso, ¿eh? —me preguntó.

—Precioso —repuse, escueta, sin apartar la vista de uno de los pintorescos puentes atrapado bajo las enredaderas.

—Sabía que te gustaría.

Correspondí a su sonrisa con gusto.

—Siento que tengas que hacer de niñera —dije.

Se encogió de hombros.

—Daños colaterales. Pero merece la pena, ¿sabes? Creo que nunca te he visto esa cara de paz.

¿Y la cara sonrojada me la había visto alguna vez? Porque estaba a punto de ponerme como un tomate. Ah, sí, esa

sí la conocía.

—Ya he visto azaleas, castaños, robles y algunos más que no he reconocido. Pero ¿cuántas especies de árboles tiene este sitio? —preguntó con interés Alicia.

—Más de trescientas —informó Burke.

Sonó un silbido agudo por la impresión.

—Muy interesante, pero ¿cuándo vamos a ver algo más que plantas? —inquirió Pol.

—Ya falta poco.

Diez minutos exactamente para encontrarnos a la izquierda con un edificio blanco y diáfano de líneas rectas y enormes cristales.

—Guau... —soltó Adam.

—Una joya en el parque —murmuró Burke, más para sí mismo que para los demás—. El Museo Burda.

—Es tan... Moderno —observó Pol.

—El edificio es obra de Richard Meier, arquitecto neoyorkino —explicó nuestro guía personal—. Arte clásico, moderno, expresionismo... Kirchner, Macke, Picasso, Pollock y artistas alemanes de la posguerra.

—Pero no vamos a entrar, ¿no? —Adam miraba a Burke como suplicando que la respuesta fuera un «no».

Burke sacudió la cabeza y dejó de mirar (no, de admirar) el edificio.

—No podemos entretenernos en entrar a museos, necesitaríamos semanas

aquí.

Adam respiró tranquilo, pero yo no podía dejar de fijarme en Burke y en la mirada nostálgica que le dedicó al edificio antes de echar a andar otra vez. ¿Era cosa mía o a este obrero le interesaba algo más que el yeso, el cemento y la cerveza?

—¿Y ese puente? —preguntó Alicia con interés—. Lo conecta con ese otro edificio, ¿qué es?

Burke sonrió complacido por la pregunta.

—Meier decidió unir el Burda mediante un puente con el ya existente Kunsthalle, que comprende la Galería Estatal de Arte.

El museo Burda era sobrio, moderno,

sencillo en su complejidad; el Kunsthalle tenía una fachada neoclásica que concordaba más con lo que habíamos visto hasta ahora de la ciudad. Al ver esa unión entre dos estilos tan diferentes, pensé en París y en el contraste sublime de su moderna pirámide de cristal con el edificio clásico del Museo Louvre.

Aquella avenida parecía el paseo de la cultura, pues aún pasamos ante el museo LA8 y el edificio del teatro de Baden-Baden.

—¿Y dónde se supone que están los balnearios y las tiendas?

Pol otra vez.

—Cerca, no te preocupes —lo tranquilizó Burke—. Baden-Baden tiene

de todo. Normalmente la gente la asocia al verano, pero creo que en diciembre tiene un halo mágico, ¿no?

—En diciembre todo tiene un halo mágico —dije yo—. Es la Navidad.

—Cierto. La ciudad en esta época es una pasada, puedes practicar deportes de invierno por la mañana y bañarte en aguas termales a más de treinta grados por la tarde.

—Eso ya me gusta más —comentó Pol—. Yo asociaba Baden-Baden al lujo y a los balnearios, no a los museos.

Burke y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco a la vez.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó Alicia.

Otra vez una de nuestras miradas

colectivas hacia una misma persona.

—No —dijimos uno tras otro.

—¿Por qué me miráis todos así? Yo tampoco tengo hambre todavía, solo pretendía ser amable.

Se metió las manos en los bolsillos, agachó la cabeza y murmuró algo como «desagradecidos».

Seguimos andando, charlando sobre lo bonito que era Baden-Baden, preguntándole a Burke sobre el mayor atractivo para nosotros: los balnearios y el casino.

—Luego podemos visitar las ruinas termales, si queréis —sugirió.

—¿Y no podemos visitar un balneario de verdad en vez de cuatro escombros romanos? —propuso Pol—. Me duele la

espalda.

—Cuatro escombros romanos... — repitió Burke, anonadado—. Tu percepción de la historia es increíble.

—Ah, ahora el obrero se cree mejor que nosotros porque le gustan los cuadros y las piedras.

Burke apretó los dientes y frunció los labios. Le puse la mano en el pecho, miré a Pol y luego a él de nuevo.

—Basta. Los dos. Si se os ocurre joderme este paseo tan agradable, os ato las manos y os tiro al río.

Burke resopló.

—¿Y podemos visitar el casino o eso también es cultura mundana?

Señalaba hacia un edificio rodeado de enormes jardines que yo sí reconocí.

—El Kurhaus...

Como centro de la vida social de la ciudad, el complejo del Kurhaus albergaba salas de fiesta, *spas* y el que decían era el casino más bonito del mundo. Y en su explanada, el colofón del mercado navideño que habíamos ido viendo durante el recorrido. Un montón de gente se amontonaba ya con curiosidad en la multitud de puestos.

El Kurhaus parecía el escenario perfecto para esa maravillosa postal. Sentí que algo me aleteaba el estómago, como cuando era niña y mi padre me llevaba a ver a Papá Noel antes de Nochebuena. Bueno, tal vez ya no tuviera esa ingenuidad deliciosa de la infancia, pero sí seguía sintiendo

debilidad e ilusión por esa época del año. Por un momento, pensé en mi madre y en que pasaría sus primeras navidades sola. Bueno, no sola, porque cenaría con mis tíos, pero sí las primeras sin su única hija.

Tenía que llamarla cuando volviera al pueblo, aunque sabía que me arrepentiría en cuanto descolgara el teléfono. Mi madre era demasiado intensa.

—¿Entrar ahí no valdrá una pasta? —preguntó Adam—. Si lo llego a saber, me paso meses ahorrando para poder apostar.

—Y para comprarte un traje —le soltó Pol, escudriñando su atuendo informal—. Podíais haber avisado de

que teníamos que ir de etiqueta.

La verdad era que todos íbamos con botas, pantalones tipo *jeans* y abrigos oscuros. Pol era el único que se había arreglado un poco más, pero tampoco era que llevara corbata.

—No vamos a jugar —aclaró Burke—. Solo vamos a visitarlo como turistas.

Adam soltó un «oh» con mucha decepción. Pol y yo suspiramos de alivio. No se me había escapado que allí la gente vestía bien y que, seguramente, bajo sus caros abrigos llevarían capas de prendas ordenadas por diseñadores en orden alfabético. Nosotros al lado de ellos éramos simples aparcacoches. No, mentira, los aparcacoches llevaban

camisa y pajarita.

Cuando traspasamos la entrada, la calefacción nos dio una cálida bienvenida. Pronto, los gorros de lana y los guantes empezaron a estorbarnos. A mano derecha, estaba el restaurante; a la izquierda, el casino. El imponentemente y lujoso casino.

—Qué pasada... —Adam lo miraba todo con los ojos muy abiertos, sin apenas parpadear.

Bueno, Adam y todos los demás.

—Fijaos en esas lámparas de araña... —comentó Pol, mirando hacia el techo con la boca abierta—. Necesito una lámpara de araña.

—Y yo necesito pasta —siguió Adam, acariciando las mesas de juego

con la punta de los dedos—. ¿Habéis visto los coches de ahí fuera? Qué suerte nacer rico.

—En tu caso, qué suerte nacer... y punto —murmuró Pol, sin dejar de mirar las lámparas.

—Poli, siempre tan agrio. Deberías hacértelo mirar —lo defendió Alicia.

Pero Poli estaba ya muy lejos de allí, absorbiendo cada detalle de aquel lugar.

Paredes rojas, motivos dorados por todas partes, arcos recargados, estatuas de estilo clásico, espejos de marcos imposibles. ¿Estábamos en un Casino o habíamos atravesado un portal del tiempo hasta el antiguo Versalles?

—¿Habéis visto el restaurante? Luego podríamos comer algo.

—Pero luego —le remarqué a Alicia.

—Eso he dicho.

Se dio la vuelta de mala gana y se acercó a Adam, que se había sentado en una de las sillas y fingía lanzar unos dados. Pol había sacado el móvil y no dejaba de sacar fotos a cada rincón.

—Impresiona, ¿no?

—¿Ya habías venido? —le pregunté a Burke.

—Ah, sí, varias veces. Entraba por la puerta con una mujer cogida a cada brazo y un esmoquin hecho a medida, me llamaban señor Bond y me invitaban a copas.

Me reí.

—Pues sí que le ha cambiado la vida, señor Bond.

—Bueno, ya ves, de todo se cansa uno.

Alcé las lejas.

—¿Incluso del lujo y de las mujeres?

Chascó la lengua.

—Bah, me has pillado. Dilapidé mi fortuna en este sitio como Dostoievski.

—¿Dostoievski estuvo aquí?

—Era un asiduo del lugar, ¿sabes? Dicen que se basó en este sitio para escribir su novela *El jugador*. Y también que la escribió en veintiséis días para pagar sus deudas.

—Vaya con el amigo Dostoievski.

—Decadencia, lujos y vicio. La mejor inspiración para los genios.

Me quedé callada un segundo. Un precioso piano brillante de color blanco

había llamado mi atención.

—Así que eres un genio.

Levanté la tapa y acaricié las teclas. Entonces otros dedos se unieron a los míos, apretaron un par de teclas y me rozaron un segundo antes de apartarse.

—Yo solo soy un albañil, princesa.

Fruncí el ceño y busqué su mirada, pero Burke ya me había dado la espalda y caminaba hacia otro rincón del casino.

Otra vez esa sensación de que apenas conocía a ese hombre. Después de más de un mes en su compañía, sabía que había algo más dentro de él que arrogancia y bromas. Desde que habíamos llegado a Baden-Baden, me había dado cuenta más que nunca, pero fue en ese roce de sus dedos y en el tono

nostálgico de su voz cuando fui totalmente consciente de que esos ojos avellana escondían mucho más.

# Capítulo 18

—Definitivamente, me gusta esta ciudad —sentenció Pol antes de meterse otra patata frita en la boca.

—Lo que te gustan son sus tiendas —recalcó Alicia.

Él puso cara de «obvio».

—¿Y a ti no? —preguntó. Luego se quedó callado un momento, la miró y tragó la patata—. Bueno, no he dicho nada.

—Claro que me gustan las tiendas —soltó ella a la defensiva.

—Sin contar las de comida, quiero decir —aclaró él.

Ignoré esa discusión y cogí un puñado

de patatas fritas con las manos, luego les di la espalda. Prefería fijarme en los edificios, en los escaparates y en cualquier otra cosa que no fueran esos dos y sus chorradas.

Después de nuestra visita al casino, habíamos caminado hasta el centro y visitado algunas tiendas y boutiques. Las más caras las habíamos admirado desde fuera, con la nariz pegada a los escaparates. Maldije al estúpido cerdo de la granja por haberse comido mis prendas más sofisticadas.

Las calles empedradas de Baden-Baden eran impecables, limpias y preciosas. Y las casas de colores pastel con sus tejados oscuros alimentaban ese aura de cuento que parecía impregnarlo

todo como si un hechizo mágico flotara en el ambiente. Era como estar dentro de una de esas bolas de cristal que se agitan para que la nieve del suelo se esparza por todo el conjunto.

Nos habíamos sentado en la pequeña terracita perteneciente a una típica taberna alemana y habíamos pedido refrescos, cerveza, patatas fritas y salchichas gigantes. Bueno, yo seguía peleándome con aquel país por evitar la carne, así que pedí la única ensalada que había en el menú, que llevaba patata.

—Yo sigo alucinando por el casino —escuché que decía Adam tras algunas frases de desconexión.

Me giré para entrar en la

conversación.

—¿Sabíais que Dostoievski se jugó más de lo que tenía en ese casino?

Burke sonrió mientras miraba las patatas, como un profesor orgulloso de que su alumna hubiera atendido en clase.

—¿Quién es ese? —quiso saber Adam.

—Un escritor famoso —le explicó Alicia con cariño, como si no fuera más que un crío—. Ruso.

—¿Y vino desde Rusia hasta aquí para echar unas partidas?

Ella se rio.

—Bueno, creo que debió de ser algo más complejo que eso.

Adam dio un bocado a su salchicha y habló con la boca llena:

—Da igual. Te lo aseguro, Ali, yo podría venir a esta ciudad cada día si tuviera dinero. De hecho, creo que puedo imaginarme perfectamente viviendo aquí.

Ali sonrió al escuchar su nombre. ¿Ali?

—Sigue soñando, guapo. Es gratis —le dijo Pol—. Yo ya me he imaginado compartiendo cenas de prestigio y coches de lujo con uno de esos aristócratas tan atractivos.

—¿Cómo sabes que eran aristócratas? —preguntó Adam.

—No lo sé, pero en mi mente lo son.

—Apuntando alto, Poli, así me gusta —le felicitó Alicia.

Burke seguía comiendo en silencio,

pero parecía divertirse con la conversación. Yo paseaba la mirada entre la mesa y lo que había a nuestro alrededor.

Terminamos de comer y Burke pidió a la camarera unos cuantos vasos de plástico que guardó en su bandolera. No entendí por qué, pero nos levantamos y tomamos rumbo hacia las termas romanas. Sin embargo, a mitad de camino, Burke nos desvió por una calle hasta llegar cerca de la Romerplatz, donde nos metimos en una gruta artificial de piedras sinterizadas dotada de una fuente de agua potable que, según Burke, tenía poderes. La Fettquelle. Un grifo sencillo dejaba caer un débil

chorro de agua constante sobre una pequeña pila con forma de media luna que sobresalía de la pared de piedra.

—Venga ya —me burlé yo—. No hablas en serio.

—Bueno, es lo que dice la leyenda —se defendió él—. El agua de esta fuente termal te hace rejuvenecer diez años.

—No serán mentales, ¿no? —intervino Pol—. Porque entonces Adam y Alicia no deberían beber.

Desde el incidente con la araña, Pol parecía estar siempre con las uñas preparadas para atacar a esos dos. Incluso más que antes. Lo bueno era que ellos parecían tomarse sus sarcasmos y sus pullitas con bastante sentido del humor.

—Pues no lo han especificado —  
admitió Burke.

—Poli, deberías probar, por si acaso  
—le dijo Alicia—. A lo mejor así  
conseguirías aparentar unos cuarenta.

La cara del chef se puso roja cuando  
contestó entre dientes:

—Tengo cuarenta y dos.

—Oh.

Todos sabíamos que Alicia  
bromeaba, incluso Pol, pero eso no hizo  
que aquella broma le sentara mejor.  
Decirle que aparentaba unos cincuenta  
tacos era mucho peor que lo de la araña.  
Había cosas con las que no se podía  
bromear, y una era la edad de Pol.

Alicia, la insensata insensible.

—Eh... Bueno... ¿Alguien se anima?

—propuso Burke, sacando los vasos de plástico—. ¿Pol?

Me hizo gracia la forma en la que se dirigió al cocinero. Con cautela, amabilidad, y a cierta distancia.

Pol le lanzó una mirada de odio a él también pero acabó aceptando el vaso.

—Trae aquí.

Uno tras otro, llenamos nuestros vasos y dimos un pequeño sorbo.

—¡Puaj! —Adam escupió lo que no se había tragado—. Está caliente.

Yo sentí que el estómago me daba un vuelco.

—Pues claro. Aguas termales, lumbreras —le dijo su amigo.

—¿Y esto es lo máximo que voy a probar de un balneario en Baden-

Baden? —se lamentó Pol, tirando el resto del agua al suelo.

—¡Dios santo, Pol! —exclamó Adam, señalándole la cara—. Tus patas de gallo han... desaparecido.

El otro se tocó la cara casi como un reflejo. Adam chasqueó la lengua.

—Ah, no, perdona... Siguen ahí. Solo era la luz. Qué traicionera.

—Para patas de gallo las tuyas, canijo —contraatacó Pol—. Que parece que le has puesto las botas a dos alambres. Con un gorro de Navidad, podrías pasar por uno de esos muñecos decorativos.

Adam se echó a reír, los demás también y Pol... Bueno, Pol acabó uniéndose, muy a su pesar. La risa a veces es más contagiosa que el virus

más potente.

—¿A dónde vamos ahora? —le pregunté a Burke cuando me puse a su lado. Los otros tres caminaban detrás, hablando de los posibles efectos de esa agua milagrosa.

—A relajarnos.

—¿Al hotel? —pregunté esperanzada. Necesitaba una ducha caliente, cambiarme de ropa y renovarme el maquillaje. Seguramente en aquel momento parecería Rudolph con mi nariz roja y congelada.

—Mejor todavía.

Traté de sonsacarle a Burke nuestro destino sin demasiado éxito. La única información que obtuve fue que me iba a encantar y que se lo iba a agradecer.

Todos lo haríamos.

Tras otro pequeño paseo, por fin nos paramos ante un edificio de varias plantas, todo acristalado y con columnas blancas, al cual rodeaba un jardín cubierto de una fina capa de nieve.

—De nada —dijo Burke con una sonrisa radiante y se cruzó de brazos.

—¿Esto es lo que creo que es? —preguntó Pol con los ojos como platos.

—Creo que sí... —murmuró Alicia.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —quiso saber Adam—. ¿Qué es esto?

—Esto, amigo mío, son las termas de Caracalla, un templo de la relajación y la salud —respondió Burke, y le dio una palmadita en la espalda a su amigo.

Yo no entendía exactamente qué

estábamos haciendo allí. Era bonito, pero... ¿Acaso íbamos a entrar? ¿En serio?

Burke se dio cuenta de mi silencio y se acercó a mí.

—¿No te gusta la idea?

—Yo... No tengo bañador —fue lo único que se me ocurrió.

Él se rio y me pasó el brazo por los hombros. Con el otro abarcó todo el complejo que teníamos delante.

—Princesa, ¿qué te había dicho? Deja de preocuparte y déjate llevar.

Me aparté de él y lo miré como si se hubiera vuelto loco.

—No pienso bañarme desnuda.

Él pareció sorprendido.

—¿Qué? ¡No! No quería decir eso...

Es que en la tienda tienen bañadores, eso es todo.

—Pues déjate de reflexiones profundas que confunden y ve al grano, coño.

Él se pasó una mano por la cara, exasperado.

—Vale, de acuerdo. ¿Qué tal si entramos y nos calmamos un poco?

Yo no podía calmarme. Mi mente no dejaba de calcular cuántos días hacía de mi última depilación, de pensar en cómo de blanca se vería mi piel en pleno mes de diciembre con tantísima luz y en si tendrían algún bañador que me favoreciera.

—Calmarnos... Ya... —mascullé—. Eso será cuando encuentre un maldito

bañador que me convenza. A las mujeres hay que avisarles de estas cosas, Burke.

—Usted perdone, princesa —Dijo él e hizo una leve reverencia. Luego esperó a que los demás fueran unos pasos por delante y se acercó más a mí—. De todas formas, la idea de bañarte desnuda no la descartes todavía.

—Deja tus perversiones romanas a un lado y recuerda que son termas del siglo XXI.

Se encogió de hombros.

—Yo lo que recuerdo es lo que vi hace más de un mes en la ducha de la granja —dijo con malicia.

Empezaba a cabrearme.

—No seas fantasma —mascullé entre dientes—. Apenas viste nada.

Ahora sí me dio la espalda y alzó un poco la voz para asegurarse de que lo escuchaba.

—Lo suficiente. Y dudo que un bañador pueda mejorar eso.

# Capítulo 19

Alicia y yo salimos de los vestuarios con nuestros albornoces blancos bien abrochados. Me había visto en uno de los espejos y había flipado con lo blanca que estaba, casi podría haberme confundido con los azulejos de la pared. En serio, si no te fijabas mucho, era como si un bikini azul Klein flotara por ahí solo. Bueno, eso o que a la mujer invisible le habían apetecido unos chorros en la espalda. No obstante y desafortunadamente, yo no era invisible, y cuando la luz del sol me diera de pleno, la gente correría el riesgo de quedarse ciega ante el resplandor.

Habría estado bien que ese sitio tuviera una sala de bronceado por la que pasar antes de ponerte el puñetero bikini, porque aunque las españolas solíamos tener la tez bronceada, en mi caso solo ocurría cuando me tostaba al sol en verano. El mito latino se iba al traste conmigo, una pena.

Más tranquila, pude comprobar que la mayoría de gente en aquel sitio era de distintos tonos de blanco. Había personas con la piel de un blanco roto, blanco marfil e incluso un blanco de ese que dejan los mejores detergentes de la tele. A esas últimas era mejor no mirarlas directamente.

El *spa* era una puta pasada. Aguas termales, cristaleras hasta el techo, una

humedad cálida y agradable flotando en el ambiente (sobre todo en contraste con el frío que pelaba en el exterior), vistas inmejorables...

—Mira, están allí —señaló Alicia hacia una de las piscinas interiores.

Y hablando de vistas inmejorables... ¡Dios santo! ¿Ese era Burke?

—Ya lo veo... —Carraspeé y me corregí inmediatamente—: Los veo.

De repente, se me había secado la boca y la idea de quitarme el albornoz me pareció menos atractiva que nunca.

—Eh... Vale, habrá que quitarse esto, ¿no? —dije yo entre dientes y una sonrisa falsa mientras saludaba con la mano a Adam, que era el único que nos hacía señas.

Burke me miraba fijamente, como esperando algo. Me estaba poniendo de los nervios. Alicia parecía no haberme escuchado. Tiraba con fuerza de las tiras del albornoz, apretando más el nudo, y miraba alrededor sin parar.

Le toqué el brazo.

—¿Alicia? —Se giró y me miró a los ojos—. El albornoz.

Puso cara de terror y comprendí que ella también había temido este momento.

—Vamos, nadie nos mira —mentí.

—Tú primero —me pidió. No, casi me rogó.

Me mordí el labio.

—Venga, no nos conoce nadie —insistí.

—Nos conocen ellos —susurró y

señaló con la cabeza hacia los dos alemanes que nos esperaban.

Adam no dejaba de hacernos señas exageradas, tanto que Burke tuvo que pedirle que se calmara. Seguramente le dijo algo como «ya nos han visto, imbécil, deja que se tomen su tiempo. Me han visto y se han quedado impresionadas, ahora no se atreven a venir».

—Esto es una idiotez —mascullé.

—Ya, para ti, que tienes cinturita de avispa y unas piernas largas y firmes.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Pero tú te has mirado el escote? Yo mataría por ese escote. — Me incliné un poco hasta su oído izquierdo—. Y por este culo —le dije y

le di una palmadita en una nalga.

Ella dio un respingo y soltó una risita, cogió aire, se puso recta y lo expulsó.

—Vale, a la mierda.

Con valentía y decisión, Alicia dejó el albornoz en una de las tumbonas y expuso su cuerpo de reloj de arena con culo hacia arriba y pecho prominente. Se había recogido la melena en un discreto moño y, con su bañador negro, parecía una bailarina de ballet lesionada desde hacía año y medio.

Se me quedó mirando.

—Raquel. —La miré como bloqueada —. Te toca.

¿Qué era lo que me pasaba? Yo era una tía que se cuidaba, de figura esbelta y una altura considerable. Tal vez no

tuviera unas súper curvas, pero siempre había estado segura de mi aspecto. Con mis más y mis menos. La putada era que había engordado un poco por culpa de la dieta falta en alimentos ecológicos y no procesados de ese pueblo maldito. Por no hablar de los estragos que estaría haciendo la humedad en mi pelo. ¿Por qué coño no me lo había recogido? En algún momento debí pensar que una melena larga, oscura y mojada era algo sexy. Pero... ¿qué pasaba cuando aún no la habías mojado? O peor aún, cuando la mojabas y empezaba a secarse y a rizarse en ciertas partes de forma odiosa.

A tomar por culo. Me quité el albornoz e, instintivamente, crucé los

brazos sobre el pecho como si así me protegiera. Traté de no mirar a Burke durante mi avance y, solo cuando la mitad inferior de mi cuerpo estaba ya dentro del agua, me permití alzar la vista hacia él.

Y sí, me estaba mirando. Otra vez. ¿O es que no había dejado de hacerlo?

—¡Por fin! —exclamó Adam—. Sí que necesitáis tiempo las mujeres para quitaros la ropa.

Alicia empezó a ruborizarse, pero él le dio un codazo amistoso y le salpicó en la cara. Entonces empezó una guerrilla de agua y esos dos entraron de nuevo en su mundo de críos de ocho años, donde los complejos al exhibirte en bañador no existían. Qué envidia.

—Si no se controlan, nos va a tocar castigarlos —bromeé para romper el hielo.

Pero Burke no me contestó, sino que siguió estudiándome con una ceja levantada.

—¿Qué? —le pregunté incómoda.

—Tenías razón, ¿sabes?

—¿Sobre qué?

Sus ojos se pasearon desde mis extremidades acuáticas hasta mis ojos otra vez.

—Apenas vi nada aquel día.

Supe al instante que se refería al momento pillada en la ducha de mi primer día en el pueblo. Me sonrojé y me cabreé, todo al mismo tiempo. Me pareció que la ira salía por cada poro de

mi piel y el agua a mi alrededor comenzaba a bullir.

—Ah, genial, faltaban las burbujas — celebró Burke y cerró los ojos un momento para sumergirse hasta dejar solo la cabeza fuera.

Bajé la vista y descubrí que habían activado el modo jacuzzi. Así que no era mi furia asesina la que estaba haciendo hervir la piscina, vaya chasco.

—¿Dónde está Pol? —pregunté, cayendo de pronto en su ausencia.

—Se quedó más rato en la tienda, imagino que no tardará en... —Se interrumpió y miró por encima de mi cabeza—. Mira, ahí viene.

«Y cómo viene», pensé yo.

—Hola, chicos, ya estoy aquí.

Ni siquiera respondí a su saludo, solo podía fijarme en su bañador de braguita de color amarillo.

—Bonito bañador —comentó Burke.

—Gracias —repuso él súper satisfecho. Por lo visto, fui la única que se percató del sarcasmo de Burke—. ¿A ti qué te parece, Raquel?

Los ojos de Burke puestos sobre mí, esperando una respuesta con ganas de echarse a reír; los de Pol, muy abiertos y entusiasmados, convencidos de que iba a felicitarlo por su enorme acierto.

—Sí, es... muy... amarillo. —¿Qué mierda de respuesta era esa?—. ¿No había nada menos... llamativo?

—¿Que me quedara así de bien? No —se apresuró en aclarar Pol, un poco

molesto.

—Bueno, ni falta que hacía, porque ese resalta tus... ojos.

Burke me miró con cara de estar pensando «¿sus ojos? ¿En serio? ¿Eso es lo que resalta ese bañador?». Vale, joder, lo que le resaltaban eran sus pelotas, pero ¿acaso podía decirle algo así? Lo único que podía hacer era intentar no bajar la vista.

—Gracias —aceptó de buen grado Pol, quien deseaba tanto recibir halagos que no parecía querer captar nada más allá de la literalidad—. Pues déjame decirte que tú tienes una piel fantástica.

—Algo pálida para una chica del Mediterráneo, ¿no? —intervino Burke.

Le lancé una mirada airada.

—No sé lo que habrás oído por ahí, granjero, pero no todas las españolas somos como Penélope Cruz. —¿Por qué no paraba de mover las manos? Eso me hacía parecer más nerviosa, como si de verdad me importara lo que él creyera (y no era así)—. Así que, si no te gusta, no mires.

—¿Y quién ha dicho que no me guste? Ah. Vaya. Silencio incómodo, rubor otra vez y la mirada de Pol escrutándonos a ambos.

—Y ahí lo tienes —me dijo el cocinero y me guiñó un ojo.

Burke y yo nos quedamos mirándonos en silencio y, a pesar de que seguía cabreada y esperaba que él lo notara, me pareció que no resulté tan convincente

como había querido. Entonces pensé en que no hacíamos más que darle a Pol material de sobra para sus muy probables chivatazos a Andre. ¿Eso era bueno o malo? ¿Darle celos? ¿Cabrearle? ¿Me seguía importando tanto como antes acaso?

Decidimos que había llegado el momento de movernos un poco por el lugar, de disfrutar de esas piscinas, de los chorros en la espalda, las burbujas y todo lo demás. Durante un rato, traté de ignorar la incansable charla de Pol para sumergirme en un mundo blanco y puro impregnado de paz, relax y agua caliente.

—Qué raro se me hace todavía verte sin una arruga.

Abrí los ojos de golpe y taladré a Burke con ellos.

—¿Cómo dices?

Sacudió la cabeza.

—Arruga de expresión, quería decir. Ya sabes, las que te salen cada vez que te cabreas y...

—Lo estás arreglando.

Chasqueó la lengua y se pasó las manos por el pelo húmedo.

—Dios, a veces no se puede hablar contigo. ¡Qué ingenuo he sido! Siempre estás a la defensiva, un *spa* no iba a cambiar eso.

—No si ese *spa* no te cambia a ti primero, gilipollas —le solté a bocajarro y le dejé bajo su puñetera cascada, pero comenzó a seguirme,

como si nadara de pie, apartando el agua con las manos.

—Joder, princesa, ¿tanto te cabreo?

—O más —repuse, todavía de espaldas, luchando por alejarme de él lo más rápido que me permitía el agua.

—Vale, estate quieta un momento —ordenó y me agarró del codo—. Escúchame, ¿vale? No digo las cosas que digo para molestarte.

Alcé una ceja.

—Bueno, no todo el tiempo —se excusó—. Hace un momento, no pretendía sugerir que tienes arrugas, solo celebraba verte tan tranquila. Creo que ya te tocaba.

Entorné los ojos, tratando de averiguar alguna intención oculta.

—¿A qué viene esta amabilidad repentina?

—A que estoy harto de que no me tomes en serio.

Irónicamente, lo dijo más serio que nunca, como si de verdad le doliera que no le creyera la mayor parte del tiempo. Pero... ¿Cómo iba a confiar en alguien tan... tan...? ¿Qué era Burke, a ver?

Acercó su cuerpo de leñador sexy un poco más sin dejar de mirarme, como si la cercanía de ese contacto visual pudiera tener un efecto más convincente. Sus pectorales de pelo recortado también me estaban mirando, pero yo tuve que volver a fijarme en sus ojos porque no podía atenderlos a todos a la vez.

Se quedó parado a pocos centímetros de mí.

—¿Pretendes intimidarme? — pregunté—. Porque no lo consigues.

Bueno, un poco sí lo estaba consiguiendo, pero no pensaba reconocerlo. Yo era la que estaba acostumbrada a intimidar a los demás. ¡Yo! Unos cuantos musculitos puestos de forma condenadamente atractiva en un ser de cabeza hueca y mirada penetrante no iban a cambiar eso. No debían cambiarlo, maldita sea.

Se inclinó y acercó su cara a la mía.

—¿Estás segura?

Un segundo. Dos segundos. Tres segundos.

—¡Corta el rollo! —Le salpiqué a la

cara y me aparté.

Él soltó una carcajada y tiró de mí.

—Anda, vamos a ver lo de fuera.

Lo seguí con la duda en la mente de si en algún momento de los últimos minutos había hablado realmente en serio.

Por el camino, se nos unieron los demás. Nos metimos hasta el cuello en el agua y nadamos hacia el exterior, donde la fría brisa invernal nos azotó en la cara de golpe, haciendo que agradeciéramos todavía más lo caliente que estaba el agua.

Era genial. La gente con abrigo y gorros y nosotros casi en pelota picada en la piscina.

—¡Fijaos! —dijo Alicia, señalando

al horizonte—. Esas montañas están nevadas.

—Qué maravilla —opinó Pol, mirando hacia otra parte.

—¿El qué? ¿Qué pasa? —quiso saber Adam.

—El Dios Thor debe de estar muy estresado, porque ha bajado a la Tierra para darse un baño relajante.

Fue fácil localizar a ese dios del que Pol hablaba, pues era el único tío rubio de dos metros que se había atrevido a sacar del agua algo más que el cuello.

—Madre mía... —soltó Alicia, como embobada.

Adam la miró con el ceño fruncido.

—¿Te gusta ese tío?

Alicia se encogió de hombros.

—¿Y a quién no?

—A mí —repuso Adam de mala gana.

Alicia se rio ante lo que creía era un chiste, pero Adam no parecía estar para muchas bromas.

—Pues mejor —continuó ella—, porque así no tendremos que pelearnos.

En serio, Adam se estaba cabreando. Qué mono.

—Me pregunto cómo será el martillo de Thor... —susurró alguien a nuestra derecha.

Pol seguía embelesado, observando a su dios con cara de idiota (y de pervertido).

—¿De dónde os habéis sacado que tiene un martillo? Y de todas formas, ¿a quién le importa cómo sea? Un martillo,

¡vaya cosa! Yo también tengo uno y nadie me pregunta cómo... —Adam se calló de golpe. Por fin se había dado cuenta de que el martillo en cuestión no era de los que él solía guardar en su caja de herramientas.

Qué raro, teniendo en cuenta que era un tío. Y todo el mundo sabe que los tíos caen en esas cosas, de hecho, gran parte de su vocabulario consiste en metáforas de ese tipo. Otra muestra más de lo ingenuo e infantil que podía llegar a ser Adam a veces.

—Ay, colega... —Burke le dio una colleja.

—Estáis todos enfermos —nos acusó él, con las mejillas rojas.

—Solo era una broma —se defendió

Alicia—. ¿Por qué te pones así?

Otra ingenua.

—Porque era una broma estúpida.

Burke y yo intercambiamos miradas y pusimos los ojos en blanco a la vez.

—Habla por ti, bonita, yo hablaba completamente en serio —dijo Pol, que parecía no haberse enterado de nada.

—Bueno, se acabó, creo que es hora de que vayamos a las piscinas de agua fría —sugirió Burke—. Me parece que las cosas se han caldeado por aquí más de la cuenta.

—Creo que yo me quedo aquí con Thor —dije yo. No me seducía la idea de meter el culo en agua helada.

—Vaya, vaya... Si se ha escapado una gallina de la granja y no nos

habíamos dado cuenta —soltó él.

—Oye, Burke, no tengo cinco años para...

Codos recogidos, movimientos arriba y abajo, ruiditos con la boca. Los gilipollas de Burke y Adam comenzaron a imitar a unas gallinas, tratando de provocarme.

—Por favor, nos está mirando todo el mundo.

En realidad, solo había dos o tres personas en ese momento allí fuera, pero sí que nos estaban mirando. Incluido Thor.

Más gallinas.

—Raquel, por Dios, ven con nosotros y haz que se callen —pidió Pol, abochornado, lanzando miradas de

disculpa hacia su amado dios nórdico.

—¡Está bien! ¡Cerrad el pico, par de idiotas!

Satisfechas, las dos gallinas bajaron las alas y tiraron cada uno de uno de mis brazos para arrastrarme hasta la dichosa piscina helada.

Aquella sala era más íntima, más pequeña, aunque también tenía ventanas. Había un circuito de piscinas, chorros, burbujas y más chorros.

—Lo suyo es meterse en la fría primero, aguantar un momento y luego ir a la caliente —dijo Burke.

—Ya sé cómo va eso, no es mi primer *spa* —espeté yo con brusquedad.

Se dio una palmada en la frente.

—¡Es verdad! Es que te veo con ese

bikini y olvido que eres una princesa.

—Pues yo nunca me olvido de lo gilipollas que eres. ¿Entras o qué?

Sonrisita de suficiencia y... al agua. Debía de estar congelada a juzgar por su expresión, aunque aguantó el tipo como pudo porque, claro, era un machote. Adam saltó en bomba, salpicándonos a los demás.

—¿Qué coño haces? ¡No estás en un campamento!

Dos chicas que estaban ya dentro lo miraron con cara de malas pulgas antes de buscar la escalera para largarse.

—No se os puede sacar de casa —refunfuñó Pol.

—Venga, Poli, tu turno —lo animó Alicia, que ya había entrado.

El chef bajó un par de escalones de puntillas, retrocedió otro y, cuando ya estaba a punto de salirse del todo, Alicia y Adam lo atraparon y tiraron de él.

Profirió un gritito agudo.

—Piensa que es bueno para la circulación —le dijo Alicia.

Él asintió, aunque seguía haciendo aspavientos y siseando.

—Es verdad, es verdad... Esto es buenísimo... —repetía para autoconvencerse.

Burke se acercó al pie de la escalera y me ofreció su mano.

—¿Su Alteza?

—Prefiero bajar sola, gracias.

Él inclinó la cabeza y volvió a su

posición para observarme con cara de esperar un buen espectáculo.

En cuanto mis dedos de los pies rozaron el agua, sentí que toda la piel se me erizaba.

—Ah, joder, joder, joder, joder — repetí una y otra vez en español hasta que toqué el fondo y el agua me llegó a la cintura—. ¿Cuánto rato hay que estar aquí?

—Un par de minutos nada más —me dijo Burke, que parecía estar aguantándose las ganas de capuzarme o algo peor.

—¿Y quién está llevando la cuenta? —pregunté, alarmada—. No veo que ninguno llevéis reloj.

—Princesa, déjate lle...

—Cállate. No lo digas —lo corté—. Si me dejo llevar ahora mismo te parto la cara.

—Eso es el frío, no te lo tendré en cuenta.

Gruñí y me froté los brazos.

—Creo que ahora mismo no entraría en calor ni aunque me meara encima.

Todas las miradas se posaron sobre Adam.

—¿Qué? No he dicho que vaya a hacerlo —se defendió—. Pero si queréis un jacuzzi...

—¿De verdad podrías tirarte un pedo ahora mismo? —quiso saber Alicia, sorprendida—. Con este frío, estoy apretando tanto el culo que sería incapaz.

Los dos se rieron, amigos de nuevo.

—Qué asco —dijo Pol, alejándose de ellos.

Dejé de escucharlos y empecé a contar mentalmente los segundos. Cuando llegué a treinta, decidí que era el momento de salir del congelador y volver a sumergirme en la sopa caliente. Un minuto más y tendrían que amputarme los dedos de los pies.

A los demás les pareció una decisión de lo más acertada.

—Ahora parece que queme, ¿verdad? —comentó Pol—. Qué gusto.

Alicia y yo empezamos a hablar de lo increíble que sería montar un pequeño *spa* en el hotel. O al menos, una piscina, un jacuzzi y una sauna. Mientras tanto,

los dos obreros cuchicheaban, se reían y contaban en voz alta. Cuando comprendí lo que estaban haciendo los señalé, escandalizada.

—Sois un par de putos cerdos.

Burke levantó las manos.

—Eh, a mí no me mires, ha sido cosa de Adam.

Adam miró de reojo a Alicia y le dio un codazo a su amigo.

—¡Tío!

—¿Qué pasa? —preguntó Alicia desde su ignorancia permanente.

—Están controlando a cuántas chicas se les marcan los pezones cuando se meten en la piscina fría. —Me llevé la mano a la boca y ahogué un grito—. ¡Dios mío! ¿Eso es lo que habéis hecho

cuando hemos entrado nosotras?  
¿Comprobar que se nos ponían de punta?  
¿Incluso los de Pol?

—No, no —se apresuró a aclarar  
Burke—. A ver...

—¿Por eso queríais venir a estas  
piscinas? —preguntó Alicia, que se  
cubría los pechos con un brazo.

Los dos hombres se miraron  
acorralados.

—Por culpa de tíos como vosotros,  
las mujeres hemos perdido la esperanza  
—les solté.

—Y algunos hombres también —  
añadió Pol, que se había cruzado de  
brazos intentando taparse.

—Tampoco hay que dramatizar —  
dijo Burke—. Adam ha contado solo a

dos y...

—Tres —susurró su amigo.

—Cállate.

—Mucha historia, mucha cultura, mucho hombre de mundo... Y no eres más que otro niñoato estúpido —le espeté a Burke. Y solo a Burke.

Él abrió la boca para responder, pero acabó cerrándola. Juntó las cejas.

—Esto es absurdo —dijo al fin.

—Me largo a la sauna —anuncié.

—Y yo —dijo Alicia.

—Y yo —repitió Pol.

Así que los tres salimos de la piscina entre ofendidos y congelados (porque después de un agua a 35° C, todo nos parecía frío).

De camino, me fui dando cuenta de lo

dura que había sido. Tal vez solo había sido una chorrada. De mal gusto, sí, pero una chorrada. Ya conocíamos a Adam, y Burke solo le había reído la gracia a su amigo. Hombres...

¿Por qué me había ofendido tanto? ¿A mí qué me importaba que le miraran las tetas a nadie? Bueno, sí me importaba que me las miraran a mí, así que... Pensándolo bien... Que se jodieran.

—¿Y si comemos algo? —propuso Alicia.

—Ay, sí, el agua me da hambre.

Ambos me miraron.

—Id vosotros, luego os alcanzo.

Suelo, paredes y bancos de madera, y una chimenea enmarcada por piedras en

color crema. La sauna era un sitio silencioso, relajante y extremadamente cálido. Al abrir la puerta, fue como si metiera la cabeza directamente en el horno.

Las personas que aún tenían los ojos abiertos me sonrieron cuando me senté en una esquina solitaria con mi toalla blanca enroscada al cuerpo. El fuego lamía los pequeños troncos tras el cristal de la chimenea y, por un momento, me perdí en el movimiento ondulante de las llamas. Pronto empecé a notar que la respiración se me ralentizaba y que un pequeño latido me palpitaba en la punta de los dedos. Aquel calor sofocante era también reparador de alguna manera.

Cerré los ojos un instante y traté de no pensar en nada, como si aquella pequeña cabaña fuera un espacio en blanco atemporal en medio del caos. Escuché que la puerta volvía a abrirse, pero no me inmuté, me había sumido en una especie de trance del que aún no quería salir.

—Princesa —me susurraron al oído.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Qué haces aquí, Burke? — pregunté en voz tan baja que apenas me escuché.

—Necesito hablar contigo.

Noté la urgencia en su voz y me puse tensa.

—¿Ha pasado algo?

Él me entendió enseguida y sacudió la

cabeza.

—Están todos bien, no es eso.

Un hombre carraspeó incómodo. Una mujer cruzó una mirada conmigo y no fue precisamente amable.

—Lo que sea tendrá que esperar.

Volví a acomodarme en mi asiento, cerré los ojos y esperé a que aquel pesado se largara. Pasó casi un minuto y todavía lo sentí a mi lado, respirando.

—Esto es asfixiante —comentó.

Alguien chistó desde algún sitio tras el vaho.

—Pues lárgate —le increpé yo.

Nuestros hombros se rozaron un momento y sentí la humedad de su piel. Cuando lo miré a la cara me di cuenta de que estaba empapado de sudor. Una gota

traicionera se escapó de su cuello y bajó serpenteando a través de sus pectorales hasta perderse en el abismo su ombligo.

Aparté la vista de inmediato y miré al frente, donde un hombre con las sienes plateadas me dedicaba una sonrisa increíblemente atractiva. Se la devolví con gusto.

—Eh —dijo Burke.

Me giré otra vez con una paciencia infinita. Me miró, miró al hombre y frunció el ceño.

—¿En esto consiste una sauna? — Volvió a fijarse en el hombre y lo pilló mirándome—. ¿Qué miras?

Aquel madurito sexy perdió la sonrisa y se cruzó de brazos, como si retara a mi acompañante bocazas a seguir

preguntándole. Para entonces todas las personas de la sauna estaban despiertas, molestas e incómodas. Suspiré, cogí de la mano a Burke y tiré de él hacia afuera para sacarlo de allí, no sin antes volverme a pedir disculpas al resto por nuestro comportamiento.

Lo llevé hasta una de las barras del bar más cercano.

—¿Es que no puedes comportarte como un adulto por una vez?

—¿Yo? —se señaló el pecho—. ¿Y qué me dices del canoso pervertido? Lanzándote miraditas ridículas cuando podría ser tu padre.

—Pero no lo es.

Se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa, que ahora te va ese

rollo?

—No me va ese... rollo, solo quería relajarme un poco y alejarme de todo. Además, de todas formas, ¿a ti qué más te da?

—Pues no me da, porque antes me has hecho sentir mal a mí por una estupidez infantil y ahora te encuentro a ti tonteando como una cría de instituto.

—Pero ¿qué estás diciendo? Solo nos hemos sonreído.

—¡Ya! Te estaba taladrando con la mirada.

—¡Oh, la mirada! Por favor, ¡alerten a las autoridades! —Me puse la mano en la oreja con forma de teléfono—. ¿Policía? ¡Necesito ayuda! ¡Alguien me ha taladrado con la mirada!

—Ese lo que quería era taladrarte otra cosa.

Le di un guantazo.

—No vuelvas a hablarme así.

Burke se llevó la mano a la cara y su mirada se oscureció. Sus ojos se movieron rápidos para comprobar cuántas personas habían podido ser testigos de aquello. Solo un par, y ni siquiera nos estaban mirando.

—No tendría que haberlo hecho — admití—. Perdona.

—Creía que estabas enamorada de tu querido Andre.

Sonreí con amargura.

—Típico de ti. Te cabreas y utilizas lo que haga falta para hacerme daño, ¿eh? ¿Quieres mi enhorabuena ahora o

todavía no has acabado?

La mejilla se le estaba poniendo más roja que el resto de la cara, y ya era decir. El calor sofocante de la sauna aún estaba presente, pero yo sentía uno en mi pecho que habría podido consumirme.

Burke echó la cabeza hacia atrás, miró al techo y se pasó las manos por la cara.

—Soy un imbécil, Raquel —soltó sin más—. No sé qué me pasa contigo, pero empezamos de broma y terminamos...

—Ya. Entiendo lo que dices —dije yo, algo que sorprendió a ambos—, porque a mí también me pasa.

—Oye, yo venía a pedirte disculpas por una cosa, pero me temo que ahora ya son dos. No sé lo que me ha pasado ahí

dentro, el calor me estaba agobiando, la gente crispada, tú no querías escucharme...

—A lo mejor deberías meterte otra vez en esa agua congelada.

—A lo mejor.

—Pero, por favor, deja de contar pezones.

Se echó a reír y, cómo no, yo también. Había sido todo una puta idiotez.

—Te prometo que yo no contaba nada... No es que vaya por ahí fijándome en eso.

Alcé una ceja.

—Ya, ya... Mejor lo dejamos estar.

Nos sonreímos durante unos segundos, bajé la mirada.

—Oye, respecto a lo de Andre... —

siguió diciendo—. Perdóname, ¿vale?

—Vale.

Abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Sin más?

—Sin más. Estoy agotada y esa sauna me ha bajado la tensión.

Él sonrió agradecido y me puso el brazo sudado sobre los hombros.

—¿Puedo invitarte a un zumo por lo menos?

Pidió dos con un gesto de la mano y me indicó de forma cortés que tomara asiento en una de las tumbonas. Yo decidí tumbarme directamente y estirar las piernas.

—Buena idea —dijo él y se acomodó en la de al lado.

Una chica muy amable nos acercó los

dos zumos. Sentir el frío bajo las yemas de mis dedos me dio aún más sed de la que ya tenía. Di un trago largo y me lamí los labios.

—Qué bueno.

Burke me miró por encima de su copa.

—Entonces, princesa... ¿Seguro que me has perdonado?

Cerré los ojos y me acomodé en la tumbona.

—Casi, granjero. Pensándolo bien, aún hay algo más que puedes hacer por mí.

# Capítulo 20

¿Maquillaje? Listo. ¿Pelo? Listo.  
¿Tacones? ¡Por supuesto que listos!

Eran solo las seis de la tarde, pero por la oscuridad del cielo que se veía a través de la ventana de mi habitación parecían las diez de la noche.

—Creo que no he visto a nadie a quien le queden mejor unos pantalones de cuero —dijo Alicia a mi espalda.

La miré a través del espejo y sonreí.

—Al final esas dietas de croissants que me preparas van a servir para algo.

En bikini me había sentido tan expuesta que no me había fijado en que el hecho de que me hubiera crecido un

poco el culo no estaba tan mal.

Me estiré el cuero en los muslos para ajustarlo bien a la piel y eché un vistazo a Alicia.

—Como te vuelva a ver con sacos de patatas, te mato.

Ella soltó una risita y puso los brazos en jarras. Llevaba de nuevo el vestido que le había regalado, ese que le apretaba hasta marcarle la costura de las medias, pero parecía sentirse como si estrenara prenda otra vez.

Nota mental: «regalo de Navidad para Alicia: otro vestido dos tallas menos de lo que necesita».

—Cuidado, hombres de Baden-Baden —dijo—, agarraos que vienen curvas.

Ya... Hombres de Baden-Baden, ¡ja!

Cuidado tendría que tener otro, pero parecía que la última en enterarse era Alicia.

Nos pusimos el abrigo y bajamos las escaleras de ese hotel tan sencillo pero tan acogedor (y tan bien situado). Hacía un cuarto de hora por lo menos que los chicos nos habían tocado a la puerta para avisarnos de que nos esperaban abajo. Estaban en el vestíbulo, de espaldas a nosotras.

—¿Nos vamos? —dije al llegar hasta ellos.

Se giraron de golpe, sobresaltados. Vaya... Por un momento me quedé parada, sin saber muy bien qué decir. Burke estaba recién afeitado y a través del abrigo asomaba el cuello de una

camisa negra. Sus pantalones también eran negros, al igual que sus botas. ¿Un *l o o k total black*? Una de mis debilidades. Ups.

Adam se había peinado hacia atrás, pero se había resistido a deshacerse de la barba. Bueno, seguramente era mejor así, porque sin ella habría parecido un crío de veinte años.

Y Pol... Llevaba un tupé tan repeinado que ni un huracán podría echárselo a perder, y para aquella noche había cambiado su abrigo por uno de color *camel* hasta las rodillas.

Los tres observaron nuestro atuendo, pero Burke se quedó mirándome a los ojos con una expresión extraña, como si le asombrara verme.

—Por Dios bendito, Alicia... ¿eres tú? —inquirió Pol, completamente sorprendido—. No me lo puedo creer, estás fantástica. ¿Verdad que lo está?

Burke asintió y Adam... Adam no hacía más que mirarla como ausente. Su amigo entonces carraspeó y le dio un codazo.

—Sí, sí... Fantástica —balbuceó el chico torpemente.

—Raquel, por supuesto tú también, pero eso no es ninguna sorpresa.

—No estoy de acuerdo —dijo Burke, aunque mirándome a mí—. Hay cosas que siempre te sorprenden, da igual las veces que las veas.

—Tienes razón —coincidió Pol, quitándose un sombrero imaginario—.

Burke, por una vez has sido más caballeroso que yo.

El otro se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa fugaz antes de indicarnos el camino.

Me di cuenta de que me dolían las mejillas porque llevaba un buen rato sonriendo. Hasta que el puñetero frío me azotó de frente, despeinando mi pelo sedoso y planchado y congelándome las extremidades. Genial, tanto esfuerzo en cuidar el maquillaje y ya iba a parecer de nuevo el jodido Rudolf.

—Joder, qué frío —me quejé, frotándome los brazos.

—Tranquila, estamos cerca —dijo Burke—. En cuanto andemos un poco entraremos en calor.

—Creo que nunca entraré en calor —  
dijo Pol.

Aceleramos el paso, pero apenas noté los beneficios. Me tapé con la bufanda hasta las orejas y gruñí a través de la lana.

—Nunca debí ponerme este pantalón —gemí—. Uno de chándal habría sido más apropiado.

—¿Y yo qué? —se quejó Alicia—. No llevo prácticamente nada en las piernas.

Adam se burló de nosotros porque decía que en España no sabíamos lo que era el invierno.

—Oye, sabemos lo que es el invierno —se defendió Alicia—. Esto es otra cosa. Una quinta estación diabólica,

diseñada por el gobierno para aumentar el consumo de calefacción y ropa de abrigo.

Los dos alemanes se rieron ante lo absurdo del comentario de Alicia; yo también lo habría hecho si los músculos faciales me hubieran respondido.

Conforme nos acercábamos de nuevo al Kurhaus, el número de transeúntes se iba incrementando. Cuando por fin llegamos al mercadito, el continuo flujo de personas paseando entre puesto y puesto hacía que el frío fuera mucho más llevadero.

—Vale, creo que puedes bajarte la bufanda hasta el cuello otra vez —me dijo Burke, metiendo los dedos entre la lana y mi cara para hacerlo él mismo.

Lo detuve en el trayecto.

—De eso nada, sigo necesiéndola en la nariz.

Tenía la esperanza de que recuperara su aspecto normal, así que necesitaba que se calentara rápido.

—¿Para qué? Esto está lleno de narices rojas, princesa. ¿Qué más da?

—Ja, ja. Me parto.

—Vale, esto es una preciosidad —dijo Pol, excitado ante tantas posibilidades—. Hay que comprar cosas para decorar el hotel. ¿Aquí se celebra el nacimiento? ¿Hay Belén? No me suena que vengan los Reyes Magos, ¿no? Vale, bueno, Papá Noel tampoco está mal. Y dulces, tenemos que tener dulces para cuando...

Su voz se perdió entre la gente, y él también.

—Creo que tendríamos que haber traído una furgoneta más grande —dije yo, siguiendo con la vista la cabecita de Pol que iba botando por los pasos cortos y rápidos de sus piernas.

—Pol siempre tan intenso —se lamentó Burke y sacudió la cabeza.

—Es una forma de decirlo —dijo Alicia tras un suspiro.

Adam le tiró del brazo.

—Bueno, pues aprovechemos que está ocupado.

—¡Vamos a por algo dulce! —sugirió Alicia, y entonces fue ella la que tiró de él hasta el puesto más cercano.

Era cierto que debíamos aprovechar

ese momento de paz antes de que el huracán Pol volviera a nosotros. Porque él era como un boomerang; sabías que aunque se fuera, acabaría volviendo con más fuerza que antes.

—Tenías razón —le dije a Burke, abarcando el mercado con el brazo—. Ha valido la pena la espera.

—¿Entonces estoy perdonado del todo?

Puse morritos como si me lo pensara un momento.

—Sí, supongo que sí —acabé diciendo.

Cerró el puño y lo alzó en el aire.

—¡Bien!

Me reí y le di un empujoncito.

—Eres idiota.

Entonces él me ofreció el brazo.

—¿Y Su Alteza le haría el honor a este idiota de pasear con él?

Acepté hacerle el honor, pero al notar ese bíceps bajo el abrigo me pregunté si el honor no sería mío.

Joder, qué mal me estaba saliendo mi plan de pasar de Burke y no fijarme en sus cada vez más evidentes encantos (exteriores e interiores, y estos últimos eran los peores).

Así que envueltos en una atmósfera de cuento navideño, con puestos de maderita salpicados de luces y olores que iban desde *bratwurst* recién hechos a dulces caseros, paseamos cogidos del brazo. Y, obviamente, empecé a entrar en calor y pude bajarme la bufanda de

una puñetera vez.

—Sigues teniéndola roja —observó Burke.

Me llevé la mano a la nariz y la sentí caliente.

—Genial.

Me la cogió entre sus dedos y me dio un pellizco amistoso.

—Estás adorable. Yo te llevaría a casa.

Lo miré con la ceja levantada y él pareció percatarse de lo que acababa de decir.

—Quiero decir, si fueras un muñeco de navidad, no porque yo quiera llevarte a mi casa y... O sea, que técnicamente vamos al mismo hotel, pero no me refería a...

Le di un toquecito en el brazo.

—Relájate, te había entendido. —  
Suspiró y se rascó la oreja. Caminamos un momento más en silencio y luego añadí—: Pero ha sido divertido.

—¿Y si además de divertirnos nos alimentamos? —propuso, tratando de cambiar de tema descaradamente.

Como tenía hambre, acepté de buen grado. Hicimos un recorrido por todo el mercado y nos atiborramos de dulces navideños y castañas asadas. El olor a salchicha me venía de vez en cuando y me provocaba, pero yo me resistía.

—Si solo es por salud, la tuya, no la de los pobres cerdos en este caso, lógicamente, no entiendo cómo eres capaz de aguantar.

—Porque entiendo que solo tengo un cuerpo y quiero cuidarlo, ¿sabes? — respondí a la defensiva.

—Y solo tienes una vida. ¿Y si mañana te atropella un autobús y has estado cuidándote para nada?

—Vaya, gracias.

—Ya me entiendes.

—Mira, eso de «vive cada día como si fuera el último» no va conmigo.

—Ya.

—Y no sería un autobús.

Burke me miró con cara de no entender nada.

—¿Eh?

—Si me atropellara algo mañana, seguramente sería un tractor. O un asno.

Él sacudió la cabeza, sin detenerse en

mi pullita, y siguió.

—No, en serio, no digo que maltrates tu cuerpo ni nada de eso. Solo quiero que entiendas que de vez en cuando está bien salirse del camino recto.

—¿Y por qué estás tan empeñado en que lo entienda?

—Pues... —Se rascó el cuello, pensativo—. ¡No lo sé! Pero estoy dispuesto a conseguirlo.

Le hice un gesto con la mano.

—Pierdes el tiempo, granjero.

—Eso ya lo veremos —me retó—. ¿Apostamos algo?

—Creo que no.

—Ah, claro, apostar sería salirse del camino recto, ¿eh?

Entorné los ojos.

—Así que si hubiese aceptado tu apuesta, ¿la habrías ganado al instante?

Me miró impresionado.

—Tienes una mente retorcida, princesa. Y brillante, porque ni siquiera se me había ocurrido.

Me encogí de hombros y sonreí.

—Eso es porque no me enveneno con carne.

—Pues debes de ser la única por aquí —dijo y señaló hacia uno de los puestos.

Cuando nos acercamos al resto de nuestro grupo disfuncional, Pol lo celebró enseguida.

—Ah, bien, ya estáis aquí —comentó aliviado—. Justo a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —pregunté.

—A tiempo para ver el espectáculo —dijo Adam con orgullo.

—No, a tiempo para parar esta insensatez —lo corrigió Pol—. Por no hablar del ridículo que vais a hacernos pasar a to...

—Poli, déjalo, no hay nada que hacer —le dijo Alicia y le puso la mano libre de salchichas en el hombro.

El señor del puesto observaba divertido la escena sin dejar de ponerles salchichas delante a esos dos.

Agarré a mi amiga del codo.

—Alicia, ¿qué...?

Me miró fijamente y habló más en serio de lo que la había oído hablar nunca.

—Raquel, tú no deberías ver esto,

puede herir tu sensibilidad.

Fruncí el ceño. ¿De qué cojones hablaba? ¿Qué era «esto» exactamente?

—¿Preparados? —El vendedor se llevó la mano al reloj—. Tenéis treinta segundos. Tres, dos, ¡uno!

Lo que sucedió a continuación no era ningún espectáculo, era lo más asqueroso que había visto en mi vida: dos humanos (si se les podía llamar así) devorando una salchicha tras otra a palo seco, como churros. A Alicia ya no le cabían más en la mano, le sobresalían entre los dedos como puros gigantes y blandengues. Adam las mordía de dos en dos y no paraba ni para respirar.

—Ah, mierda... —comentó Burke—. Esto me lo va a poner muy difícil.

—¿El qué? ¿Cenar? Porque yo creo que no podré comer en un mes.

Se me empezó a revolver el estómago y un regusto a castañas me subió hasta la garganta.

—No, lo de que probaras la carne algún día.

—¿Después de esto? —dije yo—. Difícil no es la palabra. Además, de niña comía carne y te aseguro que no la echo de menos. Deja de insistir de una vez.

—Cielo santo, todo el mundo nos está mirando... —Pol se ponía la mano en la cara a modo de visera como si así no pudieran verle.

—Bienvenidos a Baden-Baden —bromeó Burke con voz grave—, la

ciudad del lujo, la sofisticación...

—Y el bochorno colectivo —terminó Pol—. ¿Es que los segundos alemanes son más largos o qué?

El vendedor revisó su muñeca.

—¡Tiempo! —exclamó, y nos miró con gesto de disculpa.

Ya, claro, lo había hecho a propósito para que los dos idiotas de la probable intoxicación cárnica siguieran dando el espectáculo. Cervezas, salchichas... ¿Es que todo los concursos tenían que ser a base de reventarse por dentro?

Alicia dio una palmada, entusiasmada. ¿Eso quería decir que había ganado?

El puñetero árbitro improvisado les ofreció un vaso de agua y comenzó a

hacer cuentas con los dedos. Después de beber, se limpiaron la boca con el dorso de la mano y respiraron con dificultad durante un buen rato.

Yo había perdido la cuenta después de la séptima salchicha de Alicia, así que no tenía ni idea de cuáles eran las cifras finales.

—Bueno, ¿y quién ha ganado? — quise saber—. Ya que estamos.

—Gana la chica por media salchicha —respondió el señor.

Alicia hizo un bailecito que no ayudó en lo de no hacer el ridículo; Adam, sin embargo, soltó varios tacos presa de la frustración. Era un concurso estúpido, pero si encima de comerte a toda una familia de cerdos hechos salchicha, no

ganabas... En fin, ¿qué sentido tenía entonces? Yo vomitaría, al menos.

—Alicia... Tu carmín... —Pol meneó la cabeza, decepcionado.

—¿Su carmín? —solté yo, bastante indignada—. ¿Y qué hay de su colesterol?

Pol le restó importancia con un gesto de la mano.

—Eso no lo ve nadie —respondió sin más.

Chasquéé la lengua y lo di por perdido.

—Bueno, yo os iba a decir que fuéramos a cenar a un sitio elegante, pero...

Burke me miró con un gesto de disculpa.

—Pero mejor vamos directamente a beber —dije yo—. Necesito una copa.

—¿Solo una? —Pol se llevó la mano al pecho de forma teatral—. Yo necesitaré unas cuantas para olvidarme de esto.

Las nueve y media de la noche y nosotros íbamos ya por la segunda ronda de chupitos.

—¿No os parece mentira que esta misma mañana estuviéramos en la granja? —pregunté—. Tengo la sensación de que llevamos aquí una semana.

—Eso es lo que tienen los días intensos, princesa —respondió Burke—. A eso se le llama aprovechar el tiempo.

Alicia y Adam habían bebido menos que el resto, pero parecían exhaustos. Esa guerra de salchichas había sido demasiado incluso para el estómago de hierro de mi amiga.

—¿Estáis bien? —pregunté—. No tenéis buena cara.

—Creo que me vuelvo al hotel —dijo ella, esforzándose por levantarse. La veía dar respingos de vez en cuando y eso solo podía significar una cosa.

—Te acompaño —le dijo Adam—. Necesito aire fresco.

—Yo iré con vosotros —se ofreció Pol mientras se ponía en pie con algo de esfuerzo. Se agarró al respaldo de una silla para estabilizarse—. Alguien tiene que vigilar que lleguéis sanos y salvos.

—Y ese eres tú —Burke no parecía muy convencido. Luego me miró a mí—. ¿Tú quieres quedarte?

—Claro que quiere —contestó Pol por mí—. Yo me llevo a estos dos. — Los agarró del brazo y tiró para levantarlos—. Vamos, niños.

Y se largaron, dejándonos allí a los dos, sentados cada uno en un banco de polipiel, separados solo por una mesa. Burke apoyó los codos en ella y sonrió.

—¿Estás borracha?

—No, ¿y tú?

—No.

—¿Y quieres estarlo? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No es mi propósito de esta noche.

—¿Es que tienes un propósito?

Se quedó mirando el contenido de su vaso y tardó en responder.

—Tal vez.

—¡Venga ya! No te hagas el interesante.

Se señaló y abrió mucho los ojos.

—¿Yo?

—Los tíos creéis que si fingís ser misteriosos seréis más atractivos, pero lo que no sabéis es que nosotras nos damos cuenta de que lo estáis fingiendo.

—¿Y por qué iba yo a querer resultarte atractivo?

Buena pregunta. Pero una mejor era: «¿por qué me resultaba atractivo YA?».

—Tiene que ver con tu ego de machito, por supuesto.

Él ladeó la cabeza y me miró con

interés.

—¿Sabes? Nada de juegos o bromas esta noche. —Alzó las manos y me enseñó las palmas—. Sin trucos. Mi propósito solo es conocerte más, ¿te parece bien?

Vaya, eso sí que me pilló por sorpresa.

—Esperaba algo más de ti, granjero.

—Pues siento desilusionarte.

—No lo haces —le aclaré—. Y me parece bien. ¿Qué quieres saber?

—Color favorito.

—El negro.

Torció el gesto.

—Técnicamente, no es un color.

—Técnicamente, me da igual.

—Vale, otra. ¿Comida favorita? —

continuó.

—La lasaña de verduras de mi madre.

—¿Hermanos?

—No.

—¿Libro favorito?

—*Orgullo y prejuicio*.

—¿En serio? ¿Ese tostón?

—¿Lo has leído?

—Pues no, pero me dormí cuando vi la peli.

—Entonces no puedes opinar —zanjé

—. ¿Algo más?

—¿Película?

—*John Q.*

Alzó mucho las cejas.

—No te veía con instinto maternal.

—Y aún no lo tengo, pero ¿qué tiene que ver?

—Aún... —repitió, ignorando mi pregunta—. Interesante...

—Vale, se acabó tu turno. Me toca.

—¿Tú quieres conocerme mejor a mí? Eso sí es una novedad.

Era mi momento de averiguar algunas cosas que aún me preguntaba, así que no pensaba desaprovechar la ocasión.

—¿Comida favorita? —empecé a decir para romper el hielo, aunque me importaba una mierda.

— E l *schnitzel* con salsa de champiñones de mi madre.

—Te preguntaría la bebida, pero no me hace falta.

Se rio, dando por sentado que estaba pensando en la cerveza.

—¿Color favorito?

—El rojo.

Vale, un par de preguntas ya eran suficientes.

—¿Y tú tienes instinto paternal? Supongo que sí.

—Sí, desde luego.

—¿Cuántos hijos te gustaría tener?

Estiró la mano y la movió a un lado y a otro.

—Dos o tres.

Le di un sorbo a mi vasito y acabé con su contenido.

—¿Y por qué número vas?

Me miró con cara rara, como si creyera que estaba de broma. Solo que no lo era, y decidí dejarlo claro con mi expresión.

—¿Hablas en serio?

—Bueno, solo era una pregunta.

—Solo una pregunta... Ya. ¿Crees que tengo algún hijo oculto o qué?

—¿Por qué iba a ser oculto?

Si era el hijito de Claudia, lo lanzaba por los aires delante de todo el mundo.

—Porque sabes que vivo solo y no llevo fotos de ningún niño en la cartera.

—Pues la verdad es que no lo sabía —admití—, pero eso no prueba nada.

—Esta conversación se está poniendo rara.

Y justo en ese momento me di cuenta de que realmente tenía un problema si mostraba tanto interés por la vida de Burke. Una cosa era hablar de hobbies o comidas favoritas y otra entrar en algo tan íntimo.

—Tienes razón, olvídalo —le pedí—. ¿Te parece si volvemos? Estoy algo cansada.

Se quedó un momento callado, parecía un poco descolocado, pero enseguida se puso en pie y cogió el abrigo.

—Sí, yo también. Demasiadas emociones en un día.

Apenas cruzamos un par de palabras durante todo el camino de vuelta, y fueron vacuas y superficiales. Hablamos del frío o de lo bonito que era esto o lo otro, incluso del ridículo concurso de comer salchichas de Adam y Alicia. Tuve la impresión de que él también suspiraba de alivio al llegar a la puerta del hotel. Parecía extraño que alguien

como Burke se quedara sin nada que decir.

Dimos las buenas noches a la recepcionista y subimos andando por las escaleras, pues nuestras habitaciones estaban en el primer piso, una frente a la otra.

—Bueno... —dijo Burke.

—Bueno... —respondí.

A eso le llamaba yo una conversación interesante.

—Supongo que hasta mañana —comentó con torpeza. ¿Qué le pasaba?

—Sí, si no me muero esta noche, ese es el plan. —Vale, ¿qué me pasaba a mí?

Cada uno con la mano en su pomo y el cuerpo medio girado, mirándonos y

esperando a... ¿A qué?

—Espero que no —se apresuró a decir—. Que descanses.

—Tú también.

Me dio la impresión de que quería decirme algo más, pero decidió que no era buen momento. Me quedé mirándole la ancha espalda mientras empujaba la puerta para entrar y...

—¡Oh, perdón! —exclamó, cerrando la puerta de golpe y llevándose la mano al pecho.

—¿Qué pasa? —pregunté

Se había dado un susto de muerte, porque respiraba con dificultad de la impresión.

—Adam no está solo.

Pues claro.

Abrí la puerta de mi habitación a toda prisa y comprobé que la cama de Alicia estaba sin deshacer.

Miré a Burke. Él me miró a mí. Y nos echamos a reír con ganas.

—¡Por fin! —celebré yo.

—Ni se han dado cuenta de que he entrado, ¿sabes?

Nos reímos un poco más hasta que se hizo de nuevo el silencio incómodo. Imagino que él también se acaba de dar cuenta de lo que implicaba que su habitación se hubiera convertido en un picadero.

—No puedo dormir ahí —me explicó, como si no resultara obvio.

—Ya.

—Así que...

—Así que... —repetí yo.

Levantó ambas manos y miró al techo.

—Oh, vamos, ¿me vas a hacer pedírtelo?

Disfruté un poco más de aquel momento antes de apiadarme de él.

—Anda, entra.

Aparté a toda prisa la ropa de la cama y la tiré a la maleta. Se suponía que un tío no debía ver el rincón de preparación de una mujer, mucho menos conocer sus secretos de belleza y esas cosas. Lancé bajo la cama de un puntapié uno de los tangas que me había probado antes de salir.

—Espera un segundo —le dije antes de despejar la cama de Alicia también.

Mis dedos se habían vuelto torpes y

las prendas se me fueron cayendo por el camino hasta el armario. Burke dejó el abrigo sobre el sillón de la esquina y esperó paciente a que yo terminara.

—¿No quieres ir al lavabo a cambiarte? Me siento observada.

—Vale, esto... Sí.

—¡Espera!

Joder, todos los potingues en el lavabo, toallas húmedas en el suelo, un secador sobre el retrete...

Volví a la habitación sin resuello.

—Vale, ya puedes.

Me dedicó una sonrisa agradecida antes de encerrarse en el lavabo y los nervios se pusieron a flor de piel. Busqué en la maleta un pijama decente. ¿Dónde coño había metido mi camisón

negro? Estaba segura de que lo había traído... ¿O no había sido así? Llevaba tiempo durmiendo con unas mayas de Alicia cómodas y calentitas, pero creía haber cogi...

—Ya estoy.

Dios. Mío.

—¿Vas a dormir... así? —Tragué saliva.

Burke había salido con un calzoncillo blanco y el torso desnudo.

—Pues sí... ¿por qué?

—No, por nada... Es solo que... ¿Para eso te metes en el lavabo a cambiarte?

—Bueno, me estaba meando y he aprovechado. Además, me lo has dicho tú.

—Porque creía que ibas a ponerte un pijama.

«Vale, Raquel, míralo a los ojos.»

—Pues este es mi pijama, princesa. Siento que no te guste.

«¿Que no me gusta?»

—No, yo... Bueno, no pasa nada. Voy a... —Señalé el lavabo.

—Por favor —me dijo, como si me diera permiso para que entrara.

Entré, pero volví a salir a buscar el camisón. Burke se había tumbado en la cama y había puesto las manos detrás de la nuca. Aún no sé cómo encontré el camisón, pero lo hice.

Me encerré en el lavabo y apoyé la espalda en la puerta y me miré al espejo.

—Sé lo que vas a decir, pero cierra

el pico —le dije a la tía del otro lado.

Me cambié a toda leche, me peiné con los dedos un poco y decidí no desmaquillarme por una vez. Escuché la tele al otro lado y salí fingiendo que él no estaba allí, estirando los brazos como si estuviera agotada, notando la seda negra del camisón pegarse a mi piel con cada paso.

—Joder —murmuró y apagó la tele.

—¿Has dicho algo?

—No, nada, que no dan una mierda en la tele.

—¿Apago la luz entonces? — pregunté.

—Vale —respondió él.

Parecía tenso ahí, tan quieto como una estatua, como si le diera miedo moverse.

Me tumbé en la cama bocarriba y giré el cuello para mirarlo por última vez.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Y apagué la luz.

Me quedé mirando al techo con los ojos como un búho, aunque apenas entraba luz por la ventana y la oscuridad lo consumía todo. Escuchaba la respiración de Burke y el latido de mi corazón, golpeándome con fuerza en los oídos.

«Por favor, que no lo esté oyendo él también.»

Pasó el tiempo. Tal vez meses, años, o incluso un siglo.

—¿Princesa?

Di un respingo y agradecí que no

pudiera verme.

—¿Mmm?

—Quiero cambiar mi respuesta.

—¿Qué respuesta?

—La de mi color favorito.

Vaya chasco. No sabía qué era lo que había esperado que me dijera, pero desde luego no era aquello. ¿A quién coño le importaba su nuevo color favorito?

—Esto... Vale — respondí—. ¿Y cuál es entonces?

Un suspiro en la cama de al lado.

—El negro. Definitivamente, el negro.

# Capítulo 21

Sasbachwalden era el pueblo más bonito de Alemania, o eso habíamos leído en algún sitio. En realidad había sido nombrado como tal una vez, pero seguía aprovechando esa publicidad atractiva que, por otra parte, no debía ir mal encaminada.

Los abetos típicos de la Selva Negra habían dejado paso a los campos de viñedos y a las enormes colinas verdes salpicadas de preciosas casitas de tejados puntiagudos con entramados de madera, repletos de flores de colores.

—Dios mío... Casi espero ver por ahí a Gepetto con un tronco bajo el

brazo —comentó Pol.

Había tanta belleza a nuestro alrededor que resultaba empalagosa. De calles bien asfaltadas y limpias y multitud de rincones pintorescos, Sasbachwalden era un pueblecito muy cuidado por sus habitantes.

Pol carraspeó ante el silencio colectivo.

—¿Se puede saber qué os pasa a todos esta mañana? ¿Es que me he perdido algo?

Nos miramos entre nosotros pero nadie dijo nada.

—Estamos cansados —dije yo, antes de que Pol hurgara más—. A veces es mejor quedarse callado si no vas a mejorar el silencio.

—Eso es una idiotez.

Me encogí de hombros. No había esperado otra cosa de Pol. Para él, que siempre tenía algo que decir, el silencio no era más que una pérdida de tiempo.

Continuamos recorriendo el pueblo a pie, pero a pesar de lo acogedor del paisaje, parecíamos todos tensos e incómodos. Pol terminó acercándose a mí, que me había rezagado y caminaba sola unos pasos por detrás.

—Venga, Raquel, dime qué pasa — me pidió en castellano.

—Ya te lo he dicho —insistí.

—No me vengas con esas —gruñó—. Burke y tú apenas os habláis, y esos dos no dejan de lanzarse miraditas y sonrisitas silenciosas. ¿Qué leches me

he perdido?

Los de delante se pararon ante un antiguo molino de agua, así que nosotros nos detuvimos también.

—No preguntes —le susurré a Pol antes de alcanzar a los otros.

Se quedó con la palabra en la boca y lo escuché murmurar algo. Estaba claro que volvería a preguntar.

Admiramos el molino, los puentecitos de madera y el riachuelo con el que nos cruzamos. La gente nos saludaba amablemente y nos indicaban cuáles eran los mejores rincones.

—¿Y si vamos a la Oficina de Turismo? —se me ocurrió preguntar—. Podríamos pedir un mapa, con tanto sendero es fácil perderse.

—Tranquila, el único mapa que necesitamos está aquí. —Burke se llevó un dedo a la frente.

—Menudo alivio.

—¿A que sí? —dijo él con una sonrisa de suficiencia, plenamente consciente de mi ironía—. No sé qué harías sin mí, princesa.

—Respirar tranquila —repuse por lo bajo.

Se inclinó hacia mi hombro.

—Lo tomaré como un cumplido —susurró antes de pasar de largo y rozarme con su codo.

Llevaba toda la mañana de los nervios, con la cabeza dando vueltas sobre el mismo tema: Burke. Después de que me confesara su nuevo color

favorito, yo le había respondido con el más absoluto silencio, incapaz de reaccionar con lógica. ¿Burke en mi habitación de hotel lanzándome indirectas? Aquello se me había ido de las manos.

Había fingido dormirme, pero en realidad seguía con los ojos abiertos cuando el dormido fue él. A la mañana siguiente, su cama (la de Alicia) estaba vacía cuando yo me desperté.

—Granjeros, carpinteros... ¿Todos ponen a qué se dedican? —preguntó Pol con curiosidad ante los carteles de madera que tenían la mayoría de las casas—. ¿No hay unas páginas amarillas o algo así?

—Publicidad integrada en la

decoración, Poli —dijo Alicia por fin—. Es mucho más sutil y estético, menos agresivo. Es como si solamente informaran.

—Ah, ¿pero saben que existe Internet, no? Bueno, sí, qué tontería. Si alguien como Adam va por ahí con Youtube en el bolsillo.

—¡Eh! —se quejó el aludido—. ¿Qué insinúas?

—Vale, por fin te hago hablar —celebró Pol—. Estaba empezando a echar de menos tus constantes molestias.

Los demás nos reímos y, gracias a esa pequeña broma, el ambiente pareció relajarse.

—Bueno, ¿a alguien le apetece tomar algo? —propuse—. Tanto viñedo me

está dando sed.

—Me alegro de que saques el tema — dijo Burke— porque hay una bodega familiar en la parte alta de los viñedos con dispensadores de bebida. ¿Os apetece probar la Alde Gott?

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Pol.

—La uva típica de esta región.

—Viñedos por doquier, uvas típicas, caldos de la tierra... Se nota que estamos pegados a Francia, ¿eh?

Burke sonrió.

—Ya ves que por aquí no solo nos interesa la cerveza —dijo, aunque mirándome a mí con una clara intención.

—Yo nunca he creído eso —me defendí—. También os interesan las

salchichas y las vacas.

Burke esbozó una sonrisa forzada.

—Guárdate algo para cuando me haya tomado al menos un par de vasos de vino y tus bromas puedan hacerme algo de gracia.

—Hecho —acepté.

De camino a nuestro amado alcohol, nos topamos con unas enormes tinajas de vino.

—¿Es ahí? —preguntó Pol—. ¿Una bodega con solo un par de barriles?

—Barriles gigantes —puntualizó Alicia.

Y entonces, en lugar de vino, de uno de los barriles salió una persona. Nos quedamos todos con cara de idiotas.

Parpadeé varias veces y miré al resto.

—¿Qué cojones...?

—Ah, había oído hablar de esto — dijo Burke—. Son barriles habilitados como habitaciones.

—¿Barriles habilita...? ¿Qué disparate es ese?

—Vamos, Poli, ¿no te parece genial? —observó Alicia—. ¡Barriles con cama!

—Sería más genial si tuvieran vino —añadió Adam, ladeando la cabeza mientras escudriñaba esa visión tan surrealista que teníamos delante—. ¿Podemos seguir?

—Dios. No sé cómo puedes tener tantas ganas de alcohol después de la que pillaste anoche —se extrañó Pol.

Adam lanzó una miradita rápida a

Alicia, que apartó la vista enseguida. Burke y yo nos sonreímos con complicidad.

—Sé que os pasa algo y pienso averiguarlo —amenazó Pol.

Burke dio una palmada y se frotó las manos.

—¡En marcha!

La ignorancia era algo que a Pol no le gustaba encajar. ¿Por qué iba a gustarle? Si él odiaba el silencio y, en cambio, le encantaba escuchar.

Cuando llegamos a la fuente de licores que nos había prometido Burke, apenas pude creer lo que veía. Había una especie de nevera grande con la puerta abierta. En su interior, varias botellas enormes de licor boca abajo, a

modo de dispensadores, y unos vasitos pequeños tipo chupito que, según el listado de precios que estaba expuesto allí, valían solo cincuenta céntimos.

—¿Cincuenta céntimos y podemos rellenar el vaso lo que queramos? — pregunté yo, estupefacta.

—Como en un Burger King — observó Alicia.

—No, en serio... ¿Y no hay nadie que vigile? ¿De verdad esperan que la gente meta las monedas en esa hucha de ahí y coja solo por lo que ha pagado? Si es que pagan.

—Pues la verdad es que sí, eso es justo lo que esperan —dijo Burke—. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Porque vengo de un lugar en el que

algo así sería impensable —confesé—. En España, la gente habría vaciado la hucha para comprar tabaco y habrían arrancado hasta las botellas. —Burke se echó a reír—. Hablo en serio —insistí—. Esto es increíble.

—Sí que lo es —soltó Pol, que había metido dinero en esa hucha y se había hecho con una pequeña botella de vino blanco—. Este caldo es exquisito.

Porque también había varias botellitas de vino tinto y vino blanco, con vaso incluido, por solo tres euros.

—Bueno, tengo que admitir que sí es un poco raro —admitió Burke—. ¿Alcohol gratis?

—Este pueblo es de marcianos —añadió Adam—. Pero me encanta.

Podríamos hacer algo así nosotros.

—No tendríamos vino suficiente para abastecer a nuestros queridos vecinos —argumentó Burke.

—Pero sí deberíamos tomar ejemplo de este sitio —dije yo—. Potenciar cada rinconcito y convertirlo en algo atractivo para el turista, ¿no os parece?

—A lo mejor deberías hablar con el alcalde —propuso él.

Lo miré como si hubiera tenido la mejor idea del mundo y asentí.

—Pues sí, a lo mejor.

Así que nos sentamos y probamos las distintas clases de vino, hablando de posibles propuestas para el alcalde, con una vista increíble de los viñedos de fondo. Eso sí, pagamos cada gota de

alcohol que tomamos como los modélicos y respetables turistas que éramos.

Hacia el mediodía, decidimos que ya habíamos visto suficiente de Sasbachwalden y que podíamos volver a casa.

—Me temo que no —dijo Burke con un brillo malicioso en sus ojos—. La experiencia en este pueblo todavía no ha terminado.

—¿A qué te refieres?

Se levantó, se sacudió los vaqueros y se puso las gafas de sol (y yo pensé que la luz que le bañaba el rostro le favorecía exageradamente).

—Ahora lo veréis.

—No. No, no, no —me lamenté—. Ni de coña.

—¿Por qué no? Mirar algo está bien, pero probarlo está mejor. —Burke señaló la casita con la cabeza—. ¿No querías coger ideas?

—Me sobran las ideas, gracias —respondí—. Y las granjas.

—Solo has estado en una —me recordó.

—Y es suficiente.

—Vamos, Raquel, será divertido —me dijo Alicia, la loca de las granjas—. Un hotel de este tipo es lo que nosotros queremos, ¿no?

Resoplé.

—No sé si exactamente de este tipo —comenté, arrugando la nariz.

—Bueno, la furgoneta es mía, y digo que nos quedamos una noche.

Burke cogió su bolsa de viaje del maletero y subió las escaleras de la entrada, esperando que lo siguiéramos.

—No estamos lejos de casa —dije yo—. No entiendo por qué hacemos esto.

Pol se encogió de hombros.

—Tal vez sea interesante e instructivo.

Refunfuñé un poco, pero acabé cogiendo mi maleta y siguiendo a los demás hasta la puerta de madera pintada de gris.

Una pelirroja con cara de pan y mejillas sonrojadas nos recibió en el vestíbulo.

—¡Bienvenidos al hotel Hoffmann! —

exclamó con una voz cantarina que se te clavaba en los tímpanos.

—Gracias. —Burke sonrió y le dijo que habíamos reservado tres habitaciones.

—Oh, sí, los clientes que me habéis hecho colgar el cartel de completo en la puerta —dijo con una sonrisa tan amplia que las mejillas parecieron querer meterse en sus ojos.

—Vaya... ¿En serio?

La mujer se acercó a Burke y le susurró como si fuera un secreto:

—Bueno, solo disponemos de cuatro habitaciones, y una está en reformas así que... ¡En fin! Mi nombre es Helga. —Desvió la vista y señaló—. Y ese de ahí es mi marido August.

El tal August también sonreía de forma espeluznante. Tenía el pelo castaño salpicado de canas rubias, a juego con sus dientes.

—Les ofrecería la mano, pero me temo que no es el mejor momento —dijo a la vez que las sacaba de detrás de la espalda, enfundadas en unos guantes cubiertos de sangre viscosa.

Arrugué la nariz y di un paso atrás.

—¿Ya ha dado a luz? —preguntó Helga.

—Ajá. Un ternero sano y fuerte.

La mujer dio unas palmaditas y nos miró, como si esperara a que nos uniéramos a su celebración.

—¿Enhorabuena? —dijo Pol, siguiéndole el rollo.

—¡Gracias! Pero, por favor, no se queden ahí. Les enseñaré sus habitaciones.

Me apoyé en la barandilla de madera, subí los escalones de madera y llegué a una habitación con suelo y muebles de madera. ¡Todo era de madera!

—Aquí estará prohibido fumar, ¿no?  
—bromeé.

Helga me miró sin dejar de sonreír.

—Fumar es un hábito horrible.

La contradicción entre su expresión y sus palabras me dejó descolocada por un momento.

—Ya... Yo no fumo. Lo decía por...

—Mejor —me interrumpió.

Esta mujer tenía algo que no me gustaba. ¿El típico lobo con piel de

cordero? Pues ella se había zampado a ese lobo.

Cuando por fin me quedé a solas con Alicia, cerré de un portazo con exasperación.

—Cuidado con los portazos — canturreó Helga al otro lado.

—¡Dios! ¿Qué coño le pasa a esa tía?

Alicia ya había tenido tiempo de sacar su neceser y empezar a peinarse frente al espejo que había junto al armario.

—¿Y a ti qué te pasa? —quise saber —. ¿No tienes nada que contarme?

—¿Sobre qué? —preguntó, entreteniéndose más de la cuenta en quitar los pelos de las púas.

—¡Ni siquiera puedes mirarme!

Joder, Alicia, creía que éramos amigas.

Se mordió el labio y me miró, más roja que el pelo de la psicópata de Helga.

—Vale, sí.

—¿Sí, qué?

—Ya lo sabes.

—¿Que te tiraste a Adam y a Burke le tocó dormir conmigo?

—¿Qué? —chilló.

Le hice un gesto con la mano.

—¡Chh! No grites. En la casa de Heidi no se grita. Además, ¿de qué te sorprendes? No iba a dormir en la cama de al lado mientras vosotros echabais un polvo.

—Ah, ya —contestó con la mano en el pecho—. Te referías a que no durmió

en nuestra habitación.

—Pues sí, eso he dicho.

—No, has dicho que había dormido contigo. Son dos cosas muy distintas.

Sacudí la cabeza.

—Lo que sea, no cambies de tema. ¿Qué pasa con Adam y contigo?

Me apartó la mirada.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Pues eso, que no lo sé, ¿vale? —respondió alterada—. Nos enrollamos, nos quedamos dormidos y esta mañana solo nos hemos dicho «buenos días».

—¿Y ya está?

—Me metí en el baño a toda leche hasta que he escuché que se largaba —dijo y yo puse los brazos en jarras—.

¿Qué? ¡Me moría de vergüenza!

No pude decir nada porque Pol abrió la puerta y se metió en nuestra habitación sin preguntar siquiera.

—¿Alicia se ha acostado con Adam?  
—dijo como saludo.

—¡Baja la voz! —le ordenó ella—. ¿Es que quieres que se entere todo el mundo?

—Ya lo sabe todo el mundo, cariño —le recordé con amabilidad.

—Pero no quiero que nos oigan hablando de ello, ¿vale? —Suspiró y se dirigió a la puerta—. No me agobiéis.

Se largó, Pol me miró con cara de «madre mía, qué fuerte, qué fuerte» y yo me llevé el dedo a los labios para que no se le ocurriera abrir el pico.

August fue el encargado de enseñarnos el resto de la granja. En realidad, era una granja familiar a la que le sobraban habitaciones, por lo que hacía unos años habían decidido alquilarlas a modo de hotelito rural con encanto para sacar unos ingresos extras.

En el piso de arriba, cuatro habitaciones para los huéspedes y un cuarto de baño. En el de abajo, los dormitorios de la familia, un pequeño comedor, un lavabo y la cocina. Y todo estaba lleno de flores, reales y estampadas.

—¿Os apetecería ver a los animales? A muchos de nuestros visitantes les encantan.

La cara de Alicia se iluminó. ¿Por qué no habría estudiado para veterinaria?

—¡Por supuesto!

Salimos por la puerta de atrás hacia el corral. Pol se quedó con Heidi para que le enseñara no sé qué receta. Yo me habría quedado también, pero prefería la peste de los animales a la sonrisa escalofriante de Helga. Esa zorra no era de fiar.

La imagen me resultó familiar: gallinas correteando, algunos cerdos comiendo, patos yendo de un lado para otro como atontados, cabras pastando y un par de vacas dentro de un pequeño establo. Alicia se puso a acariciar el culo de un cerdo y Adam cogió algo de

pienso y preguntó a August si podía alimentar a los pollitos.

El señor Hoffmann asintió, entusiasmado por su interés.

—¿Qué os parecen mis preciosidades? —se dirigió a Burke y a mí, orgulloso de sus vacas.

Una de ellas lamía a su recién nacido con una lengua grande, morada y de aspecto áspero; la otra estaba preparada para que la ordeñaran.

—Dos ejemplares magníficos, señor Hoffmann —lo alabó Burke.

—¿Alguno quiere probar? —ofreció el hombre, señalando el taburete—. ¿Señorita?

La señorita no quería probar, desde luego.

—Oh, no, no... No sabría cómo empezar. Creo que a Burke se le dan mejor las ubres.

Burke me miró con la ceja alzada. Le hice un gesto con la mano.

—Ya me has entendido.

—Pues yo creo que deberías intentarlo tú, Raquel. Tienes que ir practicando.

Lo fulminé con la mirada.

—Burke, querido, no digas tonterías —mascullé entre dientes.

—¿Tonterías? —Se giró hacia August—. ¿Sabe que ella también va a dirigir una granja próximamente?

El hombre me miró sorprendido y claramente confundido por mis pintas de «granjera». Sin embargo, se recompuso

de inmediato y se estiró la camisa vaquera, cuadrando los hombros.

—¡No se hable más! Señorita, yo te enseñaré a ordeñar una vaca como es debido.

—Pero...

—Venga, princesa, no te tengo por una mujer cobarde —me susurró el traidor al oído mientras me daba un empujoncito hacia delante.

Así que me senté en el puto taburete, con las piernas un poco separadas, me arremangué la camisa y eché el cuello un poco hacia atrás. La vaca estaba de espaldas a mí y tenía las tetas más grandes que Pamela Anderson.

—Esta me la pagas —siseé entre dientes.

—No te preocupes, bonita, Flora está atada y yo la sujetaré para que no se te mueva mucho.

—Vale, Flora, ya lo has oído —le dije a la vaca—. Pórtate bien.

Tuve que lavar y secar con cuidado las tetas de Flora antes de que los dos hombres comenzaran a bombardearme con sus indicaciones y consejos.

—Toma, aplica un poco de vaselina.

Eso empezaba a ponerse asqueroso.

—Rodea dos de las ubres en diagonal y extiende el pulgar —dijo August—. Aprieta la base suavemente.

—Exprime hacia abajo —metió baza Burke—, pero mantén la mano en la parte superior para que la leche no vuelva.

—No sacudas.

—Ni tires.

—Aprieta los dedos desde el medio hasta el meñique como en una secuencia.

—Sin forzar.

—Cuando acabes con esa mano, haz lo mismo con la otra.

Solté las tetas de golpe. Estaba mareada ante tanta información.

—Vale, creo que ya lo he entendido.

—Está bien —cedió el señor Hoffmann—, vamos a ver cómo se las apaña sola.

Apretar, exprimir, recoger. No podía ser tan difícil.

—Raquel —dijo Burke.

—¿Y ahora qué? —bramé yo, indignada.

Me ofreció un cubo de metal.

—Necesitarás esto.

Lo cogí de mala gana y me lo puse entre las rodillas.

—¿Qué te parece? —August se dio una palmada en la pierna—. ¡Como una profesional!

Olía mal, tenía calor y además me sentía observada. Por no hablar de que una vaca enorme no paraba de quejarse de mis tironcitos.

—Más suave... —susurró Burke.

—Cállate —le dije sin voz, solo moviendo los labios.

Una gota de sudor me hizo cosquillas al caerme por la frente. El tiempo pareció detenerse, el viento ya no soplabá. Mis manos escurridizas seguían

apretando. Y entonces lo vi. Un chorrillo blanco salió de la ubre derecha y, a continuación, otro de la izquierda.

—¡Sí! ¡Toma! —celebré, con demasiado entusiasmo.

Tanto que Flora decidió que ya se había hartado y me arreó una coz antes de girarse. Caí hacia atrás, vi un borrón delante de mí haciéndose con el cubo y sentí unos brazos que me sujetaban por la espalda, casi cuando estaba a punto de tocar el suelo.

Tumbada como estaba, miré hacia arriba y me encontré con la cabeza de Burke justo encima de la mía. Tenía los ojos muy abiertos por el susto, igual que yo.

—¿Estás bien?

No tuve tiempo de contestar porque otra cabeza apareció en mi campo de visión. Una cabeza que iba pegada a un cuerpo cuyos brazos agitaban un cubo metálico delante de mis narices.

—Un pequeño triunfo, señorita.

# Capítulo 22

Absorta como estaba por ese pequeño triunfo por el que me había felicitado el señor Hoffmann, me senté a la mesa sin reparar en la cantidad de sillas que había ocupadas.

Hasta que me topé cara a cara con un chaval de unos dieciséis años y un intento de perilla a lo chivo, cuya pelambreira rubia le caía alrededor de un rostro pálido, huesudo y lleno de granos.

—Hola —musité, incómoda por su mirada penetrante.

—Oh, este es mi hijo Chris —explicó Helga mientras colocaba los platos—. Y esa de ahí es Ruth, la pequeña.

Una niña pelirroja con la nariz llena de pecas y una sonrisa mellada nos saludaba efusivamente desde el otro lado de la mesa, haciendo que sus dos trencitas se movieran de un lado a otro.

Un perro inquieto y baboso apareció de repente y comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa como el animal idiota que era.

—Nosotros somos Pol, Alicia, Adam, Burke y Raquel —señaló Pol a cada uno.

Sonreí a los dos críos, pero la mirada espeluznante del chaval me hizo apartar la cara. Ya sabíamos a quién había salido cada uno, ¿eh?

—Bueno, espero que os guste mi pollo en salsa —comentó Helga.

Mierda.

—Esto... —Alcé un dedo—. Yo no como carne.

Helga, su sonrisa cínica y el cucharón en una mano.

—Ah, sí, eso he oído —comentó. Yo miré a Pol y él puso cara de disculpa—. Pero solo es pollo.

—El pollo es carne, señora Hoffmann —le expliqué. ¿De verdad tenía que seguir con aquello?

—Tu amigo me ha dicho que no quieres intoxicar tu cuerpo, pero este pollo es de nuestro corral. ¿Y no creerás que alimentamos con porquería a nuestros animales, verdad?

Miré a mis compañeros, que me observaban con cara de circunstancias.

Vale, esta tía estaba loca, pero no me iba a obligar a comerme su puto pollo, por muy bien criado que estuviera.

—No, claro que no, Helga. Es solo que...

—Señora Hoffmann —me corrigió.

Ups.

—Señora Hoffmann —repetí—, ya imagino lo bien alimentados y cuidados que estarán sus pollos...

—¿Lo ves, Pol? —me interrumpió—. Ya te dije que ella no querría hacerme un feo en mi propia casa. Así que, ¡todo solucionado!

No. Para nada.

—Señora Hoffmann —continuó Burke —, me parece que lo que Raquel intenta decir es que...

Le apreté el muslo por debajo de la mesa para que parara.

—Lo que intento decir es que agradezco su esfuerzo, señora —Aun no me creo que yo dijera eso.

Ella sonrió hasta el infinito y más allá y me plantó el muslo más grande de toda la olla a traición. Se esmeró en bañarlo con su salsa y me dedicó un «que aproveche» con recochineo.

Pinché un par de hojas de ensalada mientras intentaba pensar cómo salir de aquella pesadilla. Todos empezaron a probar el pollo. Todos menos la señora Hoffmann, que esperaba paciente a que le dieran su aprobación para empezar con su porción.

Conforme se acercaba mi turno,

empecé a ponerme de los nervios. Se acabó, iba a fingir que me desmayaba o que me bajaba la regla, ¡lo que fuera!

—Señora Hoffmann —dijo Burke de repente—, ¿tendría por ahí un poco más de este delicioso pan de calabaza?

Ella sonrió, soltó un «por supuesto» y se marchó a la cocina.

Burke le hizo un gesto con la cabeza a Pol, que dio un respingo y se puso a hablar con el señor Hoffmann. La mano de Burke se metió en mi plato, agarró el muslo de pollo entero, lo despedazó torpe y rápidamente y metió los pedazos de carne en una servilleta que puso bajo la mesa. Lo miré atónita y, al levantar el mantel, descubrí a un bulto peludo meneando la cola porque estaba a punto

de comer pollo de corral bien alimentado.

Pol entretenía al señor Hoffmannn mientras Adam y Alicia se encargaban de los niños. Con la pequeña Ruth parecía funcionar, pero el otro bicho raro no me quitaba los ojos de encima. No sé si se dio cuenta de la treta de Burke, pero esperaba que, por su bien, no abriera la boca

Escuché a Helga canturrear mientras cruzaba el pasillo de vuelta a la mesa. Entonces Burke, en una última maniobra, removi6 la salsa con la punta de la servilleta y me la restreg6 por la boca.

—¿Qué coño haces?

—Tú calla y di que te ha encantado.

La señora de la casa llegó a tiempo

de verme limpiarme con la servilleta. Me miró con los ojos como platos.

—Me ha encantado —le dije, repitiendo el guion—. Tenía usted razón, señora Hoffmann. Unos pollos como Dios manda.

—¿Te lo has acabado ya?

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —se extrañó August—. ¡Sí que tenías hambre, señorita!

Sonreí amablemente y tosí para ahogar los rugidos de mi estómago hambriento.

—¿A qué esperáis los demás? —apremió Helga—. Será mejor que sigáis el ejemplo de Raquel si queréis probar el postre.

Miré al niño un segundo y le guiñé un

ojo con todo mi encanto, esperando que no me delatara. El chaval sonrió, se sonrojó y agachó la cabeza.

—Eh, pervertida —susurró Burke—. De nada.

Sonreí pero continué mirando la servilleta entre mis dedos.

—Ya, gracias por eso.

El postre no era otra cosa que un pastel de manzana recién sacado del horno. Repetí, lógicamente, y me habría comido las porciones de todos y cada uno de los comensales. Al terminar, la señora Hoffmann fue a preparar café, Adam se puso a hablar con Chris, y Alicia y Pol escucharon atentamente la tradición granjera que había en la familia de August.

—¿Y no tendrá algún pariente al que le encanten las fotografías, verdad? —preguntó Pol.

El hombre lo miró como si acabara de hablarle en catalán.

Alicia le dio un codazo a Pol.

—¿Qué? Podría ser, ¿no?

Continuaron con la cháchara, y yo los habría seguido escuchando de no ser porque una manita diminuta me tiro del borde del jersey.

—¿Quieres ver mis muñecas?

Miré a la cría que me observaba con unos ojos enormes y esperanzados. Y luego miré a Burke.

—Sus muñecas —me repitió él, señalando hacia abajo con la cabeza para que le dijera algo.

—Pues... Sí, claro. Me encantan las muñecas.

Dejé que me agarrara la mano y tirara de mí. Me puse nerviosa. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Nunca trataba con niños. Jamás.

—Tú también puedes venir, si quieres —le dijo a Burke.

Él le sonrió. Una de esas sonrisas afables, transparentes, libres de cualquier tipo de malicia o broma. Las sonrisas dedicadas a los niños, supuse.

—Creía que nunca me lo propondrías. —Se puso en pie—. Será un placer ver tus muñecas.

Nos cogió con una mano a cada uno, atravesamos el pasillo y doblamos una esquina hasta una puerta de madera con

el nombre de Ruth escrito en color rosa.

—Es aquí —avisó.

—Ya. Sé leer —le dije con tranquilidad.

Burke me dio un leve codazo, un pequeño toque de atención, imagino. Pero yo lo había dicho sin malicia, de verdad, solo como algo objetivo.

La habitación de Ruth era una auténtica preciosidad: una cama en el centro, rodeada por un dosel blanco y con un cabecero de madera tallada. Juguetes, muñecas, cojines de colores, dibujos pegados con celo en las paredes.

—Menuda habitación, ¿eh, princesa?  
—me dijo Burke.

Ruth me miró con la cabeza ladeada.

—¿Eres una princesa?

—Pues...

—Claro que lo es —se adelantó él—.

Y, por lo que veo aquí, tú también, ¿no?

La niña se encogió de hombros.

—A veces. Pero me gusta más ser un hada.

Sacó del armario unas finas alitas de tela cosidas a un par de asas que se metió por los brazos, a modo de mochila.

—¡Guau! ¿Y qué poderes tienes?

Miré a Burke con cara de no entender su juego. ¿De dónde sacaba ese entusiasmo?

—Puedo lanzar hechizos y volar.

Fruncí el ceño.

—Supongo que sabes que no puedes

volar de verdad, ¿no? —pregunté.

—Raquel...

—Oye, solo digo que tiene que ser consciente de que si, por ejemplo, salta desde esa ventana...

—Yo vuelo solo cuando duermo —explicó Ruth—. En sueños.

Suspiré aliviada.

—Cielo, eso está mucho mejor.

Me enseñó el hueco de su dentadura en una enorme sonrisa.

—Oye, ¿y no tienes unas alas para mí? —preguntó Burke.

Ella arrugó el entrecejo.

—Eres demasiado grande. —

Entonces pareció como si se esforzara mucho en pensar—. ¡Espera! ¡Ya lo tengo!

Se abalanzó sobre la cama y apartó la colcha para anudársela al cuello a Burke.

—Tú serás un caballero.

—Creía que habíamos venido a ver tus muñecas —dije yo, temiendo ser la siguiente.

—Vamos, Raquel, esto es mucho más divertido —replicó él, que de verdad parecía estar pasándose en grande. No tenía ni idea de si era por la niña o por mi cara de «no sé qué cojones hago aquí».

Entonces Ruth se acercó a un baúl de mimbre que había junto a la cama y sacó una corona.

—Tú llevarás esto —anunció, y me la puso en la cabeza como si fuera un

nombramiento.

Me la coloqué para que no se me cayera. Burke se echó a reír.

—¿Qué me dices ahora, eh? —bromeó—. Yo tenía razón desde el principio, Alteza.

—Eh, ¿dónde estabas? —preguntó Pol.

—En un mundo de princesas, hadas y caballeros con capas de franela. —Me miraron como si me hubiera vuelto loca y les hice un gesto para que lo ignoraran—. Olvidadlo. ¿Qué hacéis aquí?

—Contemplando el paisaje —respondió Alicia.

—Y huyendo de esa mujer —añadió Pol y señaló hacia la casa.

Sonreí y me senté junto a ellos en las escaleras.

—¿Y Burke?

—Ha ido con Adam y el señor Hoffmann a hacer no sé qué —dije.

La piedra estaba helada bajo mi culo, pero me sentó bien. Pol me golpeó suavemente con el hombro.

—Te ha echado un buen cable en la comida, ¿eh?

Asentí.

—Es verdad. —Se me quedaron mirando con una sonrisa de idiotas en sus caras—. ¿Qué pasa?

Sacudieron la cabeza a la vez. Yo fruncí el ceño.

—No, nada.

—Alicia, ¿sabemos algo nuevo...? —

le pregunté a mi amiga.

Ella se sonrojó y habló con el cuello de su suéter.

—No, y dejad de preguntarme.

Pol me miró y se encogió de hombros, como si me advirtiera de que ya lo había hecho él sin ningún resultado.

Durante un rato, los tres nos quedamos mirando el horizonte anaranjado y la luz dorada que iba bañando los viñedos, en un silencio que solo interrumpía el viento.

—¿Pensáis mucho en Barcelona? — pregunté con la mirada perdida.

—Solía hacerlo —confesó Pol—, pero ahora...

Asentí.

—Ya.

A mí me había pasado igual. Al principio, había añorado mi ciudad cada minuto de cada día. Ahora, aunque tenía ganas de volver a verla, ya no la echaba tanto en falta.

—Pues yo creo que podría quedarme a vivir aquí —dijo Alicia—. Me gusta Barcelona, pero soy más feliz aquí de lo que lo era allí.

—Tengo una ligera idea de por qué.  
—La miré con picardía.

Ella negó con la cabeza.

—No es por eso, de verdad. Es... —  
Señaló hacia ninguna parte en particular  
— por esto.

Aquello era un remanso de paz, algo bonito, puro, sano. Habría sido genial ya si la WiFi no fuera una puta mierda.

—Sí, pero no me negarás que cierto albañil influye positivamente —insistió Pol.

—Pol...

—Vale, vale, me callo.

Me recosté y apoyé los codos en el escalón de arriba.

—La semana que viene nos tenemos que poner las pilas, chicos. Andre querrá saber que al hotel le falta poco.

Me sentí rara al decir su nombre, como vacía. Si hubiera dicho «silla» o «jirafa», me habría sonado igual.

—Uy, sí, mi primo estará sin dormir por la preocupación.

Pol miró a Alicia.

—Es verdad, siempre olvido que eres una Holbein. He estado tan ocupado

estas dos últimas semanas que ni siquiera he tenido tiempo de... Ya sabes.

—¿Cotillear? —me aventuré.

—De preguntar —aclaró él molesto—. De interesarme por la vida de mi nueva amiga Alicia.

Las cejas de ambas se enarcaron a la vez. Pol carraspeó y se entretuvo en mirarse las manos.

—Pues tu nueva amiga Alicia pasa de los Holbein y de sus hoteles de lujo —soltó ella a bocajarro.

—Sí, sé que pueden ser un poco intensos —coincidió el chef—. No os hacéis una idea de cómo estaban las cosas cuando me vine.

Fruncí el ceño. ¿De verdad no le

había preguntado por el hotel cuando llegó? Habría jurado que...

—No es que me importe demasiado —confesó Alicia.

—Dejé el ambiente revuelto —continuó Pol, ignorándola—. Tu primo estaba histérico con eso de que su novia de Madrid venía a visitar el hotel.

Fue como recibir un golpe en el centro del pecho que me dejó sin aire.

—¿Qué novia? —oí que preguntaba Alicia.

—Bueno, parece ser que nadie lo sabe, pero yo lo escuché hablar por teléfono una noche que salí más tarde. ¡Me quedé muerto! No tenía ni idea de que saliera con nadie. De hecho, todo el mundo rumoreaba que debía de tener

algo con...

Silencio. Giré la cabeza hacia ellos, que me estaban mirando.

—Conmigo —logré decir en un susurro.

Pol asintió levemente.

—Ya sabes lo que le gusta hablar a la gente.

A la gente como él, ya. Se lo habría dicho pero no me salían las palabras. ¿Novia? ¿De Madrid? De repente entendí el interés de Andre en que me fuera a Alemania con tanta urgencia, sus escasas llamadas, la voz de mujer que respondió al teléfono.

Me puse en pie.

—¿Estás bien? —me preguntó Alicia, que sabía de sobra lo que me estaba

ocurriendo. Nunca le había confirmado lo mío con su primo, pero tampoco había hecho falta.

—Necesito moverme.

—¿Te acompañamos? —se ofreció Pol.

Alicia lo cogió de la manga y negó con la cabeza. Él frunció el ceño, algo confuso, pero obedeció.

Giré a la izquierda y seguí el camino cuesta abajo, ansiosa por alejarme de todo y de todos, confusa ante lo que sentía y lo que no sentía, sabiéndome engañada, utilizada y humillada. Crucé un pequeño puente de madera, recorrí senderos, me alejé de las casas y seguí caminando.

Huyendo.



# Capítulo 23

Ese hijo de puta me la había jugado.

No dejaba de darle vueltas, igual que no dejaba de dar vueltas yo por rinconcitos pintorescos del pueblo que empezaban a parecerme iguales. Caminé a toda leche por senderos, hablando en voz alta conmigo misma, cagándome en la madre que parió a Andre y a cada maldito Holbein. Bueno, con excepción de Alicia, pero tampoco era que tuviera que dar explicaciones al aire.

—Cabrón de mierda, voy a romperte las pelotas cuando te vea —mascullé en español.

Llevaba un rato haciéndome la misma

pregunta: ¿me molestaba más que me hubiera puesto los cuernos o que me hubiera tomado por tonta? Y siempre llegaba a la misma conclusión: lo segundo. Sin embargo, volvía a preguntármelo una y otra vez para asegurarme y para tratar de encontrar una explicación razonable.

Porque, por una parte, saber que lo que más me importaba era mi orgullo herido me provocaba alivio, pero también confusión. Venía experimentando sentimientos encontrados hacia Andre en las últimas semanas hasta que, prácticamente, los había dejado aparcados. Ya no me acostaba cada noche pensando en sus manos recorriendo mi cuerpo ni en la

suavidad de sus sábanas. Ya no me dolía pensar que hacía tiempo que no escuchaba su voz.

¿Qué significaba todo aquello? Yo había planificado mi futuro muy bien, había creído tener muy claro lo que quería en la vida y a quién necesitaba en ella. Andre representaba todo lo que yo siempre había ansiado encontrar, estar a su lado me había hecho sentir importante, deseada, envidiada por todo el mundo. Ese había sido el problema, que yo me había forjado una imagen de Andre en la cabeza que no era real. Y no solo de Andre, sino de toda mi vida en general. Tenía la extraña sensación de que siempre lo había sabido, pero no había querido verlo.

Ese cambio de sentimientos y la incertidumbre que me provocaba me estaban volviendo loca. ¿Quién era yo ahora? ¿Qué era lo que quería? ¿Qué iba a hacer? El plan era venir a Alemania, poner en marcha el hotel y volver a mi perfecta vida de Barcelona cuanto antes. Pero aunque hacía tiempo que Barcelona ya no estaba en mis pensamientos, no podía echarle toda la culpa a la infidelidad de Andre.

—Vale, técnicamente, ella es la novia y tú la otra, así que le ha puesto los cuernos contigo —me dije en voz alta.

Eso era aún peor.

Por un momento, caí en la cuenta de que yo podía no ser la única y se me revolvió el estómago.

Menudo cerdo de mierda.

Y, de repente, pensé en Burke. Como polo opuesto, como contraste, como todo lo que Andre había demostrado no ser.

Qué irónica era la vida. Al llegar, los había comparado y Andre había ganado por goleada. Pero ahora... Pensé en las sonrisas de Burke, en sus bromas, en sus idioteces que me sacaban de quicio, en nuestra competición de cervezas, nuestro paseo por Baden-Baden, nuestro juego de princesas y caballeros en la habitación de Ruth...

Me di cuenta de que llevaba un rato sonriendo, pensando en ese obrero capullo que se había ido ganando mi confianza y mi afecto poco a poco.

—Mierda... —me lamenté en voz alta.

Sentir algo por un paleta al que le encantaba sacarme de mis casillas nunca había estado en mis planes. No, no, no. ¿Qué me pasaba para cambiar en unos meses a un director de hotel por un obrero de pueblo? ¿Por qué cuando realmente me sentía yo misma era con Burke? En su presencia, no tenía que fingir ni aparentar nada, no había presión de ese tipo.

Suspiré y me paré en seco, dispuesta a volver a la granja y enfrentarme a las preguntas de todos, a pesar de que no pensaba responderlas. Pero entonces me percaté de que el sol se había escondido sin darme cuenta y apenas se veía nada

bajo algunas luces salpicadas. Me había metido de pleno entre los viñedos y ahora me parecían un puto laberinto cuyas calles eran todas iguales. Caminé hacia delante, retrocedí, giré una esquina, giré otra, pero solo parecía haber uvas y más uvas. Tras más de media hora intentando salir de allí, y frustrada porque me había dejado el móvil de los cojones en la granja, empecé a ponerme muy, muy nerviosa.

Vale, no podía pasarme nada malo en ese pueblo, ¿no? Allí la gente era buena, no robaba alcohol, ni casas sin vallar. Era gente de fiar. Aun así, ¿qué iba a hacer? ¿Gritar pidiendo ayuda?

—¡Me cago en la puta!

Un crujido de hojas a mi espalda, las

sombras de los árboles cerniéndose sobre mí, el frío de la noche comenzando a paralizarme. Algo se movía a pocos metros, así que cogí la piedra más grande que encontré con una mano y agarré un palo con la otra.

—¿Eres un gato? —pregunté con voz aguda de nuevo en alemán—. Si eres un gatito, no tengas miedo, no te haré nada.

Otro crujido de hojas, unos pasos acercándose. Algo se movía a través de los arbustos, agarré la piedra y el palo con tanta fuerza que me hice daño.

—Miau.

—¡Ah! —grité, lanzando la piedra sin tan siquiera mirar.

—¡Eh! Que soy yo.

Relajé los hombros y solté el aire que

había estado aguantando.

—Joder, Burke, ¡qué susto me has dado!

Durante los primeros dos segundos, sentí ganas de meterle el palo por su increíble culo, pero entonces me di cuenta de lo aliviada que estaba porque mi salvador me hubiera encontrado.

—¿Seguro que no sabías que era yo? Porque has lanzado la piedra después de oírme.

—No sé ni lo que he oído —le dije, todavía con la mano en el pecho—. Pero me alegro de que estés aquí.

A la escasa luz de la luna y las bombillitas desperdigadas por ahí pude ver que abría los ojos con sorpresa.

—Eso sí es una novedad.

—Bueno, tampoco te emociones, me habría alegrado hasta de ver al gato.

Sonrió un segundo y luego me miró con atención.

—¿Estás bien?

—Ya te han contado. —No era una pregunta, sino una confirmación—. No quiero oír un «te lo dije».

Negó con la cabeza.

—No lo oirás, pero ¿quieres hablar?

—No de eso —atajé bruscamente.

—Vale, no de eso.

Me apoyé en el tronco de un árbol y me deslicé hasta el suelo, sin fuerzas para pensar en nada más. Burke se sentó a mi lado y miró al cielo en silencio. Cerré los ojos, escuché nuestras respiraciones un momento y luego volví

a abrirlos para fijarme en las estrellas.

—Me encantaba Alemania, ¿sabes?  
—me escuché decir.

Lo vi girarse por el rabillo del ojo.

—¿Encantaba? ¿En pasado?

Torcí la cabeza.

—No lo sé, ahora es como si Alemania me hubiera quitado algo. Algo importante.

—¿Algo como qué?

—Mi identidad.

Golpecito cabeza con cabeza.

—Qué dramática eres, princesa.

Cogí aire y lo expulsé con fuerza por la nariz.

—Bueno, mira, al menos sé que soy «algo».

—Y vuelves a exagerar.

Me incliné hacia delante.

—No lo sé. Y eso es lo peor. Yo solía saber cosas, solía saberlo todo. Ahora no sé una mierda.

—Puede que eso esté bien —replicó él—. Puede que debas dejar que la vida te sorprenda.

Me cogí un mechón de pelo y comencé a enrollarlo alrededor de un dedo.

—Siempre creí que acabaría trabajando para una gran empresa alemana.

—Bueno, técnicamente lo has hecho.

Retorcí el mechón un poco más.

—Sí, supongo. Aunque mi idea era vivir en este país, viajar, conocer mundo. Pero volví a Barcelona, me

acomodé, conocí a Andre y...

Me callé de golpe. Creía que había dicho que no quería hablar de ello.

—A veces las cosas pasan por un motivo —continuó Burke—. Y nos damos cuenta de que nuestro sitio en el mundo no tiene por qué ser fijo, sino que puede cambiar. —Me quedé callada, pensando en esas palabras, asimilándolas lentamente porque tenían sentido—. ¿Quieres que te cuente un secreto? —siguió. No me dio tiempo a responder—. A mí me pasó algo parecido.

Lo miré.

—¿A qué te refieres?

—Solía querer ser arquitecto. De hecho, empecé la carrera. Estaba

obsesionado con Gaudí, así que entiendo por qué te quedaste allí. Barcelona es increíble.

—¿Has estado en Barcelona?

Asintió.

—Seis meses.

Me aparté un momento para mirarlo cara a cara.

—Espera, ¿entonces entiendes el español?

Sonrisa pícaro.

—Un poco.

—Eso se avisa, capullo —le solté. ¿Había dicho algo inapropiado alguna vez delante de él? Normalmente, en español lo único que solía soltar eran tacos.

—Era más divertido así.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, ¿y qué pasó? Has dicho que empezaste la carrera de arquitectura, ¿es que no la terminaste?

Sacudió la cabeza.

—Cuando mi padre enfermó, tuve que hacerme cargo del negocio familiar. Así que aquí me tienes ahora.

—Lo siento. Por lo de tu padre y lo de tu sueño frustrado, ya sabes.

No quise preguntar más sobre su padre, escucharía lo que tuviera que decirme y no haría preguntas cuyas respuestas no me concernían.

—No está tan mal. Lo de ser jefe de obras, digo. —Cogió una piedrecita y la lanzó, acertando de lleno en un tronco —. Aunque no pueda compararse con

ser de la realeza, claro.

—Además, se te da bien —le dije y le di un empujoncito amistoso para animarlo.

—Y a ti lo de mandar a los demás también.

Le saqué el dedo corazón y le hice una peineta. Él sonrió y tiró otra piedra.

—Bueno, será mejor que volvamos —dije y me puse en pie—. Si es que sabes volver.

Burke también se levantó y se sacudió los vaqueros.

—Tranquila, he ido dejando miguitas de pan.

Me reí y lo seguí a través de los oscuros senderos hasta que, al cabo de unos diez minutos, llegamos a la granja.

Joder, sí que había estado cerca todo el tiempo. Menuda inútil.

Escuché jaleo en el interior. Burke se miró el reloj.

—Supongo que habrán empezado a cenar.

Me senté en las escaleras del porche otra vez y me subí la bufanda hasta la nariz.

—Entra tú, yo no tengo hambre.

—¿No tienes hambre o no tienes ganas de otro numerito como el de esta mañana?

—Las dos cosas —confesé.

Él asintió, comprensivo. Le di la espalda, pero él no se movió.

—¿Tampoco tienes hambre? — pregunté, mirando al horizonte.

Escuché un suspiro y luego sus pasos alejándose de mí. ¿Se había tomado mi pregunta como una invitación a dejarme sola? Sí, tenía que ser eso.

Volví la cabeza.

—¡Burke! —grité. Él se paró y giró la cara—. ¿Te quedas conmigo cinco minutos?

Su rostro serio suavizó la expresión. Giró el cuerpo del todo y volvió para sentarse a mi lado.

—Y diez, si quieres —me dijo al poner su mano sobre la mía pero sin mirarme a los ojos.

No me moví. Permití que la dejara ahí mientras los dos perdíamos la vista en la infinidad de puntitos que brillaban en el cielo. En silencio.

—Muchas gracias por todo, señora Hoffmann.

—Oh, por favor, Burke, llámame Helga —pidió la mujer, que sufría otro de sus cambios frecuentes de personalidad por su aparente bipolaridad. Ahora parecía creer que despedirse de nosotros era algo triste.

—Ha sido un placer, señorita —me dijo August, estrechándome la mano con énfasis—. No dudes en volver si necesitas ayuda con tu nueva granja.

—Descuide —dije con una sonrisa, consciente de que jamás volvería a aquel lugar.

Los demás siguieron con las despedidas, pero yo me acerqué al hijo

mayor.

—Adiós, Christoph. —Le extendí la mano, él me la estrechó sin mirarme a los ojos y se metió en casa, rojo hasta las orejas.

—Ya es tuyo —murmuró Burke a mi lado.

—Cállate.

Unos bracitos me rodearon el muslo. Al bajar la vista, vi un montón de pelo rojo pegado a mí.

—Vaya, hola.

La niña me apretó más fuerte pero no me miró. Entonces la obligué a soltarse y le levanté la barbilla con los dedos.

—Eh, Ruth, ¿qué pasa? —pregunté al ver sus pequeñas mejillas humedecidas por las lágrimas.

—Te vas.

—Sí, pequeña, tengo que volver a casa —le expliqué.

—¿Volverás?

Joder. ¿Y ahora qué? Miré a Burke con desesperación y con un interrogante gigante pegado a mi frente, él me sonrió como única respuesta. Genial, muy útil. Gracias.

—Pues... —Suspiré y me agaché para quedar a la altura de su carita redonda —. Sí, Ruth, volveré.

La niña me abrazó con fuerza y se largó corriendo.

—Mierda... —mascullé, consciente de que esa promesa sería difícil de romper—. Qué manipuladora es esa cría.

—Es difícil decirle que no a un niño.

—Estás encantado, ¿no?

Burke se rio en mi cara y cargó la última maleta en la Amarok.

—¡Nos vamos!

Y efectivamente, después del fin de semana más largo del mundo, nos fuimos.

# Capítulo 24

Me sorprendió alegrarme cuando crucé la puerta de la granja. Por primera vez, sentí que de verdad estaba volviendo a casa. Qué cosas.

—Menos mal que aún es domingo —dijo Pol—. Voy a terminar el día en el sofá.

—¿Y Alicia? —pregunté.

—Ha ido con Adam a ver cómo están los animales —respondió Burke, que estaba metiendo la maleta gigante de Pol en casa—. ¿Puedo hablar contigo?

Pol nos lanzó una miradita suspicaz y abrió una revista.

—Yo no os oigo.

Ya, como que eso era posible. Le indiqué a Burke que entráramos en la cocina y cerré la puerta.

—¿Qué pasa?

Levantó la mano, de la que colgaba una bolsa.

—Un regalo.

Me crucé de brazos y lo miré con desconfianza.

—¿No será otra corona, no?

Una sonrisa maliciosa.

—Tendrás que abrirlo para saberlo.

Abrió la bolsa y sacó una caja rectangular forrada de papel plateado que me entregó. Se sentó en una silla a esperar; yo me quedé de pie.

—No tenías que hacerme ningún regalo.

—No, no tenía que hacértelo.

—¿Entonces?

—Quería hacértelo; *tener que* y *querer* son conceptos diferentes.

Me senté en otra silla, frente a él. Me deshice del papel con cuidado y descubrí una caja roja con las letras «Nike» en blanco. Me quedé mirándola un rato sin saber muy bien qué hacer.

—¿Has acabado de leer? —se burló—. Venga, princesa, solo es una palabra.

Levanté la tapa y me encontré con unas Roshe One negras con la suela y el signo de la marca en blanco.

—Son muy bonitas —solté, sin saber muy bien qué decir.

—Y son negras.

—Mi color favorito —dije como una tonta.

—Y el mío.

—Y el tuyo —repetí al mirarle a los ojos.

Quería decirle tantas cosas que no supe por dónde empezar.

—No sé cómo puedo agradecerte esto, y todo —dije después de un rato.

—Ya se me ocurrirá algo, no te preocupes. —Me guiñó un ojo—. De momento, podrías aceptar una sesión de *running* conmigo. ¿Qué me dices?

Entorné los párpados.

—Un momento. ¿Esto es para que entienda que con ejercicio físico no tengo que cortarme tanto con la comida?

—Por favor, princesa, me ofende que

creas algo así —se defendió, aunque se notaba que estaba de coña—. Siempre tan retorcida.

Obviamente, lo había hecho por eso y no se esforzaba en ocultarlo.

—Ya, y yo soy la retorcida...

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¡Piénsatelo! —Y cerró de golpe.

Volví al comedor con la caja abierta en las manos, más confusa todavía que antes. ¿Ahora me hacía regalos? Vale, no eran las joyas de Andre, pero aquellas zapatillas significaban algo. ¿O no? ¿Lo hacían?

Alicia se había sentado en el sofá con los pies sobre Pol.

—¿Qué haces tú con eso? —se extrañó.

—Se las ha regalado Burke —  
contestó Pol por mí.

—¿Has pegado la oreja? —gruñí.

—Habláis muy alto.

—¿Y por qué te regala Burke unas zapatillas? No, esa no es la pregunta — se interrumpió Alicia—. ¿Por qué te regala Burke algo?

—Pues porque...

—Vamos, Raquel, sabes la respuesta —insistió mi amiga—. Piensa un poquito.

—¿Qué es lo que necesita pensar? A él le gusta y, por lo que he podido observar, a ella también le gusta él.

—Yo también lo creo —siguió Alicia—. Y creo que es genial.

—Oye, no me hagáis el vacío ahora

que vais de parejitas —le pidió Pol.

—¿Hola? Sigo aquí —les recordé—. Y a nadie le gusta nadie, así que dejad de decir tonterías. No estamos en el colegio.

—¿No te gusta Burke? —preguntó Pol.

—¿Por qué te sorprende?

—Porque resulta tan... obvio.

—Pues te equivocas.

—¿De verdad? —insistió él, cansino—. Ya sé que Andre parece el hombre perfecto, Raquel, pero ya has visto que no lo es.

Esa frase de sus labios fue la gota que colmó el vaso.

—Vale, Pol, acabemos con este jueguito —le dije, soltando la caja de

las zapatillas—. Ambos sabemos por qué estás aquí.

—¿A parte de para mangonearnos a todos? —preguntó Alicia.

—No sé a qué te refieres —dijo él sin hacer caso a Alicia.

—¿Vas a decirme que Andre no te envió aquí para espiarme? ¿Que no estaba celoso de Burke?

Pol abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

Solté una risa ácida, histérica. De puta loca, vamos.

—¡No te hagas el tonto conmigo! Ambos sabemos que eres muchas cosas, pero no un ingenuo.

—¿Pol? —Alicia lo miraba con el ceño fruncido—. ¿Es eso verdad?

—¡Por supuesto que no! —gritó él—. Andre me dijo que mi presencia aquí era muy necesaria, que sería de gran ayuda para él y para ti, pero nada más.

—Nada más —repetí, todavía sin creerle.

—Oye, Raquel, sé que crees que soy un bocazas, y puede que tengas razón, pero no he venido aquí con ninguna intención de espiarte, te lo juro. Es verdad que Andre me ha preguntado por mail qué tal iba todo, cuándo venían y se iban los obreros... —Se quedó callado de golpe—. Vale, a lo mejor tienes razón.

Miré esos ojos marrones que parecían sinceros y entendí que lo eran de verdad. La barbilla le temblaba, muestra

de que estaba a punto de derrumbarse.

—Vale, Pol, te creo —le dije al cogerle de las manos—. Sé que, en cualquier caso, no eras consciente. Te ha utilizado a ti también.

—O sea, que no estoy aquí porque confiara en mí para hacer un buen trabajo en el hotel, sino para ser un puñetero topo.

Me encogí de hombros.

—Seguramente estás aquí por las dos cosas.

Un silencio muy raro se había apoderado de nosotros, pero entonces mi teléfono empezó a sonar en algún lugar dentro del bolso. Rebusqué hasta que di con él y comprobé que el que me llamaba no era otro que Andre.

El estómago me dio un vuelco. No quería hablar con él, pero deseaba pedirle explicaciones. Y, muy a mi pesar, quería preguntarle qué tenía la chica de Madrid que no tuviera yo.

—¿Vas a cogerlo? —preguntó Alicia.

—Creo que no —dije y dejé el aparatito sobre la mesa.

—Ya lo hago yo. —Pol se armó de valor y descolgó—. ¿Diga? Ah, Andre, eres tú. No, Raquel no está aquí, ha salido con Burke. —Me guiñó el ojo y continuó como si nada—. Pues no estoy seguro, porque creo que iban a picar algo en el pueblo.

Alicia se aguantaba la risa y yo escuchaba atónita.

—¿Que te llame? Sí, claro, yo se lo

digo mañana. Hoy ya no creo que la vea.

Le hice un gesto para que se calmara.  
«Vale, Pol, te estás pasando».

—Se está viniendo arriba —me susurró Alicia.

Sacudí la cabeza. Dios mío.

—¿Qué? —La cara de Pol se quedó blanca—. ¿Cuándo? ¿Me tomas el pelo?

—¿Qué pasa? —susurré yo, con el corazón a mil por hora. ¿Se casaba? ¿Era eso? Andre y esa zorra de Madrid iban a pasar por el altar en dos semanas, ¿verdad?

Pol levantó la palma de la mano para que nos calláramos, terminó de escuchar lo que Andre tuviera que decirle y colgó con el rostro todavía sin color.

—Vale, ¿cuándo es la boda? —

pregunté yo con el corazón en un puño. Cuando creía que no podía sentirme más humillada...

—¿Qué boda? ¡No hay ninguna boda!  
—exclamó Pol, haciendo aspavientos con los brazos y moviéndose de un lado a otro, resoplando.

—Entonces, ¿qué pasa, Pol? —Alicia lo detuvo por los hombros—. Habla.

Él tragó saliva y se mordió el labio.

—Tenemos que abrir el hotel en menos de una semana.

Burke parpadeó varias veces y se llevó la mano a la oreja como si no hubiera oído bien.

—¿Que tenemos que hacer qué?

—Tener el hotel listo en cinco días.

Se echó a reír.

—Muy bueno, princesa.

—No es una puta broma. Lo ha dicho Andre.

Adiós, sonrisa.

—Andre —repetí—. Tu jefe. Y mi jefe.

—Ya sé quién es.

Se pasó las manos por el pelo. Yo suspiré.

—Oye, ya lo sé, pero es un amigo de su padre. Alguien importante, ya sabes. Un posible inversor. —Le puse la mano en el hombro—. Solo estará unas horas. Vendrá, le echará un vistazo general a todo y se quedará a comer. Ya está.

—Ya está —repitió con ironía—. El tejado no está terminado, hay que pintar

aún el piso de arriba, clavar algunas tablas del suelo y cambiar todos los azulejos de la cocina. Por no hablar del asco de sótano que aún tenemos.

—¿Me vas a ayudar o qué?

Se pasó las manos por el pelo.

—Joder, sí, pero...

Levanté la mano.

—Eso es todo lo que necesitaba escuchar.

Y como era todo lo que necesitaba escuchar, me di media vuelta y comencé a dar órdenes a diestro y siniestro. A grandes rasgos, el hotel estaba casi listo, pero había todavía cosas a medio hacer que nos llevarían más tiempo de lo que parecía a simple vista. Todos éramos conscientes.

Burke también se había puesto a dar indicaciones a sus chicos. Las prioridades eran el maldito tejado y el sótano. De la pintura del piso de arriba me iba a encargar yo. Otra vez a dejarme el puto brazo con el rodillo y las uñas rascando las gotitas que acabarían salpicando paredes y suelos, por mucho que los cubriera.

Alicia y Adam se encargarían de la parte exterior. Además de limpiar y arreglar la zona de los animales, tenían que colocar piedrecitas en el camino de entrada, unos farolillos y algunas cosas más. Pol iba a centrarse en cuidar el huerto y el jardín.

Por suerte, el topo no había vuelto a dar señales de vida.

Y entre estrés, tacos y nervios a flor de piel, pasaron tres días hasta que, por fin, pudimos dedicarnos enteramente a la decoración interior. A las cortinas blancas, los jarrones con flores frescas, los cuadros de colores, las lámparas de mimbre, los espejos de marcos plateados y las alfombras de color beige.

—Está quedando genial —dijo Pol el día antes de la visita—, pero le falta algo.

—¿El qué? No más flores, por favor —le pedí, pues se había empeñado en ponerlas por casi cada rincón del hotel.

Sacó una bola de nieve de una bolsa y la puso sobre el mostrador de la recepción.

—¿Y qué tal algo de espíritu navideño?

Suspiré aliviada.

—Sí, vale, eso estará bien.

Así que, más contento que unas castañuelas, se dedicó toda la mañana del jueves a esparcir purpurina y colocar angelitos por aquí y por allá hasta que vació las dos bolsas gigantes que se había traído de Baden-Baden. Todo ello entre un repertorio de villancicos españoles que terminó desquiciando a toda la casa.

—Que alguien le ponga una mordaza —pidió Alicia al cabo de dos horas. Se masajeó las sienes y me imploró con la mirada que hiciera algo.

—No me hagas decirle nada hoy, por

favor —le supliqué—. Necesito algo de paz para pensar con claridad.

—¿Y a eso llamas tú paz?

—Bueno, está cantando «Noche de paz» —insistí.

—¿Y a eso llamas tú cantar? —replicó.

—Joder, a esto llamo yo tocarme los huevos, Alicia. ¿Es que no ves que estoy de los putos nervios ya y aún no son ni las doce de la mañana?

—Vale, perdona, es que se me está clavando ese berrido en los tímpanos y...

Le chisté para que bajara el volumen, ¿es que no sabía el increíblemente desarrollado oído que tenía nuestro amigo Poli?

—¿Por qué no te vienes conmigo al pueblo? Tengo que...

—¡Sí! —se apresuró en aceptar—. Lo que sea. Cualquier cosa será mejor que esto.

Cogí el abrigo y abrí la puerta.

—¿Incluso hablar con el alcalde?

El despacho del alcalde estaba tras una puerta de madera oscura en una casa modesta aunque bastante mejor conservada que el resto. Alicia al final se había rajado y me había dicho que me esperaría en la pequeña placita tomando el sol.

—¿Tiene usted cita?

La mujer de la entrada ni siquiera levantó la vista de su revista.

—Pues no, pero...

—Entonces no puedo dejarla pasar.

—Oiga, no hay nadie más esperando, y solo le robaré al alcalde unos minutos.

Cuando por fin me miró se subió las gafas y me observó con interés.

—Eres la española.

—Muy observadora —le dije, cansándome de su escrutinio—. Me llamo Raquel.

—Ya.

Por supuesto que «ya».

—Genial. Un placer, esto...

—Agnes.

—Pues un placer, Agnes. ¿Puedes por lo menos preguntarle al alcalde si me puede atender? Estoy segura de que no le importará.

—Ahora está muy ocupado.

—¿Haciendo qué? —pregunté exasperada.

—Cosas de alcalde.

Agnes era una zorra borde y asquerosa.

—Bien. —La dejé con su puta revista y abrí la puerta yo misma. A tomar por culo.

—¡Oiga! —gritó la secretaria incompetente a mi espalda—. Disculpe, señor Kurtz, he intentado que no entrara pero...

—Está bien, Agnes —dijo el alcalde, haciéndole un gesto con la mano—. Puedes dejarnos.

La mujer me dedicó una mirada de odio absoluto antes de abandonar el

despacho y cerrar tras ella. El señor Kurtz, un hombre de unos sesenta años, calvo, bajito y con las mejillas sonrojadas me miró a través de unos ojillos azules diminutos y vivarachos.

—Disculpe la intromisión, señor Kurtz, pero debo hablar con usted con urgencia.

—Vaya, vaya... Por fin se digna nuestra querida forastera a presentar sus respetos ante la autoridad del pueblo.

Empezábamos bien.

—No sabía que tenía que presentarme ante usted. No soy nadie importante.

—Pero yo sí.

—Ya.

Me miró de arriba abajo y se sentó tras el enorme escritorio de patas

peladas.

—Y dígame, señorita...

—Vega. Raquel Vega.

Asintió.

—Señorita Vega, ¿a qué debo el placer de su visita?

Carraspeé, algo incómoda.

—Como ya sabe, estamos reformando la antigua granja Weiss para abrir un pequeño hotel. —Siguió mirándome, esperando que continuara—. Vengo a pedirle que, por favor, invierta usted dinero en reformar este pueblo.

Sus ojillos se abrieron tanto que, por un momento, parecieron de tamaño normal.

—Creo que no la he entendido bien.

Me senté en la silla de en frente sin

pedir permiso y puse las manos sobre la mesa.

—Oiga, sé que no tengo derecho a pedirle nada, pero esto también le conviene a usted. Piense en los beneficios que podría traer al pueblo un aumento de los turistas.

—Estamos bien así.

—¿De verdad? Porque he visto más vida en algunos cementerios.

No tenía que haber dicho eso.

—Esto no es España —soltó—. Aquí nos gusta la tranquilidad.

Alcé una ceja.

—No sé qué le han contado de España, pero no estamos todo el día de fiesta salvaje. —Frunció los labios—. Bueno, al menos no todo el año... —dije

por lo bajo.

—Así que, si no he entendido mal, se ha presentado usted aquí sin cita y sin llamar siquiera a la puerta para pedirme dinero, ¿no es así?

—No exactamente. No quiero dinero para mí o para mi hotel. Lo que hablo es de potenciar las cualidades que obviamente tiene Gewächshäuser. Su historia, su naturaleza, sus preciosas calles.

—Pues si usted se ha percatado de dichas cualidades, ¿por qué no lo iban a hacer los demás?

Me estaba poniendo de los nervios el muy gilipollas. Qué mente más cerrada.

—Escúcheme, maldita sea. Acabo de venir de Sasbachwalden y, ¿tiene usted

idea de lo bonito que es?

—¿Y por qué no se ha quedado allí?

—me espeté, ofendido ante la comparación.

Suspiré.

—Sé que está muy cómodo en su sillón de cuero, pero si se molestara en hablar con algunos de sus votantes, se daría cuenta de que la vida en este pueblo es más aburrida que ir a la iglesia.

Apoyó las manos en la mesa y empujó para separarse.

—Creo que esta reunión ha terminado, señorita.

—Pero ¿qué es lo que le pasa? Solo le pido que cuide de sus vecinos. Que arregle las carreteras, pinte las fachadas

de las casas, reforme sus fuentes y sus pintorescas placitas. Este pueblo es un diamante en bruto y usted parece no querer verlo. —El hombre se cruzó de brazos, pero se quedó callado para seguir escuchándome—. Oiga, señor Kurtz, no deseo ofenderle. Y le hablo como persona extranjera que ha aprendido a apreciar este sitio de verdad. Piénselo... ¿No le gustaría que se hablara por ahí de este pueblo con orgullo? Que la gente quisiera venir a verlo, a conocer a su buena gente, a su respetable alcalde. —El gesto se le suavizó un poco. Bien, bien—. Sería usted famoso por su generosidad, por gestionar este sitio de la mejor forma y hacerlo destacar entre la multitud de

pueblos de la Selva Negra. ¿No le gustaría leer en una revista o en Internet que este pueblo es uno de los referentes de esta hermosa región?

—Pues sí, pero...

—No lo vea como un gasto, sino como una inversión. Siembre, coseche y luego recoja los beneficios. Así todos ganamos. Créame que en nuestro hotel sabremos cómo agradecerse. El turismo puede levantar este pueblo y traer prosperidad y riqueza.

Sus ojos se habían perdido en algún lugar que solo él podía ver, iluminados por todas las posibilidades que se estaban presentando ante él.

—Lo está viendo, ¿verdad? Un pueblo en el que no te tropieces con

cada adoquín levantado, unas carreteras sin baches y con las líneas bien definidas. Las fachadas recién pintadas reflejando la luz del sol. Un montón de turistas sacando fotos de cada rincón, felicitándole por un pueblo tan precioso y cuidado.

—Puede que... Tal vez...

—¿Sí? —pregunté esperanzada.

—A lo mejor podría desviar unos cuantos fondos para urbanismo...

—¡Claro que podría! —Salté del asiento—. Quiero decir, que sería una decisión de lo más acertada...

Frunció el ceño.

—¿De verdad cree usted que saldríamos en Internet?

—Yo misma los nombraré en nuestra

página web. Encargaré a alguien que haga fotos del pueblo, con sus mejoras, y las colgaré en la red para que todo el mundo pueda verlas. La naturaleza viral de Internet hará el resto.

Por fin esbozó una sonrisa de satisfacción y alargó la mano.

—Señorita, trato hecho.

# Capítulo 25

Los árboles pasaban rápidos a mi lado, como borrones verdes y oscuros. Los músculos me ardían de dentro hacia afuera, haciéndome sudar en contraste con el frío. Jadeos constantes aunque con un ritmo irregular. Tenía la adrenalina por las nubes.

—Eh, princesa, baja el ritmo — escuché a mi espalda—. Guarda algo para luego.

Pero yo no podía parar, no quería. Corría cada vez más deprisa, como si así pudiera alcanzar una meta invisible, como si eso me alejara de todos mis problemas. Corría y corría para sentir el

crujido de las hojas partiéndose bajo mis nuevas Nike.

Hasta que, después de un rato, el dolor de piernas, garganta y pecho me hicieron detenerme de golpe.

Me apoyé en el tronco de un árbol y cerré los ojos.

—Cinco minutos —dijo Burke.

—¿Eh?

—Eso es lo que llevamos corriendo.

—Me agarró del brazo y me obligó a sentarme—. ¿Estás bien?

—¿Solo cinco minutos? ¿Estás de coña?

Negó con la cabeza y sonrió.

—Te dije que no empezaras tan fuerte. La primera vez viene bien alternar la carrera con una caminata

rápida hasta que el cuerpo se vaya acostumbrando.

—Veo puntitos rojos.

Una risa.

—Te he dicho que siguieras mi ritmo y que esto no era una carrera.

—Pero si lo hubiera sido, habría ganado, ¿no?

—¿Desde la granja hasta el arroyo de al lado? Claro.

—Bien.

Sacudió la cabeza con una sonrisa y me ofreció un botellín de agua.

—Bebe un poco, anda. Creo que por hoy ya es suficiente.

Tragué el líquido con avidez porque tenía la garganta como el esparto.

—No está mal esto del *running* —

dije con la voz ronca—. Ya no estoy tan nerviosa.

—El ejercicio físico te ayuda a descargar tensiones, Raquel, pero tienes que ir con cuidado. Como en el resto de aspectos de la vida, correr demasiado solo multiplica las posibilidades de que nos caigamos.

Di otro trago de agua y me puse en pie sin soltar el tronco del árbol.

—Lo que tú digas, Platón, pero... ¡a ver quién llega antes a la granja!

Eché a correr otra vez, lo escuché gritar mi nombre un par de veces pero finalmente sus zancadas me siguieron entre risas.

Faltaban veinte minutos para que el

señor Brauer apareciera por la puerta. Por lo que nos había contado Burke, quien lo había visto un par de veces años atrás, era un hombre elegante, serio y de pocas palabras.

—Creo que nunca había estado tan nervioso —dijo Pol, mordiéndose las cutículas—. Me va a dar un ataque.

—Y a mí también si no te estás quieto —le dijo Alicia—. Me estás mareando.

—Qué fácil es hablar cuando no te juegas tu prestigio.

Ella puso los ojos en blanco.

—No seas tan exagerado, Poli. Tú no tienes prestigio —bromeó.

Él le dio un pellizco en el brazo y ella gritó de dolor.

—¡Por Dios, callaos! —ordené yo—.

Se supone que esto es un hotel, no una guardería.

El ambiente era tenso, rígido. Un solo toquecito podía hacer que todo se fuera a la mierda.

—Brauer. ¿Lo he pronunciado bien?  
—le pregunté a Burke por enésima vez.

—Sí, y relájate ya, está todo listo y va a ir genial.

Me rasqué la barbilla con una mano y luego con la otra.

—No estoy tan segura. Para empezar, ni siquiera tenemos el cartel —me lamenté. La primera visión será la de una casa sin nombre.

—Oye, sabe que aún no está inaugurado. Seguro que será comprensivo.

Pero cuando el cochazo paró en la puerta y vi al señor trajeado de pelo blanco que bajaba de él, no me pareció que su gesto fuera el de alguien comprensivo.

Eché un vistazo a mi alrededor para comprobar que todo estaba en orden. Había hecho vestirse a los obreros con uniformes de botones, camareros y demás. Alicia era la recepcionista y Pol...

—¿Qué haces aún aquí? ¡Tira a la cocina!

Sus ojos se movieron rápidos de un lado para otro, buscando errores.

—¡Dios, no!

Se abalanzó sobre una de las plantas del suelo y recogió una hoja que se

había caído junto a la maceta.

—¡Pol!

—Esto no va a salir bien... —iba rezando por el pasillo mientras recolocaba todos los marcos de los cuadros.

—Yo lo mato —murmuré.

Burke me puso una mano en el hombro y la otra en el picaporte.

—Sonríe, princesa.

La puerta se abrió y comenzó el espectáculo.

—Bienvenido, señor Brauer —dije yo al salir a recibirlo.

Él sonrió levemente, me estrechó la mano y entonces reconoció a Burke.

—Ah, Burke, muchacho, cuánto tiempo.

Lo saludó con énfasis y afecto, algo que hizo que casi me meara del gusto en las bragas. Vale, Burke no se iba a mover de mi lado en toda la comida.

—Es un placer verle de nuevo, señor Brauer. ¿Cómo le va la vida?

El señor dejó que Adam le cogiera la chaqueta mientras charlaba con Burke. Fue una suerte que estuviera entretenido, porque así no prestó atención cuando a Adam se le enganchó una de las mangas y yo le lancé una mirada de «estás muerto».

Alicia le dio la bienvenida con su voz dulce y educada, como una auténtica profesional. Cualquiera diría que era la misma chica que había ganado una competición de salchichas como un

perro rabioso.

Burke me hizo un gesto para que me aproximara.

—Pues la señorita Vega ha hecho un excelente trabajo. La granja estaba en un estado lamentable, usted bien lo sabe.

—Desde luego. El cambio es notable.

—Gracias —dije yo—. Aunque lo cierto es que aún faltan algunos detalles que...

—Querida —me interrumpió—. No sea modesta. Ha dejado usted este sitio precioso.

—Oh, gracias —repetí con una sonrisa—. Pero la verdad es que todo esto ha sido fruto del trabajo en equipo. Yo no podría haberlo conseguido sola.

Miré a Burke, que me sonreía

agradecido.

El señor Brauer asintió.

—Si hay algo que admiro de un director es su capacidad para reconocer que el factor humano es imprescindible.

Incliné la cabeza, entre agradecida y conforme con sus palabras.

La visita se fue sucediendo sin incidentes hasta que, por fin, nos sentamos a la mesa.

—No me dejarán comer solo, ¿verdad? ¿Por qué no se sientan conmigo?

Abrí un poco los ojos y miré a Burke.

—¿Nosotros?

—No solo ustedes. ¿Qué tal si todo el personal disfruta conmigo de este delicioso manjar?

Lo miré sorprendida y aterrada. Ese hombre no era como me había esperado.

—Es una gran idea —me obligue a decir. Esto no iba a salir bien.

Acabamos todos sentados en la mesa, saboreando los ricos platos que el chef nos había preparado. Por suerte, Pol siempre cocinaba para un regimiento.

Que disfrutáramos de una charla amena, de unas risas y de algunas batallitas empresariales de nuestro invitado consiguió relajarme. No obstante, seguía alerta por si alguno de mi equipo metía la pata. Las copas de vino fueron sucediéndose e inexplicablemente todo parecía ir sobre ruedas. Al final, el achispado señor Burke se levantó de la mesa y nos

felicitó uno por uno por nuestro trabajo.

—He pasado una mañana muy agradable, señorita Vega. Le prometo que así se lo haré saber a mi buen amigo, el señor Holbein. Pero no estoy sorprendido, pues Andre ya me habló de sus capacidades.

Sentí un pinchazo en el estómago.

—Eso fue... muy amable por su parte.

Burke me estaba mirando.

—¿Sabe? Ustedes dos hacen un buen equipo —dijo el señor Brauer con la voz más fluida que hacía una hora—. Sí, señor, un gran equipo.

—Le acompañó al coche —se ofreció Burke y lo sostuvo para que no perdiera el equilibrio.

—Sin duda, lo mejor de todo —dijo

antes de darse la vuelta—, es que lo hacen sentir a uno cómodo. Se nota que son como una gran familia, y eso transmite confianza.

Volví a darle las gracias y lo saludé con la mano antes de que Burke lo ayudara a entrar en el asiento de atrás. Cuando el coche se perdió a través del camino, se produjo un suspiro colectivo y entonces todos salimos afuera entre aplausos y gritos, entre saltos y bailes. Y, en uno de esos arrebatos, me tiré al cuello de Burke y dejé que me levantara en el aire y me diera vueltas mientras echaba la cabeza hacia atrás y reía como una niña pequeña.

Adam hacía piruetas, Alicia y Pol se abrazaban, incluso Otto y los gemelos se

daban palmadas de enhorabuena en la espalda.

—¡Bájame ya! —pedí entre risas—. Voy a echar la comida.

Burke obedeció y me dejó en el suelo, sin soltarme de la cintura.

—Lo has conseguido, princesa.

Sonreí y me perdí en sus ojos, que brillaban bajo la luz del sol.

—Lo hemos conseguido —puntalicé.

Entonces su mirada bajó a mis labios. La mía bajó a los suyos.

—¿Interrumpo algo?

Me giré con brusquedad y descubrí a Claudia a un par de metros de nosotros. Me aparté de Burke y me peiné con los dedos. Él frunció el ceño y se rascó una ceja.

—¿Qué haces aquí, Claudia?

Lo miré de hito en hito. ¿Había dicho Claudia? Desde el principio, ¿se había llamado Claudia? Bueno, sí, claro que desde el principio. No iba a cambiarse el nombre la chica cada mes, pero, es decir... ¿Podía ser más casualidad?

Reprimí una sonrisa.

—Venía a recordarte lo del baile —le dijo Claudia a Burke

—¿El baile?

—El de Navidad —dijo ella, extrañada porque lo hubiera olvidado—. Mañana por la noche.

—¡Ah, sí, el baile! Perdona, es que estábamos celebrando que... —Hizo un mohín con la mano—. No tiene importancia.

—Lo habías olvidado.

—He estado muy liado con el hotel —explicó él—, ¿verdad, Raquel? Pero por suerte, ya está prácticamente acabado.

—Sí que es una suerte —dijo ella con su sonrisa cínica—. Entonces, dentro de nada estarás de vuelta en Barcelona, ¿no? ¿Hasta cuándo te quedarás?

—Pues...

Burke me dio un codazo.

—Mientras esté el hotel abierto tendrás que quedarte —bromeó—. El capitán es el último que abandona el barco.

—Solo que yo no soy el capitán —contesté—. Pero a lo mejor podrías serlo tú.

Parpadeó varias veces.

—¿Eso es una proposición, princesa?

Otra vez llamándome «princesa» delante de Claudia. La vi tensarse a mi lado.

—Es solo una idea —admití—. Se te da bien todo esto.

Él sacudió la cabeza.

—Ya has oído al señor Brauer. Somos un equipo. Un gran equipo, por cierto.

Me sonreía entusiasmado, contento y relajado. Me habría gustado poder responder de la misma forma, pero me fue imposible con Claudia allí. La veía mirarnos a uno y a otro con los labios apretados y eso me hacía sentir incómoda. Como si estuviera en un lugar

que no me correspondía.

—Esto... Bueno, ya hablaremos de eso.

—Sí, ya lo hablaréis —convino Claudia y puso su mano sobre el brazo de Burke—. ¿Qué me dices del baile, Burke?

—Sí, claro, iré —aceptó. Ella sonrió aliviada—. ¿Te apuntas, Raquel?

El rostro de Claudia se contrajo por el... ¿Qué? ¿Asco? ¿Odio?

—Sea lo que sea, sí se apunta. Y yo también —dijo Pol apareciendo de la nada.

Burke dio una palmada.

—¡No se hable más! Mañana por la noche, celebraremos el triunfo de hoy.

# Capítulo 26

Alicia paró la furgoneta junto a la acera y puso el freno de mano.

—Oye, ahora que me acuerdo, ¿no le pediste a Claudia que te peinara?

Joder, semanas preguntándome cómo se llamaría la dichosa Barbie y ahora no paraba de escuchar su nombre.

—Ya, pero he cambiado de opinión —dije, quitándome el cinturón.

—Pues su pelo es una auténtica preciosidad —apostilló Pol desde el asiento de atrás.

Sí, ya sabía que tenía una melena de anuncio de L'Oréal, pero después de todo no pensaba dejar que se acercara a

mi pelo de ninguna de las maneras. Esa tía estaba colada por Burke, ¿cómo iba a ponerme en sus manos? No tenía ganas de llevar peluca.

—Hay que integrarse en el pueblo — insistí—. Y si hay que sufrir una intoxicación de laca para que nos acepten, pues se sufre.

El local era pequeño, tenía un papel pintado horrible en las paredes y solo dos sillas frente a un par de espejos. Al otro lado, un lavacabezas y uno de esos secadores gigantes donde meter la cabeza.

El murmullo que se había venido escuchando desde la calle, paró de golpe cuando abrí la puerta y nos vieron entrar a los tres.

—Buenos días.

Dos mujeres con rulos en la cabeza nos miraron sin decir nada.

—¡Vaya! ¡Clientes nuevos! —celebró una chica joven, más o menos de la edad de Alicia. Llevaba un delantal rosa y una camiseta ajustada con los riñones al aire. Y su pelo era rubio con mechaz fucsias y azules.

—¿Tienes un hueco para peinarnos?

—¿A los tres?

Asentí.

—¡Pues claro! ¿Sois los forasteros, no? Los de Barcelona. Yo soy Diane. ¿Ya habéis reformado la granja Weiss? ¡Me encantan tus zapatos! Y tú —dijo, fijándose en Alicia—, ¡tienes un pelo precioso!

Guau. Vale. Qué intensa. Pol carraspeó, algo celoso.

—¿Necesitas que te corte el pelo?

—No, bonita, solo quiero que me peines.

Diane abrió los ojos como platos.

—¿En serio?

Pol se tocó el pelo con cuidado y miró alrededor, sopesando bien esa petición. Que alguien con el entusiasmo de Diane y su colorido cabello le fuera a meter mano en su tupé no lo tranquilizaba.

—Integración —susurré muy bajito.

—Me temo que sí... —terminó diciendo Pol.

Diane era charlatana y descarada, pero muy simpática. No dejó de

preguntarnos cosas sobre Barcelona y España en general. Decía que siempre había querido ir a Ibiza, subirse en un yate y emborracharse con champán. Las dos señoras que esperaban murmuraron con desaprobación.

—Bueno, en Ibiza no solo hay yates con champán... —dije, sonriendo hacia las dos mujeres como si me disculpara.

Diane se encogió de hombros.

—Ya, pues lo demás me interesa poco.

Seguimos aguantando el rollo de aquella chica a la que parecía que habían dado cuerda. Al final, los tres acabamos de media con unos dos centímetros más de cabeza. Como habíamos temido, a Diane le encantaban

los cardados y las lacas. Ni siquiera Pol se libró, aunque él pareció encantado con el resultado.

—¿No os parezco más alto?

—Me pica la cabeza —murmuró Alicia, colando un dedo en el medio recogido que le habían hecho.

—Tienes una melena preciosa —me dijo a mí, que había sido la última en pasar por sus manos—. No he visto nada igual.

Menos mal que no me había decidido a cortarme nada. Antes le habría confiado mi pelo a Eduardo Manos Tijeras.

—Vaya, gracias —le dije bocabajo mientras me echaba la laca desde arriba.

—Es tan brillante y tan... oscura. —

Unas sacudidas con sus dedos—. Ya puedes levantarte.

Volumen. Rizos marcados. ¿Diana Ross? Pues eso.

—Eres como una leona —dijo Diane, todo emocionada—. Esta noche en el baile vas a ser la sensación. Todo el mundo llevará recogidos horteras y flores en el pelo.

Lo de las flores no me parecía tan malo. No tanto como ser la reina de la selva.

Cerré los ojos un momento, mareada por el meneo de cabeza que me había dado y por las partículas de laca que todavía flotaban en el ambiente.

—Bueno, Diane, pues... gracias, supongo.

—Gracias a vosotros —dijo ella mientras se disponía a cobrarnos—. Le habéis dado caché a esta humilde peluquera.

—No digas tonterías, el caché nos lo has dado tú, guapa —le dijo Pol.

Ella soltó una risita y cerró la caja registradora.

—¡Nos vemos en el baile!

Por lo visto, el baile se celebraba en un pequeño salón de actos adosado al colegio que hacía las veces de teatro para las obras de fin de curso. Supuse que era el único sitio lo suficientemente grande como para acoger a todos los vecinos, sin tener en cuenta la plaza principal. Pero hacía un frío que pelaba.

Si hubieran hecho el baile en la calle, habría ido su puñetera madre.

Cuando entré, me quedé bastante impresionada. Mesas redondas con mantelitos rojos y farolitos en el centro, muérdago colgando del techo, un árbol de Navidad bastante grande en uno de los laterales e incluso puestecitos de comida caliente y dulces típicos. Una orquesta tocaba villancicos encima del escenario, cuyas cortinas de terciopelo estaban corridas y sujetas por cordeles dorados.

—Joder... —solté sin poderme contener.

Mi mirada se encontró entonces con la del alcalde. Asentí con énfasis y señalé la sala, él alzó la barbilla y

sonrió con orgullo. Aquel hombre y yo lograríamos entendernos.

Alicia buscaba con la mirada entre la gente, igual que yo. Al final, encontramos a Adam y a Burke sentados en una de las mesitas del fondo, justo delante del escenario. Me llevé la mano a mi pelo ultra rizado y traté de aplacarlo un poco, pero por el rabillo del ojo veía los rizos danzar locos antes de metérseme en los ojos.

Así que, mientras caminaba con mi vestido negro de cuello de pico y media manga, me fui recogiendo el pelo en una coleta alta que me dejaría la cara despejada. Al fin y al cabo, me había esmerado en el maquillaje y quería que se notara.

—Nena, ese movimiento de caderas los va a dejar a todos locos —dijo Pol con la boca torcida para que no lo oyeran.

—Con que deje a uno, es suficiente —apostilló Alicia—. Por cierto, misión cumplida.

Burke tenía los ojos fijos en mis pasos. Al llegar a la mesa, lo vi tragar saliva.

—Raquel, estás...

—¿Estoy...?

—Impresionante. Ese vestido es... —  
Se interrumpió de nuevo.

—¿Negro?

Sacudió la cabeza y pareció reaccionar. Sonrió.

—Negro, sí.

Tomé asiento a su lado y dejé el abrigo a mi espalda.

—Tú también estás genial, por cierto —confesé. Llevaba una camisa blanca y un pantalón negro que parecían haberle hecho a medida.

—Sí, vale, bien, todos estamos estupendos. Incluso Adam —dijo Pol y el chico frunció el ceño a la vez que emitía una especie de gruñido—. Pero, por favor, ¿alguien puede decirme quién es ese bombón que reparte las salchichas?

—Ya estamos —murmuró Alicia.

—¡Qué diablos! Voy a decirle que esa salchicha tiene muy buena pinta y a ver qué pasa. ¡Uy! —Pol Se llevó la mano a la boca y soltó una risita

picarona—. ¿Eso no sonará demasiado brusco? Bueno, ¡qué más da!

Se levantó y se largó hasta el puestecito del tipo de las salchichas.

—¡Eh, estáis aquí! Y con los obreros más macizos del pueblo.

Los cuatro nos giramos para descubrir a una Diane sonriente y con mechass de un tercer color: morado.

—¡Hola! —la saludé con gusto.

—Veo que te has recogido la melena, leona. —Me guiñó un ojo—. ¿Sabes? Me gusta mucho así. Los rizos te caen en una cascada muy favorecedora —añadió mientras me acariciaba la coleta.

—A mí me gustan tus mechass —le dije por ser amable—. Es como el resultado de mezclar las otras dos.

—¡Exacto! Rosa y azul, morado. Pásate un día por la pelu y te hago unas igual, si quieres.

Me rasqué la frente.

—Lo pensaré.

—¿Te sientas con nosotros, Diane?  
—preguntó Burke con amabilidad.

—Oh, no, gracias, me esperan allí. — Señaló hacia un tipo que la saludaba con la mano—. Por cierto, ¿os puedo decir algo?

Alicia y yo asentimos y nos encogimos hacia el centro de la mesa, pues parecía ser un secreto.

—Creo que vuestro amigo es gay — dijo, señalando hacia Pol.

Me quedé con cara de idiota antes de reírme.

—¿En serio?

—Te lo juro. —Se llevó un dedo al párpado y tiró hacia abajo—. Yo tengo ojo para esto.

—Estaremos atentas a cualquier pista —le dijo Alicia.

Diane se despidió con su energía excesiva y nos dejó a todos riéndonos con ganas.

Estuvimos un rato charlando, bebiendo cerveza e incluso cantando villancicos, pero entonces la banda decidió cambiar de registro y cantar canciones de pop normales.

—¡Gracias a Dios! —celebré—. Si tengo que cantar otra vez Blanca Navidad me pego un tiro.

Brindamos por eso y por el triunfo del

día anterior, recordando anécdotas y cagadas que habíamos cometido en todo este tiempo, cuando Claudia se acercó a nuestra mesa con aire felino y seguro. Se había ondulado su bella melena, peinada con la raya al medio, y se había pintado los labios de rojo.

—Guau —admiró Adam.

Alicia le dio un codazo en el estómago.

—Hola, chicos. Y chicas —añadió Claudia con retintín.

—Me parece que es hora de bailar —anunció Alicia, que se había tomado varias cervezas. ¿Quería alejar a Adam de Claudia porque estaba celosa? No la podía culpar, pero...

«Joder, no me dejes sola con estos

dos, Alicia.»

—Qué buena idea. ¿Burke?

Burke me miró a mí como si me pidiera permiso. Le señalé con la cabeza a su querida Claudia, que esperaba impaciente.

—No hagas esperar a la chica, granjero, es de mala educación.

Me miró a los ojos sin un atisbo de humor, dio un trago a la cerveza y se dejó arrastrar hasta la pista de baile, donde Claudia lo atrapó con sus tentáculos sensuales.

Decidí que no quería mirar aquello, así que me fijé en Adam y Alicia y en sus movimientos desacompañados. Daba igual la canción que sonara, aquellos dos iban a su puta bola. Adam se

esforzaba por coger a Alicia como si fuera un bailarín profesional, pero mi amiga pesaba un poco y él ya no mantenía el equilibrio como hacía un rato, así que los dos terminaron en el suelo en más de una ocasión. Pero reían sin parar y volvían a intentarlo, y yo reía desde la mesa porque era un auténtico gustazo verlos así, juntos y con complicidad.

Aunque no podía evitar lanzar algunas miraditas esporádicas a Burke y Claudia. Él la cogía de la cintura y seguía los pasos que ella marcaba, pero me dio la sensación de que trataba de mantener un poco las distancias que ella se empeñaba en recortar. O tal vez era lo que yo quería ver.

Resoplé y sacudí la cabeza en busca de Adam y Alicia otra vez.

—¿Qué coño...?

Se estaban besando. Esos dos críos idiotas se estaban besando como dos adultos que se gustaban.

Y me alegré. Y me sentí más sola todavía.

Saqué el móvil. No esperaba tener cobertura, pero al menos podría jugar a algo. Lo que fuera con tal de distraerme un rato.

—Eh.

Levanté la cabeza. La canción había terminado y Burke tenía las manos apoyadas sobre la mesa.

—Eh —contesté, dejando el móvil otra vez en el bolso—. ¿Ya no bailas

más?

Claudia nos observaba desde la distancia, bailando con algún otro tipo al que no hacía ni caso.

—Sí, claro que bailo. Y tú también.

—Me cogió de la mano y tiró de mí hasta la pista de baile.

—¿Y Claudia? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Ya he cumplido con ella.

—Ah, y ahora tienes que cumplir conmigo, ¿no?

—No.

—Mejor, porque no quiero que lo hagas.

—Ya.

Me agarró de la cintura y me atrajo hasta que nuestros pechos se tocaron. La

música empezó a sonar otra vez y, sin poder apartar los ojos de los suyos, me dejé llevar. Tal y como él siempre me pedía que hiciera.

La canción cogió ritmo y algo se me activó por dentro. Un camarero pasó por mi lado con una bandeja de copas de champán. Lo hice parar, me bebí una de un trago y la dejé vacía de nuevo.

Y me solté el pelo, literalmente.

—Vamos allá.

Burke se sorprendió ante mi arrebatado pero no tardó en seguirme el rollo. Comencé a mover los labios, siguiendo la letra, a girar la cintura, a pasarle la mano por el cuello y el pecho, a levantar los brazos emocionada, a menear la melena de un lado para otro. Me vine

arriba como nunca.

—Joder, Raquel, ¿dónde habías estado escondida? —gritó Burke por encima de la música.

Le sonreí con picardía pero no respondí, sino que continué bailando, cerrando los ojos para dejarme poseer por la música. A la mierda todo ya, coño.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Alicia y me dio un toquecito con su culo.

Dejamos de bailar en parejas y los cuatro hicimos un pequeño corro que se fue ampliando conforme se unieron Pol, Diane y algunos vecinos más que decidieron que los que molábamos éramos nosotros.

Bailé con mujeres, hombres, niños,

jóvenes y ancianos. La gente empezó a mezclarse, a dejar las bebidas en la mesa para moverse libremente.

Cuando terminó ese repertorio de canciones, todos aplaudimos con fuerza de cara a la banda, que también nos aplaudía.

Volvimos a la mesa, entre sudados y felices. Volví a recogerme el pelo.

—¡Ha sido increíble! —exclamó Burke—. ¿Habéis visto bailar al alcalde?

—Bueno, bailar... Eso era otra cosa —dijo Adam—. Pero ha sido divertido. Jefa, eres una caja de sorpresas.

Alicia me guiñó el ojo.

—Es la sangre latina.

Me reí.

—No sabéis cómo eran las navidades en mi casa —les dije—. Cuando estaba mi padre, montaba un karaoke y acabábamos todos encima de los sofás bailando y cantando.

La sonrisa se me quedó en la cara unos segundos, pero la mirada se me perdió en el vacío, recordando aquellos momentos que ya no iban a volver.

—¿Estás bien? —preguntó Burke.

Sacudí la cabeza y me esforcé por sonreír otra vez.

—Sí, es solo que...

—Lo echas de menos.

Tragué saliva y desvié la mirada. Tenía la sensación de que si seguía mirándolo, me echaría a llorar.

—Es la primera Navidad que paso

fuera de casa.

—Lo siento.

Encogí un hombro.

—Volveré pronto —dije convencida.

Él fue el que se puso serio entonces.

—Imagino que esto se parece poco a la Navidad que tenías pensada este año...

Lo miré a los ojos. ¿Se refería a Andre?

—Muy poco —confesé.

Asintió en silencio.

—Lo siento —repitió.

Le acaricié el brazo un momento.

—No lo hagas.

Una sonrisa triste le cruzó el rostro un segundo y sentí como si algo se me quebrara por dentro. ¿Qué cojones me

estaba pasando? Las sonrisas de Burke no deberían afectarme hasta ese punto. Me aparté.

—Voy al baño.

En cuanto entré en el lavabo, me encerré y me senté sobre la taza. Me pasé la mano por la cara y traté de respirar con calma. ¿Por qué echaba de menos algunas cosas de Barcelona pero también lo que estaba viviendo en aquel momento? Aún no había acabado, pero lo haría pronto, y yo no sabía si estaba preparada.

Abrí el grifo, puse la mano debajo y me la llevé a la nuca.

—¿Y ahora qué? —le dije a la tía del espejo.

Alguien llamó a la puerta. Abrí

creyendo que sería alguien con la vejiga a tope, pero me encontré con una Claudia sonriente al otro lado.

—Oh —musité.

—¿Puedo hablar contigo?

Entró al lavabo sin esperar mi respuesta y apoyó la espalda en la puerta.

—¿Pasa algo?

—Eso me gustaría saber —dijo ella, perdiendo toda amabilidad en su rostro—. ¿Qué es lo que te traes con Burke?

—No entiendo.

—Me entiendes perfectamente. —Se cruzó de brazos y me taladró con su mirada de hielo—. Conozco a las mujeres como tú.

—¿Las mujeres como yo?

—Caprichosas, acostumbradas a salirse con la suya. Llegáis, arrasáis con todo y rompéis unos cuantos corazones por el camino. Eso os pone cachondas, ¿eh?

—No sé de qué coño me estás hablando, pero déjame salir.

—Burke se merece a alguien mejor, ¿me oyes?

—Alguien como tú —dije con frialdad.

Frunció los labios y entrecerró los ojos.

—Yo sabría hacerle feliz. Lo sé todo de él. Sus penas, sus alegrías. ¿Qué sabes tú? Ni siquiera lo conoces.

Aquello fue como una puta bofetada.

—Claudia, déjame salir —le pedí.

Me estaba asfixiando.

—Ten cuidado, Raquel, porque no voy a permitir que nadie le haga daño.

La aparté de un empujón y abrí la puerta. Ya había tenido suficiente.

Me perseguían esas palabras, me pesaban como una puta losa sobre la espalda. ¿Qué sabía yo de Burke? Nada. ¿Qué quería de él? ¿Quería algo? ¿Qué cojones era lo que sentía exactamente? Y de todas formas, ¿importaba? ¿Acaso no iba a volver a Barcelona en poco tiempo?

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Alicia al llegar.

—Tienes mala cara, cariño —dijo Pol, acercando su mano a mi mejilla.

Lo aparté de la forma más amable

posible y cogí el abrigo.

—Me voy a casa.

Mis amigos fruncieron el ceño y se miraron.

—Raquel, ¿qué pasa? —quiso saber Burke.

Evité mirarlo al responder.

—No pasa nada, de verdad. Solo tengo el estómago un poco revuelto.

—Iremos contigo —anunció Alicia.

Le puse la mano en el hombro para impedir que se levantara.

—No —pedí—. Necesito estar sola, de verdad. Hablamos mañana.

Sus caras de angustia me dijeron que se estaban esforzando muchísimo por quedarse sentados y no venir tras de mí.

Como casi siempre, el aire fresco

mejoró las cosas, aunque no me aclaró las ideas. Me apoyé en el capó de la furgoneta de Alicia y busqué las llaves en el bolso.

—Te llevo yo —dijo entonces Burke, que me había seguido.

—He dicho que quiero estar sola —repetí.

—Si piensas que voy a dejarte conducir en ese estado, es que no me conoces.

Levanté la cabeza.

—¡Pues no, Burke! —grité—. ¡No te conozco en absoluto!

Él me miró sorprendido.

—¿Qué coño te pasa?

Negué con la cabeza una y otra vez.

—Déjame sola, por favor —dije con

un hilo de voz, a punto de romperme.

Burke salvó la distancia que nos separaba y me agarró la cara con ambas manos.

—Raquel, dime qué pasa.

No quería responder a esa pregunta. No habría sabido ni por dónde empezar. Así que, consciente de que no me iba a dejar en paz, decidí tomar la salida más fácil.

—Llévame a casa —le pedí.

Cogió las llaves de mis dedos, sacó las suyas y se subió a su furgoneta sin decir nada. No me quedó más remedio que seguirle.

Durante todo el camino, me limité a mirar por la ventanilla y a dejar que unas lágrimas silenciosas me bañaran

las mejillas y murieran en los labios.

Sabía que Burke me lanzaba miradas preocupadas de vez en cuando, pero preferí no hablarle.

Llegamos a la granja, bajó de la furgoneta y entró conmigo.

—Puedes llevarte la furgoneta a casa —le dije, colgando el abrigo en el perchero del vestíbulo—. Mañana la recogeremos.

—Raquel, por favor, dime algo —me suplicó—. Me está matando verte así y no saber lo que pasa.

Suspiré, exasperada.

—Burke... ¿Por qué insistes?

Sus ojos avellana me traspasaron hasta el alma.

—¿De verdad tengo que explicártelo?

Y dejé de pensar. Me lancé a sus labios como si fueran el único salvavidas que podría socorrerme en medio de un mar oscuro e incierto que amenazaba con tragarme. Su cuerpo respondió de forma automática al mío. Sus manos subieron por mi espalda hasta que los dedos se enredaron con mi pelo y me empujaron hacia él. Mis labios se apretaron contra los suyos, nuestras lenguas se buscaron, se acariciaron, estaban encajando como si ya se conocieran.

Con la respiración agitada, se separó de mí.

—¿Estás segura de esto?

—Muy segura.

—¿Estás muy borracha?

Me reí.

—No.

—Porque no quiero que creas que me aprovecho de ti.

Lo agarré del cinturón para acercarlo otra vez. Los labios me palpitaban.

—¿Y si soy yo la que quiere aprovecharse de ti?

Me regaló una sonrisa radiante, magnífica, increíble.

—Eso me parece bien, princesa.

Lo cogí de la mano y tiré de él para que subiera a mi habitación. Abrí la puerta, lo hice pasar y cerré a mi espalda. La luz de la luna se colaba a través de la ventana y arrancaba destellos entre las sombras.

Besé los labios de Burke otra vez,

despacio, saboreándolos con calma. Mis manos buscaron los botones de su camisa y los desabrocharon uno a uno para luego tirar la prenda al suelo. Acaricié su piel suave, que ardía bajo mis yemas.

Entonces me hizo girar y bajó despacio la cremallera de mi vestido para luego hacer el mismo recorrido con sus labios. Cerré los ojos al sentir su contacto cálido bajar por mi espalda. Me estremecí y creí que sería capaz de derretirme. Volvió a darme la vuelta y me atrapó entre sus brazos para besarme otra vez.

Manos inquietas.

Lenguas enredadas.

Deseo palpitante.

Sin saber muy bien cómo, estábamos sobre las sábanas. Él trató de deshacerse del todo de mi vestido con cuidado de no dañar la prenda, pero terminé tirando con fuerza de la tela, ansiosa por despojarme de ella y pegar mi piel a la suya. Se oyó un rasgón y Burke se rio contra mi boca. Fue un sonido delicioso que solo consiguió encenderme más. Entrelacé mis manos en su nuca y lo atraje hacia mí para volver a saborear su boca. Él terminó apartándose para mirarme desde arriba con un brillo de excitación en los ojos. Me acarició el pómulo izquierdo, bajó sus dedos por mi cuello, llegó hasta el hombro y se aferró a mis dedos.

Nos miramos a los ojos y dijimos

muchas cosas sin despegar los labios. Debería haberme sentido expuesta o vulnerable, pero no fue así. Él ya conocía mi interior, y esa era la parte que yo más había temido enseñar.

Lo aparté y lo obligué a tumbarse para colocarme sobre él. Dibujé formas irregulares sobre el vello de sus pectorales firmes, bajé por su abdomen y llegué al pantalón. Lo desabroché despacio y me deleité con esos preciados segundos en los que sabes que está a punto de empezar la mejor parte.

Me deslicé sobre él y pegué mi cuerpo al suyo. Nuestras pieles se tocaron sin ya nada de por medio. Nuestras caderas encajaron y se movieron a un mismo ritmo. Me aferré a

sus brazos, cuyos músculos notaba tensos e hinchados. Cerré los ojos con fuerza y dejé escapar un gemido. Sus manos navegaron por mi pelo y sus labios susurraron mi nombre contra mi oído.

Y, tal y como él me había pedido tantas veces, me dejé llevar.

# Capítulo 27

Típico. Me desperté a la mañana siguiente y él ya no estaba. Me sentí entre confusa, extraña, cabreada y... Sí, satisfecha. Tampoco iba a ser todo malo.

Me desperecé y me quedé un rato mirando al techo, rememorando los besos y las caricias de la noche anterior y preguntándome una sola cosa: ¿y ahora qué?

Menudas semanas de locura. ¿Cómo podía cambiarle tanto la vida a una persona en tan poco tiempo? Yo que me había creído muy lista y deseada por el hombre perfecto, yo que me había

burlado de la vida sencilla del campo y sus nobles habitantes, yo que había deseado tener una WiFi decente más que cualquier otra cosa... ¡Ja! Esto tenía que ser cosa del karma, fijo.

Me puse una camisa y un vaquero y bajé a desayunar sin ni siquiera lavarme la cara. El olor del café me llegó ya desde las escaleras.

—¡Buenos días! —saludó Pol con entusiasmo.

Dios, qué dolor de cabeza.

—Eso será para quien lo sean —dije yo—. ¿No hay un café para mí, Poli?

La sonrisita acusadora seguía en su cara incluso cuando dejó de mirarme para servirme una taza humeante de ese líquido mágico. La agarré con las dos

manos, soplé un poco en la superficie y di un sorbo.

—¿Satisfecha?

Levanté la cabeza.

—¿Qué?

Él señaló la taza.

—Por el café.

—Ah... Sí, sí, gracias.

Mentira. No era por el café y su cara así lo demostraba.

—¿No has dormido bien? —insistió.

Suspiré

—Venga, Poli, suéltalo ya. No te andes por las ramas, no te pega nada.

—La furgoneta de Burke estaba aquí cuando llegué anoche.

—¿Y...?

—Y eran las dos de la madrugada.

—¿Llegaste tan tarde a casa? ¿Qué estuviste haciendo? ¿Ligaste con ese tío del baile?

Se sentó en frente y me señaló.

—Buen intento, Raquel.

Di otro sorbo al café y me quedé mirando el asa de la taza.

—Burke me trajo a casa.

—Y se quedó.

—Y se quedó —confirmé. Aunque no toda la noche, por lo visto.

Dio unas palmitas de alegría.

—¡Lo sabía!

Fruncí el ceño.

—Aún no he dicho nada.

—¡Ni falta que hace, querida! No hay más que verte los ojos. Y la piel. La piel nunca miente.

Me pasé la mano por la frente de forma inconsciente.

—¡Ajá! —Pol volvió a señalarme—. Ahora sí que sí. Pero cuéntame, ¿qué tal es en la cama?

—¿Qué tal es en la cama quién? —preguntó Alicia de pronto a mi espalda, acabando la última palabra con un bostezo.

—Burke —le dijo Pol entusiasmado.

—¿Te has acostado con Burke? —me preguntó mi amiga, abriendo mucho los ojos.

Alcé las manos.

—¡Vale, está bien! Basta de interrogatorios. Ya sabéis demasiado, no pienso daros detalles de mi vida sexual.

—Pero, Raquel...

—Vamos, Poli, déjala en paz —le pidió Alicia—. Luego hacemos conjeturas nosotros.

Me reí.

—¡Oye! —le di una palmada en el culo y entonces me di cuenta de que llevaba puestos unos calzoncillos—. Eh, ¿se puede saber qué coño haces con eso...?

Alicia metió la mano en el paquete de cereales y sacó unos cuantos que se fue comiendo como si fueran pipas.

—No encontraba mis bragas.

Pol y yo nos miramos con la boca abierta.

—¡Adam! —grité yo—. ¿No quieres un café?

—No creo que te oiga —dijo Alicia.

—¿Porque lo has matado del gusto?

—bromeó Pol.

Los tres nos reímos por lo bajo como un grupito de adolescentes en la edad del pavo.

—¿Burke todavía duerme? — preguntó Alicia.

Se me cortó la risa de golpe.

—Pues no lo sé —respondí—. Aquí, no.

La cara de Alicia mostró confusión.

—Su furgoneta no estaba cuando me he levantado —le informó Pol, el periodista oficial de la casa.

Alicia pareció incómoda.

—Ah, bueno. A lo mejor le ha surgido un imprevisto.

—A lo mejor —respondí yo, tratando de no darle demasiada importancia.

—¿Lo vas a llamar?

Alcé una ceja.

—¿A un tío que se acuesta conmigo y se larga antes del desayuno?

—Es Burke, Raquel. Burke —recalcó mi amiga—. Él no te haría algo así.

—Creo que «algo así» es exactamente lo que ha hecho.

Decirlo en voz alta, delante de un público que me miraba con compasión, me estaba provocando una bola en la garganta.

—Seguro que hay una explicación.

—Ajá. —Me escondí tras la taza y fingí dar un trago largo, a pesar de que el café ya se me había terminado.

El silencio estaba empezando a pesarme más que la cabeza sobre los hombros. Me sentía observada, y sabía que en cuanto me fuera a mi habitación, esos dos cuchichearían a mis espaldas y harían conjeturas sobre por qué la pobre Raquel se había despertado sola en su cama. Decidí ponérselo fácil y me levante con la excusa de que tenía que ducharme.

—Ya podéis dar rinda suelta al debate, cotorras.

No se cortaron un pelo, porque empezaron a hablar en cuanto les di la espalda. Subí las escaleras lentamente hasta que me topé con una imagen que no esperaba: Adam se había enroscado una sábana al cuerpo y la llevaba a modo de

toga.

—Buenos días, jefa —dijo como si nada.

Lo saludé con la cabeza y me aparté para dejarlo pasar, todavía un poco impactada. Vi cómo se apretaba más el nudo que impedía que la sábana se cayera al suelo, se cogía el bajo para no tropezarse y bajaba con el cuidado y la delicadeza de una estrella de cine en la alfombra roja.

Al menos volví a mi habitación con una sonrisa en la cara.

El lunes llegó y aún no había recibido ni una maldita llamada de Burke. A lo mejor me había equivocado con él y no era tan legal como había pensado. O a lo

mejor yo estaba paranoica y le estaba dando más importancia de la que tenía a un polvo de *Saturday night*. Las dos opciones podían ser ciertas.

A primera hora, antes de desayunar, llamé a María para contárselo todo, pues necesitaba la visión de alguien más imparcial.

—¿Raquel? —Su voz sonó pastosa y ronca.

—Siento despertarte, sé que es tu día libre, pero tenía que contarte algo importante.

Carraspeó para aclararse la voz.

—¿A quién te has tirado? ¿A Burke, no?

Fruncí el ceño.

—¿Cómo coño lo has sabido? ¿Y por

qué tiene que ser Burke? Durante nuestras escasas conversaciones siempre me he quejado de él.

—Siempre hablas de él, que es distinto —aclaró—. ¿Y qué hay de Andre?

—Andre no es de fiar —resumí. Mi tono fue seco y cortante.

—Entiendo —dijo ella—, no quieres hablar de ese tema ahora, y me parece bien. Igual que me lo parece que te hayas vengado con Burke. ¡Esa es mi chica! —celebró con un bostezo—. ¿Cómo fue con nuestro querido obrero?

—No me ha llamado —confesé, a pesar de lo humillante que era.

—¿Y le has llamado tú?

Me reí.

—¿Estás de coña?

—No seas idiota, Raquel —me advirtió ella—, no te hagas la digna. Deja de presuponer que es un cabrón y confírmalo, si es que se puede confirmar. Pregúntale directamente y deja de martirizarte.

—Pero...

—Pero nada —me cortó—. Te conozco y tú no te vas a la cama con cualquiera. Si te lo has tirado, es porque sientes algo de verdad.

Suspiré.

—Tienes razón.

—Como siempre —replicó con satisfacción—. Y ahora, déjame dormir un poco más y llámame cuando todo esto termine.

—Ni siquiera sé si ha empezado.

—Ay, Raquel... Empezó hace tiempo, solo que tú no has querido darte cuenta.

Me colgó sin esperar respuesta, como ya era costumbre, y me dejó pensando en la posibilidad de preguntarle a Burke directamente el motivo de que no se hubiera quedado a desayunar. ¿De verdad eso no sería humillante?

Sin esperarlo, una vocecita (que se parecía sospechosamente a la de mi madre) apareció en mi mente y me dijo «nunca te arrastres, Raquel, a no ser que te asegures antes de que el premio lo merece».

—Ah, mamá... A veces dices cosas coherentes —comenté en voz alta.

Sentí un pellizco de culpabilidad en

la boca del estómago. ¿Cuánto hacía desde que había contestado a su último correo? Ni siquiera había mirado si ella me había contestado a mí, ni me había interesado por su cita con el tipo del Mercedes. Me quejaba de mi madre, pero yo tampoco iba a estar nominada ese año a la mejor hija del año.

Abrí mi bandeja de entrada con la certeza de que la tendría inundada de mensajes suyos, cada uno peor que el anterior. Pero solo había uno de hacía ocho días.

Hola, cariño.

Tengo tantas cosas que decirte que no sé ni por dónde empezar.

Fui a la cita con el tipo del Mercedes

y fue un desastre. El Mercedes no era suyo, sino de su jefe. Él solo era su chófer. Pero eso no fue lo peor, si te soy sincera, sino el hecho de sentirme tonta por creerme esa mentira. Tenía que haberte hecho caso, perdóname. Tú tenías razón, yo ya no estoy para estas tonterías. Pero tranquila, cenamos rápido y le pedí que me llevara a casa. ¿Y sabes lo que hice en cuanto llegué? Me puse a ver las fotos del viaje que hicimos tu padre y yo a Mallorca. Recordé lo mucho que ese hombre me ha hecho reír, lo que se preocupaba por mí, las veces que me traía el desayuno a la cama. Y comprendí que no son las cosas las que dan la felicidad, sino las personas con las que las compartes. Tu

padre nunca tuvo un Mercedes, pero con él viví la época más feliz de mi vida.

¿Por qué te estoy diciendo esto? Porque me he dado cuenta de que te he presionado mucho desde que él... nos dejó. Quizás también desde antes. Quiero que seas feliz, mi niña, tanto como lo fui yo. Así que te pido perdón si en algún momento no te he sabido escuchar. Supongo que siempre me ha gustado pensar que habías llegado tan lejos gracias a que yo te había enseñado bien, a mis consejos, a mi presión, cuando lo cierto es que has llegado hasta donde estás por ti misma. Estoy orgullosa de ti, Raquel, y quiero que lo sepas. Necesito que lo sepas. No quiero que cometas mis errores, quiero que

cometas los tuyos. Si quieres a Andre, adelante. Pero no te dejes deslumbrar por promesas huecas, coches o joyas. El amor no puede comprarse, eso lo sé bien. Déjate llevar.

Por suerte, te pareces a tu padre, así que estoy segura de que al final acabarás siguiendo tu instinto.

Te echo de menos. Te quiere,  
Mamá.

No me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que una lágrima cayó en la pantalla del móvil. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Los planetas se habían alineado o algo así? Todo eran señales, como si el universo se hubiera puesto de acuerdo para mandarme instrucciones en

dirección a Burke.

¿De verdad mi madre había escrito eso? Llegué a plantearme que le hubieran hackeado la cuenta, pero entonces entendí que eso no tenía sentido. ¿Quién querría robarle a mi madre la cuenta para enviarme un correo de ese tipo a mí?

Mi madre... estaba orgullosa de mí. Y me pedía perdón. ¡Perdón! Ahora sí tenía ganas de abrazarla.

Le di a responder.

Mamá... No sé ni qué decir. No me salen las palabras.

Solo... Gracias, de verdad. Y perdóname tú también a mí si he sido muy dura contigo. Te prometo que te

llamaré pronto y que, para entonces, seré capaz de decirte algo más.

Seguiré mi instinto, tienes mi palabra.  
Tu hija que te quiere.

Mientras me tomaba el café, vi aparcar a la Amarok a través de la ventana. Me dio un vuelco el estómago, el pulso se me disparó y la taza se me resbaló de las manos y se me cayó al fregadero.

—¡Mierda!

Genial, me había cortado con un puto trozo de cerámica. Metí la mano bajo el grifo, pero la sangre no dejaba de salir. Cuando levanté otra vez la vista, una furgoneta mucho más pequeña había parado junto a la otra.

Fruncí el ceño y fui a la recepción del hotel a tiempo para ver a Burke entrar por la puerta con un chaval bastante desaliñado, que llevaba una caja en las manos.

—Buenos días —saludó Burke. Sin sonrisa, sin entusiasmo, prácticamente sin mirarme.

—Buenos días —respondí, apretándome la herida de la mano con un trapo.

Reparó en este hecho y frunció el ceño.

—¿Qué te ha pasado?

Sacudí la cabeza como si no fuera nada.

—Una taza.

—Ah, vale.

¿Ah, vale? No, no valía. ¿Qué coño le pasaba? ¿Tenía miedo de que si me hablaba demasiado yo le exigiera amor eterno? Porque eso no iba a pasar.

—¿Y tú eres...?

El chico alzó la caja.

—Vengo a instalar la conexión WiFi.

Abrí los ojos de la emoción.

—¿Ya?

—Bueno, si prefiere que venga luego...

—No, no, por favor. —Le indiqué que pasara al otro lado del mostrador—. Cuando quieras.

Durante varios minutos, Burke y yo observamos cruzados de brazos cómo el técnico se dedicaba a pasar cables, apretar botones y llamar por teléfono a

la central. Me esforzaba por mantener la vista fija en lo que hacía, pero mi mente me traicionaba y me obligaba a lanzar miradas fugaces hacia Burke. Él parecía concentrado en el dichoso *router*.

El técnico levantó la cabeza.

—Oigan, esto me va a llevar un buen rato, así que si quieren ir haciendo otras cosas...

Burke me miró un segundo y se dio la vuelta en dirección al sótano. Pero yo no iba a pasarme así todo el puto día, así que lo agarré del brazo. Él dio un respingo y miró mi mano, que todavía lo sujetaba. Me aparté un poco.

—¿Puedo hablar contigo?

—Tengo mucho que hacer.

—Burke —dije con seriedad.

—El sótano me va a tener ocupado todo el día, pero iba a decirte que, si querías, podía encargarme yo de la página web del hotel. Tengo algunos conocimientos de diseño gráfico y...

Levanté las manos y cerré los ojos un segundo.

—Espera, espera, no tan rápido. No es de eso de lo que quiero hablarte. Dime qué te pasa.

—A mí no me pasa nada. ¿Por qué lo dices?

Distante. Desviando la mirada. Con la cabeza baja.

—No soy idiota. Y sé que tú tampoco. ¿Qué pasa, ahora eres tú el que tiene amnesia? ¿No te acuerdas de lo del sábado?

Sonrió de forma amarga.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Raquel?

Parpadeé varias veces sin poderlo creer.

—¿Que qué quiero? Saber lo que pasó para que desaparecieras antes de que me despertara, por ejemplo. Saber lo que fue... eso.

—Oye, *eso* fue exactamente lo que tú quisiste que fuera.

—No entiendo una mierda de lo que me estás diciendo. ¡Di las cosas claras!

—Tú te aprovechaste. Yo me aproveché. Todos ganamos, ¿no? —dijo en tono ácido—. Insisto, no sé a qué viene esto.

Apreté los dientes y lo miré con odio.

—¿No tienes nada más que decir?

Me miró impasible.

—No.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—No me lo puedo creer...

—No te preocupes, pronto estarás de vuelta en tu amada Barcelona y no tendrás que perder el tiempo con paletos.

Plas. Como una bofetada.

—Sinceramente, esperaba más de ti —confesé con dureza—. No te tenía por un cobarde.

—¿Cobarde, yo?

Me estaba tocando los cojones pero bien.

—Si lo que querías era echar un polvo y librarte de mí, había formas más

elegantes de hacerlo.

Frunció los labios y apretó los puños. Por un momento, creí que iba a explotar, a gritarme, a decirme todo lo que pensaba. Pero respiró hondo y relajó la expresión.

—Yo lo único que quiero es cumplir con mi trabajo y seguir con mi vida.

—Entonces estarás deseando que la bruja de tu jefa se vuelva a su país y te deje respirar.

No me respondió, pero me miró con ojos brillantes y cargados de algo que parecía dolor. Dios... Habría dado lo que fuera por saber qué estaba pensando en aquel instante.

—Raquel... —comenzó a decir, pero se quedó callado—. Tengo que trabajar.

Aquello me hizo explotar. Tiré el trapo al suelo y lo maché todo de sangre. La mano comenzó a gotearme también, pero me dio igual.

—¡Pues lárgate de una puta vez!  
¡Desaparece de mi vista! Ya tienes experiencia —añadí con todo el rencor que pude.

Burke miró alrededor y entonces yo también. Adam, Otto, Alicia y Pol parecían haberse quedado congelados en sus sitios, como estatuas. Nos miraban sorprendidos, pero se pusieron otra vez en marcha en cuanto se dieron cuenta de que los habíamos pillado.

Aquello ya fue demasiado.

Recogí el trapo del suelo

Y me fui.

Matilda era la única que no me juzgaba. De vez en cuando me miraba, mugía, y seguía comiendo. Yo le acariciaba el lomo sin dejar de llorar.

—Se me ha ido de las manos, ¿sabes? Todo esto.

Mugido.

—Sí, ya lo sé. No lo vi venir.

Mugido.

—Ya he intentado hablar con él y ha sido un desastre. ¿Es que no has oído nada de lo que acabo de decirte?

Dos mugidos.

—Vale, tienes razón, tú no tienes la culpa. —Suspiré y me limpié las lágrimas con la manga—. Es que no sé qué hacer. ¿Me vuelvo a Barcelona sin

más?

Lametazo.

—Sí, yo también te echaría de menos, pero, ¿qué quieres que haga? No puedo quedarme aquí. Allí tengo una vida y...

Me interrumpí de golpe y pensé en la vida que tenía allí. A excepción de mi madre y María, ¿habría alguien más que me echaría de menos? Sacudí la cabeza.

De todas formas, mi trabajo estaba en el hotel de Barcelona... ¿O no? Tal vez necesitara un cambio, no me apetecía cruzarme con Andre por los pasillos. Además, para él mejor, seguro que así se quitaba un muerto de encima.

—Debo de estar volviéndome loca para plantearme vivir aquí —le dije a la vaca—. ¿Tienes idea de lo maravillosa

que es Barcelona?

Ella bajó la cabeza y movió el rabo.

—Dios mío... He cambiado a mi psiquiatra por una vaca. No te ofendas, pero esto es lo que te hace este sitio, Matilda, ¿lo comprendes?

Levantó la cabeza otra vez, me miró y pasó de mi cara. Joder, ignorada por una vaca. Ahora sí había tocado fondo.

Unos toquecitos en la puerta del establo.

—¿Interrumpo?

La cabeza de Alicia me miraba con una sonrisa amable. Le hice un gesto y el resto del cuerpo también entró.

—Antes de que digas nada... Sí, estaba desahogándome con la vaca. Por favor, guárdate tu opinión.

Ella se encogió de hombros.

—No iba a decirte nada sobre eso — admitió—. Solo quería saber cómo estás.

—Avergonzada por el espectáculo de antes.

—Déjame ver. —Me pidió la mano y apartó el trapo—. Deberías lavarte eso.

Suspiré.

—Debería hacer tantas cosas, Alicia...

Otra sonrisa cálida mientras me ponía la mano en el hombro.

—Oye, todo se arreglará.

Negué con la cabeza varias veces.

—Yo ya no sé ni qué pensar.

Alicia frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Tomé aire por la nariz y lo expulsé por la boca lentamente antes de enfrentarme a la preocupación de sus ojos claros.

—No sé lo que quiero, Alicia. No sé por dónde tirar, qué hacer o a dónde ir. Ni siquiera sé lo que sentir.

—¿Es por mi primo?

—¡Es por todo! Yo tenía las cosas muy claras hace un par de meses. Un buen trabajo, un novio perfecto... Soñaba con pasar las navidades en algún sitio romántico. Ya sabes, bebiendo champán, comiendo bombones y echando polvos junto a la chimenea.

—Muy romántico, sí —bufó.

Chasquéé la lengua.

—¿Sabes lo que más me confunde?

Que ni siquiera estoy triste por Andre. Estoy dolida, me siento humillada, pero creo que ni siquiera me importa que ahora mismo pueda estar tirándose a otra.

—¿Y eso es... malo? —preguntó extrañada.

—¡Pues sí! Porque yo ahora tendría que estar cogiendo un vuelo a Barcelona para pedirle explicaciones y cortarle las pelotas. Eso habría sido lo lógico. ¿Pero qué estoy haciendo en lugar de eso? Lamentarme con una vaca porque un puto paleta no me hace ni caso.

—Por lo que dices, yo creo que lo tienes bastante claro, Raquel.

—¿Ah, sí? Ilumíname.

—Estás pillada por Burke.

La vaca mugió otra vez. La miré con cara de pocos amigos.

—¿Lo ves? Matilda también lo cree.

—No sabéis lo que decís —espeté—.

Bueno, tú no sabes lo que dices. La vaca no dice nada, joder.

—A veces no hacen falta palabras para decir algo.

Me crucé de brazos.

—¿Y eso qué coño quiere decir?

Alicia alzó la barbilla y esbozó una sonrisita de suficiencia.

—Pues que la vaca dice mucho, y tus ojos también.

# Capítulo 28

Después de que Alicia se creyera muy lista, me había vuelto a dejar sola con Matilda porque yo aún no tenía ganas de volver a entrar en la casa. Sin embargo, al cabo de más de media hora, decidí que no podría esconderme con la vaca para siempre, así que tomé una buena bocanada de aire (cosa que no debería haber hecho, teniendo en cuenta donde estaba) y salí de allí con la clara intención de volver a largarme. A lo mejor un paseo en furgoneta hasta el pueblo a me ayudaba a pensar. O, al menos, me alejaría de la granja y de todos sus habitantes por un rato.

—¿Dónde está Alicia? —pregunté a Pol—. Necesito la furgoneta.

—Se ha ido a por pienso y no sé qué más —dijo él—. ¿A dónde vas?

—Mierda —mascullé—. Quería ir al pueblo.

—Yo puedo llevarte.

Di un respingo y me di la vuelta. Esa voz. Esas palabras. Todo junto no encajaba.

—No hace falta, gracias —dije con un tono más seco que la *mojama*—. Tú estás muy ocupado.

Burke se acercó un poco más mientras se secaba las manos con un papel.

—Tengo que ir a por algunos materiales igualmente. —Se encogió de hombros—. Por mí no hay problema.

Entorné los ojos. ¿De verdad no lo había? ¿Por qué se mostraba ahora amable de repente?

—Bueno, pues perfecto entonces, ¿no? —intervino Pol con una sonrisa apaciguadora—. Raquel, ya que vas, me gustaría encargarte algunas cosas.

—Ya —contesté con desconfianza. ¿Seguro que no lo hacía para que no me negara a ir?

Pol se apresuró en coger un papel de la recepción y comenzó a escribir a toda prisa.

—Necesito harina, aceite y unos tomates. Ah y, por favor, cómprame unas manoplas. Estoy harto de quemarme en ese maldito horno.

Doblé el papelito en cuatro partes y

me lo metí en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Vamos? —preguntó Burke.

Tragué saliva, alcé la cabeza y fingí que nada me importaba mientras me subía a la Amarak y me abrochaba el cinturón.

Burke arrancó y puso la radio.

—¿Dejo esta emisora?

Lo miré como si me estuviera hablando en chino.

—Deja lo que quieras —respondí, desviando de nuevo la vista hacia la ventana.

—Vale.

Durante un rato, permanecemos en silencio mientras iba sonando una canción tras otra.

—El sótano ya casi está —dijo entonces.

—Genial —respondí sin mirarlo.

En los siguientes minutos lo escuché suspirar bajito un par de veces, pero me mantuve en mis trece, con el cuello rígido y las manos cruzadas sobre las piernas.

—Oye, Raquel...

La melodía de su móvil lo interrumpió. ¡Mierda!

Al descolgar, me pareció que al otro lado hablaba una mujer bastante nerviosa.

—Vale, tranquila, voy enseguida.

Y colgó.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—¿Te importa si me desvío cinco

minutos? Tengo que... solucionar una cosa.

Lo miré un tanto extrañada pero asentí.

Dejamos atrás el centro del pueblo y atravesamos varias calles hasta pararnos frente a una casita pequeña de fachada gris, adosada a otras casitas pequeñas de fachadas grises. Una mujer de pelo plateado recogido en una trenza a la altura de los hombros estaba esperando en la puerta. Burke paró el coche y salió a toda prisa, no sin antes volverse hacia mí.

—No tardo nada.

—Vale.

Lo vi hablar con la mujer, ella señaló el coche y él resopló cuando la vio

acercarse y hacerme gestos.

Bajé la ventanilla.

—¿Sí?

—No te quedes ahí, bonita, entra a tomar un té.

—Mamá... —se quejó Burke—. Tenemos prisa.

—¿Mamá? —pregunté yo. Oh, oh. ¿Su madre?

La mujer tenía los ojos avellana de su hijo y me dirigía una sonrisa de lo más entrañable cuando me ofreció su mano huesuda. Se la estreché y comprobé que estaba caliente. Miré a su hijo, que se encogió de hombros, algo incómodo.

—Me llamo Adele. Tú debes de ser Raquel.

Miré a Burke. ¿Por qué su madre

sabía mi nombre?

—Es un placer conocerla —le dije, devolviéndole la sonrisa.

—Oh, por favor, el placer es mío. ¿Qué me dices de ese té?

Burke me pidió disculpas con los labios. Yo abrí la puerta del coche.

—Que lo tomaré encantada.

Adele sonrió satisfecha y se agarró a mi brazo para entrar en la casa.

En cuanto cruzamos la puerta, noté el calorcito que desprendía la chimenea del salón. El suelo y los muebles eran de madera clara, que contrastaba con el sofá marrón oscuro y la alfombra granate que había delante de él.

En un rinconcito, sentado en un sillón orejero, un hombre de pelo

completamente blanco tarareaba una canción con la mirada ausente. Burke se acercó a él.

—Papá —lo llamó, pero el hombre rehusó mirarlo—. Papa, soy Burke.

—Lleva más de una hora así —explicó Adele—. He tratado de darle la medicación, pero se niega a abrir la boca. Me ha tirado el vaso de agua y no... No...

Fruncí el ceño y le agarré la mano.

—No se preocupe, ya estamos nosotros aquí.

—No me reconoce —me dijo la mujer con el labio inferior tembloroso—. Nunca le había pasado conmigo.

Una lágrima traicionera se le escapó, y yo le pasé el brazo por los hombros

para tratar de reconfortarla. Burke seguía hablando con su padre en voz muy baja, cerca de su oído. El hombre acabó mirándolo y sonriendo.

—Burke, ¿qué haces aquí? ¿Y tu madre?

Adele dio un respingo y se soltó de mí para acercarse a su marido.

—Estoy aquí, cariño —le dijo con suavidad—. Yo siempre estoy aquí.

El hombre la miró con un brillo especial en los ojos que le hacía parecer un chaval.

—Estás muy guapa, Adele.

Adele sonreía. Yo sonreía. Todos sonreíamos. Excepto Burke, que se masajeaba las sienes, preocupado.

—Eh, ¿estás bien? —le pregunté,

poniéndole la mano en el brazo.

Se quedó mirándola un segundo, pero acabó poniendo la suya encima. Miró a sus padres y me la apretó con fuerza sin responder a mi pregunta.

—¿Querías el té de verdad? —susurró.

Me reí.

—¡Claro que lo quiere! —exclamó su madre, separándose de su padre un momento—. Vigiládmelo un minuto.

—Vaya oído —murmuré.

—No tienes ni idea —asintió Burke.

Burke se acercó a su padre y me hizo un gesto para que hiciera lo mismo.

—Mira, papá, esta es Raquel.

El hombre me miró a los ojos.

—Caray, qué guapa es. ¿Es tu novia?

Vaya por Dios.

—No, señor, yo soy su... amiga.

Evité mirar a Burke porque me ardían las mejillas.

—¿Solo su amiga? Te aseguro que es un buen chico, jovencita.

Levanté la vista y miré a su hijo.

—Lo sé.

Bah, a la mierda. Sería un capullo, pero era un buen tío, maldita sea.

—Y muy listo —añadió su madre, entrando por la puerta con una bandeja llena de pastas y tazas humeantes.

—Mamá...

—¿Qué? ¿No puedo estar orgulloso de mi pequeño? Mira, Raquel, fijate en lo que hacía con solo seis años.

La mujer dejó la bandeja sobre la

mesa y me señaló una figurita de madera que había sobre la repisa de la chimenea. Cuando me acerqué, me di cuenta de que era una maqueta de la Sagrada Familia.

—¿Esto lo hiciste tú? —pregunté sorprendida.

Él se rascó la nuca algo incómodo.

—Sí, bueno...

—Mi hijo va a ser un arquitecto muy famoso, ¿sabes? —intervino su padre—. Cuando acabe el instituto, irá a la universidad.

Burke sonrió con tristeza. Su madre le acarició la mejilla con el pulgar.

—Estoy segura de ello, señor Fürmann—dije yo—. Tiene muchísimo talento.

—Por eso no sé por qué no quieres ser su novia —insistió.

Los demás nos echamos a reír y él terminó uniéndose también, aunque intuí que no sabía muy bien por qué se reía.

—¿Quieres ver algunas fotos? —me ofreció Adele.

—Mamá, no —la regañó él—. Raquel y yo tenemos prisa.

Lo miré con una sonrisa maliciosa.

—Oh, vamos, para ver un par de fotos siempre hay tiempo.

Disfruté como una enana cuando la señora Fürmann me enseñó a un Burke de apenas un año con el pelo rubio, los mofletes rojos y el culo al aire; a otro de apenas cinco o seis años jugando al fútbol; un tercero disfrazado de

vaquero...

—Dios mío, estás para comerte —  
comenté. —Él alzó una ceja—. Estabas  
—puntualicé—. Estabas para comerte.

—Y míralo en esta —dijo su madre,  
pasando de página—. Estaba enfadado  
porque le habíamos obligado a bañarse.

Burke dio dos pasos y cerró el álbum  
de golpe.

—Vale, ¡es suficiente!

Adele guardó el álbum y resopló.

—No sé cómo puedo echarlo tanto de  
menos con lo cascarrabias que es.

—Eso es porque soy un encanto —  
dijo él y le dio un beso en la cabeza a su  
madre.

La mujer le apretó los mofletes y se  
dirigió a mí de nuevo.

—Tengo su habitación igual que el día en que se fue, ¿sabes? Me hace sentir como si no se hubiera ido del todo.

—Vaya... Me gustaría ver eso — solté.

—¡Pues te la enseño!

Burke puso cara de horror. Yo me aguanté la risa. El señor Fürmann entonces llamó a su mujer con insistencia.

—Cielo, ¿por qué no se la enseñas tú?

Él le lanzó a su madre una mirada de reproche y me indicó que lo siguiera.

—Oye, te agradezco que le sigas el rollo, pero ya podemos irnos.

—¿Sin ver esa habitación? —dije en

tono burlón—. Creo que no.

—¿De verdad quieres verla? —quiso saber. Yo asentí—. Vale, bueno, qué más da.

Lo seguí escaleras arriba hasta un pasillo estrecho con fotos familiares en las paredes pintadas de amarillo. Burke abrió la segunda puerta a la derecha y me dejó entrar primero.

Paredes blancas, una cama con una colcha azul en una esquina, un escritorio de madera de pino al otro lado, bajo la ventana. Estanterías con algún libro, pero sobre todo con películas. Pósters de fútbol y de una chica en bikini.

—¿Carmen Electra?

—Tenía dieciocho años —se excusó.

—Yo tenía a Leonardo DiCaprio en

mi pared.

Alzó una ceja y sonrió.

—*Titanic* hizo mucho daño.

—Y también *Playboy* —contraataqué.

—Ahí me has dado.

Pasé la mano por el escritorio de madera impoluta y sin una mota de polvo. Se notaba que Adele se esforzaba por mantener la habitación en excelentes condiciones. Tal vez por si algún día su hijo quería quedarse a dormir.

—Tus padres son un encanto.

—Siento no haberte explicado lo de mi padre.

—¿Alzheimer?

Asintió.

—Desde hace doce años. Parecía que lo teníamos más o menos controlado,

pero en el último año ha avanzado muy rápido.

—Lo siento.

—Es un tipo genial, ¿sabes? Aún cree que voy al instituto. Cada vez que vengo me anima para que viaje y vea mundo, para que coja ideas para mis edificios.

Había nostalgia y amargura en su voz, pero también mucho cariño. Sentí ganas de abrazarlo pero, obviamente, me contuve.

—Creo que tiene suerte de tenerte. Y tu madre también —añadí.

Él se sentó en la cama y sonrió. Seguí curioseando por la habitación hasta que escuché chirriar los muelles del somier y noté su cuerpo justo detrás del mío.

Me giré y levanté un poco la cabeza

para enfrentarme a sus ojos.

—¿Sabes? Me alegro de que hayas subido a mi habitación porque quería decirte algo cuando me ha llamado mi madre por teléfono.

—Tú dirás.

Trataba de parecer tranquila, pero tuve que echar hacia atrás los brazos para agarrarme al respaldo de la silla. Si no, me habría retorcido los dedos, nerviosa.

—Perdóname. —Calló un momento, esperando para ver mi reacción, pero no dije nada—. Tenías razón en enfadarte esta mañana. Y ayer. He sido un capullo.

—Pues sí, lo has sido.

Se pasó las manos por el pelo.

—Voy a ser claro de una puta vez.

Voy a decirte lo que quiero decirte justo ahora, porque no sé si seré capaz más tarde. —El corazón se me subió a la garganta. Noté cómo el estómago se me anudaba, con lacito y todo—. Me gustas, Raquel. Me gustas mucho. No me enrollé contigo porque quisiera echarte un polvo. Es decir, quería, pero no por lo que tú crees. No pretendía aprovecharme de ti, sino que me moría por besarte y por tocarte desde hacía mucho tiempo.

Me quedé de piedra. En serio, de puta piedra.

—Yo...

—Espera, déjame acabar, por favor —me cortó—. La madrugada del sábado me puse a pensar, a darle vueltas a

nuestra situación. Alguien me dijo que me harías daño y...

—Claudia —mascullé.

Él asintió.

—Sé que le gusto y que se preocupa por mí, no la culpes mucho.

—¿Culparla por qué? ¿Por prepararme una encerrona en el baño para decirme lo malas que son las mujeres como yo?

Sacudió la cabeza.

—No debió haberse metido.

—O quizás sí —espeté—. ¿Quién coño es Claudia, Burke?

Frunció el ceño.

—No comprendo.

—Su cercanía, tu cercanía, cómo tratas a su hijo...

Abrió los ojos de golpe.

—¿Crees que es mi hijo?

—Yo ya no sé qué creer —confesé.

Se echó a reír en mi cara y eso me enfureció más aún.

—Por eso aquella pregunta en Baden-Baden. ¿Por qué no me lo preguntaste directamente?

—Porque no tenía derecho —admití—. Y sé que tampoco lo tengo ahora.

Él sonrió con amargura.

—Eso mismo pienso yo, pero al revés.

—Explícate —exigí.

—Estabas enamorada de Andre hasta hace poco, y puede que tal vez aún lo estés. Sé cuánto te he sacado de quicio y sé lo mucho que te gusta Barcelona. Tú

tienes tu vida, yo tengo la mía. Tú misma lo dijiste el sábado, querías aprovecharte de mí. No te estoy culpando, porque yo sabía que estabas mal y que solo buscabas cariño, o venganza, o ambas cosas. Y acepté de buena gana. Y no tengo derecho a exigirte nada, pero es absurdo que siga intentando convencerme de que te olvidaré al día siguiente de que te vayas.

Guau... ¿Qué había sido eso exactamente?

—Yo... No sé muy bien qué decir ahora.

—No hace falta que digas nada.

Di vueltas por la habitación, tratando de ordenar mis ideas.

—¿Crees que me acosté contigo por

despecho?

Él alzó las cejas.

—¿No fue así?

—No. Es decir, no lo sé —rectifiqué

—. Creo que no.

—Vale. No sé muy bien cómo tomarme eso.

Sacudí la cabeza. Tenía que explicarme mejor.

Pero entonces sonó mi móvil y fue como si despertara de un sueño, como una bofetada en toda la cara.

—Esto no ha terminado —le advertí a Burke mientras sacaba el maldito teléfono y me lo llevé a la oreja, todavía con los ojos fijos en los suyos.

—¿Sí?

—¿Rachel? ¿Dónde estás?

Fruncí el ceño.

—¿Andre?

—Sí, amor, soy yo. ¿Dónde te has metido?

—Pues...

Miré a Burke, que obviamente estaba escuchándolo todo. Ahora sí se había jodido el momento pero bien.

—Bueno, da igual —se apresuró a decir Andre—. Vuelve a la granja ya.

—¿A la granja por qué? ¿Qué es lo que pasa?

Él se rio al otro lado.

—Pasa que estoy en el pueblo, preciosa. ¿No quieres venir a darme la bienvenida?

# Capítulo 29

Me tiré todo el camino de vuelta con los nervios a flor de piel, todavía sin poder creerme que Andre estuviera allí de verdad. O sea, que me pasaba semanas rogándole que viniera a ayudarme y no me hacía ni puto caso, y ahora que era yo la que pasaba de su culo, se presentaba por las buenas sin avisar.

Igual que en el cole: persigue al chico que te gusta y pasará de ti. Trátalo como si fuera menos importante que el borrador de la pizarra y se preguntará qué tienes tú de especial para ser la única que no lo venera. Los seres

humanos somos ridículos.

Burke no abrió la boca, pero tampoco hizo falta. Su expresión lo decía todo: estaba preocupado, y tal vez un poco cabreado. Por Andre, por mí, por su declaración sin respuesta. Vale, estaba MUY cabreado.

No me atreví a decirle nada porque en aquel momento ni siquiera sabía qué sentir. Andre estaba allí, y yo había deseado que ese momento se produjera desde el primer día. Me había imaginado su llegada de mil formas, pero en ninguna aparecía yo con cara de amargada o confundida. Más bien, saltaba eufórica a sus fuertes brazos y luego lo subía a mi habitación.

Suspiré contra la ventana y mi aliento

hizo una nube de vaho que se estrelló contra el cristal y lo empañó todo. Los árboles se veían como detrás de una bruma. De pronto, me habría gustado bajar del coche y perderme entre ellos.

Cuando paramos frente al hotel, Andre ya nos estaba esperando fuera junto a una Alicia y un Pol con cara de circunstancias.

Me tomé mi tiempo para quitarme el cinturón, tomar aire y expulsarlo despacio.

—Veamos en qué acaba todo esto —masculló Burke antes de bajar de la furgoneta.

Por el cristal delantero vi cómo los dos supuestos amigos se saludaban con un apretón de manos escueto y tenso.

Después todos se giraron hacia mí, a la espera.

—Vale, tienes que bajar ya —me dije a mí misma para infundirme valor.

Y bajé. Y miré a la cara a ese cabrón con la cabeza bien alta. Venía impecable, de traje azul marino y camisa blanca. Estaba como un tren, eso era un hecho, pero fue como si me resbalara. Sus ojos azules, su pelo rubio, su porte de guerrero vikingo pero refinado. Y ese olor... Un olor que me azotó de lleno en cuanto estuve a un par de metros de él.

Me escudriñó de arriba abajo y sonrió, sorprendido de verme con vaqueros y botas con la puntera llena de tierra.

—Vaya, Raquel, estás... cambiada.

Nunca te había visto sin tus faldas y tus tacones.

—Ya ves —le dije, dándole la mano que me ofrecía—. Es lo que tiene que me mandarás al culo del mundo. He tenido que adaptarme.

Me acarició con el pulgar de forma sutil y yo bufé un poco. Era el único que no sabía que lo nuestro era de conocimiento popular.

—Bonito acento —repuso—. Pol me estaba contando el gran trabajo que has hecho.

—Que hemos hecho —le corregí.

Mis amigos sonrieron agradecidos y él asintió.

—Por supuesto. Alicia, además, me ha contado que has sido una jefa muy

generosa.

Alcé las cejas y miré a mi amiga, que me guiñó un ojo.

—Alicia es muy amable. Y una Holbein —añadí, recordando algo—. Qué curioso que se te olvidara mencionármelo.

—¿No te lo dije? —Andre frunció el ceño.

—No —respondimos su prima y yo a la vez.

Andre se metió una mano en el bolsillo del pantalón.

—Qué raro. He estado tan liado que ya no recuerdo ni lo que digo —se excusó—. Pero bueno, ¿qué te voy a contar a ti, verdad? Tú también has estado muy ocupada.

Una miradita a Burke, que se cruzó de brazos.

—Pues sí, bastante.

Todos notaban la tensión en el ambiente. Andre era consciente de que las cosas no iban bien y parecía una balsa de aceite, pero yo estaba dispuesta a no ponérselo nada fácil. De hecho, me habría gustado coger una piedra y estampársela en la cabeza.

—Ya veo. Oye, Burke, ¿y qué hay de ti? Hace mucho que no te veo.

—Pues yo no me he movido de aquí —respondió él con un tono que denotaba el reproche.

—Ya, bueno. Habría venido más, pero en Barcelona tengo muchos compromisos.

Apreté los puños y di un pequeño pasito hacia delante, pero Pol me sujetó por la muñeca. Lo miré y él negó con la cabeza. Respiré hondo.

—Sí, ya me imagino. —comentó Burke—. Eres un tipo con mucha suerte.

Andre estaba tan pagado de sí mismo que no se dio cuenta de que los ojos de Burke buscaron los míos por un segundo. Yo agaché la cabeza, incapaz de enfrentarme a eso en aquel momento.

—Bueno, ya sabes. —Andre se encogió de hombros—. No me puedo quejar. Pero cuéntame, ¿qué tal todo por el pueblo? ¿Enganchaste ya a Claudia?

Le dio un codazo amistoso que el otro no le devolvió.

—No.

Andre soltó una risita.

—¿Y a qué esperas? Colega, no te va a esperar toda la vida.

Burke me miró, ya sin cortarse.

—No quiero que me espere.

Un silencio incómodo. Los ojos de Burke quemándome la piel. El carraspeo de Andre.

—Pues dudo que encuentres a otra mejor —señaló.

Burke se encogió de hombros.

—Quién sabe.

Miré a mis amigos porque no paraban de hacerme gestos en plan... «Fíjate lo que está diciendo Burke. Es por ti. Tú eres mejor que Claudia». Les hice un gesto con la mano para que se estuvieran quietos, aquello ya era demasiado

incómodo como para que encima los pillaran poniéndome ojitos y mordiéndose los labios.

—Bueno, si nos disculpáis, me gustaría hablar con Raquel a solas.

Andre me cogió de la mano y sentí un escalofrío. Una chispa. Pero no cálida y reconfortante, sino como si me hubiera dado la corriente de verdad, como un aviso. Se me estaba yendo la cabeza. Me dejé arrastrar al interior de la casa, sin atreverme a mirar a Burke, a Alicia o a Pol.

Andre echó un vistazo alrededor, me felicitó de nuevo por el esfuerzo y el resultado y se quitó la chaqueta para dejarla sobre el respaldo de una silla. Entonces, dejando a un lado el hotel, que

al parecer le sudaba los huevos, me puso las manos en la nuca y trató de besarme.

Giré la cara y sus labios se dieron contra mi mejilla.

Suspiró.

—Estás enfadada —dijo en español.

—¿Enfadada, yo? No sé por qué lo dices.

—Vamos, Rachel, no juegues conmigo. Lo estás, y no te culpo. Lo entiendo.

Me llevé la mano al pecho.

—Oh, lo entiendes. Es todo un detalle.

Chasqueó la lengua.

—Oye, llevas semanas pidiéndome que viniera y ahora que estoy aquí, ¿te

pones en ese plan?

—¿Cuánto hace que no te pido que vengas, Andre?

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que a lo mejor ya no te necesito.

Se tomó un segundo para encajar aquello y luego alzó las manos.

—Oye, vale, sé de qué va esto. No me he portado bien y tienes que castigarme. Vale, de acuerdo, ¿por qué no me dices qué quieres que haga exactamente y nos ahorramos esta escenita?

Me agarré a la mesa del comedor y apreté hasta que me hice daño en los dedos.

—Tienes novia —le solté sin más.

Eso sí que no se lo esperaba.

—Ah, eso.

—Sí, eso.

—¿Cómo te has enterado?

Abrí mucho los ojos. ¿En serio?

—¿Eso es lo único que tienes que decirme?

—A ver, Rachel...

—Raquel.

Sacudió la cabeza.

—No es mi novia exactamente.

—¿Ah, no? ¿Qué es entonces? ¿Otra imbécil como yo?

—Es la hija de un amigo de mi padre. Nos presentaron en una fiesta, su padre se empeñó en invitarme un día a cenar y... Bueno, hemos quedado varias veces en los últimos meses, pero no es mi novia.

Solté una risa histérica.

—¡En los últimos meses!

—Oye, te lo habría dicho, pero tú tampoco eras mi novia exactamente, ¿no?

Fruncí los labios y clavé las uñas en la mesa.

—Hijo de puta.

Su rostro se relajó y trató de tocarme con una sonrisa en los labios. ¿En serio?

—¿De qué cojones te ríes?

—Si estás enfadada es porque aún me quieres. Estaba preocupado.

—Pues lo has disimulado muy bien. Y no, no te quiero —le aclaré—. Y no sé si alguna vez lo he hecho.

—No eres tú la que habla, es tu rabia. Pero hablaremos de todo esto y...

—Ya está todo hablado, capullo. —  
Di unos pasos hacia él y lo amenacé con el dedo—. Y no se te ocurra volver a intentar tocarme porque te cortaré las pelotas y se las echaré de comer a los cerdos, ¿me he explicado con claridad?

Entornó los ojos.

—Este sitio te ha cambiado, tú no eres así. La Raquel que yo conozco es una mujer razonable.

—¿Razonable, dices? A mí me parece muy razonable tener ganas de partirte la cara después de todo lo que me has hecho.

—Mira, eso de la novia es una idiotez, solo intentaba contentar a mi padre. Pero llevo semanas hablándole bien de ti. El señor Brauer lo llamó el

otro día para felicitarle por haberte escogido para esto. Ahora estás a la altura de un Holbein, ya puedes volver a casa. Vamos a vender este sitio y a empezar una vida juntos en Barcelona. Incluso traigo el contrato, he quedado con el comprador en dos horas.

Tragué saliva. Respiré hondo. Hice caso omiso de los latidos desbocados de mi corazón.

Levanté un dedo.

—¿Me disculpas un momento?

Me di la vuelta, cogí un florero de los que Pol se había esmerado en alinear con la pared y se lo tiré a la cabeza. Lo esquivó a tiempo y el florero se hizo añicos contra la pared.

—¿Te has vuelto loca?

La puerta del hotel se abrió de golpe y los tres que se habían quedado fuera, entraron a toda prisa.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Alicia en alemán.

Cambiábamos de idioma más que de bragas.

—¡Mi florero! —Pol se agachó a recoger los pedazos.

—Lo siento, Pol —le dije—. Siento haberlo roto.

—¿Que sientes haberlo roto? —preguntó incrédulo Andre—. ¡Casi me abres la cabeza!

—¿Se lo has tirado? —Burke no pudo ocultar una sonrisa.

—Este cabrón quiere vender el hotel. —Me toqué la frente, me pasé el pelo

detrás de la oreja, caminé de un lado a otro del salón—. Me pone los cuernos y encima quiere tirar todo nuestro trabajo a la basura.

—¡Que no éramos pareja! —insistió Andre—. Y yo nunca he querido hacerme cargo de este sitio. Mi padre me dio libertad para gestionarlo y eso es lo que he hecho.

Lo miré de manera que tuvo que cerrar el pico de golpe.

—No puedes vender la granja —comentó Burke—. Tu abuela no lo permitiría.

—Mi abuela ya no está aquí —repuso él con sequedad—. Y deja de actuar como si también fuera tu abuela. No eres de esta familia, Burke, ni esta es tu casa.

Burke apretó los puños.

—Debí haberte partido la cara hace mucho —gruñó Burke.

Andre sacó pecho y se envalentonó.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque tengo más respeto que tú por este sitio y por tu abuela. Siempre fuiste un capullo egoísta, un niño de papá que se creía que podía coger todo lo que le apetecía y pisotear a los demás. Pero ya no tenemos doce años, Andre. Ya no puedes hacer todo lo que te dé la gana.

Andre lo retó con la mirada y torció una sonrisa.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú?  
—Una carcajada—. Sigues siendo un

Don Nadie, Burke, no puedes intimidarme.

Le puse la mano en el pecho a Burke para detenerlo.

—No merece la pena —le advertí.

Andre me cogió del brazo.

—¿Te gusta este paleta? ¿Es eso lo que pasa? ¿Te lo estás tirando?

Me aparté de mala gana y entonces él se crujió el cuello y, sin pensárselo ni un segundo, le lanzó un puñetazo a Burke que le acertó en toda la nariz. Aturdido, se llevó la mano a la cara y se miró los dedos llenos de sangre.

El rostro de Burke se deformó por la ira antes de embestirlo con cabeza y hombros. Una vez en el suelo, los dos empezaron a girar, a romper cosas a su

paso y a lanzarse puñetazos.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —  
exclamaba Pol sin cesar, más pendiente  
por los destrozos materiales que por la  
integridad física de esos dos salvajes.

—¡Alicia, ayúdame a separarlos!

—Y una mierda —dijo ella—. Burke  
va ganando, déjame disfrutar un poco  
más del espectáculo.

—¿Estás de coña?

—Además, no me meto ahí en medio  
ni en broma. Aún me sueltan una hostia a  
mí.

Gruñí y me acerqué con cuidado,  
intentando no colarme en medio de algún  
golpe.

—¡Estaos quietos! ¡Basta!

No me hacían ni puto caso. Pol

gimoteaba, Alicia tenía los puños apretados y murmuraba en voz baja, como si animara.

Y a mí no se me ocurrió otra cosa que sacar la botella de leche de Matilda de la nevera y tirársela a los dos por encima.

Pararon lo justo para ponerme en medio con los brazos estirados.

—¡Se acabó! ¡Los dos!

Sus hombros subían y bajaban con sus respiraciones agitadas. La camisa de Andre estaba arrugada y tenía algunos botones saltados. La camiseta de Burke se había rasgado en una manga y estaba llena de gotitas de sangre.

Y sus caras eran un cúmulo de rojeces y sudor.

—¿De verdad creéis que esto solucionará algo?

—¡Sí! —gritaron a la vez.

—¡Cerrad el pico! —ordené—. Vais de hombres maduros y no sois más que un par de críos idiotas.

Con cuidado y sin dejar de vigilarlos, les lancé unos trapos a la cara que cogieron al vuelo. Se limpiaron un poco e intentaron recomponerse, colocándose la ropa.

—Eres una hipócrita —me soltó Andre de repente.

—¿Perdón?

—Me tiras en cara que te he engañado con otra y tú has hecho lo mismo con mi mejor amigo.

—¿Tu mejor amigo? —preguntó

Burke—. ¿Y quién te ha dicho que hayamos tenido algo?

—¿No es así?

—Pues sí —admití yo al final—. Me he tirado a tu amigo y ha sido la mejor decisión que he tomado. Bueno, la segunda mejor, si contamos lo de tirarte ese jarrón.

Burke me miró con estupefacción.

—Así que estamos en paz, Rachel —dijo Andre—. Te perdono, de verdad. Yo te he engañado y tú también. Ya tienes tu venganza, ¿no era eso lo que querías?

—Sí, Rachel —se burló Burke al pronunciar mi nombre—. ¿No era eso lo que querías?

Vale, una puta encerrona no, gracias.

A mi izquierda, el hombre que había creído querer observándome con una sonrisa apacible que trataba de calmar mis nervios y me suplicaba que aceptara la mano que me ofrecía.

A mi derecha, el hombre al que había creído odiar pero que había resultado ser un puñetero encanto me aguantaba la mirada, serio y rígido, con un trapo tapándole los agujeros de la nariz.

—Eso creía —contesté—. Pero, como con tantas otras cosas que había creído desde que llegué aquí, resulta que me equivocaba.

Andre frunció el ceño y su mano se quedó colgando un segundo en el aire, inerte, hasta que la retiró del todo.

—¿De qué estás hablando?

Miré a Andre a los ojos y comprendí que, en realidad, no lo odiaba. Me acerqué y le cogí con las dos manos una de las suyas.

—No voy a volver contigo a Barcelona.

Él se aferró a mis manos.

—Venga, Rachel, déjate de tonterías ya. Ahora no es el momento de decidir esto, tómate un momento y piensa en que...

Sacudí la cabeza y se calló.

—No, Andre, no tengo nada que pensar.

—¿Es por él? —preguntó, todavía dolido.

Miré a Burke y sonreí.

—Es por todo.

—Creía que me querías —me dijo a la defensiva.

—Yo también lo creía —repuse—, pero me equivocaba. También creía que eras el hombre perfecto y has resultado ser un gilipollas. Qué le vamos a hacer.

Me soltó las manos.

—No eres más que una desagradecida —dijo, rojo de ira—. Mi padre tenía razón: las mujeres como tú solo sirven para una cosa.

—Bueno, ya me he hartado.

Cerré los dedos y le di un puñetazo en su puta cara de cobarde. Sacudí la mano porque me había hecho más daño del que había creído posible. El muy mamón tenía la cara dura, en todos los sentidos.

—Esto no va a quedar así —me dijo,

llevándose la mano al pómulo y abriendo mucho la boca—. Puedes quedarte en este estercolero si quieres, pero pienso vender el hotel hoy mismo.

Una lucecita se me encendió en el cerebro. Casi pude ver la bombilla encima de mi cabeza, desde fuera.

Metí la mano en mi bolso, que estaba encima de la mesa.

—Tienes razón, vas a venderlo hoy mismo. —Me callé un momento para disfrutar ante su desconcierto y saborear el momento—. A mí.

Pol ahogó un grito. Alicia tropezó con algo.

—Tú no tienes tanto dinero —se burló Andre con una sonrisita de suficiencia.

—No, pero tengo algo mejor.

Busqué lo que quería en el teléfono y le enseñé la pantalla. Se puso blanco en el acto.

—¿Qué? ¿Qué es eso? —escuché a Pol preguntar por detrás.

—Calla, Poli —le soltó Alicia.

—Esto no prueba nada —dijo Andre con un hilo de voz.

—¿Ah, no? Pasemos a la siguiente foto.

Tragó saliva y, por la pinta que tenía, temí que se mareara.

—No puedes hacerme eso.

—Pon el contrato a mi nombre y no te lo haré.

Me taladró con su mirada azul glacial.

—Eres una zorra.

Asentí.

—Debiste hacerle caso a tu padre.

—No... puedes...

—Puedo hacerlo, Andre, y tú lo sabes. Pero no quiero, de verdad.

—Pues bórrala, Rachel —pidió, amable otra vez—. Bórralas todas. Por favor, vuelve conmigo, hablemos de esto. Yo te quiero.

Arrugué la nariz.

—No te arrastres, es penoso —le dije—. Pon el contrato a mi nombre o tu novia madrileña sabrá que te follabas a una empleada de tu padre. Estoy segura de que al señor Holbein no le hará gracia que su amigo lo llame para pedirle explicaciones de por qué le has

roto el corazón a su hijita querida. Por no hablar de lo avergonzado que se sentirá de que su heredero se relacione con alguien de una clase tan baja como yo.

Andre tenía los dientes apretados y sus ojos bailaban entre mis propios ojos y la pantalla de mi móvil.

—Esta granja es mía, no puedo simplemente ponerla a tu nombre. Mi padre me mataría si no le saco beneficio.

—Vale, te pagaré... algo —acepté—. Lo que tenga ahorrado... Y mi finiquito, querido.

—Cuenta conmigo —intervino Burke. Alicia dio un paso adelante.

—Y conmigo.

Pol la imitó acto seguido.

—Y conmigo.

Me aguanté las ganas de abrazarlos y traté de mantener el contacto visual con Andre. Sacudí el teléfono en la mano.

—Tic tac —canturreé.

Cerró los ojos con fuerza y suspiró frustrado. Sacó el contrato que había preparado para el otro comprador y lo hizo pedazos delante de todos. Se colocó el cuello de la camisa, cuadró los hombros y alzó la cabeza.

—Te llamará mi abogado cuando esté listo el nuevo contrato.

Y sin decir ni una palabra más, abandonó la casa, entró en el coche y dio órdenes al conductor de que se alejara de allí.

El coche se perdió tras una nube de polvo.

Pol y Alicia saltaron de emoción y se abrazaron.

Adam apareció entonces con la caja de herramientas en una mano y el móvil conectado a unos auriculares en la otra. Había estado currando todo ese rato y no se había enterado de una mierda.

—Eh, ¿qué pasa aquí? ¿Por qué saltáis? ¿Y qué coño habéis liado en el salón? ¡Poli, tu jarrón!

—¡Olvídate del jarrón, Adam! — exclamó el otro—. ¡A la mierda el jarrón!

—¿A la mierda el ja...? ¿Habéis estado fumando algo raro?

Alicia lo cogió entonces por el cuello

y le plantó un beso en los labios que se alargó varios segundos. Adam tomó aire cuando se apartó.

—Vale, sea lo que sea, yo quiero tomarlo también.

Nos echamos a reír y entonces yo miré a Burke, que sonreía con el trapo todavía en la nariz. Me acerqué a él y se lo quité de las manos para palparle la nariz con la yema de los dedos. Él siseó al principio por el dolor, pero luego se limitó a mirarme a los ojos.

—No tenías por qué hacerlo.

—¿El qué? ¿Proclamarme tu socio o partirle la cara a ese imbécil?

—Las dos cosas —respondí, apartándome para mojar el trapo en el fregadero y limpiarle la sangre seca.

Me detuvo mientras lo escurría sobre la pila. Me giré para enfrentarme a su cara hinchada.

Suspiró y frunció el ceño.

—Creo que antes hemos dejado algo a medias, princesa.

# Epílogo

—No voy a decirte que te quiero desde el primer día que te vi, porque lo cierto es que no te soportaba. Sí, vale, puede que sintiera atracción desde el principio, pero no significaba nada. No como lo que siento ahora. —Silencio. Tragué saliva antes de continuar—. Sé que apenas nos conocemos y que esto no es una peli romántica. No voy a prometerte amor eterno, no voy a asegurarte que deseo vivir aquí toda mi vida porque no es así. No creo en las flechas de Cupido ni en que el amor lo puede todo y esas gilipolleces. Pero creo en conocer a alguien, en aceptar sus

defectos, en disfrutar de su compañía y en echarlo de menos cuando no está. Creo en ti y en lo que me has demostrado. Creo en el vuelco que me da el estómago cada vez que te veo llegar con tu furgoneta llena de mierda. Creo en el ahora.

Sus ojos fijos en los míos me quemaban por dentro. Su aliento estrellándose contra mi cara me erizaba la piel. Los latidos de mi corazón aumentaron de ritmo cuando puso sus manos en mi cuello y sus labios se curvaron en una sonrisa deliciosa de dientes perfectos.

—¿Sabes en qué creo yo, princesa?  
—susurró con voz ronca mientras se acercaba más a mí.

—¿En qué? —pregunté con un hilo de VOZ

—En besarte. —Su mano en mi mejilla, bajó hasta mi cuello—. Solo en besarte.

Me humedecí los labios para invitarle a que siguiera adelante. Lo hizo despacio, fijando sus pupilas en mi boca, estirando el momento, saboreando los segundos.

Y me besó.





Lorena Pacheco nació en Valencia en 1988. Es diplomada en Turismo, pero lo que realmente le apasiona es escribir. Tras varias ideas guardadas en un cajón, se lanzó a plasmar sobre el papel una historia que bailaba en su cabeza. Desde entonces, ya no ha podido dejarlo. Adicta a las novelas románticas, siente especial debilidad por las protagonistas reales, divertidas e imperfectas.

Puedes encontrarla en:

twitter @LorenaPachecoF

facebook: @Lorena Pacheco

O visitar su blog:

[lopafie.blogspot.com.es/](http://lopafie.blogspot.com.es/)



Cuando el guapo y millonario jefe de Raquel, con el que además se acuesta, le pide que vaya a un pequeño pueblo de Alemania con la misión de abrir un nuevo hotel, ella no puede negarse.

Pronto se dará cuenta de que aquello no se parece en nada a su amada Barcelona. No le quedará más remedio que aprender a lidiar con animales de granja, lugareños de lo más pintorescos y el insufrible encargado de las obras, dispuesto a sacarla de quicio a la mínima ocasión.

Los tacones de Raquel no están hechos para pasearse por el culo del mundo, pero esta chica con carácter y sin pelos en la lengua no se rinde jamás.

Le espera una experiencia que pondrá a prueba su fortaleza, pero que la ayudará a encontrarse a sí misma. Porque a veces es necesario llenarte de mierda para conseguir lo que quieres.